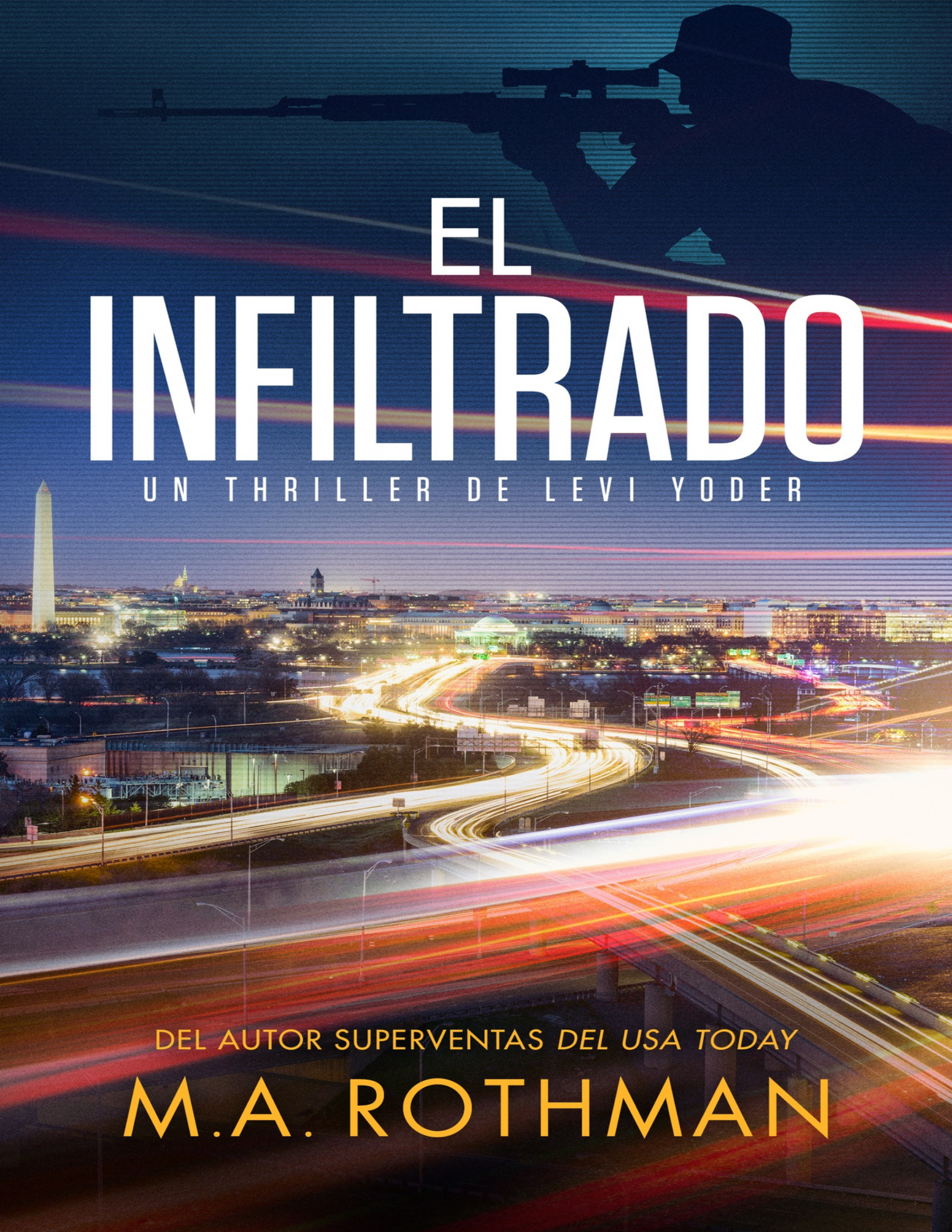


The background of the entire cover is a long-exposure photograph of a city at night, likely Washington D.C., showing light trails from traffic on a highway and the illuminated skyline with the Washington Monument. Overlaid on the top half is a dark silhouette of a person wearing a cap and aiming a sniper rifle. The title 'EL INFILTRADO' is written in large, bold, white capital letters, with 'EL' on a separate line above 'INFILTRADO'.

EL INFILTRADO

UN THRILLER DE LEVI YODER

DEL AUTOR SUPERVENTAS DEL USA TODAY

M.A. ROTHMAN

EL INFILTRADO

UN THRILLER DE LEVI YODER

M.A. ROTHMAN

TRADUCIDO POR
MERCÈ DIAGO ESTEVA

PRIMORDIAL PRESS

Título original: *The Inside Man*

Copyright © 2019 Michael A. Rothman

Traducción de Mercè Diago Esteva

Diseño de cubierta de M.S. Corley

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los establecimientos comerciales, los lugares y los acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Testimonio de Tim Ballard ante el Senado de Estados Unidos

6 de marzo de 2019

Testifica: Tim Ballard

Comité del Senado sobre la Judicatura

...

El tráfico de personas es real, es trágico, y agradezco a este comité que esté dispuesto a saber más y entender mejor esta horrible práctica...

Pasé doce años como agente especial y operador clandestino en la sección de investigación del departamento de seguridad nacional... Durante diez de esos años, luché contra el tráfico sexual en la frontera sur y me convertí en uno de los mejores expertos en tráfico de personas gracias a un ingente trabajo, investigación y estudios como infiltrado.

...

Parte del trabajo... consiste en reconocer y combatir el tráfico de personas. Para comprender mínimamente el tema es importante saber que en la actualidad se estima que hay cuarenta millones de esclavos en todo el mundo, entre los cuales unos diez millones son niños. ¹

...

Estados Unidos es, entre otras cosas, uno de los países más ricos del mundo, lo que abona el terreno para los traficantes de niños, que intentan introducir sus productos en este lucrativo mercado ilícito.

Según el Departamento de Estado, alrededor de 17 500 personas son introducidas de forma ilegal en Estados Unidos cada año, muchas de las cuales son mujeres y niños, a los que se obliga a dedicarse al comercio sexual. ² Alrededor de diez mil niños al año sufren los horrores de la explotación sexual en Estados Unidos. ³

¹ *The Guardian*, 25 de febrero de 2019.

² Informe sobre el tráfico de personas, Departamento de Estado de EE. UU., 14 de junio de 2004.

³ *The Indianapolis Star*, 1 de febrero de 2018.

ÍNDICE

[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Capítulo Dieciséis](#)
[Capítulo Diecisiete](#)
[Capítulo Dieciocho](#)
[Capítulo Diecinueve](#)
[Capítulo Veinte](#)
[Capítulo Veintiuno](#)
[Capítulo Veintidós](#)

[Avance De Nunca Más](#)
[Nota Del Autor](#)
[Apéndice](#)
[El Autor](#)

Para las víctimas inocentes, que la paz esté con vosotras.

CAPÍTULO UNO

—El repartidor de pizzas.

La voz conocida sonó por un altavoz oculto de la pequeña oficina de seguridad. Se encendió un LED amarillo en una de las consolas para indicar que se había enviado la orden de apertura a la puerta principal.

Yoshi Watanabe comprobó los monitores de vigilancia que supervisaban el amplio complejo de apartamentos. En una de las imágenes de vídeo se veía la puerta de seguridad norte deslizándose al abrirse para permitir la entrada al recinto del repartidor de Domino's.

Que llegara una pizza no tenía nada de extraño. La hora, las diez de la noche, era un poco más tardía de lo habitual, pero no en exceso, y Yoshi reconoció la voz del repartidor. Había oído esa voz varias veces por semana durante casi un año. Sin embargo, esta vez la forma de hablar del repartidor le había llamado la atención.

¿Le había temblado un poco la voz?

A Yoshi se le erizó el vello de la nuca.

Acercó la silla a los monitores y escudriñó las imágenes del coche del repartidor. Había casi dos docenas de cámaras de vídeo con sensor de movimiento repartidas por el recinto, pero enseguida encontró el Honda con el emblema de Domino's en el lateral aparcado delante del Edificio 3. El asiento del conductor estaba vacío, pero el tubo de escape despedía una columna de humo.

Yoshi sacudió la cabeza.

—Así es como van y te roban.

Pero entonces vio una mancha gris en el suelo cerca del vehículo. Amplió la imagen varias veces y la mancha gris se convirtió en una persona pelirroja.

Era el repartidor de Domino's. No cabía la menor duda.

Con el corazón acelerado, Yoshi pasó a las otras cámaras del edificio. Vio que un hombre con pasamontañas corría desde uno de los apartamentos, cargando al hombro el cuerpo flácido de una niña.

Comprobó de dónde procedían las imágenes: primera planta. Y el hombre había salido corriendo del tercer apartamento empezando por el fondo.

Yoshi se quedó sin aliento.

Apartamento 1C.

No era una niña cualquiera. Era la nieta de Shinzo Tanaka, el líder de uno de los mayores sindicatos del crimen japoneses.

—¡No! —gritó con impotencia hacia la pantalla. Despertó al otro guarda de seguridad.

—¿Qué? ¿Quién? —El guarda, desorientado, todavía parpadeaba para quitarse el sueño de

los ojos cuando Yoshi salió disparado de la sala de seguridad.

Yoshi cruzó el patio a toda prisa en dirección a la puerta de seguridad e hizo una mueca al oír que las dos toneladas de la cancela empezaban a moverse. Llegó a tiempo de ver la parte posterior de un Honda último modelo desaparecer derrapando del complejo de apartamentos, con la puerta de salida abierta por completo detrás de él.

Apretando los dientes, Yoshi giró sobre sus talones y corrió hacia el edificio 3.

Lo recibió otro guarda de seguridad.

—¿Yoshi? Qué sucede...

—Cállate y llama a la policía. ¡Se ha producido un secuestro! Edificio 3, apartamento 1C.

Yoshi sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Si se habían llevado a la niña... ¿qué le habían hecho a la madre?



Ryuki Watanabe cogió el primer vuelo con destino a Tokio después de que su hermano, Yoshi, le llamara para darle la noticia. Ryuki había tenido un papel decisivo para conseguir que Yoshi acabara destinado en el complejo de apartamentos para vigilar a la niña, y no podía permitir que su hermano asumiera las culpas. El secuestro de la nieta de Tanaka era su responsabilidad.

Había caído la noche en el centro de Tokio, y esperaba solo en una sala de reuniones en la última planta del edificio Tanaka. Pese a haber confiado en que ese día nunca llegara, se sentía inusualmente tranquilo sentado a la mesa esperando la llegada del presidente.

Negó con la cabeza al recorrer la sala con la mirada. Ryuki prefería la decoración tradicional de sus antepasados japoneses: mesas bajas alrededor de las que la gente se sentaba al estilo *seiza*, pergaminos colgados con caligrafía japonesa y piezas de seda bordada. Pero a Tanaka le gustaba el estilo occidental. La sala olía a las veinte sillas de cuero negro y respaldo recto, y la larga mesa que rodeaban era de madera negra muy brillante. Ébano, quizás.

La puerta del fondo se abrió y Shinzo Tanaka cruzó el umbral. El hombre tenía unos sesenta y cinco años, sus ojos inyectados de sangre traicionaban su expresión impertérrita habitual. Dos guardaespaldas lo seguían un paso por detrás; cerraron la puerta y bloquearon la salida sin miramientos.

Ryuki sintió que su angustia iba en aumento mientras esperaba que su jefe desde hacía tiempo hablara. Como segundo al mando de Tanaka, hacía casi un cuarto de siglo que lo conocía, pero nunca lo había visto tan demacrado como ese día.

—Ryuki. —La voz cavernosa del hombre mayor estaba cargada de emoción—. ¿CÓ... cómo ha podido pasar?

—Lo siento. —Ryuki inclinó la cabeza mientras reseguía el contorno de la navaja que llevaba en el bolsillo delantero derecho—. Todo fue muy rápido. El hombre entró en el apartamento, noqueó a la madre de la niña y se la llevó, todo en menos de un minuto. La policía americana lleva el caso y nuestra gente también está investigando.

Tanaka ensombreció el semblante y apretó tanto los labios que se convirtieron en una línea fina.

—Me prometiste que mi nieta estaría a salvo en América.

—Así es. —Una fría sensación de resignación embargó a Ryuki mientras inclinaba la cabeza ante su jefe—. Estoy preparado para presentar mis más sinceras disculpas.

Sacó la navaja del bolsillo, junto con un paquete de gasas y un pañuelo de seda de un blanco

inmaculado, y lo dispuso todo encima de la mesa. Colocó el puño izquierdo en medio del pañuelo con el meñique extendido e inclinó la cabeza en ademán de profundo arrepentimiento. Era la primera vez que decepcionaba a aquel hombre. Rezó para que fuera la última.

Apretando los dientes, cogió la navaja, abrió la hoja bien afilada y cortó con fuerza a la altura del último nudillo del dedo meñique.

La navaja seccionó los fibrosos tendones, y Ryuki notó que se partían como gomas elásticas. Apretó el vientre y apenas profirió un quejido de dolor.

Cuando terminó el sacrificio, con la mano derecha envolvió el extremo mutilado del dedo con la seda blanca. Con una inclinación de cabeza, entregó la grotesca ofrenda a Tanaka, que aceptó sus disculpas con expresión sombría.

La herida le ardía y Ryuki se envolvió el dedo cercenado con una gasa impregnada de un agente coagulante. Limpió la sangre de la mesa con un paño limpio.

Por último, Tanaka retiró una silla y se sentó frente a él.

—Ryuki, tenemos que encontrar a mi nieta. Es la única hija de mi hijo.

Ryuki notó el dolor del hombre a través de él. Tanaka ya había perdido a su hijo, muerto de un disparo desde un vehículo en marcha en Estados Unidos, a pesar de mantenerlo al margen de su vida, igual que Ryuki había protegido a su hermano. Y ahora el hombre temía perder también a su nieta.

—Pondré a más gente a trabajar en el caso —declaró Ryuki.

Tanaka se inclinó hacia delante y deslizó una nota por encima de la mesa. Ryuki la cogió con la mano derecha.

—Te doy permiso para pedir la colaboración de los italianos en nuestro territorio americano —dijo Tanaka—. Hay uno a quien le confiaría este asunto.

Ryuki se encogió ante tal desprecio. La insinuación era que había dejado de confiar en él, por lo menos con respecto a su nieta.

—Antes de abordarlo —continuó Tanaka—, obtén el permiso de su superior. Prométele lo que haga falta para conseguir su ayuda. Yo correré con los gastos. —Se puso de pie y los guardaespaldas abrieron la puerta de la sala de reuniones—. Toma el primer vuelo que haya y plantéale el tema al capo de la familia Bianchi de Nueva York.

Ryuki también se levantó y Tanaka le puso la mano en el hombro y se lo apretó.

—Devuélveme a mi nieta sana y salva, Ryuki. Es mi única heredera. —Su tono no admitía objeciones—. Es quien más me importa en el mundo.

Ryuki hizo una reverencia y Tanaka le dio un ligero empujón hacia la salida.

—¡Márchate!

Mientras recorría el pasillo a paso ligero, Ryuki desdobló el papel y miró el nombre inglés que había garabateado.

Pulsó el botón del ascensor y se preguntó quién sería Levi Yoder.



Levi se despertó en su apartamento de Park Avenue al oír elevarse varias plantas desde la calle los sonidos que precedían al alba en la ciudad de Nueva York. Se desperezó a conciencia, bostezó y se levantó de la cama. Faltaba poco para las cinco de la mañana, más temprano de la hora en que solía despertarse, pero, al salir del dormitorio con pasos cuidadosos, no pudo evitar sonreír ante lo que vio.

Al lado de la librería de pared, bañada en el cálido resplandor de una lámpara italiana antigua, había una mujer escultural de poco más de treinta años. No llevaba más que una de las camisas de Levi y hojeaba una gruesa carpeta de tres anillas con viejas revistas médicas que había sacado de un estante. Tenía el cabello liso y oscuro hasta los hombros y la piel color café con leche, lo cual ofrecía un hermoso contraste con la camisa blanca.

La noche anterior había sido la primera en que había llevado a Madison a su apartamento, propiedad de la familia Bianchi, una de las familias mafiosas más grandes de Nueva York. Una primera incursión en su mundo secreto.

—Te has levantado temprano —comentó Levi.

Madison levantó la vista hacia él y se lo quedó mirando en silencio durante varios segundos. En sus facciones delicadas se dibujó una sonrisa.

—¿Qué? —Levi frunció el ceño mientras se observaba y volvía a mirarla a ella.

—Qué adorable eres. Pensaba que ya nadie dormía con pijama. —Le dio un toquecito a la carpeta—. Tienes una colección de libros curiosa. ¿Leer revistas médicas es una de tus aficiones?

Se encogió de hombros, se acercó a Madison y le dio un beso en la mejilla.

—Buenos días también para ti. Espero que te gusten los huevos porque es lo único que tengo en la nevera para desayunar. Iré a preparar unas tortillas de jamón y queso.

Madison resopló sonoramente.

—Levi, no me ignores. ¿Por qué tantas publicaciones médicas? Parece una lectura extraña para alguien... a no ser que seas médico.

Levi cogió un cartón de huevos de la nevera y habló por encima del hombro mientras preparaba el desayuno.

—Bueno, es obvio que no soy médico. Ya sabes que tuve cáncer hace doce años, ¿no? En aquel momento los médicos me dijeron que estaba en fase terminal, pero obviamente conseguí burlar a la muerte. Sin embargo, con el tiempo me di cuenta de que no había salido totalmente ileso de la experiencia.

—¿Qué quieres decir? —Madison estaba ahora en la entrada de la cocina y se la notaba preocupada—. ¿Estás diciendo que el cáncer ha reaparecido? No tendrás una recaída, ¿no?

—No, nada de eso. Es difícil de explicar. Por aquel entonces pasaron muchas cosas a la vez: mi esposa murió en un accidente de coche, yo tenía cáncer terminal y sufrí una fiebre que me dejó fuera de combate. Y luego, de repente, la fiebre desapareció, el cáncer remitió y entonces noté que otras cosas también habían cambiado.

»Me daba la impresión de que el mundo tenía más colores de los que había sido consciente hasta el momento. Los sonidos que siempre habían estado allí, amortiguados al fondo, me resultaban más obvios. Al principio lo atribuí todo a un efecto secundario del cáncer. Pero, al cabo de un tiempo, otras cosas... resultaron difíciles de pasar por alto.

—¿Por ejemplo? —preguntó Madison apoyando el mentón en el hombro de Levi mientras observaba cómo cascaba hábilmente los huevos en un cuenco. Notó la calidez de ella en contacto con su cuerpo y se planteó cuánto podía decirle sin que lo tomara por loco.

—Bueno, eran pequeñas cosas. Como recordar hechos al azar sin esforzarme. Por ejemplo, puedo decirte que hace diez días el restaurante que hay a dos manzanas al norte de aquí tenía *piccata* de pollo como plato del día, por 10,99 dólares. El único motivo por el que lo sé es que pasé por allí delante y vi el letrero. También puedo decirte la matrícula del conductor de Uber que nos trajo aquí. En fin, recuerdo el número de la entrada para la ópera a la que fui con un amigo hace dos semanas.

Madison dio un paso atrás.

—¿En serio?

Levi vertió los huevos batidos en un par de sartenes calientes.

—Sí. Es uno de los motivos por los que empecé a mirar esos libros, para intentar comprender...

—¿Por qué no fuiste al médico? —Habló con voz más animada—. ¿En serio me estás diciéndome que recuerdas todo lo que ves?

Levi asintió mientras echaba en el huevo trocitos de jamón y de queso cheddar y les daba la vuelta a las tortillas con cuidado.

—Más o menos. Adelante. Sé que te mueres de ganas de ponerme a prueba.

Madison volvió a abrir la carpeta de tres anillas, que era una colección de viejos ejemplares del *American Journal of Medicine*, y fue pasando las páginas de una de las publicaciones.

—Bueno, esta es de octubre de 2015. Es un artículo sobre fiebres de origen desconocido, parece que lo tienes marcado. ¿Qué dice justo encima de la tabla 1?

Con un giro de muñeca, Levi dio la vuelta a las dos tortillas, y esparció un poco más de cheddar rallado por encima. Recordó la imagen de la revista médica de color verdoso y mentalmente pasó las páginas hasta el artículo correspondiente. Aquel lo había dejado especialmente intrigado.

—Bueno, ¿y si empiezo con lo que hizo Petersdorf?

«Petersdorf también clasifica las fiebres de origen desconocido por categorías, es decir: infecciosa, maligna/neoplásica, reumática/inflamatoria, y trastornos varios. Las fiebres de origen desconocido también pueden considerarse en el contexto del subgrupo de portadores, como trasplantes, virus de inmunodeficiencia humana, viajeros de regreso».

Levi miró por encima del hombro mientras apagaba los fogones y vio que Madison lo observaba boquiabierto.

—Joder, es impresionante. ¿Y por qué no te has hecho médico o algo así?

Levi se echó a reír. Cogió dos platos grandes del armario y deslizó una tortilla perfecta en cada uno de ellos.

—Maddie, la cosa no va así. El hecho de que recuerde cosas no significa que entienda todo lo que leo. Tengo otros libros en esas estanterías, sobre electrónica, física y otros temas. O sea que puedo decirte qué es una resistencia o un condensador, pero no sé nada acerca de qué hacer con ellos. Bueno, puede ser que sepa algo, pero no a fondo.

—O sea que básicamente tienes memoria fotográfica.

Levi se encogió de hombros.

—Supongo. En esas revistas aprendí que la memoria fotográfica, que denominan «memoria eidética», no es algo propio de las personas adultas. A veces un porcentaje realmente pequeño de niños llega a tenerla, pero desaparece antes de la edad adulta. Los únicos ejemplos de memoria eidética en adultos se asocian con personas que padecen algún tipo de lesión cerebral traumática. Y yo no he tenido nada de eso, al menos que yo sepa.

»No sé, quizá la fiebre, o el cáncer, o ambos, me produjeron algún daño. De todos modos, esto de la memoria va bien a veces, pero no equivale a ser un genio. Ni mucho menos.

Espolvoreó cebolleta picada en las tortillas e hizo un gesto hacia el comedor.

—Vamos a alimentarte. Tienes un largo día por delante.

Madison siguió con la mirada a Levi hasta el comedor.

—Levi, eres una caja de sorpresas. Lo siento, debería ayudar...

—Nada de eso, eres mi invitada. Coge una silla, iré a buscar zumo de naranja.

Levi regresó rápidamente a la cocina y sonrió para sus adentros al pensar en la hermosa mujer semidesnuda que tenía en su casa. Le resultaba extraño compartir aspectos privados de su vida con otra persona. Su familia biológica no sabía nada de lo que acababa de explicarle y su familia de la mafia solo sabía algunos aspectos.

No pudo evitar plantearse qué les depararía el futuro.



Levi estaba al fondo de la sala polivalente del YMCA de Harlem con Carmine y Paulie viendo a Madison dar la clase. Llevaba un *gi* blanco con un cinturón negro ceñido a su cintura de avispa y estaba enseñando a un grupo de casi dos docenas de niños del vecindario varias formas básicas de artes marciales. La edad de los alumnos oscilaba entre los cinco y los veinte años, y representaban el crisol de razas y culturas que caracterizaba tanto el barrio como la ciudad de Nueva York.

A ojos de Levi, Madison era la personificación de la elegancia y la belleza en un cuerpo esbelto de casi metro ochenta.

Tenía que reconocer que su relación era complicada. Decir que eran amigos era quedarse cortos, pero decir que eran pareja... en fin, resultaba prematuro. Ni siquiera vivían en el mismo estado: ella vivía en Washington D. C. y él, en Nueva York.

Pero sus respectivos trabajos eran lo que complicaba su relación. Al fin y al cabo, ella era una agente de operaciones encubiertas de la CIA... y él uno de los miembros más destacados de una prominente familia de la mafia. Ella no lo sabía, aunque sí que sabía que él tenía relaciones con personas poco recomendables. Y eso bastaba para que, de vez en cuando, se produjeran situaciones un tanto incómodas.

Se habían conocido hacía casi un año, cuando Levi estaba en el extranjero encargándose de un asunto privado. Se encontró en una situación que acabó obligándolo a cooperar con gente que resultó ser de la CIA, agentes entre los que Madison estaba incluida. Se había quedado embelesado nada más verla.

Resultaba difícil imaginar una pareja más curiosa. No sabía qué futuro tendría la relación, pero él solo tenía ojos para ella. Eso era innegable.

—¿Sabes? —dijo Carmine, que estaba a su lado—. Si quiere enseñar a niños, probablemente podría encontrarle un sitio mejor en la parte alta de la ciudad.

Carmine y Paulie eran un par de mafiosos que habían acompañado a Levi al centro juvenil.

—No —repuso Levi—. Conoce al tío que lleva este sitio y quería hacerle un favor. Por lo que sé, ese hombre salvó a Madison de un orfanato en Okinawa cuando era niña, y gracias a él pudo reunirse con su abuela, que vive en Los Ángeles.

—¿Okinawa? No parece japonesa... no, lo retiro. Supongo que ahora sí que lo veo. Pensaba que era hawaiana o algo así. Ya sabes, como una de esas bailarinas de *hula*.

Levi sonrió.

—Nada de eso.

Sus amigos se habían llevado una buena sorpresa el día anterior, al verlo aparecer en el edificio de apartamentos regentado por la mafia con una mujer del brazo. Como es natural, sentían curiosidad por ella, sobre todo porque Levi tendía a ser muy discreto con su vida privada, y en realidad aún no había hablado de ella con nadie.

—Creo que su madre era japonesa y su padre, un militar de raza negra —explicó Levi.

—Bien —dijo Carmine, aunque, al seguir su mirada, Levi no supo si se refería a Madison o al grupo de mamás hispanas que estaban al otro lado de la sala viendo a sus hijos practicar karate.

—¿Se dedica a esto? ¿Es profesora de karate? —preguntó Paulie.

Levi inclinó la cabeza hacia arriba para mirar a Paulie, que medía más de dos metros.

—Es un *hobby* que lleva practicando desde la infancia. Trabaja en Washington D. C. de analista política o algo así. —Analista política era la excusa oficial de Madison, dado que su cargo era estrictamente confidencial—. No hablamos mucho de trabajo. Así nos evitamos preguntas comprometidas, ya me entendéis.

Paulie asintió.

—Sí, puede ser duro. Mi Rita y yo llevamos casados casi diez años y aún piensa que soy contable. Así es más fácil.

Una niña asiática pequeñita entró en la sala por una puerta. No debía de tener más de cinco años y llevaba una vestido amarillo con un cinturón negro ancho y las mangas abullonadas. Iba peinada con dos colas de caballo rematadas cada una con un lazo amarillo. En la mano tenía una caja pequeña con un lazo rojo. Escudriñó la sala y, en cuanto posó la mirada en Levi, fue directo hacia él.

Picado por la curiosidad, Levi se arrodilló para situarse a la misma altura que ella.

—Hola. ¿Puedo ayudarte en algo?

Con expresión seria, la niña hizo una inclinación de cabeza y empezó a hablar rápidamente en japonés.

Levi parpadeó sorprendido y se preguntó cómo podía saber que la entendería. Desde luego, con su pelo castaño oscuro, sus ojos azules y una piel más bien clara, nadie lo habría confundido con un asiático. Pero había vivido en Japón varios años y hablaba japonés con fluidez.

Levi sonrió cuando la niña, que parecía una muñequita, le dio el mensaje que se había aprendido de memoria.

—Yoder-san —dijo la niña—, me llamo Kimiko y mi padre te desea salud y prosperidad. Desea invitarte a visitarlo para que podáis hablar en privado. —Le entregó la caja con ambas manos.

Levi cogió la caja, le devolvió la inclinación de cabeza y le dio las gracias en japonés.

Deshizo el lazo y abrió la caja. Contenía un fajo de billetes de cien dólares y un pergamino enrollado. Levi tocó con el pulgar el fajo de dinero y silbó para mostrar su aprecio. Acto seguido, desenrolló el pergamino. Era una carta formal escrita a mano con una caligrafía japonesa ejecutada de forma hermosa con pincel, al estilo tradicional.

Yoder-san,

Me he puesto en contacto con Don Vincenzo Bianchi y me ha dado permiso para que recurra a usted.

Soy el representante en Estados Unidos del señor Shinzo Tanaka y me gustaría sobremanera mantener una reunión con usted. No le pediría tal cosa si no considerase que el motivo está justificado. Hay una vida inocente en juego y le pido humildemente su ayuda en nombre de mi superior.

Le he adjuntado algo para compensarlo por su tiempo. Espero tener noticias tuyas esta noche.

Atentamente,

Ryuki Watanabe

El resto de la carta era la traducción del mismo texto al inglés, y le daba una dirección y una hora, más tarde ese mismo día. Estaba firmada con una huella dactilar de color marrón rojizo, un tono parecido al de la sangre seca.

Levi miró a Kimiko con curiosidad cuando le daba un golpecito en la pierna a Paulie.

—¿Señor? —dijo mirando boquiabierto al hombretón.

Paulie se inclinó hacia delante con expresión divertida.

—¿Sí? —Habló con voz muy suave y en tono cálido y amistoso.

—Qué alto es —espetó en un inglés perfecto—. ¿Puedo sentarme en su hombro para tocar el techo?

Levi contempló asombrado la interacción entre el gigante y la inocente niña. Teniendo en cuenta que era un hombre capaz de despedazar a una persona extremidad por extremidad, fue muy delicado con Kimiko cuando la levantó en volandas, se la colocó encima del hombro y se puso de pie.

Kimiko estiró los brazos, tocó el techo y soltó una carcajada aguda.

—¡Lo he conseguido!

Riendo, Paulie la dejó con cuidado en el suelo.

Ella le tendió la mano con expresión seria y Paulie se la estrechó.

—Gracias, señor. Voy a hablar de usted en el colegio, pero creo que nunca se creerán que he visto un gigante. —Desvió la mirada hacia Levi y volvió a hablar en japonés—: Tengo que marcharme. El chófer de mi padre me está esperando. ¿Le veré más tarde, quizá?

—Es posible —contestó Levi en japonés.

La niña salió corriendo de la sala justo cuando la clase empezaba a dispersarse.

Levi notó un toquecito en el hombro y, al volverse, se encontró con la sonrisa de Madison.

—¿Has hecho una nueva amiga? —Sacudió la cabeza en dirección a la salida.

—Supongo. —Se encogió de hombros y le dio un pico en los labios—. ¿Has terminado?

—Más o menos. —Madison pasó el brazo por debajo del abrigo de él y lo rodeó por la cintura para darle un pellizco—. Aunque creo que la próxima vez deberías dar la clase conmigo.

—No sé, a mí me gusta verte dándola a ti. Bueno, ¿a qué hora tienes que estar en Penn Station?

—Mañana empiezo temprano, así que tengo billete para el tren de las tres.

Se encaminaron a la salida mientras el personal del YMCA se disponía a recolocar el mobiliario de la sala polivalente.

Levi consultó su reloj y exhaló un suspiro de tristeza.

—Maddie, estos fines de semana se acaban demasiado rápido.

Ella lo sujetó con más fuerza por la cintura y apoyó la cabeza en la de él.

—A mí también me lo parece. Pero, oye, si no hay novedades, tendré dos semanas de vacaciones en Navidad. Si crees que puedes soportarme tanto tiempo, deberíamos planear algo. Ya solo falta poco más de un mes.

Carmine se había adelantado a coger el coche, pero Paulie se había quedado rezagado e intervino.

—¿Sabéis qué? Mi mujer y yo lo pasamos en grande en los Poconos en nuestro quinto aniversario. Probablemente todos los resorts estén ocupados, pero tengo contactos. Quizá pueda conseguir una reserva de una suite de esas con bañeras llenas de champán y cosas así. Es bonito y romántico.

Madison golpeó la cadera contra la de Levi.

—Umm, romántico suena bien. —Le dio a Levi un beso rápido en la mejilla—. Voy a

cambiarme, vuelvo enseguida.

Levi la siguió con la mirada cuando pasaba a toda prisa al lado de unas cuantas personas que hablaban en el pasillo. Imaginó cómo sería estar con Madison en una bañera llena de burbujas.

Levantó la vista hacia Paulie.

—Bueno, grandullón, si puedes mover unos hilos, te lo agradeceré.

Paulie sonrió.

—No es que sea asunto mío, pero hacéis buena pareja. Creo que deberíais formalizar vuestra situación.

Levi se echó a reír y negó con la cabeza.

—Es complicado. —Se imaginó al gigante mafioso interpretando el papel de Yenta, el casamentero de la obra de Broadway *El violinista en el tejado*.

Volvió a consultar la hora.

—Oye, Paulie, ¿puedes salir y asegurarte de que Carmine sabe que tenemos que ir directos a Penn Station antes de volver al Helmsley? Tengo asuntos que tratar con el Don y Madison no puede estar presente.



Circulando por Park Avenue, el sedán dejó atrás la calle 86 Este y se detuvo ante un edificio majestuoso con dos columnas de mármol a cada lado de la entrada. Las palabras «The Helmsley Arms» estaban estampadas en pan de oro por encima de las puertas de tres metros de alto.

Al bajar del coche, Levi notó toda la humedad de finales de otoño. El olor terroso de las hojas caídas se mezclaba en el ambiente con el de los gases de escape, prueba irrefutable del lugar en el que se encontraba y de la época del año.

Las puertas se abrieron en cuanto se acercó a la entrada del edificio, y en el umbral encontró a Frank Minnelli, el jefe de seguridad. El hombre tenía poco más de cuarenta años, la misma edad que Levi, y vestía un traje a medida casi idéntico.

Hizo un gesto hacia Levi.

—Vamos. Te estamos esperando.

Pasaron junto a dos mafiosos fornidos que cubrían la entrada para cruzar el vestíbulo de suelo de mármol y tomar el ascensor hasta la última planta.

—Así pues —dijo Levi—, imagino que alguien ha contactado con Vinnie.

Las puertas del ascensor se abrieron y se internaron por un pasillo recubierto con paneles de madera.

—Ni te imaginas —dijo Frankie con un bufido—, pero ya te lo contará él.

Dos mafiosos más se levantaron de sus sillas de un salto y abrieron las puertas dobles. Frankie y Levi entraron en el salón de Don Bianchi.

A Levi le resultaba imposible no maravillarse de lo lejos que habían llegado sus amigos desde que empezaran todos juntos en Little Italy hacía más de veinte años. El enorme salón tenía dos chimeneas, los acabados eran de madera tallada de bella factura, y estaba decorado con cuadros hermosos y una estatua de mármol de la Venus de Milo digna de un museo.

Don Vincenzo Bianchi, el jefe del clan de los Bianchi, estaba al fondo del salón, en su gran escritorio de caoba, provisto de gafas de lectura y absorto en un fajo de papeles. Cuando entraron los dos hombres, les hizo una seña para que se acercaran.

—Venid, chicos. Frankie, tú y yo tenemos que hablar de unas cuantas cosas, pero primero

quitémonos de encima el tema del sindicato del crimen de Tanaka.

Levi tomó asiento en una de las dos butacas de cuero marrón rojizo que había delante del escritorio y Frankie en la otra.

—Vinnie —dijo Levi—, ¿qué es eso de obtener tu permiso para contactar conmigo? ¿Quiénes son esta gente? ¿Son un nuevo grupo asiático?

—No tienen nada de nuevo. —Vinnie se quitó las gafas, las dejó encima del escritorio y se frotó los ojos—. Frankie, ¿cuántos iniciados y tipos conectados tenemos ahora mismo?

Frankie frunció el ceño.

—Creo que, contando a Carlo Moretti el mes pasado, somos unos ciento veintisiete iniciados, y desconozco la cifra exacta, pero creo que tenemos alrededor de mil asalariados en total.

El Don tamborileó en el escritorio con los dedos y se dirigió a Levi.

—Esta mañana he recibido una llamada del número dos del sindicato Tanaka. Quizá no hayas oído hablar de ellos, pero son un grupo muy poderoso en Japón. En los últimos tiempos han ampliado sus actividades fuera del país y se han introducido en algunos de los negocios Tong de la costa oeste. Joder, incluso están presentes en esta ciudad.

»Levi, tú y yo hemos acordado que es preferible que no formes parte de los negocios diarios de la familia, sobre todo teniendo en cuenta lo que has estado haciendo con los federales. Pero ya sabes lo que hay con respecto a estos otros grupos. Digamos que este sindicato Tanaka tiene diez veces más personal que nosotros, y recursos por todas partes.

Vinnie se inclinó hacia delante y blandió el dedo para resaltar sus palabras.

—Nos han hecho una oferta supeditada a que les ayudes en un asunto. Y es una oferta muy golosa.

—En el mensaje que recibí hablaban de una vida inocente —dijo Levi—. ¿Sabes qué quieren de mí?

Vinnie se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Lo que sí sé es que estos Yakuza son despiadados si se los contraría, y no me interesa que acabes hecho picadillo. El tal Ryuki, el número dos del sindicato, dijo que garantizaría tu seguridad, que solo quiere tener la oportunidad de reunirse contigo. Fue sumamente educado, igual que la mayoría de estos asiáticos. Pero, a decir verdad, no me gustó.

»Levi, tú y yo estamos juntos desde el comienzo. Te quiero como a un hermano y tengo que decirte que no sé cómo interpretar todo esto. El tipo fue muy ambiguo, ni siquiera me dijo por qué quería que fueras tú en concreto. O sea que lo que quiero que sepas es que, si no quieres ir, yo te apoyo sin reservas. Tú decides.

Frankie carraspeó y frunció el ceño.

—Levi, he hecho un poco de investigación sobre el sindicato Tanaka, o lo he intentado. El jefe supremo es un tal Shinzo Tanaka, pero casi no existe información sobre él. He visto que se le denegó la entrada en Estados Unidos hace unos años, pero ahí acaba la cosa. Ese hombre es como un fantasma. El tal Ryuki, su número dos, es más de lo mismo. No hay información. Inmaculado para las autoridades locales o japonesas.

»Pero eso son los registros oficiales. El sentimiento en la calle es distinto. Ahí, todo el mundo los conoce. Y lo que dicen es que mejor no acercarse a los locos Yakuza. Comparados con esa gente, nosotros somos niños cantores. —Apuntó con el dedo a Levi—. Así que ten cuidado. No sé de qué palo van y eso me inquieta un poco.

Levi escuchó las advertencias, pero le picaba la curiosidad. ¿Por qué querían hablar con él en concreto? ¿Cómo había conseguido esa niña identificarlo entre toda la gente que había en el YMCA? ¿Cómo sabía que hablaba japonés?

Miró a Vinnie y sonrió.

—¿La oferta que han hecho a cambio de mi ayuda vale la pena?

Vinnie le devolvió la sonrisa.

—Si no fuera una oferta sustanciosa, no le habría dicho cómo encontrarte.

Levi se levantó de la butaca de un salto y dio un golpecito en el escritorio con los nudillos.

—En ese caso, supongo que no debo hacer esperar a ese hombre.

CAPÍTULO DOS

Turbado, Levi salió del ascensor en la sexagésimo sexta planta de la Torre de la Libertad, llamada ahora One World Trade Center. Dejó atrás una gran zona de espera decorada al estilo occidental —sillones de cuero y una mesita de centro con revistas de negocios y un ejemplar bien doblado del *Wall Street Journal*— y se acercó al mostrador de recepción.

No estaba seguro de qué expectativas tenía pero, cuando se preparó mentalmente para conocer a uno de los peces gordos de un sindicato del crimen japonés, no imaginó encontrárselo en un lugar que parecía una oficina de banco. No obstante, no cabía duda de que estaba en el lugar correcto: en la pared de detrás de la recepcionista se leía «Industrias Tanaka» en grandes letras plateadas.

Ella le dedicó una sonrisa radiante e hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Señor Yoder, llega un poco pronto. El señor Watanabe aún no está aquí.

Tenía apenas un poco de acento, probablemente hubiera nacido en Japón y llegado a Estados Unidos de niña. Tenía unos veinticinco años y era alta, de complexión esbelta y con una piel tan clara que parecía de marfil. Además, era guapa.

Levi consultó la hora. Se había presentado quince minutos antes.

—Supongo que...

Las puertas del ascensor se volvieron a abrir y de él salieron dos hombres de origen asiático.

La recepcionista abrió unos ojos como platos y señaló hacia los dos hombres con la mano abierta.

—Aquí está el señor Watanabe.

Los hombres guardaban un gran parecido. Quedaba claro que eran parientes, pero el de la izquierda parecía un poco mayor, un poco más rico. Llevaba un traje hecho a medida, mientras que el del otro parecía de confección. Un traje caro, pero de confección.

—¿Señor Yoder? —El hombre de la izquierda le tendió la mano y Levi se la estrechó—. Soy Ryuki Watanabe. —Hablaban inglés con un acento marcado.

Levi respondió en japonés.

—Llámeme Levi, por favor. ¿Fue su hija quien me entregó el paquete?

El hombre enarcó las cejas y sonrió. Una especie de sonrisa radiante que delató su profundo orgullo.

—Así es. —Hizo una seña hacia el hombre que estaba de pie a su izquierda—. Le presento a mi hermano pequeño, Yoshi.

Yoshi estrechó la mano de Levi y le saludó en un inglés perfecto.

—Encantado de conocerle.

Ryuki se giró hacia la recepcionista y le habló en japonés a toda velocidad.

—Hiroma, ¿mi sala de reuniones está preparada?

—*Hai*. —Hiromi asintió con brusquedad—. Está todo preparado.

Ryuki extendió el brazo hacia un pasillo que se abría pasado el puesto de la recepcionista.

—Señor Yoder, por favor, hablemos en privado.

Levi siguió a Ryuki. El hermano no los acompañó.

Dejaron atrás varias puertas cerradas antes de entrar en una sala que hizo que Levi tuviera la sensación de haber salido de la ciudad de Nueva York y entrado en una tetería tradicional japonesa. En las paredes había pergaminos con caligrafía japonesa y al otro lado de la sala, un dragón de seda bordada montado en un marco de palisandro pulido. Debía de medir más de cuatro metros de ancho y casi dos de alto. El suelo estaba cubierto con un tatami y en el centro había un hervidor de té, varios botes cerrados y utensilios para servir que Levi reconoció como parte de la ceremonia del té tradicional.

Sin pensárselo dos veces, se quitó los zapatos en la entrada de la sala, al igual que Ryuki.

Ryuki señaló hacia uno de los cojines dispuestos en el suelo.

—Tenga la amabilidad de ponerse cómodo. Si no le importa, me gustaría preparar el té antes de hablar.

Levi se arrodilló en un cojín, dobló las piernas bajo los muslos y se sentó sobre los talones. Lo había aprendido todo sobre el té cuando vivió en Japón y había acabado gustándole. Mientras observaba a Ryuki prepararlo, sintió que le resultaba familiar. Quedaba claro que no seguía los pasos de una ceremonia formal del té, pero los gestos que hacía tenían una cualidad casi religiosa. Destapó una lata de *matcha*, un tipo de té verde en polvo, lo pasó a un cuenco con una cuchara dando un par de golpecitos en el borde del cuenco y levantó el hervidor con cuidado.

Mientras el hombre se estiraba hacia delante para remover el té, Levi atisbó retazos de coloridos tatuajes bajo las largas mangas. Más obvio resultaba el vendaje que le apretaba el meñique izquierdo. A juzgar por la longitud del dedo, Levi supuso que el mafioso había realizado un *yubitsume*, un rito cuyo significado literal es «recortar el dedo». Como miembro de la Yakuza, debía de haberlo hecho para expiar una grave transgresión. Y dado que era el número dos del sindicato Tanaka, tal agravio habría decepcionado al mismo Shinzo Tanaka.

¿Era ese el motivo por el que acudían a Levi?

Ryuki se inclinó hacia delante y depositó un cuenco de té ante Levi.

—Espero que sea de su agrado.

Levi levantó el cuenco con ambas manos e inclinó la cabeza ligeramente hacia su anfitrión.

—Gracias.

Cerró los ojos y aspiró con fuerza el vapor que emanaba la infusión. Despedía un fresco aroma vegetal que inmediatamente lo trasladó al té que solía tomar cuando vivía en Japón. Lo sorbió y exhaló un suspiro de satisfacción.

Poseía la misma acidez agradable que relacionaba con el té verde de la mejor calidad.

Ryukiladeó su cuenco hacia atrás y dio un buen sorbo. Miró a Levi y frunció el labio con una media sonrisa.

—Me deja impresionado ver que parece cómodo sentado al estilo tradicional. Es poco habitual en un americano.

—Tiene fácil explicación. Viví en un dojo *kyokushin* en Tokio durante varios años.

El mafioso enarcó una ceja y asintió.

—Es usted una caja de sorpresas. Eso explica también su buen nivel de japonés. De todos modos, vamos al grano. Mi superior me ha pedido que solicite su ayuda con respecto a una persona muy querida para él. La han secuestrado.

Levi se sentó más erguido y ladeó la cabeza.

—Sin ánimo de ofender, ¿por qué yo? ¿Cómo puedo ayudar?

Ryuki se encogió de hombros.

—No estoy seguro de por qué el señor Tanaka pidió que fuera usted. Sin embargo, sí que sé que fue muy insistente.

Levi estaba a punto de decir algo cuando el mafioso levantó la mano.

—Por favor, permítame que le hable un poco de la niña desaparecida. Se llama June Wilson y es la nieta del señor Tanaka. Tiene cinco años y él está dispuesto a hacer lo que haga falta por recuperarla. —Ryuki ensombreció el semblante y su voz ganó en profundidad y emoción—. Mi pequeña Kumiko, la que usted conoció, tiene la misma edad que la nieta del señor Tanaka. Me cuesta imaginar mi reacción si a mi niña le pasara algo así.

A Levi se le encogió el corazón al pensar en una niña maltratada o desaparecida.

—¿Cuándo se produjo el secuestro?

—Hace tres días, en Maryland. Mi hermano le mostrará la ubicación.

Aquello no pintaba bien para la niña. Levi había leído que tres cuartas partes de las víctimas de secuestro que morían eran asesinadas en un plazo de tres horas desde la abducción.

Exhaló un suspiro.

—Aún no he dicho que vaya a ayudar.

Ryuki se inclinó hacia delante y habló con tono apremiante.

—¿Qué puedo hacer para convencerle de que ayude?

Levi negó con la cabeza.

—No sé nada sobre lo ocurrido. ¿La policía está al corriente? ¿Han hablado con el FBI o alguien más? ¿El secuestrador ha planteado alguna demanda?

—Mi hermano presencié el incidente y puede responder a muchas de sus preguntas. Pero el secuestrador no ha contactado con nosotros. Tenemos las imágenes de las cintas de vídeo de las cámaras de seguridad y puede entrevistar también a la madre. La atacaron, pero resultó ilesa.

Levi resopló impaciente.

—Bueno, que venga su hermano. Si me planteo ayudar, tengo que saber todo lo que pasó.

Ryuki asintió pero arrugó la frente, preocupado.

—Antes de hacer entrar a Yoshi, tengo que explicarle una cosa. Lo he mantenido al margen del tipo de vida que usted y yo compartimos. Seguro que sabe a qué me refiero.

Levi asintió. Yoshi no era miembro de la Yakuza. Era una persona normal.

—Por favor, téngalo en cuenta cuando hable con él. Quiero que siga al margen del negocio. Hay ciertas cosas que no debe saber.

—Lo entiendo.

—Cuando encuentre a la niña desaparecida, necesito saber quién la secuestró. —Ryuki entrecerró los ojos y adoptó una expresión fría. Levi entrevió al depredador que ocultaba su apariencia educada—. Me gustaría que el secuestrador fuera entregado a mis hombres en vez de a las autoridades. Pagaré sus gastos. Todo lo que necesite, ya sea información, armas, hombres... haré todo lo posible para suministrárselo, lo que haga falta para encontrar a la nieta del señor Tanaka. Si consigue encontrarla y devolvérmola sana y salva, honraré el trato que hice con su superior.

Levi no tenía ni idea de cuál era ese trato. ¿Algo relacionado con las drogas? ¿Prostitución? ¿Territorio? ¿Una alianza? Prefería no saberlo. Se había negado a implicarse personalmente en ese ámbito del negocio.

Cuando imaginó a la niña del mafioso apresada, Levi notó que su indignación iba en

aumento. ¿Cómo era posible que alguien hiciera daño a un niño? Exhaló un suspiro.

—Haga entrar a su hermano.

—Entonces, ¿ayudará? —preguntó Ryuki con tono esperanzado.

Levi asintió.

—Haré lo que pueda.



June se sentó contra la pared de bloques de hormigón gris de su nueva habitación, aferrada a su muñeca de trapo. La estancia estaba iluminada por una única bombilla desnuda que colgaba del techo y estaba prácticamente vacía, tan solo un colchón de goma, tres sábanas malolientes, varios cuentos ilustrados y un inodoro. Al lado del inodoro había un paquete gigante de papel de váter, del mismo tipo que mamá compraba en Costco.

Se le agolparon las lágrimas en los ojos, pero June se reprendió a sí misma: «llorar no servirá de nada», y se las secó enfadada.

No tenía ni idea de cómo había acabado allí. Recordaba que mamá había ido a recoger la pizza a la puerta, que la había abierto y que entonces se había caído hacia atrás. Un hombre con un pasamontañas la había sujetado para impedir que cayera. Cuando June corrió hacia ella, el hombre le roció la cara con un espray. Olía raro, a algo dulzón.

Y se había despertado en ese lugar.

—¿Cuánto tiempo crees que llevo aquí? —le preguntó a la muñeca.

De repente, la luz se apagó y la estancia quedó a oscuras.

—Ya viene —dijo June con voz temblorosa. Se aferró a la muñeca.

Se oyó el tintineo de unas cadenas en la puerta metálica situada en lo alto de las escaleras. Las bisagras chirriaron y oyó el sonido familiar de unos pasos pesados al acercarse.

Acto seguido, desde algún lugar oscuro, se oyó la voz del robot.

—¿Te gusta la oscuridad?

—No —respondió June con la mayor tranquilidad de la que fue capaz. No quería que se notara que estaba asustada.

—Si no haces exactamente lo que te digo, te dejaré aquí a oscuras. ¿Entendido?

—Sí —respondió con voz temblorosa a pesar de sí misma. Lo cierto es que odiaba la oscuridad.

—Quiero que digas en voz alta y clara: «Mamá, es martes y estoy bien».

June volvió a oír una especie de muelle, cerca, justo delante de ella.

—Muy bien —declaró la voz robotizada—. Ahora tienes que levantar el índice. Notarás un pinchazo, pero no será nada.

June sintió un escalofrío mientras levantaba la mano poco a poco.

Algo le sujetó el dedo, hizo un clic en la oscuridad y le mordió en la yema. Tras apretárselo con fuerza, se lo soltó.

June se metió el dedo en la boca y se estremeció al notar un sabor salado. ¿Era sangre? ¿Qué le había hecho esa cosa?

Los pasos del robot retrocedieron escaleras arriba. La puerta se abrió y cerró, y las cadenas tintinearón.

La luz volvió a encenderse.

El robot había vuelto a dejarle comida cerca de la cama.

June gateó hacia delante e inspeccionó lo que le había dejado. Un paquete de pastelillos de arándanos, dos sándwiches industriales de crema de cacahuete y gelatina de uva —recién salidos del congelador—, dos cajas de zumo y dos cartones de leche entera con pajita incluida.

Se preguntó qué pensaría su madre, que nunca le habría dejado tomar tanta comida basura.

June abrazó a la muñeca de trapo y le susurró al oído.

—¿Crees que mamá está bien? —Se le nubló la vista porque se puso a llorar y derramó lágrimas encima de la muñeca. Intentaba ser valiente pero no sabía cuánto aguantaría.

Estaba muerta de miedo.

Presionó la cara contra la muñeca y cerró los ojos.

—Mamá, ¿dónde estás?



Helen Wilson estaba sentada frente a Levi en la mesa del comedor de su casa. Era una atractiva pelirroja que no llegaba a la treintena, pero tenía ojeras, seguramente por falta de sueño. De todos modos, se la veía serena, mucho más de lo que habría cabido esperar de una madre cuya hija había sido secuestrada hacía unos días.

—Lo siento —dijo—, pero no sé si es sensato por mi parte hablar con usted. Trabajo en el FBI y se han hecho cargo del caso. Además, el abuelo de June no es de fiar. Seguro que lo sabe, pero no es precisamente un individuo modélico. El único motivo por el que le he dejado entrar es porque confío en Yoshi. Hace años, él y yo trabajábamos juntos.

—Escuche, la entiendo perfectamente. —Levi sintió el dolor que emanaba de la mujer—. Estoy aquí porque me he comprometido personalmente a encontrar a su hija. He prometido hacer todo lo que esté en mi mano. El señor Tanaka no me ha pedido nada más aparte de que se la devuelva sana y salva y que entregue al secuestrador a la justicia. ¿Puede confiar en mí? Ya he visto las cintas de los vídeos de seguridad y sabemos que no fue el repartidor de pizzas. Lo encontraron muerto a apenas ciento cincuenta metros de este apartamento...

Helen ahogó un grito y se tapó rápidamente la boca con la mano.

—No me lo habían dicho. Oh, pobre chico.

—Señora Wilson, ¿puede contarme lo que recuerda?

Ella hundió los hombros y negó con la cabeza. Parecía luchar contra sus pensamientos.

—No sé. Recuerdo pedir la pizza. June y yo estábamos jugando al Uno, tarde porque era viernes. Llamaron al portero automático y dejé entrar al repartidor. Recuerdo haber abierto la puerta, pero nada más. Para cuando recuperé el conocimiento, Yoshi estaba inclinado sobre mí, sujetando bajo mi nariz sales aromáticas para intentar despertarme.

Levi había pasado las últimas doce horas con Yoshi y había escuchado su versión de los hechos, pero no le había servido de gran ayuda. Las cintas de vídeo no habían resultado esclarecedoras. En ellas solo aparecía un hombre de envergadura normal con un pasamontañas gris oscuro que huía con June Wilson colgada del hombro. Cielos, incluso podría ser una mujer.

—Señora Wilson...

Helen se apartó un mechón de cabello de la cara con mano temblorosa.

—Llámeme Helen, por favor.

—Helen, ¿resultaste herida?

—No. Bueno, me noquearon, pero no tengo ninguna marca, si es eso a lo que se refiere.

Levi frunció el ceño.

—¿Ni un chichón en la cabeza ni un morado de cuando se desmayó?

El labio inferior le temblaba mientras sacudía la cabeza.

—Todo me parece una pesadilla de la que no puedo despertarme.

—Helen, ¿qué sabes de secuestros?

—Nada. No me dedico a eso —repuso Helen con voz temblorosa—. Soy analista de presupuestos.

—Bueno, los secuestros pueden ser de tres tipos. Casi la mitad de todos ellos entran en la categoría de secuestros en el ámbito familiar. Perpetrados por algún pariente de la víctima. Los otros se reparten equitativamente entre conocidos y desconocidos. Así pues, la pregunta obvia, y disculpa si te parece rara o si ya se lo has dicho al FBI, ¿dónde está el padre de June?

A Helen se le anegaron los ojos de lágrimas e inhaló profundamente y con gesto tembloroso. Levi se compadeció de la mujer.

—El padre de June murió antes de que naciera. Estaba haciendo un posgrado en Georgetown y de camino a su coche lo mataron en un tiroteo entre coches en marcha.

—Lo siento. —Levi garabateó unas notas en su libreta—. ¿Cómo se llamaba?

—Jun Tanaka. Y sí, ahora sé que es el único hijo de Shinzo Tanaka. Pero nunca se involucró en los negocios de su padre. De hecho, vivía en Estados Unidos desde que tuvo edad de ir a un internado. No supe quién era su padre hasta que él murió.

—¿Conoces a otros parientes por parte de padre? ¿Y tu familia?

—No creo que Jun tuviera otros parientes en Estados Unidos. —Helen frunció el ceño—. Pero tengo una hermana, está casada y tiene cuatro hijos. Viven en Arizona. Mis padres también viven en Arizona. Se pasan el día jugando al golf, creo. No hablamos mucho.

—¿Les has contado lo ocurrido?

Negó con la cabeza.

—Sé que debería haberlos llamado, pero no lo he hecho. No sabría decir por qué, pero siento como si estuviera paralizada por dentro. No es que...

—Mira —Levi le dio una palmada en la mano por encima de la mesa—. No te juzgo. Creo que es totalmente comprensible que ahora no estés en un estado normal. A saber cómo estaría yo en tu situación. ¿Cuándo viste por última vez a tu familia?

—Hace casi un año. June y yo fuimos a Arizona en Navidad.

Levi se recostó en el asiento y descartó mentalmente a la familia Wilson, al menos por el momento. No había motivos por los que investigar ese ángulo todavía. Necesitaba indagar más sobre la familia Tanaka, pero dudaba que ellos fueran los captores porque, ¿para qué contratarlo entonces? No, aquel secuestro no parecía tener motivaciones familiares.

Dedicó los siguientes veinte minutos a preguntarle a Helen por sus amigos, compañeros de trabajo, la escuela a la que iba June. Entonces, llamaron a la puerta.

—Un momento —anunció Helen hacia el otro lado del apartamento. Se levantó de la mesa, miró por la mirilla y abrió la puerta. Fuera había dos agentes del FBI con sus característicos cortavientos.

—Hola, chicos, ¿alguna novedad?

—Estamos aquí para ver qué tal estás.

Levi cerró la libreta, se les acercó y le dio una palmadita a Helen en el hombro.

—Quiero investigar unas cuantas cosas relacionadas con nuestra conversación. ¿Mañana por la noche estarás en casa, por si tengo más preguntas?

—Por supuesto.

Levi se excusó y se escabulló por el lado de los dos hombres apostados en la puerta. Mientras

se dirigía a su coche de alquiler, oyó que uno de los hombres preguntaba:

—¿Quién era ese?

Levi entró en el coche, se sacó el móvil del bolsillo del traje, introdujo la dirección de la escuela y siguió las indicaciones. Al girar por Wisconsin Avenue, llamó a Denny.

El teléfono sonó dos veces antes de que le respondiera una voz grogui de Nueva York.

—¿Sí?

—Denny, despierta. Necesito que pongas en marcha algunos talentos tuyos.

Durante los diez segundos siguientes, lo único que Levi oyó fue el sonido amortiguado de Denny levantándose de la cama.

—Tío, ¿eres consciente de que también llevo un bar? No llegué a casa hasta las siete de la mañana y ni siquiera son las doce del mediodía.

—Lo siento, pero es importante.

—Bueno, ya me he levantado. ¿Qué necesitas?

—El viernes secuestraron a una niña a eso de las diez y cuarto de la noche, en el bloque 8000 de Wisconsin Avenue en Bethesda, Maryland.

Levi giró a la izquierda en Montgomery Avenue.

—Cabrán, ¡estás lejos de casa! Un momento, voy a conectarme al ordenador. ¿Qué necesitas?

—Había una furgoneta de reparto de Domino's. Una Honda, eso es todo lo que sé por ahora, pero salió del complejo de apartamentos Flats8000. La dejaron tirada detrás de un restaurante a unos ocho kilómetros al este de allí. Necesito vídeos de calle que hayan podido grabarse en cualquier lugar próximo a esa ruta. Imagino que alguna cámara de seguridad de uno de los edificios situados por el camino puede haber captado alguna imagen.

—Entendido. Vale, a ver qué consigo de los sistemas de seguridad online. ¿Te importa si recurro a alguno de mis contactos de Maryland? Quizá haya cintas que no estén en línea o no pueda jaquear. Supongo que lo necesitas ya mismo, ¿no?

—Cuanto antes mejor. No hay tiempo que perder. Te pagaré las horas y los gastos que necesites.

Levi entró en el aparcamiento de la escuela y apagó el motor.

—¿Qué edad tiene la niña?

—Cinco años.

—Joder. Vale, llamaré a la caballería. Ya te informaré de lo que descubra.

Colgó el teléfono.

Levi se guardó el móvil en el bolsillo de la americana, ladeó el retrovisor y se observó. Sonrió y se pasó los dedos por el cabello castaño.

—Ha llegado el momento de camelarme a la directora.

Ya fuera gracias a la historia que Levi le contó sobre la niña desaparecida, a su claro coqueteo con la directora, divorciada de unos cincuenta años, o a que iba vestido con un traje de mil dólares que le otorgaba un aspecto respetable, funcionó. Lo bueno fue que funcionó y que la directora de la escuela le permitió hablar con la maestra de June, y la llamó enseguida para informarla de su visita.

Levi oyó a los niños hablando en voz alta al llamar al aula de preescolar de la señorita Ledbetter. Entonces el parloteo se convirtió en murmullo y la maestra pronunció: «Un, dos, tres, ojos a mí».

La clase quedó en silencio de inmediato.

Una mujer bajita de mediana edad abrió la puerta. Llevaba unas gafas redondas estilo Harry

Potter.

—Oh, qué rapidez. ¿Señor Yoder?

Levi asintió, se inclinó y susurró:

—Seré rápido, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Pase, por favor.

La maestra lo condujo ante un grupo de niños de tres y cuatro años, todos sentados con las piernas cruzadas formando un semicírculo. Chasqueó los dedos tres veces y, con una voz sorprendentemente imponente para alguien de su envergadura, dijo:

—Niños, tenemos a un visitante que tiene que haceros una pregunta muy importante. Quiero que le demostréis lo responsables que sois y le dediquéis toda vuestra atención. Os presento al señor Yoder. Niños, ¿qué decimos a las visitas?

—Buenos días, señor Yoder —gritaron los niños al unísono. —Levi sonrió y se sacó un lápiz del bolsillo de la americana. Había aprendido un truco adiestrando perros en la granja de sus padres y pensó que con los niños quizá funcionaría también.

—¿Veis este lápiz?

—Sí —respondieron todos entusiasmados.

—Bueno, quiero que fijéis la vista en el lápiz y, cuando deje de moverse, os formularé una pregunta importante. Allá va...

Fue moviendo el lápiz adelante y atrás hasta que todos los niños tuvieron la vista clavada en él. Cuando flotó delante de la nariz de Levi, dejó de moverlo y preguntó:

—¿Alguien ha visto a June Wilson desde que salisteis del cole el viernes?

Levi se centró en la expresión de cada niño para ver si captaba alguna reacción inusual: que apartaran la vista, que tensaran el cuerpo de repente. Cualquier cosa que apuntara a que guardaban un secreto. Pero solo advirtió una gran confusión. Los niños sacudieron la cabeza y unos cuantos dijeron «no».

—¿Está enferma? —preguntó una niña

Levi sonrió a la niña rubia que había preguntado.

—No, ha tenido que marcharse a un sitio durante un tiempo. Seguro que vuelve pronto. —Se dirigió a la clase—. Gracias por dejarme haceros esta visita.

La maestra chasqueó los dedos dos veces.

—¿Qué le decimos al señor Yoder?

Los niños respondieron al unísono.

—Gracias por su visita, señor Yoder.

Levi se despidió de los niños con la mano, asintió hacia la maestra y salió del aula.

—Espero que Denny averigüe algo con los vídeos —masculló.

Al salir del edificio y cruzar el aparcamiento en dirección a su coche, tres sedanes sin distintivos con unas luces intermitentes en el salpicadero aparecieron de repente por el bordillo y a punto estuvieron de atropellarlo.

Abrieron las puertas con brusquedad y varias voces gritaron:

—¡Manos arriba!

Sin saber cómo, se encontró con que media docena de hombres le apuntaban con una pistola.

Levi levantó los brazos por encima de su cabeza.

Tres hombres con cortavientos del FBI se le acercaron y lo tumbaron en el suelo. La mejilla de Levi quedó aplastada en el asfalto y tuvo que reprimir las ganas de pelear con todas sus fuerzas. Un hombre le apuntó a la cabeza con una Glock de 9 milímetros mientras otro le presionaba la zona lumbar con la rodilla. En cuestión de segundos, lo esposaron de pies y manos.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó.

—Cállate —fue la única respuesta que obtuvo.

Uno de los hombres cacheó a Levi, luego lo levantaron y lo lanzaron de cualquier manera al asiento trasero de uno de los sedanes Crown Victoria gris marengo. Lo sentaron entre dos hombres para que quedara inmovilizado y el vehículo se alejó de la escuela.

A Levi le ardía la mejilla por el raspón contra el asfalto. Se lo frotó con un movimiento del hombro y gruñó.

—¿Alguien puede decirme por qué coño me habéis apresado? Yo no he hecho nada.

El agente que ocupaba el asiento del copiloto se volvió y le dedicó una mirada de profundo desprecio.

—¿No tienes ni idea?

—Pues no. Si esto es un arresto, espero que me acuséis de algo. ¿Por qué me habéis detenido?

A lo largo del último año, Levi había tratado mucho con los agentes federales de la ley. Le habían pedido ayuda para echar el guante a unos federales corruptos implicados en el tráfico sexual de menores. Normalmente eran bastante templados, pero esos tres estaban muy cabreados.

Encogió el hombro derecho para aliviar un tirón y el agente situado a su derecha le dio un fuerte codazo en las costillas por las molestias.

—Oh, perdona —farfulló el agente en tono cínico.

—¿Y bien? ¿Pensáis darme algún motivo por el que me hayáis detenido?

El agente de delante frunció el ceño.

—Claro, cómo no. Hemos recibido una llamada acerca de un hombre al que medio FBI está buscando, y fíjate qué casualidad que estabas exactamente donde decían que estarías.

Levi frunció el ceño.

—No lo entiendo. ¿Por qué iban a buscarme? Debe de ser un error. ¿Qué se supone que he hecho?

El agente de la izquierda de Levi parecía estar a punto de escupirle a la cara.

—Agente especial Bruce Wei. Agente especial Tony Mendoza. Agente especial Tran Nguyen.

Levi se encogió de hombros.

—¿Se supone que tengo que conocerlos?

El agente apretó la mandíbula y lanzó una mirada asesina a Levi.

—Todos fueron asesinados estando fuera de servicio, uno de ellos delante de sus hijos. — Una sonrisa fría frunció su expresión impertérrita—. Tenemos constancia de alguien que encaja con tu descripción en las escenas de los crímenes. Colega, te enfrentas a un cargo de tres homicidios en primer grado.

CAPÍTULO TRES

Levi tenía las manos esposadas detrás de la espalda y le palpitaban los hombros. Estaba sentado en una silla metálica atornillada al suelo delante de una mesa de formica marrón. En la celda en la que lo retenían, un espacio de dos metros por tres con paredes gris oliva, no había nada más. Y hacía frío, mucho frío. No tanto como para exhalar vaho, pero probablemente la temperatura no llegara a los diez grados.

Desde luego que no era el edificio J. Edgar Hoover de Washington D. C. Aquel lugar era un cuchitril a las afueras de vete a saber dónde y, a juzgar por las curvas y el tiempo que habían tardado en llegar, dedujo que estaban cerca de Quantico, Virginia.

Se preguntó cuándo irían a buscarlo. Hacía veinte minutos que lo habían esposado a la silla y supuso que intentaban ablandarlo. Desgastarlo para un interrogatorio. Él habría hecho lo mismo. Pero había lidiado con situaciones mucho peores con anterioridad. Así pues, cerró los ojos y se centró en su respiración. El dolor apagado del rasguño de la mejilla y de los músculos resentidos se fue desvaneciendo.

Los segundos se convirtieron en minutos y fue percibiendo los pequeños detalles del entorno con los sentidos. A través de la silla de metal, notaba las vibraciones lejanas del mundo exterior.

Desde algún punto lejano, percibió el motor de un coche al ralentí, y luego que la puerta del vehículo se abría y se cerraba.

Oyó murmullos y, luego, pasos que resonaban por un pasillo que no había visto. El sonido fue a más.

Levi abrió los ojos justo cuando la puerta de su celda se abría. Apareció un hombre alto que no había visto antes y la puerta se cerró tras él con un chasquido metálico.

El hombre era un agente que parecía salido de un molde. Cuarenta y muchos años, el típico traje gris oscuro, gafas oscuras, expresión impertérrita. Tomó asiento al otro lado de la mesa vacía y se quedó mirando a Levi un rato que se hizo largo mientras parecía succionar entre los dientes.

—Señor Yoder, soy el agente especial O'Connor del FBI, y me temo que está metido en un buen lío.

Leviladeó la cabeza y le crujió el cuello.

—Sean cuales sean las acusaciones, son una sarta de mentiras. Yo no he hecho nada.

—Los agentes que lo detuvieron ya le dijeron de qué se le acusa, señor Yoder. —O'Connor frunció el ceño—. Y tengo su historial. Sé todo lo que hace falta saber sobre usted y su relación con la familia de los mafiosos Bianchi de Nueva York. También es confidente a sueldo, lo cual seguro que a sus compinches de la mafia no les haría mucha gracia...

—Todo eso es mentira. No sé nada de familias de la mafia y, aunque lo supiera, no hablaría

de ello a los federales. En serio, ¿por qué me han detenido?

O'Connor miró fijamente a Levi durante diez largos segundos antes de responder.

—Tenemos pruebas que lo sitúan en la escena del crimen de tres agentes federales. Si a eso le añadimos su implicación conocida en el tráfico sexual...

—¡No puedo creerme que quieran acusarme de esa mierda! —Levi soltó un bufido y sacudió la cabeza—. Ese historial es pura fantasía. Capullos, yo os ayudé a encontrar a unos federales corruptos que aceptaban sobornos. Ellos eran los que importaban y traficaban con prostitutas menores de edad. ¿Es eso? ¿Estáis intentando tenderme una trampa como venganza por haber destapado la mierda de vuestros colegas pedófilos? Tengo derecho a una llamada. Quiero hablar con mi abogado.

La contención que Levi había practicado empezaba a agrietarse. Se había pasado dos meses trabajando para el departamento de tráfico sexual infantil del FBI, buscando y finalmente encontrando a dos agentes que habían aceptado sobornos de una de las familias mafiosas de la Costa Este. Era un negocio muy turbio y, cuanto más había investigado Levi, más asqueado se había sentido con los trapicheos en los que estaban metidas ciertas familias. Pero nunca había acusado a nadie aparte de los agentes corruptos.

Los agentes del FBI eran quienes habían incumplido sus votos, no él, ni tampoco los miembros de la mafia con los que había tratado.

Sin embargo, ahora daba la impresión de que el FBI quería tomarse la revancha. Levi ya se había preparado para ese supuesto. Tenía grabaciones de vídeo y de audio de casi todo. Esos cabrones federales no iban a poder con él.

O'Connor lanzó una mirada furibunda a Levi y sacudió la cabeza.

—No vas a tener nada hasta que yo lo diga. Los tres agentes que mataste eran amigos míos y tengo intención de...

—¿De qué tienes intención? —Levi tiró de las esposas y sacó pecho—. Hay normas que tienes que cumplir, agente O'Connor. Conozco mis derechos. Sé que no soy culpable de esos cargos. Quiero hablar con mi abogado.

El agente se recostó en el asiento y exhaló un largo suspiro.

—Escúchame, Yoder. Puedo amargarte la vida si te resistes. Por supuesto que acabarás teniendo tu llamada. Pero me aseguraré de que no consigas libertad bajo fianza. Me aseguraré de que te pasas meses, o incluso años, en este agujero antes de que haya un juicio. Te enterraré.

Levi miró enfurecido al agente. No iba tan desencaminado. Por muy seguro que estuviera de que podía convencer a otros de su inocencia, ese cabrón podía ponerle las cosas difíciles.

—Sé que no he matado a nadie —declaró Levi—. Me habéis investigado. Sabéis perfectamente que estoy limpio. No he hecho nada aparte de ayudaros a limpiar vuestras cloacas, cabrones.

—Nunca te has alejado de tus contactos en la mafia...

—Ese no era el trato. Eran vuestros hombres los que estaban en la mierda. Os di las pruebas que necesitabais para retirar de la circulación a dos agentes corruptos. Tendríais que besarme el culo, pero os dedicáis a acusarme de un crimen que no he cometido.

O'Connor se inclinó hacia delante y gruñó:

—Yo no sé nada de eso. Lo que sí sé es que tenemos a tres agentes asesinados relacionados con la mafia y que tú estás implicado en esos crímenes. Tendría que meterte en chirona. Ya me he enterado de lo que pasó la última vez que estuviste encarcelado. La cosa se puso un poco sangrienta, ¿no?

Levi lo miró con expresión furibunda. La última vez que lo habían metido en prisión por

cargos inventados había sido víctima del ataque de unos mafiosos rusos.

O'Connor rio entre dientes.

—Oh, ¿te crees que no lo sabía? Te tengo calado...

—No tienes una mierda. ¿Hace falta que te recuerde que se retiraron todos los cargos en mi contra?

—Te cargaste a dos tipos en esa cárcel.

Levi se echó a reír.

—¿Qué pasa, que eres primo lejano de los mafiosos rusos que murieron intentando matarme? Ya te vale. Autodefensa, y lo sabes. Revivir esa historia me está poniendo nostálgico y se me va a caer la lagrimita, pero ¿qué quieres de mí realmente?

—Quiero respuestas. ¿Tuviste algo que ver con el asesinato de los agentes Wei, Mendoza o Nguyen?

—No.

—¿Sabes quién lo hizo?

—No tengo ni idea. Sandeces aparte, estás meando fuera de tiesto.

—¿Estás dispuesto a someterte al polígrafo?

Levi sonrió. Independientemente de las pruebas que tuviera ese agente, seguro que sabía que eran falsas. Lo que quería era sonsacarle algo.

—No tengo ningún problema en someterme al polígrafo, agente O'Connor. —Levi frunció el ceño. Cuanto más tiempo perdiera con esa gente, más difícil le resultaría encontrar a la nieta de Tanaka—. ¿Qué necesitas para dejarme en paz? Aunque no lo creas, resulta que tengo cosas que hacer.

O'Connor se meneó en el asiento y tamborileó en la mesa con los dedos.

—A lo mejor te crees que aquí mandas tú, pero resulta que no es el caso. Te quedas aquí hasta que yo lo diga. Sin embargo, a lo mejor podemos hacer un trato. —Golpeteó la mesa con los nudillos y asintió—. Suponiendo que superes la prueba del polígrafo, podríamos hacer algo. Los contactos que tienes en la mafia podrían resultar útiles en esta investigación. Quizá pueda convencer a los peces gordos de que te consideren un testigo colaborador.

De lo que O'Connor no era consciente era de que Levi nunca delataría a un miembro de la mafia a los federales. Los asuntos de la familia se trataban en familia. Siempre. Se imaginó a una niña de cinco años en manos de un secuestrador y tragó la bilis que le subía por la garganta.

—¿Y así me libraré de las esposas y me pondrás en libertad?

—De las esposas, sí. Libertad... bueno, eso depende de los detalles del trato que hagamos. De todos modos, sigues siendo sospechoso hasta que resolvamos el caso de manera satisfactoria para el FBI.

—De acuerdo. —Levi se encogió de hombros porque no veía muchas otras salidas. No sin problemas legales considerables y más tiempo del que disponía. La vida de una niña inocente estaba en juego. Y quién sabía, tal vez no mentían para que les ayudara, tal vez tuvieran a algún confidente señalándolo con el dedo. Pero ¿quién?

—Eres más listo de lo que pareces. —O'Connor se levantó y se acercó un teléfono al oído—. Soy yo. Está dispuesto a someterse al polígrafo. Traed el aparato.

Aquello zanjó el asunto. Quienquiera que estuviera al otro lado de la línea, esperaba esa llamada. Querían que Levi se prestara voluntariamente a someterse al detector de mentiras.

Pero ¿por qué?



Tras cumplimentar un largo cuestionario y dejar que lo conectaran al polígrafo, Levi se recostó en la silla metálica y se centró en su respiración.

Había practicado con un detector de mentiras una docena de veces, pero esta vez era un poco distinta. Tenía conectados a los dedos más sensores, que Levi sabía que servían para medir la respuesta galvánica de la piel: los cambios eléctricos ocasionados por distintos estados emocionales. Dos tubos de neumografía le rodeaban el pecho y el estómago para medirle la respiración. Y, por último, llevaba un manguito en la parte superior del brazo derecho que le mediría la presión arterial.

El analista del polígrafo, un hombre fornido embutido en un traje, pulsó unas cuantas teclas en un portátil conectado al aparato.

—Señor Yoder, vamos a repasar las respuestas a las preguntas que ha dado antes. Debe saber que...

Levi desconectó el cerebro de las palabras del analista y empezó a meditar. Se preparó para las preguntas que sabía que le iban a hacer.

Años atrás había aprendido el arte de la meditación trascendental de un gurú indio, y le había resultado útil para apaciguar la mente. Por aquel entonces le fue de gran ayuda porque la muerte de su esposa le había carcomido el alma. Y, desde entonces, había aprendido varias modalidades de la misma técnica, prácticas de conciencia plena que le permitían relajarse al tiempo que agudizaba sus sentidos.

Escuchó la respiración laboriosa del analista, notó el corazón latiéndole de forma rítmica y lenta, e incluso percibió el zumbido de la electricidad que alimentaba los fluorescentes del pasillo que conducía a la sala. Se imaginó su mente flotando separada del cuerpo. Lo oía y veía todo, pero de una forma emocionalmente desapegada.

No miraba directamente al analista, pero se dio cuenta de cuándo cogió el cuestionario que había rellenado antes. Levi no sintió absolutamente nada cuando el hombre habló.

—Señor Yoder, voy a formularle unas cuantas preguntas de control que tienen por objetivo crear sus respuestas fisiológicas de base. Así calibraré el aparato. Después de cada pregunta, diga «no», por favor. ¿Entendido?

Levi asintió.

El analista se movió incómodo en el asiento.

—Señor Yoder, ¿tiene usted cuarenta y un años?

—No. —De hecho, Levi sí que tenía cuarenta y un años.

—¿Es usted el actual presidente de Estados Unidos?

—No.

—¿Alguna vez ha mentido?

—No. —El ritmo de la respiración de Levi se mantenía estable a medida que se sucedían las preguntas.

El examinador acabó enseguida las preguntas de control y se dispuso a preguntarle por su vinculación con la mafia. Levi mintió sobre casi todo en ese sentido. Cuando las preguntas versaron sobre su paradero ciertos días en las últimas dos semanas y su conocimiento de ciertos agentes, Levi dijo la verdad. En cuanto a eso, no tenía nada que ocultar.

Al cabo de unos treinta minutos, el interrogatorio tocó a su fin y el examinador se puso a teclear en el portátil. El hombre estaba rojo y, a pesar del frío de la sala, tenía la frente perlada de

sudor. Al final, cerró la tapa del portátil, lo desconectó de los cables que seguían conectados a Levi y se marchó de la estancia con su equipo.

Levi se quedó solo en la celda diez largos minutos. Le dolían los brazos por falta de movimiento, ya que aún los tenía esposados a la silla.

La puerta se abrió de repente para dar paso a O'Connor, cuya expresión por lo general impertérrita mostraba su desaprobación.

—Yoder, ¿qué coño de farsa has hecho? ¿Cuál es el truco?

Levi levantó la vista mientras el agente le quitaba con brusquedad los sensores de los dedos, el manguito para la presión sanguínea y los tubos que tenía alrededor del pecho.

—Agente O'Connor, no tengo ni idea de a qué se refiere.

El agente soltó un quejido y sacudió la cabeza.

—Da igual. He recibido una llamada de mi supervisor. Voy a llevarlo ante él.



Levi encogió los doloridos hombros mientras seguía al agente O'Connor por los pasillos de la oficina de campo del FBI en Washington D. C. Habían viajado unos treinta minutos en el sedán del agente y, aparte de que este le ordenara que se abrochara el cinturón, el trayecto se realizó en un silencio absoluto.

Varios trabajadores del FBI miraron con curiosidad la placa que identificaba a Levi como visitante. Eso, sumado al tiempo que habían tardado los miembros de seguridad en sacar un registro que firmar de otra sala, le hizo pensar que allí no solían recibir visitas.

O'Connor se detuvo ante una puerta abierta y llamó.

—Adelante —dijo una voz desde el otro lado.

El agente abrió la puerta e hizo una seña a Levi para que entrara.

Levi entró en un despacho atestado en el que solo había un escritorio de formica y varios archivadores metálicos de color gris de esos típicos de las agencias gubernamentales. Había pilas de papeles en todas las superficies planas.

Sentado al escritorio había un hombre de pelo cano próximo a los sesenta años que señaló hacia una silla.

—Por favor, señor Yoder, tome asiento.

O'Connor cerró la puerta y se sentó a una distancia prudencial de Levi.

—Señor Yoder, le presento a Gary Michaels, el agente especial al mando.

Levi estaba lo bastante familiarizado con la organización del FBI como para saber que un agente de ese tipo era un pez gordo. Resultaba insólito que los tres estuvieran en un mismo despacho. Probablemente el tal Michaels estuviera a cargo de, si no todos, la mayoría de los trabajadores del edificio. Levi se preguntó a cuento de qué iba todo aquello.

—Señor Yoder, antes de entrar en los detalles del motivo de su presencia aquí, quiero dejar bien claro que la situación es muy grave. Ha sido acusado de homicidio en primer grado de tres agentes federales. Tenemos declaraciones que lo sitúan en la escena de los crímenes. Tengo material más que suficiente para tenerlo detenido durante tres días y, dada la gravedad de los delitos, puedo asegurarme de que cuando llegue su lectura de cargos no le concedan la libertad bajo fianza. Es esencial que comprenda la gravedad de su situación.

Levi apretó los dientes y observó al agente. El tono de su voz y su actitud ponían de manifiesto que acostumbraba a mandar y que no estaba para tonterías. Parecía frío e inteligente,

y no iba a prestarse a ningún jueguecito con alguien como él.

—Lo entiendo, señor.

Michaels asintió brevemente.

—Bien.

Tomó una hoja de papel de una de las pilas del escritorio y la observó.

—¿Acepta ser testigo cooperante y ayudarnos a identificar a los sospechosos del asesinato de los agentes especiales Bruce Wei, Tony Mendoza y Tran Nguyen?

—Sí.

—No actuará ni intentará, repito, ni actuará ni intentará apresar a ningún sospechoso relacionado con esta investigación. Ese no es su trabajo. En caso de que encuentre pruebas, nos las entregará para que nosotros actuemos en consecuencia. ¿Está claro?

—Clarísimo, señor.

—Bien. —Michaels se volvió hacia O'Connor—. Agente O'Connor, resulta que me he enterado de que Nick Anspach acaba de regresar del laboratorio de Quantico. Lleve al señor Yoder a visitar a nuestro experto forense...

—Pero... —protestó O'Connor.

—No hay peros que valgan, Frank. ¿Me has oído?

—Sí, señor.

Michaels señaló a Levi con el índice.

—Señor Yoder, no vamos a pedirle que lleve un dispositivo de rastreo, siempre y cuando se comunique con el agente O'Connor a diario. Él será su enlace en el FBI durante el proceso, y él será quien le dé indicaciones.

Levi miró a O'Connor y frunció el ceño.

—No lo entiendo. Si quieren que remueva cielo y tierra para encontrar al asesino, no puedo estar pidiendo permiso al agente O'Connor a todas horas como si fuera mi padre.

Michaels entrecerró los ojos y meneó la cabeza de forma apenas perceptible.

—Creo que descubrirá que el agente O'Connor no lo controlará en exceso.

O'Connor se giró en el asiento para ponerse de cara a Levi.

—Señor Yoder, ¿le importa esperar fuera en el pasillo un momento? Necesito hablar un momento en privado con el señor Michaels.

—Por supuesto.

Levi salió del despacho y cerró la puerta con cuidado detrás de él. Acto seguido, pegó la oreja a la pared. Oyó el tono bronco de O'Connor, por mucho que susurrara.

—¿Cómo es que lo dejamos marchar... con ese polígrafo...?

Levi apretó más la oreja contra la pared. ¿Qué había pasado con el polígrafo?

—Frank, esto no es cosa mía.

—Si no eres tú, entonces...

—Cállate y hazlo. Hay algo... Ni yo mismo lo entiendo.

Las voces se fueron apagando y luego... silencio.

Levi se enderezó justo cuando se abría la puerta de Michaels.

El agente O'Connor salió al pasillo y, sin apenas mirarlo, le dijo:

—Sígueme.



Mientras bajaban por las escaleras al segundo piso, Levi preguntó:

—Agente O'Connor, cuando sus hombres me detuvieron, estaba en pleno seguimiento de una pista relacionada con un secuestro. La madre trabaja para el FBI y...

—¿Cómo se llama? —O'Connor lo miró con expresión sorprendida.

—¿La niña?

—No, la madre.

—Helen Wilson.

El agente se detuvo en la puerta que conducía de la caja de la escalera a la segunda planta y se centró en Levi.

—Conozco el caso. Tenemos a gente en ello. —O'Connor frunció el ceño—. Aprecio su preocupación por la niña, pero no es de su incumbencia. Que no me entere yo que dedica el tiempo a otra cosa que no sea averiguar quién se cargó a los agentes federales. ¿Queda claro?

Levi tenía unas ganas irrefrenables de darle una paliza a aquel tío, pero inspiró con fuerza, exhaló lentamente y asintió.

—Entendido, agente O'Connor.

—Bien.

Pero mientras O'Connor lo llevaba desde la escalera por un pasillo panelado en madera, Levi apretaba los dientes. No tenía la más mínima intención de dejar el caso de la niña de Tanaka en manos de los federales.



Nick Anspach, el analista forense, aparentaba unos cuarenta años. Tenía el pelo rubio platino y cicatrices de lo que parecía una quemadura fea en el lado derecho de la cara. Y, cuando Levi le estrechó la mano, se dio cuenta de que al hombre le faltaban la mitad del dedo meñique y del dedo anular.

—Encantado de conocerle, señor Yoder.



El agente O'Connor se quedó en el umbral de la puerta del despacho.

—Nick Anspach es uno de los mejores analistas forenses del FBI. —Se volvió hacia él y señaló a Levi con el pulgar—. El señor Yoder es un testigo que colabora en el caso Mendoza, Wei y Nguyen.

Levi se fijó en el escritorio bien ordenado: todo estaba en su sitio, todo bien colocado. El único detalle del despacho que mostraba cierto desorden eran las fotos clavadas en la pared de detrás del escritorio. Casi treinta instantáneas de Anspach en distintos eventos sociales. En muchas salía con una bebida en la mano sana, y en buena parte de ellas se veían distintivos del FBI. Era un hombre bien conocido.

—Nick, unas normas básicas sobre nuestro testigo: no tiene credenciales, así que te lo traspaso. Es obvio que necesita acompañante. Tiene autorización para examinar las pruebas recogidas sobre los tres homicidios, pero no puede llevarse ni hacer copias de nada.

Anspach asintió.

—¿Algo más?

O'Connor negó con la cabeza.

—No, ya está. Ahora tengo que dedicarme a otros menesteres.

Justo cuando el agente se daba la vuelta para marcharse, Levi le hizo una pregunta.

—Eh, ¿y mi coche? Lo había dejado aparcado en la escuela cuando me arrestasteis.

O'Connor miró a Levi por encima del hombro.

—Ya me he encargado de eso. Para cuando Nick y tú hayáis terminado, lo encontrarás ahí fuera en el aparcamiento. —Se marchó del despacho y cerró la puerta tras él.

Anspach señaló a una silla.

—Señor Yoder, ¿por qué no se sienta y así repasamos lo que tenemos sobre esos casos?



—Mendoza fue asesinado hace ocho días en la ciudad de Nueva York. —Anspach hablaba con voz suave, casi como si susurrara.

Levi fue pasando las hojas del archivo del caso Mendoza delante del analista, sentado al otro lado del escritorio. Había casi cincuenta páginas de notas, entrevistas e informes forenses varios. Según la autopsia del agente, una profunda laceración en la parte delantera lateral del cuello le había seccionado la carótida.

Con una sonrisa torcida que le tensaba ligeramente la cicatriz de la mejilla, Anspach deslizó un bloc de *post-its* amarillos hacia Levi.

—No puede llevarse ningún informe, pero O'Connor no ha dicho que no pueda tomar notas.

Levi le devolvió la sonrisa al forense y se dio un toquecito en la sien.

—Gracias, pero intentaré guardármelo aquí arriba. —Señaló al archivo—. El crimen se produjo a plena luz del día en Central Park. ¿Cómo es que no han pillado a ese tipo?

Anspach se encogió de hombros.

—Francamente, no sabría decirlo. Yo no me encargué de la investigación inicial, pero hablé con quien lo hizo, alguien de la oficina de campo de Nueva York. Al principio parecía un atraco fortuito, pero no le robaron nada.

Levi pasó a la siguiente página del archivo, donde aparecía el esbozo artístico de un hombre de origen asiático.

—¿Es el sospechoso?

Anspach adoptó una expresión ceñuda.

—Sí, todo ocurrió delante de la esposa de Mendoza y sus dos hijos. El esbozo se basa en la descripción hecha por la esposa. —Alargó la mano por encima del escritorio y dio un toquecito en la mejilla del hombre asiático—. La mujer también declaró que le dio un buen arañazo en la mejilla izquierda. Tenemos una muestra del ADN extraída de la parte inferior de las uñas y coincide con un varón chino.

Levi se preguntó por qué demonios lo habían metido en eso. «Soy un angloamericano de metro ochenta y cinco con ojos azules que pesa ochenta kilos. Es imposible confundirme con un asiático de metro sesenta y setenta».

Resopló frustrado y se centró en el boceto del artista. En una de las páginas anteriores del archivo había leído que los hijos de Mendoza tenían cinco y siete años, y que eran dos niños. ¿Qué desgraciado era capaz de atacar a un hombre delante de sus hijos?

El forense le pasó un archivo más grueso.

—Esto es lo que tenemos sobre el caso Nguyen y Wei. El crimen se produjo a apenas una hora de aquí. Fue un coche bomba que se los cargó a los dos y...

—No lo entiendo. —Levi empezó a pasar páginas del nuevo caso—. Un asesinato en Nueva York y dos cerca de aquí. ¿Por qué agrupan las tres muertes? Cabría pensar que tendrían que llevarlas dos oficinas de campo distintas, ¿no?

Anspach ladeó la cabeza y observó a Levi en silencio unos momentos antes de responder.

—¿O'Connor no te lo ha dicho?

—O'Connor no me ha contado una puta mierda. ¿Qué me estoy perdiendo?

—Bueno... supongo que no hay inconveniente en que te lo diga. Todos ellos pertenecían a un cuerpo especial dedicado al turismo sexual.

—¿Te refieres a tráfico sexual infantil? —Levi hizo una mueca de asco, y enseguida le vino a la mente la imagen de la niña Tanaka desaparecida.

—No solo infantil, pero sí. Importación de ciudadanos extranjeros para... motivos deleznales. Aunque en este país la esclavitud fue abolida hace más de ciento cincuenta años, sigue existiendo. —Anspach adoptó una expresión turbada que daba a entender que había visto cosas que habría preferido no ver.

Levi buscó en los informes datos sobre la bomba utilizada para matar a los dos agentes. En uno de los impresos aparecía una foto de un hombre asiático.

—¿Encontrasteis una huella en un cascote de bomba?

—Tuvimos mucha suerte, la verdad. En el laboratorio del FBI de Quantico tenemos procesos muy buenos para revelar huellas latentes. Conseguí encontrar una entre todos los escombros de la escena del crimen y, tal como ves en el informe, nos llevó a una coincidencia en la IAFIS.

—¿La IAFIS?

Anspach rio por lo bajo.

—Oh, disculpa. Es un acrónimo del FBI, los tenemos a patadas. Es nuestra base de datos de huellas dactilares.

Levi escudriñó el informe de la IAFIS sobre Kyoshi Ishikawa: treinta y dos años, ciudadano japonés con visado de estudiante caducado. Paradero actual desconocido. El apartado del informe titulado «Antecedentes penales y organizaciones» incluía una lista de delitos relativamente menores en el D. C. Pero a Levi se le aceleró el corazón y sintió un escalofrío al leer la siguiente línea en voz alta: «Miembro conocido del sindicato del crimen Tanaka».

Anspach gruñó algo ininteligible antes de decir:

—Que yo sepa, son una banda de malhechores de Japón que intentan establecerse en Estados Unidos. Pero, a decir verdad, no es mi especialidad, por lo que no puedo decir gran cosa sobre ellos.

Mientras Levi echaba una ojeada al resto del informe, los pensamientos se agolpaban en su mente. Tras otros cinco minutos en silencio, devolvió el informe a Anspach.

—¿Estos archivos son todo lo que tienes?

El hombre contrajo el ojo derecho en lo que parecía un tic doloroso y el tejido de la cicatriz situado al lado del rabillo se arrugó.

—Me temo que sí. —Señaló los *post-its* y el lápiz—. ¿Seguro que no tienes que apuntar nada?

Levi se levantó y negó con la cabeza.

—Tengo lo que necesito.

CAPÍTULO CUATRO

De nuevo en su coche alquilado, Levi llamó a Madison y, justo entonces, un coche de policía pasó al lado de la oficina de campo del FBI en D. C. con la sirena atronando.

—Maddie, ¿estás bien?

—Estoy bien. —Oyó su voz por los altavoces del coche. Parecía estresada—. ¿Qué ocurre? Normalmente no me llamas durante el día.

—Pues, aunque resulte increíble, estoy en D. C., y tengo unas horas libres antes de coger el tren de vuelta. ¿Quieres que comamos algo juntos?

—Oh... ojalá pudiera. A decir verdad, me encuentro un poco mal y voy camino del médico para que me vea. Quizá esté incubando una gripe o algo.

Levi frunció el ceño. Algo no pintaba bien. Parecía disgustada por algo.

—Puedo acompañarte. Tengo tiempo. Dime dónde estás.

—No, no hace falta. Coge el tren. En serio, no hace falta.

—Pero...

—¡Levi! —Madison levantó la voz y luego se echó a reír—. ¿De verdad tengo que decirte que voy al ginecólogo y que prefiero ir sola? Estoy bien, pero no me noto al cien por cien. Te llamaré el viernes y pensamos algo, ¿vale?

Levi se sintió ridículo y arrancó el coche.

—Bueno, supongo que tienes razón. Disfruta.

—No es lo más apropiado para decirle a una mujer que va a que un médico le examine sus partes. —Levi intuyó una sonrisa en sus palabras—. Luego hablamos.

Introdujo su destino en el navegador del coche y se marchó.



En medio de la Union Station, Levi se pegó el teléfono a la oreja para intentar escuchar la voz de Denny por entre la muchedumbre ruidosa de viajeros habituales.

—Levi, esa furgoneta de Domino's la abandonaron en la parte trasera de una taquería de mala muerte, cerca de la esquina de Arliss Street con la rotonda de Garland. Al otro lado de la calle hay una escuela de estética cuyo sistema de seguridad captó una imagen con gran angular a esa hora. Las fotos no son lo bastante buenas como para identificar algo útil como la matrícula, pero había un todoterreno de color oscuro aparcado en la parte trasera de la taquería después de que la cerraran. Hice ciertas consultas al propietario y ahí nadie tiene un coche así; él no vio

nada.

—Fantástico, Denny. ¿Por casualidad sabes en qué dirección se fue el todoterreno al salir de allí?

—Pues resulta que sí. Una biblioteca próxima a la escuela de estética tenía una cámara enfocada hacia Walden Road. Más o menos a la hora en que dejaron la furgó de Domino's, la cámara de la biblioteca muestra el todoterreno oscuro yendo hacia el norte por Walden Road.

—Fenomenal.

—No te emociones. Ahí se pierde el rastro. Es una zona principalmente residencial, y no abundan las cámaras de seguridad. Extendí mi red bastante lejos, pedí un montón de favores en la zona, pero no volví a encontrar el coche. Quizá aparcara en un garaje privado, pero lo más probable es que se alejara. Walden es una de esas calles que atraviesa varias zonas residenciales. Ese todoterreno podría estar en cualquier sitio.

—Mierda, es verdad. —Levi se encaminó a las puertas desde donde debía partir su tren—. Sigo en D. C., pero voy a tomar el Acela a Penn Station, así que llegaré a la ciudad en unas horas. —Levi vio a un hombre que le resultaba familiar quince metros por delante de él y se dirigió hacia él—. Escucha, Denny. Tengo que dejarte. Recopila lo que tengas para mí y nos vemos pasada la medianoche.

—De acuerdo. Estaré en el bar, como siempre.

Levi colgó y se situó detrás del hombre asiático que estaba mirando los horarios de la Amtrak.

Le puso la mano en el hombro y dijo:

—Yoshi, qué casualidad.



Levi y Yoshi se sentaron juntos en el tren hacia Penn Station. Las conversaciones de los viajeros habituales que regresaban tarde retumbaban a su alrededor. Yoshi había querido subir a un vagón más tranquilo, pero Levi prefería que la conversación quedara ahogada en el ruido circundante. A ojos de Levi, todo el mundo era sospechoso, y había algo en aquel hermano de la mafia y en todo el asunto Tanaka que lo tenía muy intranquilo.

Le costaba asimilar que solo habían pasado doce horas desde que entrevistara a Helen Wilson en el comedor de su casa. Reprodujo la conversación centrándose especialmente en un par de frases que había dicho.

«El único motivo por el que le dejo siquiera entrar es porque confío en Yoshi. Él y yo trabajamos juntos hace mucho tiempo».

—Dime una cosa —dijo Levi—, ¿por qué dejaste de trabajar para el FBI?

Yoshi había apoyado la cabeza en el reposacabezas y tenía los ojos cerrados, pero se enderezó y se irguió en el asiento para situarse de cara a Levi.

—¿Cómo demonios sabes que trabajé en el FBI? ¿Helen te dijo algo?

—No con esas palabras, pero sí. —Levi observó al hombre. Estaba tenso y miró a Levi directamente a los ojos con cierta expresión desafiante.

Pero entonces Yoshi exhaló un suspiro melancólico y relajó la postura.

—Es difícil de explicar.

—Escucha, no quiero mentiras. —Levi se inclinó—. Ya lo averiguaré, pero, por el bien de todos los implicados, es mucho mejor que sepa qué está pasando. Todo. Cuesta creer que alguien

deje la seguridad de un trabajo en el FBI para pasar a ser un lacayo de seguridad de tres al cuarto sin un buen motivo.

Se fijó en que Yoshi llevaba un cronógrafo Tag Heuer bastante caro en la muñeca izquierda. Una imagen de la entrevista de la mañana con Helen le pasó por la cabeza y sonrió.

—A ver si lo adivino, tu hermano te complementaba el sueldo y el Bureau se enteró.

Yoshi bajó la mirada.

—Más o menos. Hace unos años, Ryuki me pidió que empezara a cuidar de Helen. Yo no pedí ningún tipo de compensación, pero él empezó a depositar dinero en mi cuenta y alguien del trabajo debió de percatarse. Pasé por los detectores de mentiras pero, aun así, después de eso mis jefes me marginaron, y no los culpo. Siempre supe que, si mi hermano venía a Estados Unidos, supondría un problema para mi carrera.

—Así pues, hablé con Ryuki y él me buscó el puesto de guarda de seguridad. Así era más fácil vigilar a Helen, y sobre todo a June. Por eso tenía el turno de noche. Durante el día, era voluntario en la escuela. Por la noche intentaba que ellas dos tuvieran una vida lo más normal posible.

Levi esbozó una sonrisa.

—¿Tu hermano sabe que Helen y tú estáis liados?

Yoshi se puso blanco.

—Cómo... no... ¿Helen dijo...?

—No, ella no dijo nada. Me he dado cuenta por el reloj. —Levi señaló la cadena de acero del reloj de Yoshi—. Helen tiene la versión femenina de ese reloj. Y no creo que pueda costearse esa bagatela con un sueldo de analista del FBI.

Yoshi se inclinó hacia delante y colocó la cabeza entre las manos.

—Menudo idiota estoy hecho. —Acto seguido, se enderezó y miró a Levi con expresión preocupada—. No es que... me refiero a que un día fui a ver cómo estaba y pasó lo que pasó. Fuimos los dos, pero también sabíamos que debíamos mantenerlo en secreto.

Levi lo entendió. A Yoshi le preocupaba lo que Tanaka pudiera hacer cuando se enterara. Yoshi se había liado con la viuda del único hijo del jefe de la mafia.

Rio por lo bajo y le dio una palmada a Yoshi en el hombro.

—Hay que reconocer que los tienes bien puestos. ¿Algo más que no me hayas contado? ¿Algo sobre June o su madre? Lo que sea. Quizá no parezca importante, pero podría serlo.

Yoshi sacudió la cabeza y habló con voz temblorosa.

—No. Quiero a esa niña como si fuera mía. Daría mi vida por las dos. Te he contado todo lo que sé.

—Bien. —Levi sintió cierto alivio y apoyó la cabeza hacia atrás. No las había tenido todas consigo con respecto a Yoshi, pero en ese momento lo tachó de la lista de temas por resolver.

De todos modos, las ideas se agolpaban en su mente con respecto a qué hacer a continuación. Necesitaba lidiar con dos casos totalmente distintos a la vez. El esbozo del hombre asiático se le aparecía en la mente.

Quedaba claro que era imprescindible hacer una visita a Chinatown.



Al mediodía, Levi caminaba por las calles de Flushing, cerca de la Fortieth Road, en Chinatown. Era un día suave de finales de otoño y las calles estaban atestadas de gente, pero los únicos no

asiáticos eran un par de tipos de ConEd que trabajaban en un panel eléctrico en la medianera de un edificio.

En circunstancias normales, Levi vestía el uniforme de la familia, que para un iniciado como él consistía en un traje a medida y mocasines italianos. Pero no era un día normal. Estaba al acecho y tenía que fundirse entre la multitud, por lo que se había vestido de turista: zapatillas de deporte, vaqueros, una camisa abotonada y una parka de los Yankees.

Para Levi, cada una de las zonas de la ciudad tenía un carácter propio: un sonido, un olor e incluso un ambiente inconfundibles. Aquí, ese carácter incluía el aroma a jengibre, soja y anís estrellado y, entre todo aquello, el olor de un puesto de perritos calientes escondido detrás de un camión panelado con caracteres chinos en un lateral.

Sin embargo, aquel día en las calles se respiraba un ambiente... distinto. Triste, incluso aunque el día fuera soleado y claro. Era como si la zona estuviera sumida en una nube invisible de opresión. Como si estuvieran extrayendo la savia de todo el vecindario.

Mientras caminaba lentamente por la estrecha calle, los ojos de Levi iban de un lado a otro, buscando a su objetivo. Muchísimas personas le devolvían la mirada desde la sombra de los toldos que colgaban por encima de la entrada de los comercios. Ninguna de aquellas personas le llamó la atención.

Y entonces vio a la niña... una niña muy pequeñita.

Probablemente no tuviera más de ocho o nueve años. Preadolescente, sin duda. No obstante, llevaba los ojos maquillados de forma exagerada, un pintalabios llamativo y una minifalda que era la mínima expresión; llevaba el hombro derecho al aire a pesar de que la temperatura rondaba los diez grados.

Levi apretó los dientes. Era una de las niñas sobre las que había oído hablar en esa zona de la ciudad. Una esclava sexual. Tal vez fuera una refugiada de Camboya, Vietnam o China. Ese tipo de cosas no deberían pasar. No allí. No en esa ciudad. Se le revolvió el estómago con una mezcla de repugnancia, ira y tristeza.

Sacó el móvil y fingió consultar algo, pero en realidad estaba enfocando a la niña con la cámara. La amplió con el zoom.

Vio que tenía la piel de gallina y que contemplaba con anhelo el puesto de perritos calientes.

Hizo una foto y se guardó el móvil.

Cruzó la estrecha calle, tendió dos pavos al hombre que atendía el puesto y dijo:

—Un perrito caliente, por favor.

El vendedor pescó la salchicha del agua humeante, la colocó en un panecillo caliente, lo envolvió y se lo tendió a Levi.

—Gracias, señor.

La niña lo miraba fijamente.

Se le acercó y le tendió el bocadillo.

—Aquí tienes, reina. Come algo.

La niña contempló el regalo que tenía en la mano con unos ojos como platos, pero se quedó inmóvil, como sin saber qué hacer.

—No te preocupes, cómetelo —dijo Levi en su mejor mandarín. No tenía ni idea del idioma que hablaba la niña.

Un hombre se materializó por entre el hueco sombrío que quedaba entre dos edificios y gritó algo en un dialecto chino que Levi desconocía. Se acercó con aspecto amenazador.

La niña alzó la vista hacia el intimidante personaje con expresión temerosa.

El hombre tiró la comida al suelo y gruñó a Levi con un fuerte acento chino.

—Cincuenta dólares, nada de perritos calientes. Si quieres follártela, son cincuenta pavos. La chica es de lo mejorcito. De primera.

Levi tensó el cuerpo cuando el hombre se le acercó aún más, levantando la voz.

—Cincuenta dólares, hombre blanco. Me debes cincuenta dólares. Págame.

Apretando el puño, Levi espetó:

—No te debo una mierda, cabrón.

Notó una mano en el hombro y, al girarse, se encontró con una atractiva mujer asiática a escasos centímetros. Su perfume floral lo envolvió.

—Me estaba preguntando cuándo llegarías —dijo con una sonrisa. Acto seguido, se inclinó hacia él, le rodeó el cuello con el brazo y le plantó un buen beso en los labios.

Antes de que Levi tuviera tiempo de reaccionar, ella lo tomó por el brazo y tiró de él hacia el otro lado de la calle.

—No deberías estar aquí —susurró ella.

El hombre que se había comportado como el chulo de la niña gritó en dirección a ellos, en un dialecto desconocido. La mujer le devolvió el grito por encima del hombro mientras alejaba a Levi de la escena.

Levi se dio cuenta de que muchos de los comerciantes habían vuelto al interior de sus tiendas para ser sustituidos por otro grupo de gente. Parecía estar formándose una multitud. Probablemente fueran miembros de una banda callejera local. Sin duda, miembros del *tong* chino local.

Mientras la mujer, que lo tenía agarrado con una fuerza inusitada, lo conducía hacia una tienda, Levi empezó a sonreír. Al otro lado de la calle, entre una lavandería china y un puesto de frutas y verduras, estaba el hombre del boceto. El dibujo era sumamente fiel, incluyendo los arañazos rojos de la mejilla izquierda.

Levi perdió la cuenta de la cantidad de mafiosos que la bronca del chulo había sacado a la calle.

La mujer abrió una puerta —cuya campana sonó alegremente— y tiró de Levi hacia el interior.

—Aquí estarás a salvo —dijo.

Levi no pudo evitar que la idea le hiciera gracia. Llevaba dos pistolas, ambas cargadas, y varios puñales, y era perfectamente capaz de liarse a puñetazos con cualquiera que se metiera con él. No obstante, esa mujer estaba haciendo todo lo posible para «rescatarlo».

La mujer gritó unas cuantas frases a un anciano que estaba en la trastienda. Apartó una hilera de ropa y apareció una puerta metálica. Sin soltarlo del brazo, introdujo un código en un teclado numérico situado junto a la puerta, y el mecanismo de cierre emitió un clic. Abrió la puerta, tiró de Levi hacia una zona espaciosa, mucho más lujosa de lo que había imaginado en ese barrio, y cerró la puerta tras ellos con un portazo.

Levi observó a su «salvadora» divertido y sorprendido a partes iguales.

—Ejem... señorita...

—Siéntate. Todo irá bien. —La mujer señaló un mullido sofá de cuero que había en la sala, de diez metros por seis.

Siguió con la mirada a la escultural mujer dragón asiática cuando salió de la estancia. Negó con la cabeza y observó el entorno.

La sala era mucho más lujosa de lo que habría imaginado que pudiera existir en ese barrio. Se acomodó en el sofá y apreció la naturaleza firme pero esponjosa de los cojines. Era muy cómodo. El olor a cuero curtido que despedía el mueble, junto con la textura suave y lisa del cuero, daban

fe de su alta calidad. La decoración era una mezcla de sensibilidades asiática y occidental. En las paredes había unos cuantos tapices de seda, muy chinos, pero el sofá y la mesita de centro de nogal bruñido eran de estilo occidental. De hecho, a Levi no le habría sorprendido que el sofá fuera italiano.

Oyó el sonido del agua de una ducha procedente del otro extremo del apartamento y le pareció un tanto divertido. ¿La mujer tenía a un desconocido sentado en el salón en circunstancias extrañas y se daba una ducha? Admiró sus agallas.

La mujer regresó al cabo de unos minutos. Levi se quedó anonadado al verla totalmente desnuda.

Mientras caminaba con paso de gacela por la estancia, Levi tuvo que obligarse a disimular la sorpresa. Tenía cuerpo de bailarina: bien proporcionado, musculoso y esbelto a la vez. Además, como contrapunto a su piel clara, lucía uno de los tatuajes más complejos y hermosos que hubiera visto en su vida: un dragón asiático serpenteante que se curvaba por las cimas y valles de aquel espléndido cuerpo.

La mujer cogió una bata de seda de un perchero de madera de estilo antiguo, se envolvió en ella y preguntó:

—¿Te apetece un té?

Hablaba un inglés muy claro, con un ligero acento ruso.

—Supongo... sí, si no es molestia. —Levi se levantó.

La mujer chasqueó los dedos y señaló el sofá. Él volvió a sentarse, desconcertado pero muerto de curiosidad.

Enseguida trajo una bandeja con una tetera y dos tacitas chinas. Sirvió el té para ambos y se sentó al otro lado de la mesa de centro.

Levi cogió la taza de té caliente y le vino a la memoria un momento no tan lejano en el que una mujer hermosa había intentado envenenarlo. Pero olisqueó el té y no detectó nada extraño, así que lo sorbió. Era un buen té negro.

—He visto lo que has hecho.

Levi inclinó la cabeza hacia la mujer.

—¿A qué te refieres? ¿A pelearme con ese hombre?

—No. —La mujer descartó la idea con un gesto de la mano—. Le diste comida a la niña. ¿Por qué?

Levi se recostó en el sofá, sorprendido por la pregunta.

—No sé. Supongo que parecía hambrienta y la he compadecido.

—¿Por qué?

—¿Por qué la he compadecido?

La mujer asintió.

Guardó silencio mientras se planteaba quién era aquella mujer. Quedaba claro que no le suponía ningún problema estar a solas con él. Ni por asomo. Y la manera en que lo había abordado al comienzo, con el beso... ¿y si era una prostituta? No, no era probable. ¿Pero y si...? Levi tenía que andarse con tiento antes de responder. No tenía ni idea de cómo reaccionaría la mujer si decía que le parecía odioso que una niña de esa edad estuviera haciendo la calle.

—Hacía frío y me ha dado la impresión de que le iría bien algo caliente para entrar en calor. —No era mentira.

La mujer lo miró durante unos instantes con expresión impertérrita antes de asentir.

—Eres un buen hombre. Por eso te ayudé. —Señaló hacia la puerta por la que habían entrado—. Tienes que esperar aquí veinte o treinta minutos más. Para entonces los chicos ya estarán

dedicados a asuntos más interesantes—. Se tomó el resto del té, se levantó y, sin mediar palabra, salió de la sala.

Levi sacó el móvil para enviarle un mensaje a Paulie y decirle que quedaran en Denny's, pero resultó que no tenía cobertura.

Al cabo de una media hora, la mujer misteriosa reapareció vestida con ropa de calle.

—Las calles están despejadas —informó—. Ven conmigo.

Levi la siguió hasta una puerta situada al fondo de la sala. Corrió unos cuantos pestillos y la abrió. La puerta daba a un callejón oscuro de detrás del edificio, en una travesía de Fortieth Road.

—No te pasará nada —dijo—, pero no vuelvas.

Levi cruzó el umbral y se volvió para darle la mano de la mujer, pero ella se internó en el apartamento y cerró la puerta blindada con la misma rotundidad con la que había hablado.

Levi miró el teléfono. Volvía a tener cobertura. Mientras se encaminaba a la estación de metro más cercana, marcó un número memorizado.

—¿Sí? —respondió el hombre.

—Paulie, voy a mandarte una foto.

—¿Otra niña?

—Sí. Igual que antes. Esta vez en Flushing, Chinatown, al lado de una lavandería china.

—Vale. Oye, el pavo de confianza está hoy haciéndole un trabajito al jefe. Tendré que esperar al menos hasta mañana. ¿Va bien?

—Bueno, pero dile que se ande con cuidado. Es una guarida de la mafia china y tienen matones de guardia. Ya me dirás cuánto cuesta, pago yo.

—Dalo por hecho.

Levi colgó y miró por encima de su hombro mientras bajaba las escaleras de Main Street Station.

Esa noche había quedado con el asesino de Mendoza.

CAPÍTULO CINCO

La noche había caído, la hora perfecta para que la cara más sórdida de la ciudad saliera a la luz. Levi desprecintó una bolsa de plástico que contenía la ropa que usaría para ese tipo de incursiones en la ciudad. Esa noche Levi no sería uno de los miembros de las élites sofisticadas de Nueva York, pavoneándose por ahí con un traje caro. Al sacar los pantalones deshilachados y la camisa de la bolsa precintada, le asaltó el olor a cerveza rancia y orina. Aquello era siempre lo más difícil: acostumbrarse al hedor.

Se enfundó la ropa y se miró en el espejo. No se había afeitado por la mañana, pero la barba de un día no bastaba para hacerse pasar por un borracho sin techo. Así pues, añadió un poco de grasa facial y un toque de maquillaje en varios puntos estratégicos, como los pliegues de las orejas, los lados de la nariz y el dorso de los dedos y las manos, para dar un aspecto de suciedad. Sabía cómo hacerse pasar por un vagabundo.

El teléfono sonó y se lo acercó al oído.

—¿Frankie?

—Sí, el lugar está preparado. Tengo a unos cuantos tipos aquí esperando, así que no deberías tener ningún problema cuando llegue el paquete.

—Gracias, te agradezco el favor.

Levi colgó y volvió a comprobar la pinta que tenía en el espejo. Ahora llevaba el pelo grasiento y despeinado, y daba la impresión de no haberse duchado en meses. No era un disfraz perfecto, pero contaba con que el olor, con las notas de amoníaco propias de la orina, evitara que la mayor parte de la gente lo mirara con detenimiento.

Se enfundó los zapatos, que eran la parte del disfraz que más lo enorgullecía. Estaban tan hechos polvo que parecían estar a punto de desintegrarse por las juntas. De hecho, la capa exterior estaba casi totalmente cosida con fragmentos de otros zapatos más grandes. Pero por debajo Levi llevaba un par de zapatos normales, recios y cómodos.

Pronto caminaría por las calles en dirección a la entrada de metro más cercana.



Con gesto tambaleante, Levi se colocó en su sitio, cerca de la lavandería china que había visto con anterioridad. Los conductos de ventilación procedentes de las secadoras le daban calor, pero también esparcían su propio hedor hacia el resto de las personas de la calle, que guardaban las distancias.

El tipo de gente que había por la calle por la noche era bastante distinto del que había visto durante el día: más prostitutas —ninguna de las cuales, por suerte, le prestaba atención—, más clientes para ellas y más miembros de bandas. Algunos de ellos se habían puesto a jugar a las damas, otros bebían chupitos y se lanzaban gritos. Otros vendían drogas sin disimulos. Había visto cosas mucho peores en algunas partes de China, pero le molestaba presenciar aquello en el patio de su casa.

Durante el día había realizado ciertas investigaciones, y había averiguado que el dialecto que se hablaba por allí era el cantonés. No es que lo entendiera, pero le proporcionaba una idea de la parte del mundo de donde procedía aquella gente. Probablemente de la costa de China o de Hong-Kong. Tal vez esas bandas fueran ramas de la Tríada. Sabía qué tipo de gente eran, no era ninguna sorpresa. Cualquier persona dispuesta a explotar a niños merecía su mayor desprecio.

Levi se había pasado casi dos horas tumbado en el callejón, oculto bajo una gran hoja de cartón que le servía de manta, antes de advertir a su objetivo.

El hombre de la cara arañada se reía de algo en compañía de otros que habían estado vendiendo paquetitos de lo que supuso era heroína o metanfetamina.

Levi se tapó la nariz y la boca con una máscara de pintor y se enfundó un pasamontañas. Estaba preparado para lo que se avecinaba.

Cuando su objetivo miró en su dirección por casualidad, Levi estornudó a propósito y dejó que el cartón bajara ligeramente, de forma que se le viera a él en la penumbra y, lo más importante, que se viera la cartera que tenía al lado.

Con los ojos entrecerrados, Levi vio que el hombre se encaminaba hacia él.

Cuando llegó a la altura de Levi, miró a uno y otro lado, sonrió y se agachó para coger la cartera.

Levi apretó una botella que casi al instante llenó el callejón de bruma.

El hombre ahogó un grito de sorpresa, respiró en la bruma y dio una sacudida. Acto seguido, se desplomó en el suelo con un gorgoteo.

La bruma era un potente anestésico llamado Sevoflurane, una sustancia química que Levi conoció durante su breve interacción con unos agentes de la CIA.

Conteniendo la respiración, Levi tomó al hombre por un brazo y se lo cargó al hombro. Lo internó en el callejón, corriendo por el pasillo en penumbra que quedaba entre los edificios, y cruzó varias calles mal iluminadas. Era apenas una sombra que iba de una esquina a otra de la ciudad hasta que se paró delante de una puerta, llamó dos veces, esperó, volvió a llamar, y después tres veces más.

La puerta se abrió y la silueta de dos metros de Paulie llenó el umbral. Libró a Levi de la carga y susurró:

—La habitación de seguridad está preparada.



Levi apretó la cápsula de sales aromáticas bajo la nariz del mafioso. El hombre, inconsciente, dio una sacudida al notar el olor a amoníaco, y tensó el cuerpo contra las ligaduras de cuero que lo mantenían sujeto a una silla metálica atornillada al suelo.

Siguiendo los movimientos del hombre, Levi mantuvo la cápsula directamente bajo su nariz hasta que abrió unos ojos como platos.

—¡Arriba! —dijo Levi con tranquilidad mientras el hombre entrecerraba los ojos para

protegerse del brillo de la luz que le apuntaba directamente. En la sala había tres de los socios de Levi en la mafia, Paulie y Sonny incluidos. Eran hombres en los que confiaba ciegamente—. Tengo unas preguntas que hacerte. Cuando las respondas, te podrás marchar.

El hombre volvió a tirar de las bandas de cuero que lo inmovilizaban y escupió a Levi.

—Que te den, a ti y a tus preguntas.

Hablaba inglés como un nativo. Quizá lo fuera. Levi no sabía prácticamente nada de aquel tipo.

—Oye, esto no tiene por qué ser desagradable. Necesito respuestas a unas cuantas preguntas. La policía te busca. Y lo que es peor, los federales tienen muchas ganas de echarte el guante. Es peliagudo que hayan recurrido a mí.

—¿Quién coño eres? —El hombre movió la cabeza adelante y atrás, intentando ver más allá del resplandor de las luces—. No he hecho nada. —El mafioso empezó a pedir ayuda a voz en grito.

Los hombres que acompañaban a Levi se mantuvieron alejados y sonrieron.

Levi dejó que el hombre continuara durante un minuto entero antes de decir:

—Esta habitación está totalmente insonorizada. Nadie oirá nada.

Paulie dio un paso hacia el cautivo y le enseñó sus enormes brazos antes de apretar el puño. Hizo crujir los nudillos sonoramente.

El cautivo hizo una mueca desdeñosa.

—Adelante, ya puedes darme una paliza. Os recordaré, cabrones, y me vengaré con creces.

Levi rio entre dientes y observó los arañazos del rostro del hombre.

—Parece que te has enzarzado en una pelea. Cuéntame. ¿Cómo te has hecho esos arañazos?

—Que te den.

Con un movimiento veloz, Levi golpeó la nariz del hombre con el talón de la mano lo cual provocó un crujido espeluznante.

Le cayó un chorro de sangre por el rostro y, por un momento, Levi pensó que necesitaría otra cápsula de sales aromáticas. Pero el hombre sacudió la cabeza, con lo que salpicó sangre por todas partes, y sonrió con los dientes ensangrentados.

—¿Esto es lo mejor que sabes hacer?

Levi levantó la mano abierta hacia Paulie y notó el mango de un martillo de bola en la palma. Blandió la herramienta como si comprobara su peso.

—Escúchame, amigo. Depende totalmente de ti adónde quieras llegar. Voy a explicarte...

—Oh, ¿piensas abrirme la cabeza? —El mafioso hizo una mueca de desdén mientras le goteaba sangre del mentón—. Me aburres.

Levi le sonrió al cautivo y sacudió la cabeza.

—No, eso sí que no. Se acabaría la diversión. Créeme, hablarás conmigo. Aunque tenga que hacerte una transfusión para mantenerte con vida, hablarás. —Blandió el extremo redondeado del martillo delante del rostro del hombre—. ¿Sabes qué? Resulta que nunca le he dado a nadie en la cabeza con un martillo. No es lo mío. No soy una persona violenta. De hecho, preferiría no tener que recurrir a la violencia para nada. Pero aquí estoy, mirando a alguien que tiene una historia que contar y que no quiere hablar. —Miró a Paulie por encima de su hombro—. ¿No te resulta ofensivo que alguien no quiera contarte su historia?

Paulie asintió y compartió la sonrisa de Levi.

Señalando a Paulie con el pulgar, Levi se acercó más al mafioso.

—Ofendes a mi amigo y eso es de mala educación.

Golpeó el dedo meñique del mafioso con el martillo y le dejó los huesos hechos trizas.

El hombre gritó de dolor y forcejeó contra las ataduras.

Levi chasqueó la lengua para indicarle que se estuviera quieto.

—¿Lo ves? No es buena señal que la base de la uña se vuelva azul. Eso significa que he machacado todos los vasos sanguíneos del dedo. Si no se te trata pronto, se volverá negro y probablemente lo pierdas. Una lástima, la verdad. Lo único que quería era tu historia.

El hombre respiraba de forma entrecortada a causa del dolor, pero se mantenía alerta.

Levi había visto distintas reacciones ante la tortura. Ciertas personas se desmoronaban antes incluso de llegar a la tortura física. Otras necesitaban una buena dosis de adrenalina para que el corazón les siguiera bombeando sangre. Otras incluso necesitaban la ayuda de los llamados «sueros de la verdad» para relajarse, para ablandarse. Levi no sabía el aguante de aquel hombre, pero le daba igual. Aquel mafioso había matado a un padre y esposo, y encima delante de su familia. A Levi le costaba imaginar cosas peores. La familia Bianchi, la rama específica de la Cosa Nostra a la que Levi pertenecía, veía eso con malos ojos.

Levi observó el rostro del hombre y gruñó.

—¿Cómo te has hecho esos arañazos?

El mafioso cerró los ojos y apretó los dientes durante un segundo antes de responder.

—¿Me soltarás si te lo digo?

—Dependerá de si te creo. Haz que me crea tu historia.

El hombre respiró hondo y exhaló lentamente.

—De acuerdo. En el funeral de mi hermano, el ataúd estuvo siempre cerrado. Nunca llegamos a saber por qué había acabado tan mal en el accidente. Y luego había un tío. Alguien me dio fotos de él y pruebas de que había torturado y matado a mi hermano. —La voz del mafioso estaba preñada de emoción—. Solo quise vengarme del cabrón que mató a mi hermano. Él también acabó de mala manera. Lo torturé y prácticamente le dejé el cuerpo hecho papilla.

Levi hizo callar al hombre con un gesto.

—Vamos por partes. ¿Quién te dio esas fotos?

Al hombre le salieron burbujas de sangre por la nariz cuando la arrugó con gesto pensativo.

—No sé. En mi casa apareció un sobre. Lo deslizaron por debajo de la puerta.

—¿Todavía tienes las fotos?

Asintió.

—En mi apartamento.

Sonny tenía la cartera del mafioso. Leyó la dirección en el carné de conducir del hombre.

—Sí, ahí vivo.

—¿Está cerca de aquí? —preguntó Levi.

—Sí, muy cerca.

—¿Dónde guardas las fotos? —preguntó Levi.

—En el cajón de los calcetines de mi dormitorio.

—¿Vives solo?

El hombre asintió.

Levi colocó el pulgar encima del dedo roto del hombre y habló con tono de advertencia.

—Si descubrimos que no estás siendo sincero con nosotros, me aseguraré de que vivas, pero nunca más podrás usar los brazos, las piernas ni nada más —Lanzó una mirada elocuente hacia su entrepierna— a lo que tengas aprecio. Así que voy a volver a preguntártelo. —Presionó los restos rotos del meñique del hombre—. ¿Nos estás diciendo la verdad?

—Sí. —El hombre asintió con fuerza y se retorció de dolor.

Levi se volvió hacia Sonny. Era uno de los mejores ladrones de pisos altos de la familia.

—Sonny, ve a mirar en el cajón de los calcetines de este tío y trae lo que encuentres.

Sonny, que era un hombre menudo, con complexión de jinete, se marchó sin hacer ruido.

Levi se volvió hacia el prisionero y sonrió.

—Ahora cuéntame lo de los arañazos. Háblame del día que te los hiciste. No escatimes detalles.



Levi observó las fotos que Sonny había traído del apartamento del mafioso asiático. Se habían hecho en lo que parecían los escombros de un edificio bombardeado, y eran de muy mala calidad.

Aparecían dos personas: Mendoza, a quien Levi reconoció por el archivo del caso del FBI, y un hombre asiático desnudo con la piel quemada y cortes ensangrentados por todo el cuerpo. Tenía la frente especialmente dañada, y un hoyo en el lugar del pómulo derecho, como si le hubieran golpeado con algo pesado.

En una de las fotos, Mendoza sonreía a la cámara mientras orinaba encima del cuerpo desnudo del otro hombre.

Debía de ser el hermano del mafioso asiático.

Levi tenía el móvil en una mano y las fotos en la otra. Se debatía acerca de lo que estaba a punto de hacer.

Ya habían trasladado al mafioso inconsciente a otra ubicación. El punto de recogida. No tenía manera de explicar o excusar lo que había visto en esas fotos, y una parte de él pensaba que probablemente Mendoza había recibido su merecido.

Exhaló un suspiro mientras se guardaba las fotos en el bolsillo y marcaba un número.

—O'Connor.

—Hola, soy Yoder. Tengo al asesino de Mendoza.



El tintineo de una campana recibió a Levi cuando entró en el Gerard's, un local que frecuentaba en su viejo barrio de Little Italy. En los viejos tiempos, el bar tenía capacidad para apenas doce clientes y solo cabían seis mesas, pero ahora estaba en proceso de ampliación. El aroma a albahaca y ajo dio la bienvenida a Levi al entrar, y una voz grave lo recibió desde la sala recién ampliada que acabaría siendo la cocina del establecimiento.

—¡Hola, Levi! ¿Cómo es posible que conozcas a este mameluco desde hace tanto tiempo y no le hayas enseñado a hacer una buena marinara?

Levi sonrió en dirección a Gino Romano «triple papada», un mafioso de ciento cincuenta kilos que removía una olla en los fogones recién instalados. Denny, el dueño del local, observaba con atención los ingredientes que añadía, pero levantó la vista hacia Levi con una expresión que indicaba que necesitaba que lo rescataran.

Levi asintió hacia el hombre obeso.

—Eh, Gino, ¿vas a hacer pasta para acompañar?

—¿A ti qué te parece? —Fue como si el mafioso de rostro orondo hubiera recibido un insulto

—. Ya he enseñado a mi querido Denny a estirar los fideos con el rodillo y a pasarlos luego por la *chitarra* para hacer mis clásicos *spaghetti alla chitarra*.

Era el mediodía del día después de que Levi entregara al asesino de Mendoza, y le gruñía el estómago, lo cual le recordó que llevaba sin comer más de veinticuatro horas. La especialidad de Gino eran los dichosos espaguetis que hacía a mano y cortaba con un cortapasta italiano tradicional que parecía un marco de madera con cuerdas de guitarra tirantes.

—De acuerdo, pero tendrás que ponerte sin ayuda de Denny. Lo necesito.

Gino se secó las manos en el trapo que se había entremetido en la amplia cintura e hizo un señá a Denny para que se marchara.

—Vete, ya acabo yo.

Denny se acercó a Levi y le guiñó el ojo.

—Tal vez debería haberle dicho a Gino que no sé cocinar, y Rosie se dedicaría a cocinar para el bar.

Gino lo oyó. Les lanzó un grito desde el otro lado de la barra.

—Los mejores cocineros son hombres, ¡no lo olvides!

Levi se echó a reír, rodeó con el brazo los hombros de Denny y lo condujo hacia el fondo del bar.

—Oye, si se pone agresivo, ya me encargaré de él...

—No, ni mucho menos. —Denny ignoró las palabras de Levi—. De hecho, me gusta aprender cosas nuevas, y sin duda él sabe transmitir entusiasmo. No pasa nada. —Pinchó a Levi en las costillas con actitud juguetona—. Hace mucho tiempo que os conozco. No soy un mojigato. Tengo voz.

—Bien. —Levi asintió en señal de aprobación. Se había sentido un tanto extraño al ver que algunos de sus compañeros de la mafia empezaban a frecuentar el local de Denny. Al fin y al cabo, había sido «su» local preferido durante años. Pero en cuanto Levi había vuelto al negocio y reclutado a Denny para que le ayudara con ciertos temas de seguridad que la familia necesitaba, varios chicos se habían encariñado con él.

Era una combinación que divertía a Levi, porque le costaba imaginar a alguien menos italiano que Denny. Era negro, oriundo de Queens, y tenía un cociente intelectual a la altura de las personas más inteligentes del mundo. Aun así, se llevaba de maravilla con sus colegas mafiosos y, a su vez, su negocio legal estaba en auge.

Al fondo, lejos de las miradas de la sala principal, Denny apretó con el dedo un punto de la pared alicatada. Algo hizo clic en la pared y Denny empujó la puerta oculta para entrar en la trastienda secreta.



Denny escaneó fotos del caso Mendoza en el ordenador y frunció el ceño cuando, una por una, empezaron a aparecer en el monitor.

—Maldita sea, Levi. Este material es feo. Me recuerda a las imágenes de Abu Ghraib, ya sabes cuáles, las de esa cárcel iraquí que salió en todos los periódicos.

—Es cosa fea, no te lo discuto —reconoció Levi—. Solo necesito saber con qué estoy lidiando. Después de lo que me has dicho sobre cómo manipular fotos, quería que me dieras tu opinión sobre estas. Se supone que el tipo de las fotos, el que está vivo, es un agente federal.

Una nueva imagen de Mendoza apareció en pantalla y Levi hizo una mueca. Mendoza

sonreía a la cámara, con un pie plantado en la cabeza del cuerpo apaleado y desnudo tirado en el suelo de tierra.

—¿Agente federal? ¿Por qué coño iba a posar así? Supongo que hay gente para todo.

Denny tomó una foto, le dio la vuelta entre las manos, olisqueó el papel y sacudió la cabeza.

—Esto no ha salido de ningún laboratorio de fotografía. Está impreso en papel fotográfico, probablemente con una impresora de chorro de tinta de buena calidad. —Tecleaba tan rápido que sus dedos parecían volar—. Déjame ocultar partes de la foto, a ver si puedo hacer una búsqueda de imagen inversa fragmentada.

—Denny, intenta hablar cristiano un momento. ¿Qué acabas de decir?

La pantalla se convirtió en un revoltijo de imágenes que aparecían y desaparecían.

—Si tuviera una copia electrónica de la foto original, podría desmenuzarla y ver si es falsa enseguida, incluso dónde se tomó. Pero como no es el caso y la calidad de estas imágenes da asco, es difícil saber si han sido manipuladas digitalmente. Lo cual, si yo quisiera enviar a alguien una foto retocada, es lo que haría. De todos modos, he recortado un trozo del fondo y estoy escaneando todas las imágenes que encuentro en Internet para ver si hay algo que coincida, aunque sea parcialmente.

Levi incluso se enorgullecía de haber seguido su explicación hasta ahí. Observó cómo aparecían y desaparecían fotos de edificios en ruinas cerca de zonas en guerra.

—Entendido. Y si...

—¡Bingo! —Denny señaló una foto—. Coincidencia total.

Levi se inclinó hacia delante, cogió la foto original y la comparó con lo que había en la pantalla.

—Joder, es la misma escena, pero sin el agente federal. Y mira, ahí donde está el cuerpo, lo hicieron borroso para el periódico, pero quienquiera que imprimió esta foto tenía acceso al original. ¿Qué coño es esto?

Tras pulsar unas cuantas teclas, la imagen se hizo más pequeña y se vio el titular del artículo periodístico. «Explosión de un laboratorio de metanfetamina en Elmira Heights».

—Levi, la foto con el agente posando con el cadáver empieza a parecer sospechosa.

Levi se quedó anonadado al oírlo.

Denny volvió a teclear como un loco.

—Acabo de copiar la imagen del agente en esa pose. A ver si aparece en algún sitio.

Una foto de Mendoza apareció casi al instante en pantalla. Era él en la misma pose, pero, en lugar de pisar la cabeza de un hombre muerto, tenía el pie encima de una pelota de fútbol. El pie de foto anunciaba que Anthony Mendoza era el nuevo entrenador del YMCA de Queens.

—Menudo cabrón. —Levi se dio cuenta de que al mafioso que acababa de entregar al FBI le habían tendido una trampa. Pero ¿por qué demonios iba alguien a querer que un matón de banda callejera fuera tras un agente del FBI?

—¿Quieres que compruebe las demás?

Levi cerró los ojos y se recostó en la silla plegable metálica en la que estaba sentado.

—Sí. Quiero saber si alguna es real.

Mientras Denny iba tecleando en el PC, miró a Levi y dijo:

—Ah, por cierto, estoy esperando una cosa que me llegará mañana y que quiero enseñarte. Uno de mis otros clientes me pagó por adelantado una pieza a medida y resulta que su situación ha cambiado, así que ya no la necesita... Es tan rara que he pensado en ti: quizá le encuentres algún uso.

Levi rechazó la oferta.

—Ya tengo suficientes pistolas por ahora.

—No es eso. Créeme, nunca has visto nada igual.

Levi abrió los ojos y se quedó mirando la nuca de Denny.

—¿Oh?

Denny dejó una foto de Mendoza en pantalla, se levantó de la silla de un salto y dijo:

—Un momento, ahora que lo pienso, tengo que coger algo para medirme los ojos.

—¿Los ojos? —Levi observó a Denny desaparecer entre un laberinto de estanterías repletas de todo tipo de artilugios. Regresó arrastrando lo que parecía un microscopio deforme con un soporte para el mentón.

Con un gesto, Denny indicó a Levi que se acercara.

—Es un queratómetro. Sirve para medir la curvatura de la córnea, para que pueda ajustar la pieza hecha a medida a tus ojos. —Graduó el soporte para el mentón—. Pon la barbilla aquí y presiona la frente contra esta parte.

—¿Y tienes que medirme la córnea para eso? —Levi frunció el ceño antes de encogerse de hombros y colocar el mentón en el dispositivo—. Bueno, lo que tú digas.

—Creo que te va a gustar. —Denny se sentó al otro lado del instrumento óptico y ajustó unos botones—. Observa el reflejo de tu ojo y mantén el otro cerrado. —Examinó la máquina, ajustó más botones y garabateó algo en un trozo de papel—. Bueno, ya está. Te prepararé algo especial en cuanto pueda, pero vuelve mañana. He acabado la actualización de tu sombrero y creo que esos cambios también te gustarán.

Levi masculló una respuesta positiva y volvió a centrarse en la pantalla desde la que Mendoza lo observaba con expresión circunspecta. ¿Quién había tendido una trampa a Mendoza para que lo asesinaran? ¿Y quién habría tenido acceso a las imágenes borrosas de la explosión de un laboratorio de metanfetaminas?

—Bueno, la segunda foto también está trucada —afirmó Denny—. Pasemos a la siguiente.

—Me lo imaginaba —se quejó Levi.

Sus pensamientos pasaron de Mendoza a la nieta del jefe de la mafia Tanaka. Necesitaba regresar a la zona de D. C. para continuar con la investigación. ¿Había más pistas? ¿Habría contactado alguien con la madre? Tenía que volver a entrevistarla. Tal vez se le hubiera pasado algo por alto.

Y luego estaba O'Connor. Estaría esperando algo sobre el caso de Wei y Nguyen, y la única pista que tenía era un miembro del sindicato Tanaka que había desaparecido. Quizá el hermano de Yosi pudiera ayudar con respecto a eso.

El ordenador de Denny emitió un pitido y él exclamó:

—Mierda, Levi. La cuenta de Gmail de Helen Wilson acaba de recibir un mensaje con un adjunto de onda.

—¿Un adjunto de onda?

—Sí, me refiero a un archivo de sonido. Un archivo WAV. —Denny hizo clic en el ratón y se oyó la voz de una niña por los altavoces.

«Mamá, es martes y estoy bien».

A la voz de la niña la siguió el sonido de algo que presionaba contra el micrófono. A continuación, una voz sintetizada, casi robótica.

«Tienes dos semanas para reunir diez millones de dólares y transferirlos a la cuenta bancaria especificada en el correo electrónico. Si no recibimos el dinero para entonces, no volverás a ver a

tu hija».

CAPÍTULO SEIS

Ryuki Watanaba recibió a Levi cuando salió del ascensor en las Tanaka Industries. El número dos del sindicato del crimen Tanaka tenía una expresión adusta y no abrió la boca mientras conducía a Levi por la oficina casi vacía de lo que oficialmente era un negocio de importación-exportación.

Ryuki se detuvo ante una puerta que tenía el nombre del mafioso estampado tanto en japonés como en inglés, y los dos hombres entraron en un espacioso despacho. El líder de la mafia se sentó a un gran escritorio de caoba y deslizó el teléfono fijo entre los dos.

Ryuki habló en japonés, con voz tensa y abreviando las palabras.

—Desperté a mi superior en cuanto llamaste. Está esperando tu llamada. ¿Tienes los datos?

Levi asintió.

El mafioso pulsó un botón del teléfono y el tono de llamada llenó la estancia con una larga serie de tonos distintos para conectar con el número extranjero.

El teléfono sonó una vez antes de que un hombre mayor respondiera en japonés.

—Ya era hora, Ryuki. ¡Llevo más de una hora esperando!

Levi intervino.

—Tanaka-sama, lo siento mucho. Soy Levi Yoder y el retraso es culpa mía. He encontrado mucho tráfico a esta hora del mediodía.

—Ryuki me ha dado la noticia. Quiero oírla directamente.

—Entendido. Está en inglés. ¿Quiere que...?

—No, soy capaz de entender, gracias.

Levi subió el volumen de su móvil y reprodujo la grabación que había hecho en el taller de Denny.

«Tienes dos semanas para reunir diez millones de dólares y transferirlos a la cuenta bancaria especificada en correo electrónico. Si no recibimos el dinero para entonces, no volverás a ver a tu hija».

El rostro de Ryuki no dejó traslucir emoción alguna durante la reproducción del mensaje. Durante un momento que se hizo largo, lo único que se oyó por el manos libres fue la respiración pesada del jefe de la mafia. Luego dijo una única palabra que Levi no comprendió. ¿Algo de jerga japonesa? ¿Una palabra en código de la mafia?

Ryuki respondió con un «Hai» e inclinó la cabeza hacia el teléfono a modo de reconocimiento.

—Yoder-san, ¿había algo más en el mensaje?

—Sí, la niña. Dejó un mensaje para su madre.

—Ah, ¿lo tienes? Nunca he oído la voz de mi nieta.

—Sí. —Sin pensárselo dos veces, Levi inclinó la cabeza hacia el teléfono. Rebobinó la grabación hasta el comienzo y la acercó al aparato.

«Mamá, es martes y estoy bien».

La línea quedó en un silencio fantasmagórico durante unos segundos que se hicieron eternos.

—Así que esa es mi única heredera. —La emoción tensa que destilaba la voz del jefe de la mafia estremeció a Levi—. Yoder-san, este asunto me toca demasiado de cerca como para tomar decisiones juiciosas. Quiero que me aconsejes. ¿Qué harías si fuera tu hija?

—Aniquilaría a los responsables —respondió Levi sin vacilaciones.

La expresión impertérrita de Ryuki se resquebrajó y dedicó un asentimiento aprobatorio en dirección a Levi.

—Pero no me precipitaría —continuó Levi—. Necesitamos más información.

—¿Y cómo piensas obtener esa información?

—Tanaka-sama, pensaba preguntarle a Ryuki al respecto, pero tengo algunos recursos... información del FBI estadounidense. Están buscando a Kiyoshi Ishikawa, quien consideran que forma parte de su negocio. No sé la verdad, pero...

—Ryuki —La voz de Tanaka sonó fuerte por el altavoz, lo cual le dio un tono autoritario—. ¿Te suena ese nombre?

—Sí. —Ryuki asintió y empezó a pasar fichas de una caja pequeña—. Pidió permiso para regresar a Japón a visitar a su padre enfermo y se lo di. Tengo su dirección en Ryogoku. —Sacó una ficha y la deslizó por el escritorio en dirección a Levi. Mostraba la dirección del padre, en japonés.

Levi asintió.

—Tanaka-sama, tengo a gente de confianza que me ayuda, pero el FBI cree que Ishikawa-san ha matado a dos de sus agentes. Me han advertido que no investigue el secuestro de su nieta. Dicen que ya se encargan ellos, pero... Bueno, no me gustaría pensar que el FBI pueda estar detrás de esto, pero me parece interesante que algunos de los implicados estén al corriente del origen familiar de su nieta y de la relación de Ishikawa con ella. Tal vez...

—¿Crees que se aprovechan de mi nieta para llegar a Ishikawa?

—No sé. Pero me gustaría interrogarlo. Y sería preferible que fuera yo a Japón a hacerlo, porque es probable que Ishikawa corra peligro si vuelve.

—Ryuki, dale a Yoder-san permiso para utilizar el avión. Intentaré estar de vuelta en Tokio para ocuparme de ello pero, por si no llego a tiempo, dispón los preparativos para su llegada.

—Hai. —Ryuki asintió hacia el teléfono y miró a Levi—. Llamaré para que carguen el avión de combustible. ¿Cuánto tardarás en estar preparado?

Levi consultó su reloj. Eran las tres de la tarde... la gente aún estaba en el trabajo.

—Tengo que hacer unas cuantas llamadas. Siempre y cuando no tenga problemas con mis contactos, puedo estar listo en una hora más o menos. Pero no tengo muda de ropa ni...

—Ryuki dispondrá todo lo que necesites a tu llegada. No tenemos tiempo que perder.

Levi se levantó.

—De acuerdo, saldré a hacer unas llamadas.

—Yoder-san, tengo muchas ganas de conocerte en persona.

—Yo también, Tanaka-sama. Yo también.



Levi se encontraba en el exterior del One World Trade Center y tuvo que apartarse el teléfono de la oreja varios centímetros para que los gritos de O'Connor no lo dejaran sordo.

—¡Y un cojón, te vas a marchar del país!

Levi sacudió la cabeza mientras caminaba de un lado a otro. Tenía que evitar que el FBI interviniera y, aunque viajara en un *jet* privado, tendría que pasar por la aduana al llegar, y estaba convencido de que el FBI la armaría gorda si de repente su pasaporte emitía una alerta al detectarse que había aterrizado en Japón.

—Escúchame —le dijo—. Me importa un carajo quién se cargó a tus agentes. Vosotros sois quienes me pedisteis que investigara esos incidentes. Os entregué al asesino de Mendoza y ¿ahora me decís que no se me permite seguir las pistas?

—Tienes suerte de que el ADN que obtuvimos de ese mafioso encaja con el del asesino de Mendoza. Mi supervisor está contento, pero dejaste al tío hecho un cromó. Todavía está en el hospital.

—No sé de qué hablas. Ese tío ya estaba así cuando lo vi.

—Sí, seguro. Explícamelo otra vez, ¿por qué Japón?

—¿Te has tomado la molestia de mirar las pruebas del caso Nguyen y Wei? —Levi se apoyó en la pared cerca de la entrada del rascacielos. Hombres y mujeres trajeados iban y venían—. Uno de los fragmentos de bomba tenía una huella latente que encajaba con una entrada de la IAFIS. Tengo información sobre el paradero de ese hombre, y resulta que está en algún lugar de las afueras de Tokio. Sus contactos en la mafia lo protegen. Así pues, si piensas que puedes ir allí a pescarlo, adelante. De lo contrario, parece que tendré que hacerte yo el trabajo sucio.

—No estamos autorizados a seguir a sospechosos en territorio extranjero.

—Pues entonces deja de tocarme los cojones. Quizá no tenga otra oportunidad más adelante. Tal vez pueda darle motivos para que regrese a Estados Unidos...

—¿Cómo piensas montártelo?

—Déjame a mí. Lo único que pido es que no salte la alarma si aterrizo en Japón. ¿Tengo permiso para seguir la pista o no?

—No puedo autorizar que un testigo cooperante salga del país.

Levi apretó los dientes y respiró lentamente intentando mantener la calma.

—¿Y quién puede?

—Te llamo en un cuarto de hora.

Se hizo el silencio en la línea.

A Levi le habría gustado pasar a ver a Denny a continuación, pero dudaba poder contactar con él. El genio de la electrónica había detectado un intento de jaqueo a uno de sus cortafuegos y había cerrado todos sus sistemas a cal y canto. Probablemente ahora estuviera en una de sus salas silenciosas, un lugar protegido de toda señal electrónica. Allí era donde realizaba sus labores más arriesgadas, que Levi no entendía ni por asomo.

Levi se desplazó por una serie de números de contacto que Denny le había dado, encontró el que buscaba y pulsó el botón de llamada. El teléfono sonó una... dos veces... y entonces respondió una voz femenina:

—Oficina de Asuntos Públicos, Federal Bureau of Investigation.

—Hola, estoy intentando contactar con Nick Anspach, A-n-s-p-a-c-h. Es bastante importante y está en la oficina de campo del D. C. o en el laboratorio principal de Quantico. ¿Puede ayudarme?

—Señor, ¿de parte de quién le digo?

—De parte de Levi Yoder.

—Un momento, señor. —Tras dejarlo en espera medio minuto, la operadora volvió a hablar —: Señor, le paso la llamada.

El teléfono sonó una vez y entonces se oyó la suave voz de Nick.

—¿Señor Yoder? Estoy un tanto sorprendido de oírle.

—Por favor, llámeme Levi. A decir verdad, yo tampoco pensaba que lo llamaría, pero las circunstancias son las que son. Voy a pedirle algo que quizá no esté contemplado, pero la vida de una niña está en juego. Necesito su ayuda.

—Um... de acuerdo. No puedo prometerle nada. ¿Qué quiere saber?

—Hace unos días secuestraron a una niña de cinco años en el apartamento de su madre en Maryland. Un familiar de la víctima me contrató para que la busque y, a decir verdad, el caso Nguyen y Wei consume todo mi tiempo. Pero, cuanto más tiempo esté la niña desaparecida, menos posibilidades habrá de encontrarla viva. He pensado que, como usted es analista forense, quizá pueda ayudarme a seguirle el rastro.

Anspach guardó silencio durante varios segundos antes de responder.

—Creo que no puedo ayudarlo oficialmente. —Su tono le dio a Levi la impresión de que podía haber un «pero» a continuación—. Todo análisis formal de una escena tendría que pasar por los canales habituales. Aunque... si es un secuestro y la víctima puede haber sido trasladada a otros estados, quizá el FBI ya esté implicado. En tal caso, sí que podría hacer algo.

—El FBI está implicado pero, por motivos obvios, no comparten conmigo lo que saben. Solo quiero que se encuentre a la niña con vida, da igual si soy yo u otra persona. Y quizá tenga información que pueda ayudar.

—¿Ah sí? ¿Como qué?

Levi explicó que la niña era hija de una empleada del FBI, que había rastreado la furgoneta de Domino's hasta un aparcamiento, que existían imágenes de vídeo de un todoterreno negro saliendo a toda velocidad de la escena, en dirección norte.

—Levi, no estoy al corriente del caso pero, si tiene esas grabaciones de seguridad, aquí contamos con especialistas en la mejora de imágenes de vídeo. Nunca se sabe, igual conseguimos identificar una matrícula.

—Ahora mismo no tengo las cintas, pero probablemente pueda conseguirlas...

A Levi le entró otra llamada. Era O'Connor.

—Escuche, tengo al agente O'Connor al teléfono. Miraré de obtener esas cintas, pero ahora tengo que dejarle.

Levi cambió de línea y la voz ronca de O'Connor volvió a sonar.

—Señor Yoder, tiene usted un ángel de la guarda. Mi supervisor le ha dado el visto bueno a su viaje. Llámeme en cuanto aterrice en territorio extranjero. Da igual la hora que sea.

—Oído. Lo mantendré informado. —Levi colgó.

En ese momento, Ryuki salió del edificio. Miró en derredor, vio a Levi y se le acercó.

—Yoder-san, están llenando el depósito del *jet* y ya tenemos el plan de vuelo. ¿Tienes todo lo que necesitas?

Levi se dio una palmada en el bolsillo del pecho de la americana y palpó el pasaporte y la pistola en la cartuchera del hombro.

—Tengo el pasaporte y también llevo dos pistolas y unos cuantos puñales.

Ryuki le dio una palmada en el hombro.

—No esperaba menos de ti. No tienes de qué preocuparte. Tu seguridad está garantizada.

Condujo a Levi hacia Fulton Street, donde una gran limusina negra paró junto a la acera. Un hombre alto y musculoso, con un cuello casi tan grueso como el muslo de Levi, salió del asiento

del pasajero delantero y abrió la puerta trasera.

Ryuki estrechó la mano de Levi y dijo con voz queda:

—Puedes dejarle las armas al piloto para que te las custodie. Es un miembro de confianza de la organización. ¿Tienes alguna pregunta?

—O sea, ¿me subo al avión y cuando llegue habrá alguien allí para recibirme y llevarme ante Ishikawa-san?

—Sí, mi superior también quiere conocerte. Lo que no sé a ciencia cierta es si será antes o después de tu reunión con Ishikawa-san. —Ryuki volvió a ponerle a Levi la mano en el hombro y se inclinó hacia él—. Te tratarán como a un invitado de honor. No tienes de qué preocuparte.

Levi asintió y entró en el cavernoso compartimento trasero del Mercedes Maybach nuevo. En cuanto el grandullón cerró la puerta tras él cuidadosamente, le embargó el olor a cuero caliente.

Levi se recostó en el cómodo asiento y se preguntó qué relación habría entre Ishikawa y el secuestro de June Wilson.



El altavoz de la cabina del avión cobró vida y el piloto habló en un inglés casi sin acento extranjero.

—Señor Yoder, nos estamos aproximando al aeropuerto de Narita y el aterrizaje está previsto para dentro de unos quince minutos. Serán las 18.35, hora local. La temperatura es de seis grados centígrados. Nuestro contacto en la terminal informa de que el señor Tanaka no podrá recibirlo hasta mañana por la mañana, pero que ha dispuesto que algunos de sus hombres le acompañen a la ciudad.

El altavoz se apagó y el Gulfstream G650ER giró ligeramente. El sonido del descenso del tren de aterrizaje resonó por la cabina.

La última vez que Levi había estado en un jet privado había sido al sobrevolar territorio ruso en compañía de dos agentes de la CIA cuando dejaban una instalación militar oculta en Siberia. Tenía la impresión de que había sucedido en otra vida.

Este jet era mucho más lujoso que aquel, el equivalente al despacho de un ejecutivo en las alturas. A Levi le dio por pensar en la cantidad de dinero que debía de generar aquel sindicato del crimen si podía permitirse no solo poseer un jet como ese, sino realizar con él un vuelo sin escalas hasta Tokio con un solo pasajero.

Mientras el avión descendía, la presión se ajustó en la cabina y Levi cerró los ojos. Odiaba reconocerlo, incluso para sus adentros, pero los aterrizajes siempre lo ponían nervioso.



En cuanto Levi puso el pie en la escalera que habían acercado hasta el jet, le asaltó una brisa fría impregnada del olor a gasolina. Hacía frío suficiente para soltar vaho por la boca.

Al pie de la escalera le aguardaban cuatro hombres japoneses vestidos de forma idéntica, de edades comprendidas entre los treinta y muchos y los cincuenta y pocos.

Dada la frenética actividad en la pista, era fácil comprobar que el de Narita era uno de los aeropuertos internacionales con mayor número de viajeros del mundo. Levi leyó en una ocasión

que cada día pasaban por él más de cien mil pasajeros. Incluso en aquella zona destinada a aeronaves privadas, había aviones despegando y aterrizando sin cesar. No era de extrañar que los hombres que trabajaban en las pistas llevaran protectores para los oídos.

El hombre de mayor edad del grupo que recibió a Levi dio un paso adelante y le dedicó una profunda reverencia, que él le devolvió. Se fijó en que le faltaban dos nudillos de la mano izquierda. Siempre tenía presente que trataba con la Yakuza y, por lo que le habían contado, el sindicato Tanaka tenía fama de ser especialmente despiadado.

—Señor Yoder —dijo el hombre, con un acento marcado—. Soy Hirofumi Hidetada, pero puede llamarme Harry.

—Solo si me llama Levi. —Levi le dedicó una sonrisa y a Harry se le iluminó el semblante.

Harry hizo una seña hacia sus tres acompañantes.

—He venido con Daishi, que responde al nombre de David, Chujiro, que prefiere que lo llamen Charlie, y Akinori, que se hace llamar Alan.

Levi se inclinó con respeto ante cada uno de ellos y empezó a hablar en japonés, lo cual provocó una reacción inesperada del grupo.

—Por favor —dijo Harry con expresión pesadosa—. ¿Podemos hablar en inglés esta noche? Está previsto que empecemos a trabajar para el señor Watanabe en Estados Unidos el año que viene, así que nos gustaría poder practicar con alguien...

—Lo entiendo perfectamente. —Levi levantó el pulgar en señal de aprobación. Consultó la hora—. Son casi las siete. ¿Qué plan tenemos?

Harry señaló una limusina que esperaba.

—Nos han dicho que viviste en Japón, así que el jefe nos ha sugerido que te enseñemos algo especial. Enfrente de tu hotel está el lugar perfecto. Vamos a asistir a una cena Burns.

—¿Cena Burns? ¿Qué es eso?

Los cuatro hombres esbozaron una sonrisa y Harry dijo:

—Ya lo verás. Creo que te gustará.



Justo cuando June estaba a punto de acostar a la muñeca de trapo con ella, la habitación quedó a oscuras y al niña soltó un grito de sorpresa. Las cadenas de la puerta de metal situadas en lo alto de la escalera tintinearón.

Se estremeció porque aquello solo podía significar una cosa.

Venía el hombre robot.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde la última vez, solo sabía que tenía hambre y que hacía mucho que no comía. Por fin comería algo.

Las escaleras crujieron y se oyeron unos pasos acercándose.

—Te traigo algo de comer y ropa nueva.

La voz sonaba directamente delante de ella, pero June no veía nada de nada.

—Gracias, señor robot. ¿Cuándo podré ver a mi madre?

—Pronto. Seguramente muy pronto.

June notó que una mano fría la sujetaba por el tobillo y ahogó un grito.

—No te muevas y te pondré esto.

—Vale, no me moveré —repuso June con voz temblorosa.

El hombre-robot le sujetó el tobillo con más fuerza y le introdujo el pie en algo. Hizo lo

mismo con el otro pie, y luego le pasó los brazos por los huecos de lo que parecía una camisa o chaleco. Pesaba mucho.

El hombre-robot presionó algo en la espalda de la prenda y una luz roja diminuta, del tamaño de una cabeza de alfiler, se encendió en la parte delantera.

—No intentes quitarte esto. Así sé que te portas bien. Además, no te acerques a la escalera ni intentes quitártelo. Si haces eso, tu madre no volverá a verte. ¿Entendido?

June asintió con fuerza.

—Juro que nunca, nunca me lo quitaré.

El hombre robot le tocó la mejilla con una mano fría.

Y acto seguido se marchó.

Las luces volvieron a encenderse con un parpadeo y vio una caja de cartón llena de comida y bebida. Más sándwiches industriales de crema de cacahuete y gelatina de uva, junto con zumos y cartones de leche entera.

Bajó la mirada y vio que lo que llevaba no era una camisa, sino más bien un chaleco salvavidas como el que ella y mamá se ponían cuando iban en barco, con la diferencia de que este tenía agujeros para las piernas. Aunque hubiera querido quitárselo, no habría sabido cómo. Pasó los dedos por la lona color verde oliva y notó cables por debajo del tejido.

¿Cuánto tiempo tendría que llevarlo?

La voz del robot resonó en su interior: «Si te lo quitas, tu madre no volverá a verte».

June hizo un juramento.

—Nunca me lo quitaré. Pase lo que pase.

Cogió un sándwich medio congelado, lo desenvolvió y dio un mordisco.

Parpadeó para ahuyentar las lágrimas. Se había jurado que no volvería a llorar. Nunca más.

Sin embargo, al pensar en su madre sola en casa sin ella, empezaron a brotarle las lágrimas.

CAPÍTULO SIETE

Levi había estado en Japón en una fase muy distinta de su vida. Estaba de luto por la muerte de su esposa y se había abocado al mundo de las artes marciales. Pasó una buena temporada en un *dojo* de karate, durmiendo en el suelo en la trastienda. Se esforzó por aprender el idioma y no se mostró muy sociable, lo cual lo mantuvo alejado de los demás.

En Japón existe un ritual llamado *nomikai*, una costumbre orientada a que los empleados o compañeros de equipo estrechen vínculos después del trabajo. Suele consistir en ir a un bar o restaurante donde sirven bebidas y la gente se relaja. Por aquel entonces, Levi estaba de todo menos relajado; tenía muchos quebraderos de cabeza. Solo congeniaba con una persona; era joven, seguramente ni siquiera llegaba a los veinte años, pero también era un poco taciturno y solitario, y ayudó a Levi a aprender japonés. Pero incluso entonces, en las pocas ocasiones en las que salía, solía ir a un combate de sumo, nunca a beber.

Así pues, cuando se encontró sentado con cuatro mafiosos japoneses en la sala del O'Shaughnessy's, un pub escocés situado en pleno centro de Tokio, no pudo evitar sonreír.

Los cuatro hombres dieron unos buenos tragos a sus jarras de BrewDog, una cerveza escocesa que parecía gozar de popularidad entre sus compañeros, mientras Levi se tomaba un agua de Seltz.

Harry señaló a Levi con la jarra.

—¿Seguro que no quieres una copa? La cena corre a cargo del jefe.

Levi entrechocó su vaso con la jarra de Harry y negó con la cabeza.

—Soy alérgico al alcohol. Me sienta mal.

—Cuánto lo siento. Debe de ser un engorro.

—He aprendido a acostumbrarme.

Lo cierto era que, aunque Levi podía beber alcohol, su cuerpo no lo asimilaba bien. Tendía a subirle enseguida, lo dejaba atontado durante unos minutos y luego le provocaba dolor de cabeza. No era una experiencia agradable.

Levi miró en derredor. El local era grande, cuatro mil metros cuadrados tranquilamente, con otras veinte mesas, todas con gente hablando y bebiendo cerveza. Resultaba obvio que todos esperaban el inicio de algún acto. Partió un trozo de pan de la hogaza que habían dejado en la mesa y se lo metió en la boca. Todavía estaba caliente y tenía un fuerte sabor a centeno. Cogió otro trozo del pan de centeno crujiente y señaló a los demás con él en la mano.

—¿Vosotros conocéis a Kiyoshi Ishikawa?

Dos de los gánsteres negaron con la cabeza, pero Charlie, que parecía el mayor, asintió.

—*Hai*. Nos criamos en casas contiguas.

—¿Qué tal es?

—¿Por qué lo quieres saber? —preguntó Harry.

Levi se encogió de hombros.

—Se supone que voy a ir a verlo y le haré unas preguntas. Es un asunto privado, solo quiero comprender...

Una gaita sonó desde el fondo de la sala y todos los clientes se levantaron y aplaudieron cuando apareció el gaitero, seguido de otros dos hombres vestidos con falda escocesa.

Uno de ellos llevaba una gran bandeja de plata con la salchicha más grande que Levi hubiera visto en su vida. Los camareros enseguida llenaron vasos y jarras, la clientela aplaudía entusiasmada y Levi se dejó llevar por el ambiente festivo.

Los clientes, japoneses en su mayoría, estaban cautivados por todo aquello, y la bandeja se dejó en una mesa reservada en el centro del comedor.

Un hombretón, aparentemente escocés, con una gran barba pelirroja, se subió a la mesa. La multitud de casi doscientos comensales calló de inmediato y se quedó a la expectativa.

Con ademán ostentoso, el hombre extrajo un cuchillo de una funda que llevaba a la cintura y señaló hacia el asado en forma de salchicha que tenía delante. Se volvió lentamente para dirigirse al gentío y anunció con un retumbo de voz:

—Ha llegado el momento de echarle mano al *haggis*.

De repente, Levi entendió lo que veía. Había oído hablar del *haggis*, una especie de morcilla hecha con cordero, harina de avena y especias, embutida en tripa de cordero o algo parecido, pero nunca lo había probado. Diantre, no había visto un *haggis* en su vida. Y lo cierto es que no había imaginado que lo probaría, y mucho menos en Japón.

La voz del escocés retumbó en la sala.

Fair fa' your honest, sonsie face,

Great chieftain o' the pudding—race!

Aboon them a' ye tak your place,

Painch, tripe, or thairm:

Weel are ye wordy o'a grace

As lang's my arm.

The groaning trencher there ye fill,

Your hurdies like a distant hill,

Your pin wad help to mend a mill

In time o'need,

While thro' your pores the dews distil

Like amber bead.

His knife see rustic Labour dight,

An cut you up wi ready slight,

Trenching your gushing entrails bright, Like onie ditch;

And then, O what a glorious sight,

Warm—reekin, rich!

Levi apenas entendía una palabra de lo que el hombre decía, pero observó fascinado cómo pinchaba la morcilla y la estrujaba hasta que toda la carne salió de la tripa. Daba la impresión de que acababa de destripar a una víctima.

Mientras el hombre continuaba «echándole mano al *haggis*», a Levi le llegó un mensaje al teléfono.

Era Denny.

Imagino que querrás saberlo.

Anoche la policía estatal de Maryland emitió una orden de búsqueda del todoterreno negro robado.

Hace unos veinte minutos, los escáneres policiales informaron de una explosión justo en el exterior de White Oak, Maryland. Los agentes que acudieron al lugar confirmaron que los restos carbonizados pertenecían al todoterreno robado.

Los pensamientos se agolparon en la mente de Levi. Si la policía estaba allí, entonces seguro que un equipo forense también se había desplazado a la zona. Era difícil tener la suerte de que fuera el mismo coche del vídeo, pero...

Respondió rápidamente con un mensaje.

*Ye Pow'rs, wha mak mankind your care,
And dish them out their bill o' fare,
Auld Scotland wants nae skinking ware
That jaups in luggies;
But, if ye wish her gratefu' prayer.*

El hombre alzó la bandeja con gesto triunfal y bramó un último verso:

Gie her a haggis!

Todos los presentes estallaron en aplausos y los camareros empezaron a servir la cena en bandejas.

Harry dio un codazo a Levi y sonrió.

—¿Qué te ha parecido?

Levi le devolvió la sonrisa.

—No he entendido ni una palabra, pero ha sido fantástico.

Harry levantó la jarra y los cuatro hombres brindaron repitiendo lo que decía mucha gente en las otras mesas:

—¡Por el *haggis*!

Levi se pasó la cena riendo y disfrutó de la compañía de los hombres. Pero durante todo ese tiempo tuvo la cabeza en otro sitio, pensando en una niña de cinco años que probablemente estuviera muerta de miedo... o algo peor.



El ascensor del edificio Tanaka emitió un *ding* al llegar a la última planta. Las puertas se abrieron y Levi fue recibido por dos hombres trajeados de expresión seria.

—Señor Yoder. —El hombre de la derecha se le dirigió en japonés e hizo un movimiento ascendente con las manos—. Por favor, no lo tome como una falta de respeto, pero...

—Lo entiendo.

Levi levantó los brazos y el hombre de su izquierda lo cacheó bajo la atenta mirada de su compañero. Cuando el primer hombre terminó, se intercambiaron y el segundo lo cacheó

también.

Los hombres condujeron a Levi por un pasillo bien iluminado. A diferencia de las oficinas de Ryuki en Estados Unidos, el interior del edificio Tanaka estaba decorado al estilo occidental. Paneles de madera oscura con obras de arte que parecían copias de maestros como Rembrandt y Picasso.

O quizá no fueran copias...

Se detuvieron ante una puerta doble y uno de los hombres llamó con determinación.

—Adelante —respondió una voz desde el interior.

Los hombres acompañaron a Levi a un despacho en el ático desde el que se disfrutaba de una vista de trescientos sesenta grados de Tokio. Columnas de estanterías contenían fotografías, libros y objetos varios que otorgaban un aire hogareño a la espaciosa oficina.

Un hombre se levantó desde detrás de un imponente escritorio de madera, casi todo negro pero con unas cuantas vetas de marrón muy oscuro y que brillaba de tan pulido que estaba.

—Yoder-san, es un gran placer para mí verle en persona después de oír hablar tanto de usted.

Levi se inclinó educadamente.

—El placer es mutuo. Tengo una pregunta, si no le importa. ¿Cómo se le ocurrió mandar buscarme? Creo que no nos hemos visto nunca y tengo buena memoria para esas cosas.

El jefe de la mafia sonrió y suavizó un tanto la actitud. Se volvió hacia los dos matones que estaban apostados en el umbral.

—Marchaos, os llamaré cuando acabemos.

Los hombres hicieron una inclinación de cabeza y se marcharon cerrando las puertas tras de sí.

Shinzo Tanaka se apartó del escritorio e indicó a Levi con un gesto que lo siguiera hacia una de las estanterías.

—Venga. Dígame si ve algo que le resulte familiar.

Levi se acercó a la librería, que era de la misma madera que el escritorio. Contenía la versión traducida al japonés de docenas de clásicos encuadernados en cuero. Levi se fijó en *1984*, *El color púrpura*, *Fahrenheit 451*, *Matar a un ruiseñor* y *El hobbit*.

Quedaba claro que Tanaka tenía predilección por la literatura occidental.

En otras estanterías había fotos de Tanaka acompañado de otras personas, probablemente políticos o peces gordos.

A Levi le atrajo una foto en concreto. Estaba en el centro de una estantería, en un lugar prominente, y mostraba a Tanaka, más joven, rodeando con el brazo a un niño. Un niño que le resultaba familiar.

Levi recordó enseguida el *dojo* en el que había estudiado hacía más de doce años. Pensó en su único amigo allí, el chico solitario que nunca le dijo su apellido, solo su nombre de pila.

«Jun».

Y entonces todo cobró sentido.

El niño de la foto era el Jun del *dojo*.

La hija de Helen Wilson se llamaba June, nombre que se pronunciaba igual.

Shinzo Tanaka lo rodeaba con el brazo...

«¿Jun Tanaka?».

Enigma resuelto.

Jun nunca habló de su familia y Levi supuso que era huérfano, así que nunca le pidió más detalles.

Levi se volvió hacia el señor Tanaka, que permanecía impertérito.

—Usted es el padre de Jun. No lo sabía.

Shinzo asintió y su rostro reflejó un torrente de emociones: tristeza, orgullo, ira. Y entre todas ellas, determinación.

—Mi hijo, le dije que no usara su nombre verdadero. No quería que corriera peligro por culpa de mi reputación. Seguro que lo entiende.

—*Hai*. —Levi hizo una ligera inclinación de cabeza sin pensárselo dos veces. Era fácil recuperar las viejas costumbres—. Lo entiendo a la perfección. ¿O sea que fue Jun quien le habló de mí?

Una sonrisa asomó al rostro del hombre mayor. Posó una mano en el hombro de Levi.

—Sí, me lo contó todo sobre el americano. También me contó que eras un hombre de honor poco común, y creía que te habían despedido de una familia de la mafia, situación similar a la de él. Para protegerte.

—Bueno, no fue así exactamente.

—Lo sé. —Shinzo le dio una palmada en la espalda—. Por aquel entonces ya investigué para saber con quién había entablado amistad mi hijo. Hacía años que quería conocerte y darte las gracias por ayudar a mi hijo en sus años más duros. Me entristece que no nos hayamos conocido en mejores circunstancias.

Levi asintió.

—Haré todo lo posible por encontrar a su nieta. Y, si no le importa, ¿puedo hacerle una pregunta? Quizá esté fuera de lugar, pero está relacionada con *Ishikawa-san*.

Shinzo se acercó a su escritorio e invitó a Levi a tomar asiento.

—Adelante.

—El FBI dice que *Ishikawa-san* dejó huellas en una bomba que mató a dos de sus agentes. Agentes a quienes correspondía investigar el tráfico sexual infantil. ¿Existe alguna posibilidad de que *Ishikawa-san* esté implicado en eso?

La pregunta de Levi quedó peligrosamente suspendida en el ambiente. Acababa de sugerir que el negocio de Tanaka sacaba beneficios del tráfico sexual infantil.

El mafioso se sonrojó e hizo una mueca de repulsión.

—Soy muchas cosas... muchas cosas, pero no trafico con niños. He oído decir que muchos italianos ven con malos ojos que las mujeres participen en sus negocios, ya sea de forma activa o pasiva. Pues bien, una de mis reglas es no implicar a niños de ninguna de las maneras. ¿Está claro?

—Siento haberle ofendido...

—¡No! —Tanaka dio un puñetazo en el escritorio, entrecerrando los ojos—. No eres tú quien me ofende. Si *Ishikawa* ha hecho algo de ese estilo para deshonor de mi negocio, yo mismo me encargaré de él.

Levi se sintió aliviado al ver que la ira de aquel hombre tan poderoso no iba dirigida a él y exhaló un suspiro, sin ser consciente de que había estado conteniendo la respiración.

—Con su permiso, me gustaría entrevistarle lo antes posible.

—Adelante. —Shinzo pulsó un botón del teléfono y los dos hombres que habían acompañado a Levi al despacho reaparecieron—. *Ichiro*, *Kenzo*, llevad a *Yoder-san* a la dirección que os di antes. Tiene que recabar información sobre *Ishikawa Kiyoshi*. Ayudad a *Yoder-san* en todo lo que necesite. ¿Entendido?

—*Hai*. —Ambos hombres aceptaron la petición de su superior con una profunda inclinación de cabeza.

Levi se levantó y también inclinó la cabeza hacia el jefe de la mafia. Tanaka le devolvió el

gesto con un asentimiento.

Ya era hora.



Los hombres de Tanaka acompañaron a Levi al complejo de apartamentos de Ryogoku. La última vez que Levi había estado en la ciudad, él y Jun habían ido a ver un combate de sumo.

Era casi mediodía cuando entraron en uno de los bloques. El olor a humedad era intenso en el pasillo mal iluminado, y lo condujeron hacia una escalera con menos luz todavía. El edificio en sí se veía en bastante buen estado, pero olía a cerrado. El olor a humedad se intensificó al bajar al sótano.

—¿Aquí vive alguien? —preguntó Levi.

—No —repuso uno de los hombres. Se sacó un juego de llaves del bolsillo y abrió una puerta de metal situada al pie de las escaleras—. El jefe reserva este edificio para usos especiales. Como el de hoy.

Las bisagras emitieron un chirrido estridente cuando los hombres abrieron la puerta empujando con fuerza; esperaron a que Levi entrara.

Cruzó el umbral y observó el espacio. Era una gran sala diáfana con apenas nada aparte de dos hombres que estaban de pie, al fondo. Los separaba una distancia de dos metros e iban arremangados, lo cual dejaba al descubierto varios tatuajes intrincados. Las camisas blancas abotonadas quedaban deslucidas por unas manchas de sangre fresca.

Había un hombre entre los dos desplomado en una silla, con los brazos atados a la espalda y el cuerpo amarrado a la silla, clavada al suelo.

Era obvio que le habían dado una paliza.

En una mesa cercana había instrumentos de tortura: tenazas, martillos, cinceles, algo que parecía una picana, y un sacacorchos cromado de aspecto especialmente aterrador. Unas cajas de gasa estéril, alcohol, un juego de jeringuillas y sales aromáticas completaban la colección.

Esos Yakuza no se andaban con chiquitas.

Los dos hombres inclinaron la cabeza y retrocedieron varios pasos cuando Levi se les acercó.

—¿Ishikawa-san? —les preguntó Levi señalando al hombre inconsciente.

—*Hai* —respondieron.

Durante unos instantes, Levi se compadeció de Ishikawa. Había recibido una paliza a manos de dos componentes de su propia mafia y seguramente ni siquiera sabía por qué. Los hombres que lo habían apaleado probablemente tampoco lo supieran; Shinzo Tanaka se había limitado a pedir que ablandaran a Ishikawa antes de la llegada de Levi. Para facilitarle las cosas. Para que todo fuera más rápido.

Pero entonces Levi se recordó a sí mismo que lo más seguro era que aquel tipo estuviera envuelto en asuntos de prostitución infantil. Su compasión se desvaneció.

Cogió una cápsula de sales aromáticas de la mesa, agarró a Ishikawa por el pelo y le levantó la cabeza. Le salía sangre de un corte en el puente de la nariz. Levi le plantó la cápsula debajo de la nariz y la abrió. El intenso olor a amoníaco emergió y el mafioso intentó apartar la cara, pero Levi lo tenía inmovilizado.

Ishikawa abrió los ojos y Levi le dio un bofetón en la mejilla.

—Despierta. Tengo preguntas que hacerte.

El hombre parpadeó rápidamente, no del todo consciente. Cuando Levi volvió a presionar el

cóctel químico bajo la nariz del mafioso, Ishikawa gruñó en japonés:

—Estoy despierto, estoy despierto.

Levi tiró la cápsula usada al suelo y se sentó sobre los talones delante de Ishikawa. El hombre tenía una cicatriz que le recordaba a Anspach, pero más reciente. Tenía parte de la oreja como mordida, y la mejilla y la sien presentaban las cicatrices rosas típicas de las quemaduras graves.

—Kiyoshi —dijo Levi—. El señor Shinzo Tanaka me ha enviado a hablar contigo. Espero obtener respuestas.

A pesar de la paliza que ya había recibido, Ishikawa empalideció ante la mención del jefe del sindicato Tanaka. Asintió con rapidez y dijo en tono suplicante:

—Haré lo que haga falta.

—Solo necesito la verdad. Háblame de la bomba que pusiste.

El hombre adoptó una expresión de pánico y miró a uno y otro lado. Levi se estaba planteando qué tendría que hacer para conseguir que el hombre hablara cuando Ishikawa abrió unos ojos como platos al recordar la escena.

—Yo solo intentaba entrar en el edificio —explicó—. No sabía que había un escape de gas. No tenían que haber muerto, no era mi intención. Los niños estaban...

—Un momento. ¿Qué niños?

Ishikawa ladeó la cabeza.

—La escuela. Era tarde cuando intenté entrar a hurtadillas, y debió de saltar una chispa y el edificio explotó. No sabía que quedaba gente dentro.

Levi frunció el ceño y observó la expresión del hombre.

—¿Dónde estaba la escuela?

—¿No lo sabes?

—¿Dónde estaba la escuela? —bramó Levi a voz en grito.

—En Virginia Occidental. En un pueblo llamado Chelsea.

Levi se levantó y empezó a caminar de un lado a otro delante de Ishikawa.

—Cuéntame más.

—Recibí un chivatazo de que había dinero en la oficina de la escuela primaria. Más de diez mil dólares recogidos en un acto benéfico. Olí algo al acercarme al edificio, debió de ser el gas. Debería haberme dado cuenta, pero...

—¿Esa es la única explosión en la que estuviste implicado?

Una gran sorpresa se reflejó en el rostro de Ishikawa.

—S... sí.

—¿Qué hora era cuando entraste en la escuela?

Ishikawa frunció el ceño.

—Era de noche, de eso no hay duda. Creo que más de las diez, pero antes de medianoche. Y cuando forcé la puerta, debí de provocar un chispazo...

Levi se apartó de Ishikawa, marcó un número con el modo de marcación rápida y se acercó al teléfono al oído.

Denny respondió al primer tono.

—Hola, Levi, ¿qué tal?

—Necesito que hagas el seguimiento de una cosa. ¿Puede ser ahora mismo?

—Por supuesto, un momento... estoy en la barra. Oye, Rosie, voy a la trastienda. Un segundo, Levi.

Levi silenció la llamada y gritó a Ishikawa desde el otro lado de la sala.

—¿Cuánto hace de la explosión?

—Fue hace unos meses. Comienzos de septiembre, creo.

Levi regresó al hueco de la escalera, donde esperaban sus dos acompañantes.

—¿Ishikawa tiene hijos? —preguntó.

Un hombre asintió.

—Dos. Un niño y una niña. Los dos son pequeños, uno tiene cinco años y el otro siete.

—Traedlos.

El hombre guardó silencio un segundo antes de asentir con la cabeza a modo de respuesta.

—Están cerca, visitando a su abuelo. Serán unos minutos.

Mientras el hombre subía por las escaleras, Denny regresó a la línea de teléfono.

—De acuerdo. Estoy en mi terminal. ¿Qué quieres saber?

—Busca la explosión de una escuela. Gas natural, probablemente. Se produjo en Chelsea, Virginia Occidental, en septiembre, más o menos. Tengo que saber todo lo que encuentres al respecto, lo antes posible.

—Un momento.

Levi silenció la llamada, volvió a entrar en el sótano y señaló a los dos hombres que habían ablandado a Ishikawa.

—Lavadlo y desatadlo. —Miró a Ishikawa con los ojos entrecerrados—. Estoy seguro de que se portará bien.

Para cuando Levi hubo obtenido la información que necesitaba y cortado la llamada con Denny, el guarda regresó con los hijos e Ishikawa. Los niños corrieron a abrazar a su padre, al que habían adecentado lo más posible. Tenía la nariz vendada y llevaba una toalla alrededor de los hombros. Adoptó una expresión valiente delante de sus hijos, pero Levi veía el terror que destilaba su mirada. Tenía motivos para estar preocupado. Sus hijos no formaban parte de ninguna ecuación para la que él pudiera estar preparado.

—Papá, ¿qué te ha pasado en la nariz? —preguntó el niño.

Ishikawa sonrió y ahuecó el rostro de cada uno de sus hijos en las manos.

—Me caí. Este señor americano es médico y me está ayudando a curarme.

La niña se apartó de su padre y abrazó a Levi por la cintura.

—Gracias, señor. Muchas gracias.

Levi dio una palmada a la niña en la cabeza y le hizo una seña al guarda para que acompañara a los niños al exterior.

Ishikawa siguió a sus hijos con la mirada mientras salían por la puerta. Esperó a que estuvieran fuera para hablar con voz temblorosa.

—Por favor, no les hagan nada, por favor. No sé qué he hecho, pero...

—¡Basta ya! —gritó Levi con una voz que sonó como una bofetada. Se puso en cuclillas para tener la mirada al mismo nivel que la de Ishikawa, que seguía sentado en la silla aunque ya lo habían desatado—. Ni te imaginas lo que les haré a tus hijos si vuelves a mentirme. Acabo de hablar con una persona que me ha dicho que no hubo explosiones en ninguna escuela de Chelsea, Virginia Occidental. Así pues, ¿en qué explosiones has participado? ¿Dónde has puesto bombas?

—¿Bombas? —Ishikawa parpadeó con una expresión clara de sorpresa en el rostro—. Nunca he... no sé nada de bombas. Nunca he estado siquiera cerca de alguna, yo diría que no. Nadie en nuestra posición se dedica a fabricar bombas, de eso no me cabe la menor duda. Te lo juro, no tengo ni idea de explosiones ni de bombas.

Levi escudriñó el rostro del hombre. La palidez húmeda y pegajosa de su piel resultaba obvia, pero había visto aquella reacción infinidad de veces. Era la reacción de un hombre

confundido y sorprendido. A Levi no le hacía falta un polígrafo para saber que Ishikawa decía la verdad.

No había puesto la bomba que acabó con Nguyen y Wei.

—Ishikawa-san, la explosión no fue en Chelsea. Fue justo al otro lado de la ciudad, en la localidad de Ghent. Levi le dio una palmada en la rodilla y se incorporó. Se volvió hacia los dos centinelas.

—Llevemos a Ishikawa-san al jefe. Que él decida qué hay que hacer, pero creo que este hombre no ha hecho nada malo.

Al oír aquello, lo que fuera que había mantenido a Ishikawa erguido en la silla cedió, porque se derrumbó hacia delante y se habría dado de bruces en el suelo si Levi no lo hubiera impedido.

Los dos hombres cogieron a Ishikawa por los brazos y lo llevaron, medio a rastras, hacia la salida.

Levi le dio una palmada en el hombro y susurró:

—No vuelvas todavía a Estados Unidos. Te buscan.

Cuando Ishikawa se dispuso a darle las gracias, Levi ya tenía la cabeza a miles de kilómetros de allí.

La única pista que tenía de la muerte de los dos agentes acababa de diluirse.

O'Connor seguía queriendo cobrarse una presa, pero en esta ocasión Levi iba a decepcionarlo.

CAPÍTULO OCHO

El jefe de seguridad de la familia Bianchi recibió a Levi en el vestíbulo del Helmsley Arms.

—Hola, Frankie, ¿qué tal?

Frankie señaló hacia la entrada del edificio de apartamentos.

—Vamos a dar un paseo. Tú y yo tenemos que hablar.

Levi observó la expresión adusta de Frankie y, con un suspiro de frustración, lo siguió por las calles de Nueva York.

Mientras caminaban por la calle 86 Este, a Levi le salía vaho por la boca. Frankie iba envuelto en un anorak mientras que Levi llevaba el mismo traje desde hacía dos días.

—Venga ya, Frankie, me estoy pelando de frío. ¿Qué pasa?

—Se han cargado a uno de los nuestros —espetó Frankie mirando a Levi de reojo. Siguió andando a paso ligero.

—Mierda.

Levi detestaba los riesgos de su negocio. Los Bianchi iban dedicándose cada vez con mayor frecuencia a negocios legales, pero, aun así, nada estaba exento de riesgo entre personas que ponían a prueba los límites de las leyes. A veces se producían choques de personalidad entre distintas familias y, en otras ocasiones, no era más que el hecho de estar en el sitio equivocado en el momento equivocado. La ciudad entrañaba ciertos peligros, incluso para hombres de su calaña.

Pero aquello no era del tipo de situaciones con las que Levi solía lidiar, aunque para Frankie fuera el pan nuestro de cada día.

—¿Quién ha sido, Frankie? ¿Y por qué me lo cuentas?

—Probablemente no lo conocieras, un tipo normal llamado Jimmy Costanza. Era uno de nuestros iniciados. Recibimos una nota junto con dos trozos de él: un dedo y su miembro viril.

—¿Qué? —Levi observó a Frankie anonadado. Una cosa era que te pegaran un tiro. Enviar *souvenirs* a la familia de un hombre era propio de otra época. Levi pensaba que eso ya no ocurría.

Frankie se sacó un papel doblado del bolsillo.

—Mira, echa un vistazo.

Levi lo desdobló y leyó rápidamente:

«No os acerquéis a Flushing ni a nuestro negocio».

En el papel había una mancha marrón rojiza. Sangre seca.

¿Flushing? Que Levi supiera, la familia no hacía negocios en aquella zona. Pero...

—Oh, mierda.

—Sí, oh, mierda. Vinnie me dijo que te pidiera que dejes de hacer lo que sea que estés

haciendo allí. No quiero saber más de lo que me corresponde, pero Paulie me habló de esas niñas a las que has intentado ayudar. Dijo que Jimmy le hacía favores y que probablemente fue visto por uno de esos cabrones chinos. Bueno, murió por culpa de lo que tú hiciste, fuera lo que fuera.

Levi sintió un escalofrío en la espalda. Si Paulie había utilizado a Costanza para ocuparse de la niña que había visto, eso significaba que quizá los chinos lo hubieran seguido. Y si era el caso, ellos tal vez supieran adónde la habían llevado. Se le heló la sangre.

Se paró y miró a Frankie.

—Ya hablaré del tema con Vinnie ¡pero ahora tengo que marcharme!

Volvió corriendo al bloque de apartamentos marcando un número. En cuanto respondieron a la llamada, gritó por el teléfono:

—Al Helmsley, necesito un coche, no hagas preguntas. Ve para allá lo antes posible.



Levi batió todos los récords de velocidad habidos y por haber para llegar a Lancaster, Pensilvania, en dos horas y media. Llamó a Paulie varias veces durante el trayecto, pero ni siquiera saltó el contestador: debía de tener el móvil desconectado o fuera de cobertura.

Cuando subía por el sendero que conducía a la finca de su familia, vio otro coche, un Toyota Camry negro con matrícula de Nueva York. Le entraron palpitaciones. Los coches eran poco habituales en esa remota comunidad amish.

Bajó de un salto del coche prestado y subió fatigosamente por el sendero helado. Hacía poco que había nevado.

La madre de Levi salió del granero, que estaba más arriba, para ver quién llegaba. Se le iluminó el semblante al ver a Levi.

—¡Lazarus! —exclamó, usando su nombre de pila. Aunque tenía casi setenta años, se movía con agilidad y le dio un fuerte abrazo—. ¡Cuánto tiempo! Deberías visitarnos más a menudo. — Lo regañó en alemán de Pensilvania, su idioma materno.

Él la besó en ambas mejillas y asintió hacia el otro coche que estaba estacionado cerca.

—¿De quién es?

Se remitió un mechón del cabello rubio encanecido bajo la cofia blanca.

—¿No lo sabes? Es la traductora que enviaste para la chica nueva. Parece muy agradable.

Levi se notó empalidecer.

—¿Dónde está esa traductora?

La madre señaló a lo lejos, hacia la escuela de una sola aula a la que Levi había ido de pequeño.

—Están en la escuela, claro. A los niños les va muy bien. Estarán encantados de verte.

Levi le dio un beso a su madre en la frente y dijo:

—Enseguida vuelvo. Quiero comprobar unas cuantas cosas.

Mientras cubría a toda prisa los quinientos metros que lo separaban de la escuela, se palpó el traje para comprobar que llevaba las armas en su sitio.

Él no había enviado a ninguna traductora.

Subió las escaleras de la escuela y abrió la puerta, preparado para encontrarse con cualquier cosa.

Y se encontró con una escena que parecía salida de un cuadro de Norman Rockwell: una docena de niños de entre los cinco y los diez años sentados a sus pupitres escribiendo en sus

libretas. Una mujer que estaba de espaldas a él hablaba con una niña que estaba al fondo de la clase.

—¡Papá Levi! —gritó uno de los niños, encantado. Las cabezas se giraron y varios niños saltaron de sus sillas y corrieron a recibirlo. Le tocó la fibra que lo rodearan y lo abrazaran desde todas direcciones. Recordó dónde los había encontrado a todos y cada uno de ellos. Eran imágenes que tendría grabadas toda su vida.

Aquellos niños eran víctimas de las calles, habían sufrido abusos indescriptibles. Procedían de tierras extranjeras, Vietnam, Camboya, China y otros países, y la mayoría no sabían inglés, lo cual los dejaba a merced de los proxenetas y tratantes de personas que se escondían en la penumbra de casi todas las grandes ciudades.

Lo mejor que podía hacer era darles una oportunidad. Levi había pagado una cantidad significativa de dinero por los documentos que les habían proporcionado nombres americanos y la nacionalidad estadounidense, con lo que habían podido comenzar una nueva vida. Y ahora, al mirar sus rostros sonrientes y sanos, supo que el esfuerzo había valido la pena. A pesar de todos los pecados que había cometido, y los que seguiría cometiendo, confiaba en que aquello actuara como un bálsamo para su alma torturada.

—O sea que eres tú.

Levi levantó la vista hacia la mujer que había hablado y ahogó una exclamación al reconocerla. Era la mujer que lo había «rescatado» en Flushing. La misma que, bajo la ropa, llevaba un dragón serpenteante tatuado en su cuerpo atlético y firme. Rodeaba con los brazos a la niña que había intentado ayudar aquel día, la que solo quería un perrito caliente.

Levi se dirigió a los niños en alemán de Pensilvania.

—Id a ver a la abuela Yoder y decidle que os he dicho que todos merecéis un premio. Quiero hablar con esta señora.

Los niños lanzaron vítores y salieron corriendo de la escuela. Sin embargo, la pequeña Alicia se giró hacia la niña que estaba con la mujer y habló en lo que Levi supuso que era cantonés.

La mujer asintió y ambas niñas salieron corriendo de la escuela, de manera que Levi se quedó a solas con ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él, intentando disimular la ira que sentía.

La mujer se le acercó con una gran seguridad en sí misma.

—Yo soy quien debería preguntar qué hacen aquí estos niños. ¿Por qué le robaste a Mei a su jefe?

—¿Jefe? —Levi notó que se acaloraba—. Querrás decir «chulo». ¿Cómo demonios has encontrado este sitio?

La mujer se le acercó más y se quedó a apenas un metro de él. Levi no la intimidaba lo más mínimo.

—¿Por qué hiciste que se la llevaran? —Señaló el resto de los pupitres del aula—. ¿Y los otros niños? ¿Son como Mei? ¿Los robaste a todos?

A Levi se le despertó un sexto sentido y notó que algo no iba bien. ¿Era policía? ¿Intentaba engatusarlo para que reconociera algo?

—Levanta los brazos —dijo él—. Tengo que cachearte.

—No vas a tocarme —espetó la mujer con cara de asco. Dio un paso atrás—. Cierra la puerta con llave y te demostraré que no oculto nada.

Levi dio un paso hacia la puerta, pasó el pestillo y observó a la mujer bajarse la cremallera del vestido, que dejó caer al suelo. Se lo lanzó con un puntapié, seguido de los zapatos y la ropa interior. Acto seguido, se pasó las manos por la larga melena negro azabache. Levi nunca había

conocido a nadie que tuviera tanta facilidad para desnudarse ante un desconocido.

La mujer se quedó desnuda en el centro del aula sin pudor alguno mientras Levi inspeccionaba su ropa en busca de algún dispositivo de escucha.

—¿Por qué están aquí estos niños? ¿Eres consciente de que esa gente te mataría por habértelos llevado?

Él le devolvió la ropa lanzándosela y ella se vistió rápidamente.

—¿Cómo has encontrado este sitio? —preguntó Levi.

Ella se le acercó y le dedicó una mirada asesina.

—Responde primero a mi pregunta. ¿Por qué están aquí estos niños?

Levi la observó. Era agresiva, lo presionaba. ¿Por qué? Abrió los puños y se encogió de hombros. Su conducta lo estaba sacando de quicio.

—Quería algo mejor para ellos —repuso—. No se merecían ser víctimas.

La mujer ladeó la cabeza y lo observó sin parpadear.

—Así pues, ¿todos estos niños son como Mei? Y ahora ya no están en la calle. Pero, ¿por cuánto tiempo?

Levi frunció el ceño.

—¿A qué te refieres con lo de por cuánto tiempo? Para siempre, si de mí depende, y así será. Estos niños no van a volver a hacer la calle nunca. ¿Me entiendes?

La mujer dio un paso atrás y suavizó ligeramente la expresión.

—¿Cómo nos encontraste? —insistió Levi.

La mujer sacudió la cabeza.

—No te lo puedo decir. Pero que sepas que tienes suerte de no haber sido quien se la llevó... o serías tú el descuartizado.

Le soltó una advertencia como un gruñido.

—Mantente alejado de donde encontraste a Mei. La próxima vez no podré ayudarte. —Esquivó a Levi y se encaminó a la puerta.

Levi le colocó una mano en el hombro, pero ella giró en redondo y se la apartó con el puño.

—No me toques —rugió—. No te preocupes, yo no les diré nada de este lugar. Ni tampoco volverás a verme. Pero ni se te ocurra ir a buscarme o te arrepentirás.

Dicho lo cual, descorrió el pestillo y salió de la escuela.

Levi se planteó ir tras ella. También le preocupaba la seguridad de los niños. Pero no tenía alternativas. ¿Qué otra cosa podía hacer? No podía llevarlos a ningún otro sitio.

Tenía los músculos agarrotados de la tensión. Necesitaba dar puñetazos a algo duro. Se sentó en una de las sillas de los niños sintiéndose un tanto paralizado.

La puerta se abrió con un crujido y una cara se asomó al aula. Era Alicia. Era una de las primeras niñas que había sacado de la calle. Se había escapado de quienquiera que la hubiera entrado de forma ilegal en Estados Unidos, y Levi la había encontrado rebuscando en un contenedor a menos de diez manzanas de su apartamento de Park Avenue.

—Hola, pequeña —dijo en mandarín—. Puedes entrar.

Alicia entró seguida de la nueva niña.

—Mei quería darte las gracias —dijo en un inglés mucho mejor del que recordaba que hablara.

Mei no se parecía en nada a la niña que había conocido en Flushing. Ya no llevaba el maquillaje chillón ni la ropa indecente, sino que vestía un discreto vestido oscuro y llevaba una cofia. Era como una más de la comunidad, aparte ser asiática. Levi sonrió al ver lo joven e inocente que se veía. Sabía que por dentro estaba herida y marcada, pero esperaba que, con el

tiempo, pudiera dejar atrás su pasado e iniciar una nueva vida.

Se acercó a Levi con los ojos empañados de lágrimas. Empezó a decir algo en cantonés, pero tras un par de palabras se echó a llorar.

Levi se arrodilló delante de ella y la abrazó. Ella le devolvió el abrazo con fuerza, como si no quisiera soltarlo jamás. Levi cerró los ojos y se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Dile que aquí estará a salvo.

Alicia sonrió.

—Ya lo sabe. La señorita Lucy le dijo que ningún hombre malo la encontraría aquí.

Mientras Mei lo abrazaba con muchísima fuerza sin intención de soltarlo, Levi miró a Alicia.

—¿La señorita Lucy?

—La señora que estaba aquí. —Alicia dio una palmada a Mei en la espalda—. Mei dijo que la señorita Lucy le dio caramelos a escondidas cuando su... ehem, el hombre malo no estaba mirando.

Mei fue apaciguándose poco a poco y Levi notó su respiración entrecortada en el cuello.

A veces, a Levi le entraban ganas de mudarse allí y no volver a marcharse jamás. No le costaba imaginarse con los niños, casi como si fuera su padre... pero no iba a darse el caso. Podía hacer mejores obras fuera, en el mundo real. Para él, ese lugar era como un engaño, una huida de la realidad. No podía volver a esconder la cabeza bajo el ala. Ya no quería huir de sus problemas.

Al final, Mei se despegó de Levi y, con la mirada gacha, dijo algo en cantonés.

Alicia se tapó la boca y soltó una risita.

—Mei quiere saber si puede comerse otra galleta.

Levi se echó a reír, abrazó a las dos niñas a la vez y las condujo hacia la puerta.

—Vamos a visitar a la abuela Yoder para que nos dé otra galleta.



Cuando le había preguntado a su madre si estaba dispuesta a cuidar de una niña que había sacado de la calle, ella no se lo pensó dos veces. Era una mujer profundamente religiosa y estaba firmemente convencida de que Dios nos ordena servir a los demás, sobre todo a los más desfavorecidos que nosotros. Los judíos tienen un nombre para ello: lo llamaban *mitzvah*. Pero, al ver a la mujer con los niños, Levi se dio cuenta de que no solo lo hacía porque era lo correcto, sino que quería a aquellas criaturas. Y lo más importante era que los niños lo sabían y la correspondían.

A Levi se le encogió el corazón al dejar a las niñas, pero allí estaban bien. Y él tenía otros menesteres de los que ocuparse. El plazo del secuestrador terminaba en diez días. Diez días para aclarar el misterio del secuestro, manteniendo a O'Connor a raya para así evitar la cárcel.

Cuando entró en el Gerard's, Denny lo saludó desde detrás de la barra.

—Hola, Levi.

Era mediodía y no había clientes en el bar, pero el local estaba en plena ebullición. Los carpinteros habían empezado a colgar armarios y los albañiles delimitaban una nueva encimera para la ampliación del comedor. Rosie, la puertorriqueña de pelo castaño que trabajaba para Denny, quitaba de la barra el polvo procedente del área de trabajo. Le lanzó a Levi la mirada de frustración típica que le dedicaba en cuanto aparecía. Probablemente porque la dejaba con un par de manos menos con que atender a los clientes.

—No tardaremos —prometió Levi.

Ella meneó la cabeza y entornó los ojos. Rosie era realista y sabía a qué atenerse.

Levi y Denny se encaminaron a la trastienda secreta y, en cuanto la puerta se cerró tras ellos, el ruido de la sala se desvaneció.

Denny se secó las manos en los pantalones.

—Quiero que veas unas cosas.

Al fondo del taller, más allá de las hileras de estanterías metálicas, había una mesa sencilla con varios paquetes encima. A su lado había un maniquí vestido con lo que parecía un traje de buzo.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Levi, mirando el maniquí.

Denny rasgó un paquete de Fedex y observó el traje de buzo.

—Oh, ¿te refieres a Henry? Enseguida te lo presento. Pero antes déjame enseñarte algo.

Del paquete sacó lo que parecía un recipiente de plástico para lentes de contacto.

Lo cogió, lo sacudió ligeramente y escuchó el agua que se movía en el interior. Solución para lentillas.

—¿Por qué diantre piensas que necesito esto? —Levi nunca había llevado gafas; de hecho, su visión era incluso ligeramente superior a la normal.

Denny sonrió.

—Hazme caso. Ábrelo y ponte la lentilla en el ojo derecho. Si no sabes cómo, ya te la pongo yo.

Levi sintió la emoción de la expectativa... casi como desenvolver un regalo. A Denny le gustaba sentirse como la versión en el mundo real de Q, el inventor de *gadgets* para James Bond. Y aunque Levi no era James Bond, aquel genio de la electrónica no tenía comparación cuando se proponía hacer algo nuevo y original.

Levi desenroscó la tapa y examinó la lentilla sumergida en lo que parecía la solución típica.

—¿Por qué parece que la atraviesan unas franjas plateadas?

—Son canales de fibra óptica. De hecho, es un poco más que eso, son matrices agrupadas de nanotubos de carbono, pero no compliquemos el asunto. Créeme, cuando te la pongas, ni siquiera las verás.

Levi se miró las manos.

—¿No debería lavarme las manos antes o algo?

—¿En serio? —Denny le dedicó una mirada divertida y sacó un frasco de solución salina—. Dame la mano derecha.

Levi extendió la mano y Denny apretó el frasco para verterle la solución en ella. Una parte cayó también en el suelo.

Levi se frotó los dedos sin estar muy convencido de tenerlos mucho más limpios que antes.

—¿Para qué sirve esto?

—Deja de comportarte como un niño, ¿cuándo te he hecho yo algo malo? Póntela en el ojo derecho. La medí para eso.

Exhalando un suspiro, Levi cogió la lentilla con el dedo índice. Mientras se la acercaba al globo ocular, se preguntó por qué la gente querría llevar lentillas. La idea de ponerse algo en el ojo parecía de locos. Aun así, allí estaba él haciendo eso exactamente.

—Presiónala con suavidad y quedará adherida al ojo. Basta con que parpadees unas cuantas veces para que quede bien colocada.

Levi obedeció y vio borroso mientras parpadeaba para eliminar el exceso de solución. Cuando estaba a punto de frotarse el ojo, Denny se lo impidió.

—No, no te frotes los ojos. Toma. —Le Tendió unos pañuelos de papel—. Date unos toquecitos para secar el exceso de humedad.

Levi hizo lo que le decía antes de mirar a su alrededor.

—Vale, ¿y ahora qué? No veo nada distinto. ¿Se supone que tendría que pasar algo?

Denny cogió un bolígrafo que llevaba prendido en el bolsillo de la camisa y se lo tendió a Levi.

—Échale un vistazo a esto.

Levi notó una especie de emoción infantil en su interior. Sabía que tenía que ser algo más que un boli. Esbozó una sonrisa en dirección a Denny.

Le dio una vueltas al «boli» entre las manos y giró el mecanismo retráctil. Apareció la punta de escritura. Era un bolígrafo bueno lacado en negro con adornos dorados. Más grueso de lo normal pero, por lo demás, un bolígrafo más. Levi se llevó una decepción.

—Presiona el clip metálico —sugirió Denny.

Levi presionó uno de los extremos del clip dorado. Hizo clic y la parte superior del bolígrafo se abrió para dejar a la vista una lente de cristal transparente. Levi vio una imagen con el ojo derecho, casi como por arte de magia.

—¡Mierda!

Denny se echó a reír.

La imagen era confusa y estaba borrosa.

—¿Qué estoy viendo? —preguntó Levi—. Ah, espera... —Apuntó con el bolígrafo y la imagen que tenía suspendida delante del ojo derecho siguió el movimiento.

Un poco más a la derecha, apuntó a Denny, enfocando su sonrisa pícara que contrastaba con su piel oscura.

Apuntó luego hacia arriba y la imagen que apareció delante de su ojo fue la de los azulejos del techo. Necesitaban una buena sacudida de polvo.

Denny rio entre dientes mientras Levi iba dirigiendo el bolígrafo a distintos puntos.

—Como ves, al presionar el clip activas el transmisor de vídeo. Mientras está activo, accionando a uno u otro lado el mecanismo podrás...

—¡Ja! —Levi rio al hacer zoom en el fondo del taller. La imagen era nítida como un día de verano. Casi como estar mirando por un visor transparente—. Es alucinante.

—Y eso no es todo. En cinco minutos conectaré el boli vía Bluetooth con tu teléfono y podrás transmitir un vídeo directamente.

Levi soltó el clip y la imagen se esfumó. Sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Denny, eres una caja de sorpresas. Se me ocurren un montón de utilidades para esto. ¿Es este el objeto personalizado del que me hablaste?

—No, esto no es más que una de las cosas en las que he estado trabajando. —Denny señaló el bolígrafo para que Levi se lo devolviera y le tendió un frasco de solución salina—. Dame el teléfono y lo conectaré. Guarda la lentilla en la funda.

Levi se acercó a un espejo e intentó averiguar cómo quitarse la lentilla sin quedarse ciego.

—Pasa la yema del dedo suavemente por delante de la lentilla —indicó Denny—. En cuanto se despegue, te la quitarás fácilmente.

Levi mantuvo los párpados bien separados con una mano y, con la otra, se quitó la lentilla con torpeza. La dejó en la funda y se volvió hacia el maniquí.

—Bueno, es imposible no fijarse en este maniquí que parece bobo...

—¡Eh! Se llama Henry.

—Supongo que Henry lleva el artículo personalizado del que hablabas, ¿el traje de buzo?

—De hecho, es un traje seco.

—Traje de buzo o traje seco, da igual. ¿De qué va esto?

—Lo cierto es que es muy sencillo. Un ladronzuelo de tres al cuarto me dio una buena paga y señal para un artículo personalizado y luego no apareció para recogerlo. Imagino que le habrán caído entre cinco y diez años en la prisión de Sing Sing, así que me he quedado con Henry—. Denny le devolvió el teléfono a Levi deslizándolo por encima de la mesa—. Bueno, el tipo me pidió algo que burlara los sistemas de sensores térmicos. Henry lleva el resultado de esa petición.

Levi se guardó el teléfono en el bolsillo y examinó el traje. Había un pequeño bulto en la espalda, una especie de mochila delgada.

—¿Qué es eso de la espalda? ¿Y el caucho no acaba calentándose por el calor corporal?

Denny bajó de la silla de un salto, accionó un interruptor en el lateral de la mochila y el traje empezó a emitir un zumbido apenas audible.

—Es un traje de tres capas con un circuito de malla fina que recorre cada centímetro cuadrado. Está hecho con un tejido Cordura impermeable resistente al desgarró, duro como las uñas y que proporciona la lámina perfecta para la recirculación cuando las capas están dispuestas de la forma adecuada.

—Ah. —Levi observó el traje con interés renovado—. Ya lo pillo. Así, ¿lo de la espalda es el depósito del agua con el aditivo necesario ya sea para calentar o refrigerar?

—Sí. Bueno, no es agua exactamente, pero captas la idea. Y funciona tanto para frío como para calor. Tiene dos termostatos distintos conectados a dos capas de malla diferentes. De modo que la capa más próxima a la piel te mantiene a una temperatura cómoda, mientras que la exterior se puede ajustar al entorno según la necesidad. Desde los 6 grados bajo cero a los 37 grados centígrados.

—¡Uau! ¿Bajo cero? ¿En serio?

—Ya te he dicho que no es agua. De todos modos, como el tío que lo pidió no va a volver y tú tienes más o menos la misma talla, y siempre te metes en líos raros... he pensado que podría endosártelo.

Levi miró de soslayo a su amigo.

—Una advertencia: «endosar» no es la palabra más adecuada para intentar vender algo.

Denny se encogió de hombros.

—Bueno, ¿te interesa?

—Me temo que no lo necesito. De todos modos, es una guapada.

Denny exhaló un suspiro.

—Vaya... Bueno. Valía la pena intentarlo. Vamos. —Con un gesto, le indicó a Levi que lo siguiera—. Tengo tu nueva gorra de béisbol preparada como me pediste.

La gorra de Levi estaba al lado del ordenador de Denny. De todos los artilugios que de su creación, aquel era uno de los preferidos de Levi. Enviando haces estrechos de luz en la profundidad del espectro infrarrojo y controlando los reflejos que regresaban, le permitía detectar si algo o alguien lo miraba. Ya le había salvado la vida una vez.

Denny la cogió.

—Ya no necesita batería separada. La tecnología de las baterías de iones de litio moldeadas avanza muy rápidamente. Ahora se ocultan dentro de la visera y en las costillas estructurales de la gorra. Pero funciona igual que antes y puede cargarse de forma inalámbrica.

Señaló los orificios prácticamente invisibles que rodeaban el borde de la gorra.

—También he arreglado el mayor problema. ¿Dijiste que con algunas cámaras de seguridad se te veía encendido como un árbol de Navidad cuando la llevabas? Eso ya no volverá a pasar.

He ajustado la longitud de onda de la luz que emite, por lo que escapará a lo que captan los equipos de vigilancia.

Señaló una mancha oscura bajo la visera de la gorra.

—Y esto es un interruptor de presión. Si lo pulsas una vez, inicializará un diagnóstico que activará todos los terminales. Si vuelves a pulsarlo, se apaga.

—Increíble. —Levi tocó el interior de la gorra y notó los minúsculos terminales metálicos que apenas sobresalían del forro.

—Bueno, pasemos a temas serios. No te pierdas esto. —Denny se sentó al ordenador y abrió lo que parecía una foto de la pantalla de un ordenador personal.

Levi se sentó en un taburete a su lado.

—¿Qué es eso?

—Es una copia del informe forense de ese todoterreno que explotó. ¿Recuerdas que te envié un mensaje de texto sobre el tema? Pues lo analicé e imaginé que te gustaría saber que...

—¿Cómo demonios...? Da igual. —Levi se centró en la fotografía de mala calidad de la pantalla de ordenador. Debía de proceder de uno de los contactos de Denny en la comunidad de inteligencia. Probablemente un excompañero de clase del MIT.

Denny hizo zoom en la imagen.

—Al parecer, empaparon el coche con un acelerante y le prendieron fuego. No tuvo nada de accidental. No sé bien por qué, pero el FBI recibió una llamada al respecto y encontraron unas cuantas huellas latentes. Ah, y fíjate en esto.

Levi se centró en la sección del texto que Denny marcaba.

Concordancia en la IAFIS con Giancarlo Fiorucci. Conocido socio de la familia de criminales Marino de Virginia. Domicilio actual: desconocido.

—Qué cabrón. —Levi se dio cuenta de que su búsqueda había dado un giro inesperado. Pulsó uno de los botones de llamada rápida del teléfono y esperó. El teléfono sonó una... dos veces... y luego el receptor no hizo más que emitir interferencias. En el taller de Denny había muy poca cobertura.

—Oye, Levi. —La voz de Frankie chisporroteó por la línea—. Vinnie quiere hablar contigo sobre lo de Costanza y sobre por dónde andas.

—Perfecto, acabo de regresar y también tengo que hablar con él. ¿Cuándo está disponible?

—Pásate a la hora de cenar. Estoy convencido de que te acuerdas de que mañana es el cumpleaños de Michael y Vanessa, y la familia celebrará una gran fiesta en el Waldorf, pero esta noche solo estaremos nosotros.

Levi hizo una mueca al caer en la cuenta de que no había comprado nada para los hijos de Vinnie.

—Oye, Frankie. ¿Qué tal son tus relaciones con la familia Marino de Virginia?

—¿Los Marino? Esos tíos no son más que un puñado de momos resentidos porque solo controlan a unos cuantos políticos y miembros de grupos de presión de la capital. Tenemos a un primo allí que es uno de los capos del jefe. ¿Por qué me lo preguntas?

—Quizá necesite que me presentes a alguno. Después de cenar, hablamos.

—De acuerdo, tío. La mujer de Vinnie llega con los niños después de la escuela, a las cinco. Si no vas a estar en la fiesta de mañana, quizá te convenga tener un detalle esta noche, ya me entiendes. La cena es a las seis.

—Entendido, Frankie. Nos vemos.

Levi colgó y consultó la hora. Tenía que comprarles algo a los niños.

—Oye, Denny, por curiosidad, ¿en ese informe consta quién hizo el análisis forense en la escena?

—Un momento. —Denny empezó a escudriñar las imágenes que le habían enviado y, justo cuando Levi estaba a punto de decirle que daba igual, sonrió e hizo zoom en la imagen que aparecía en pantalla. De repente, el monitor se llenó con una pequeña sección del informe.

Análisis de la escena del crimen realizado por: Nick Anspach

—Bueno, supongo que acabó siguiendo la pista que le di. Creo que le debo una cerveza.

CAPÍTULO NUEVE

Cuando Levi abrió la puerta de la tienda de deportes Rosen's, sonó una campanilla. Un adolescente con granos en la cara escaneaba las compras de una mujer en el mostrador, y el niño de la clienta balanceaba unas botas de esquí detrás de las piernas de su madre.

El cajero levantó la vista y asintió hacia Levi.

—Mi abuela está en la trastienda con alguien. Le diré que estás aquí.

—Gracias, Ira.

—Ira es el otro. Yo soy Moishe. —El adolescente entornó los ojos mientras escaneaba el siguiente artículo.

Levi soltó una risita. No estaba seguro de haber llamado jamás a alguno de los mellizos Rosen por el nombre correcto a la primera.

Mientras esperaba, se fue formando una cola en el mostrador. Daba la impresión de que todo el mundo compraba material de esquí. Botas, anoraks, pecheras, esquís. Habían anunciado ventisca para los próximos días. Levi tenía intención de ir a Washington D. C. y prefería evitar el desastre en el que se convertirían las calles de Nueva York durante el fin de semana.

—¡Moishe! —Se oyó una voz de mujer desde la trastienda. Lo único que Levi veía era un moño entrecano subiendo y bajando al ritmo de su andar tras un anaquel.

Un hombre de origen asiático también salió de la trastienda y fue directo a la salida. A Levi no le resultaba familiar; sin duda no lo había visto antes por Chinatown pero, a tenor de su ropa y su porte, era muy probable que se dedicara a lo mismo que él.

No era de extrañar. Esther no era lo que aparentaba. Su aspecto de matrona escondía a una astuta mujer de negocios que no tenía reparos en comerciar con cualquier cosa que le reportara beneficios, incluyendo objetos que no eran precisamente legales.

—*Bubbaleh*, tenías que haber llamado a tu hermano, que está en la trastienda. No me gusta ver una cola tan larga. —Esther se disculpó ante los clientes por la espera y ayudó a su nieto a acelerar el proceso de compra. La cola enseguida disminuyó y Esther se acercó a Levi.

Él le enseñó una pequeña bolsa de la compra y sonrió.

—Traigo regalos.

Esther le dedicó una mirada suspicaz y examinó el interior de la bolsa de la compra.

—Oh, qué malo eres. Entenmann's, y esta vez me traes las galletas blancas y negras. Ahora sí que me queda claro que quieres algo. —Le hizo una seña para que la siguiera mientras se dirigía a la trastienda con andares de pato.

—Espera —dijo Levi—. Quizás aquí delante tengas algo que necesito. O por lo menos eso espero.

Esther se paró y enarcó una ceja.

—¿Ah sí?

Se le acercó, le alisó la americana y le dio una palmadita en el pecho.

—En tal caso, ¿qué puedo hacer por ti, *boychik*?

—Bueno, tengo que hacer un regalo de cumpleaños a un par de niños de nueve años y tengo que comprar algo ya.

Esther lo miró con desaprobación.

—¿Te olvidaste del cumpleaños de los gemelos de Don Bianchi?

—No puede decirse que me olvidara, pero es que...

—Bah, basta ya de excusas. —Hizo una gesto desdenoso con la mano—. ¿Qué presupuesto tienes?

Levi se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Necesito algo bonito y... ¿se te ocurre algo?

—Acabo de recibir dos Segway Drifts que aún no he puesto a la venta. Si los quieres, creo que a los niños les encantarán. Y llevan el casco incluido.

—No tengo ni idea de qué es eso.

—¿Sabes lo que es un Segway?

—¿No es un tipo de vehículo que queda equilibrado cuando te subes a él?

El rostro orondo y ligeramente arrugado de Esther adoptó una expresión divertida.

—Imagínate unos patines con la misma tecnología.

—¿En serio? Suena bien. ¿Y tienes dos pares?

—Sí. —Esther le blandió un dedo regordete—. Pero no te pienses que me vas a engatusar para que te haga un descuento. Me los quitan de las manos.

—Vale, me llevo los dos.

Mientras Esther se giraba hacia el fondo de la tienda, apareció Ira, el hermano de Moshe.

—Ira, ve al almacén y saca la basura y, ya puestos, coge los Drifts para el señor Yoder y envuélvelos para regalo. Todavía están en el estante para inventariar. —Hizo una seña a Levi para que la siguiera—. Tengo parte de tu pedido listo para llevar.

—¿Mi pedido? —Levi se estrujó el cerebro intentando recordar lo que había pedido. Normalmente, Esther suministraba buenas armas semiautomáticas y automáticas, chalecos antibalas e incluso explosivos que, de alguna manera, se habían «perdido» de un depósito militar. El material típico de la profesión.

Fueron a la trastienda y dejaron atrás al nieto, que iba cargado con las dos cajas de Segway.

Esther condujo a Levi hasta una mesa situada al fondo del cuarto de suministros de la parte trasera. Se dejó caer en una silla y señaló un asiento a su lado.

Levi se sentó.

—Esther, ¿puedes recordarme qué pedido te hice? No me acuerdo...—*Oy gevalt*, ¿te crees que me invento esas cosas? ¿Recuerdas cuando dijiste que tenía que hablar con el señor Wu, tu sastre? Pues él y yo llegamos a un acuerdo y, como tenía tus medidas, pensé que podías hacerme de modelo para esto—. Se inclinó hacia delante, cogió una caja larga y plana y la colocó encima de la mesa. La abrió con gesto exagerado y se vio que contenía un traje que era la copia exacta del que llevaba.

Confundido, Levi atrajo la caja hacia sí y palpó el material. El tejido era un poco más grueso, más rígido y pesado. No le quedaría igual que el traje normal que llevaba.

—*Nu*, pónelo.

Levi se quitó la americana del traje y se puso la nueva.

—¿Por qué pesa tanto?

Esther ignoró la pregunta. Se levantó, pasó las manos por las solapas y dio un paso atrás ladeando la cabeza primero hacia un lado y luego hacia el otro.

—Te queda bien. ¿Cómo lo sientes?

—¿Quieres que te sea sincero?

—¿Qué tipo de pregunta *meshuggener* es esa? ¡Por supuesto que quiero que seas sincero!

—Mi otro traje es más cómodo. Este se nota más pesado de lo que debería, y un tanto rígido.

—A ver, ¿esperas que un tejido de lino fino repela una bala o un cuchillo?

—Ah. —Levi se quedó boquiabierto.

—¿Lo único que se te ocurre decir es «ah»? No es tan bueno como el chaleco que te hice pero, en todo caso, no hay nada mejor. Pero me has hecho pensar en ello y con algunos de mis proveedores he juntado varias cosas. Llevas tres capas. La exterior es el traje de lana al que estás acostumbrado, pero debajo hay un tejido nuevo, de una nanofibra más ligera y resistente que el Kevlar. Debería parar una bala del calibre 45 a quemarropa. Pero, para que no te quede ni un rasguño, le pedí al señor Wu que pusiera un forro de FEC.

—¿FEC?

—Fluido espesante de cizalla. No es tan nuevo, hace siglos que conocemos los fluidos no newtonianos, pero este material es bueno. A mayor rapidez de lo que te alcanza, más resistencia ofrece. Por eso, mi querido *boychik*, es un poco más pesado. Estoy pensando que podría comercializarlo incluso para la gente normal.

Levi le dedicó una sonrisa. Esther tenía el típico aspecto de una vieja matrona judía golosa, pero era una gran experta en armas y armaduras. Se encogió de hombros y movió los brazos adelante y atrás.

—¿Sabes qué? Ahora que entiendo por qué tiene este apresto, creo que podría acostumbrarme a él.

Esther desplegó una amplia sonrisa y señaló la caja.

—Perfecto. Te he pedido dos trajes, y también otro de faena negro, para cuando no te haga falta estar presentable. Lo único que te pido es que lo uses y me cuentes qué tal va.

—Que sea tu conejillo de indias, vamos.

—Bueno, deja a los conejos en paz. Tú eres una de mis personas favoritas a quienes quiero ver a salvo, eso es todo. Ah, y si te disparan, quiero ver cómo queda el traje y cualquier otra cosa que llevaras. Curiosidad científica, ya sabes.

Levi rio entre dientes mientras doblaba la americana del traje y la dejaba de nuevo en la caja. Consultó la hora e hizo una mueca.

—Tengo que marcharme.

Esther se le acercó y le susurró en tono conspiratorio:

—Ya sabes que yo no me dedico a tu tipo de política...

Lo que quería decir era que no quería ningún drama relacionado con la mafia puesto que tenía clientes en todos los bandos.

—Bueno, me preocupa lo que te pasa a ti, mi *boychik*, y como me importas, voy a decirte una cosa. Veo cosas que me ponen nerviosa. Los japoneses, la Yakuza, se están poniendo muy nerviosos con los miembros de la Tríada de Hong Kong que hay aquí. Y los miembros de la Tríada, que también son clientes míos, han estado preguntando por esos que están próximos a ti.

Es decir, los italianos.

—Aún no he visto que los de tu bando reaccionen —continuó Esther—, pero los chinos se están preparando. He pensado que deberías saberlo. Ten cuidado.



—Oh, Dios mío, los niños se van a matar —declaró Phyllis con su voz nasal.

Vanessa y Michael, con sus cascos puestos, estaban encima de sus nuevos Segways recorriendo el salón de Don Bianchi con una gran sonrisa en el rostro. Tanto Vinnie como su mujer, Phyllis, los observaban con expresión compungida a pesar de que los niños reían, se bamboleaban y parecían estar pillándole el tranquillo al regalo de Levi.

Frankie los miraba con los brazos cruzados y se estremecía cada vez que los niños braceaban intentando acostumbrarse al nuevo juguete.

—Bueno, niños, ¿os gustan? —preguntó Levi.

Los niños se inclinaron hacia delante en sus patines nuevos y fueron zumbando hacia Levi. Chocaron de pleno con él y los tres cayeron al suelo entre risas.

—Bueno, ya vale —exclamó Vinnie—. Quitaos esas cosas y dadle las gracias a tío Levi para que podamos ir a cenar. Estoy muerto de hambre.

Levi se puso en pie de un salto y extendió los brazos para recibir un abrazo.

—Bueno, no muerdo. Aunque a veces ladro. —Soltó un gritito estilo chihuahua.

Los niños entornaron los ojos y le dieron un fuerte abrazo, además de agradecerle el regalo encarecidamente.

—Venga, vamos —instó Vinnie cuando la sirvienta apareció en la puerta del salón para anunciar que la cena estaba lista.

El apartamento de Vinnie ocupaba toda la planta superior del edificio de Park Avenue, y a Levi no dejaba de asombrarle lo lejos que sus amigos habían llegado. No hacía tanto que eran todos unos simples chicos duros de la calle. Bueno, por lo menos Vinnie siempre había sido un tipo duro. Levi se había encontrado más a menudo en situaciones en las que tenía que decidir si defender o no a sus amigos.

Siempre había defendido a sus amigos.

Phyllis le dio un codazo a Levi cuando se dirigían al comedor.

—Bueno, ¿dónde está esa novia de la que he oído hablar?

Levi enarcó una ceja. La mujer de Vinnie se había propuesto encontrarle a alguien y él siempre había rechazado sus intentos. No era un asunto que quisiera dejar en manos de otras personas.

—Vive en D. C.

—Venga ya. Ya sabes a qué me refiero. Quiero conocerla...

—Phyllis —dijo Vinnie—, deja al pobre muchacho. Pareces una celestina.

—Es que me preocupo por él —insistió ella.

Vinnie pasó el brazo por el hombro de Levi y lo encaminó hacia el comedor.

La mesa de travertino tenía capacidad para quince personas por lo menos, y Levi se planteó para sí cómo demonios se las habría ingeniado Vinnie para introducir esa monstruosidad en el edificio. Quedaba claro que no entraba por el hueco de la escalera ni en el ascensor. ¿Con una grúa?

Frankie tomó asiento cerca del extremo de la mesa. Vinnie adjudicó a Levi el asiento vacío que tenía a la izquierda y dijo:

—¿A quién le toca bendecir la mesa?

Los niños se señalaron el uno al otro y Phyllis sacudió la cabeza.

—Vanessa, te toca a ti.

La preciosa niña rubia hizo un puchero, pero bajó la cabeza. Todos los presentes inclinaron también la cabeza.

Vanessa habló con voz muy clara.

—*Benedici Signore noi e il cibo che stiamo per mangiare. Benedici la nostra madre e il nostro padre, e tutta la nostra famiglia.*

Vinnie asintió en señal de aprobación y desvió la mirada hacia su hijo.

—Y Michael...

Michael juntó las manos, inclinó la cabeza y se aclaró la garganta.

—Bendice Señor los alimentos que vamos a tomar, bendice a nuestra madre y a nuestro padre y a toda la familia. Amén.

Vanessa levantó la cabeza, pero Michael continuó con su versión extendida de la bendición de la mesa.

—Si no es mucho pedir, puedes bendecir a Cassie de la escuela, a mi maestra la señorita Rodríguez, a mi gato Whiskers, y por favor, bendice a María, Jennifer y Lou de mi clase de dibujo...

Mientras el niño precoz seguía recitando los nombres de personas y cosas importantes en su vida, Levi miró a Vinnie y Phyllis. Notó el orgullo que sentían por sus hijos. Le inspiraba ternura pero, en lo más profundo de su ser, también se lamentaba. Siempre había querido formar una familia. Si las cosas hubieran sido distintas y su mujer no hubiera muerto, podría tener hijos un poco mayores que los de Vinnie.

Pero entonces pensó en la granja y en los rostros sonrientes que había dejado atrás, y eso hizo que se le dibujara una sonrisa en el rostro.

—Vale, Michael —interrumpió Vinnie—. Ha estado muy bien.

Levi se dirigió a Vanessa y a Michael.

—Lo habéis hecho muy bien, los dos.

Michael sonrió y anunció con orgullo:

—También sé hacerlo en italiano. ¿Quieres oírlo?

Vinnie blandió el dedo con gesto cariñoso.

—Ya se lo enseñarás al tío Levi otro día. —Se volvió hacia Phyllis y se quejó—: Me voy a morir de hambre si no comemos ya.

Phyllis se puso de pie y levantó la tapa de plata de la gran bandeja, también de plata. El vapor que emanaba olía a tomate, albahaca y algo frito, e inundó la sala.

Vinnie se inclinó hacia delante, olisqueando el ambiente con exageración, y gimió:

—Berenjenas a la parmesana, ¡mi plato preferido!

Levi reprimió una sonrisa al ver la cara del pequeño Michael. Quedaba claro que al niño no le gustaba.

—Los invitados primero —dijo Phyllis. Extendió la mano y Levi le pasó su plato. Ayudándose de una espátula, le sirvió varias porciones grandes de capas de berenjena deliciosamente frita. Lo miró—. ¿Quieres salsa?

—Por supuesto, gracias.

Le vertió cucharadas de la densa salsa *marinara* y luego colocó un nido de *linguini* con mantequilla como guarnición antes de devolverle el plato.

Levi aspiró los deliciosos aromas.

—Phyllis, tiene un aspecto fantástico.

Vinnie se acercó más a Levi y le susurró lo bastante fuerte como para que todos los comensales lo oyeran:

—No te pensarías que me casé con ella solo porque era guapa, ¿no?

—¡Vinnie! —Azorada, Phyllis dedicó a su marido una sonrisa y le exigió el plato. Mientras lo llenaba, les dijo a los niños—: ¿No os parece que tío Levi sería un padre fantástico?

Levi se quedó mirando a Phyllis mientras los niños asentían convencidos. ¿A qué venía aquello?

Mientras seguía llenando platos, Phyllis sonreía cada vez que lo miraba.

El don se inclinó hacia Levi y susurró:

—Tú y yo tenemos que hablar de niños después del postre.

—¿De niños?

Vinnie le guiñó un ojo y se llevó un dedo a los labios.

Levi miró hacia Frankie. De repente, el jefe de seguridad se dedicó a alisarse una arruga de la camisa abotonada.

¿De qué iba todo aquello?

En cuanto estuvieron todos servidos, Vanessa, que estaba sentada a su lado, cuchillo y tenedor en mano, enarcó las cejas y miró a Levi.

—¿Qué? —Levi se estaba poniendo paranoico.

La niña se inclinó hacia él.

—Somos educados y estamos esperando a que des el primer bocado. —Bajó la voz y siseó —: Eres el invitado.

—Oh, lo siento. —Levi sonrió y tomó un bocado de berenjenas. Estaban deliciosas—. Mis felicitaciones a la cocinera —asintió hacia Phyllis, que parecía satisfecha y empezó a cortarle su porción a Michael.

Todo el mundo se puso a comer y Frankie, con la boca llena de pasta, instó a los niños a hablar sobre lo que habían hecho en el cole.

Levi desconectó mientras los niños competían para ver cuál de los dos hablaba más alto y rápido.

¿Qué insinuaban Vinnie y Phyllis? ¿Y qué tenía que ver Frankie? Comió más rápido mientras las palabras de Frankie se repetían en su interior.

«Vinnie quiere hablar contigo sobre lo de Costanza y sobre por dónde andas».



Levi se sentó delante de Frankie en un sillón orejero de cuero ante la chimenea del salón del don. En su mente había un reloj que marcaba una cuenta atrás. La vida de una niña de cinco años estaba en juego y, aunque la vida de todos iba avanzando, él no podía sustraerse a la angustia que le producía tal situación.

Quedaban diez días.

—¿Cómo va lo de la mafia japonesa? ¿Estás haciendo progresos?

La pregunta le recordó que Vinnie y la Yakuza habían llegado a algún acuerdo empresarial, probablemente supeditado a su éxito.

—Avanzo lentamente, pero eso está relacionado con lo que voy a pedirle a Vinnie cuando salga del baño.

Vinnie entró en el salón y se sentó en el tercer sillón dispuesto delante de la chimenea.

—Levi, siento el comentario de Phyllis. Se puso rara cuando le conté lo de que sacabas a niños de la calle y los dejabas con tu madre.

Levi sintió un escalofrío mientras miraba boquiabierto a su amigo.

—¿Qué? ¿No sabías que yo lo sabía? —Vinnie hizo un gesto desdenoso—. Levi, pensaba que eras más listo. Yo estoy al corriente de todo lo que ocurre a mi alrededor.

—Mi trabajo consiste en asegurarme de que se entere —declaró Frankie con una sonrisa irónica.

Vinnie sacudió la cabeza en dirección a Frankie.

—Hay que ver, ¿necesitas apuntarte el mérito de todo?

Los dos viejos amigos se entornaron los ojos el uno al otro.

El don continuó.

—Sea como sea, en general puedes hacer lo que te dé la gana... siempre que no interfiera con mis asuntos. Si es el caso, tenemos que hablar, y eso es lo que estamos haciendo.

—Lo de Costanza —dijo Levi. Notó una punzada de culpa al pensar que otro hombre pagaba el precio por algo que él había pedido que se hiciera. —Siento lo ocurrido. Quién iba a pensar que...

—Basta —le interrumpió Vinnie—. No espero una disculpa. Ocurrió.

—Bueno, no volverá a pasar —prometió Levi.

—Tengo que entender cuál es el trato. ¿Qué haces con esos niños? Investigué un poco. Te has gastado una fortuna consiguiendo papeles oficiales para ellos. Introduciéndolos en el sistema. Tu madre los ha adoptado. ¿Por qué?

Levi suspiró al pensar en los niños, no tal como eran ahora, sino como habían sido. En la calle. En peligro. Inocentes... o, al menos, así merecían ser.

—No sé, Vinnie. Cuando estuve de duelo, tras la muerte de Mary, viajando por esos mundos de Dios, vi niños explotados por todas partes. Niñas de la edad de Vanessa trabajando en la calle para chulos, padres que vendían a uno o más de sus hijos como esclavos porque no tenían medios para darles de comer. Esos niños estaban en situaciones en las que ningún niño debería encontrarse. Y no hice nada al respecto. No podía. Eran... tantísimos.

Se le encogió el corazón al pensar en lo infernal que era la vida de esos niños.

—Así que, cuando lo vi en mi ciudad, pues... sentí la obligación de hacer algo. Todos esos niños de los que me he hecho cargo, o no tienen padres o sus padres los vendieron a la escoria que los explotaba. —A Levi se le formó un nudo en la garganta al pensarlo.

Vinnie se inclinó hacia delante y colocó la mano en la nuca de Levi para que presionaran la frente el uno contra el otro.

—Amigo mío, eres un ángel con piel de lobo. Ojalá hubiera más personas como tú en el mundo. ¿Puedo hacer algo por esos niños que tienes en casa de tu madre? ¿Necesitas ayuda? Ya sabes, ¿dinero?

Levi carraspeó, sonrió y le dio una palmada a su amigo en el hombro.

—No, todo controlado. Y ya sé que me tomas por loco por hacerlo, pero es que...

—Oye, entiendo por qué lo haces. Pero tienes que ser consciente de que, incluso aquí, son demasiados.

—No puedes salvarlos a todos —añadió Frankie.

—Puedo intentarlo —repuso Levi con una sonrisa.

CAPÍTULO DIEZ

Faltaban nueve días.

—Levi —la voz de Madison crepitó cuando el tren pasó por un túnel—. ¿Cuándo crees que estarás de vuelta en D. C.?

Levi soltó una risita al mirar por la ventanilla.

—De hecho, llego a la Union Station en cuestión de minutos. ¿Qué ocurre?

—Bueno, me parece que tenemos que hablar. ¿Tienes tiempo de comer algo rápido esta noche?

—Podríamos cenar, pero apenas son las once. ¿Qué te parece si almorzamos?

—No, tengo trabajo. ¿Te va bien quedar en algún sitio a las seis y entonces pensamos adónde ir? ¿Te parece bien?

—Me parece fantástico. Hasta luego.

En cuanto colgó, el teléfono de Levi sonó y volvió a acercárselo al oído.

—¿Te has olvidado de algo?

—No, que yo sepa. —Quien hablaba era O'Connor con su voz cavernosa. Fantástico—. Se supone que tienes que contactar conmigo a diario. ¿Dónde estás?

—Llegando a la Union Station, voy a seguir una pista que tengo.

—Relájate. Quiero que nos veamos en el cementerio de Arlington. Hoy a las tres entierran allí al agente especial Tran Nguyen y creo que te convendría percibir la importancia de tu misión.

Levi había estado en Arlington en una ocasión. Cuando su primo, un excomandante del ejército, murió en Afganistán, fue enterrado con todos los honores militares. Durante esa ceremonia Levi se enteró de hasta qué punto había acumulado méritos y de cuántos honores había recibido en Oriente Medio. Una estrella de plata, dos de bronce y una larga lista de logros le daban derecho a ser enterrado en lo que muchos militares consideraban terreno sagrado. Nguyen debió de ser igual de extraordinario si lo enterraban allí.

—Allí estaré.

—Bien. Quedamos en el centro de visitantes a las dos y media.

Levi colgó justo cuando el tren llegaba a la estación. Apenas tuvo tiempo de registrarse en el hotel, cambiarse y dirigirse al funeral.



Levi siguió al agente O'Connor hacia una multitud de casi cien personas congregadas ante el

ataúd envuelto en la bandera, todas ellas con la cabeza gacha en señal de respeto por aquel hombre que lo había dado todo por la patria.

Un monje budista vestido con una túnica naranja se dirigió a ellos en un idioma que Levi supuso que era vietnamita, y varias docenas de soldados con el uniforme de gala formaron un contingente exterior.

O'Connor exhaló un profundo suspiro y sacudió la cabeza.

—Muerto por querer impedir la explotación sexual infantil. —Miró a Levi a los ojos—. Quería que vieras los riesgos que entraña meter las narices en esta lucha.

Dicho lo cual, se dio la vuelta y se marchó.

Levi se mantuvo apartado de la multitud, apoyado en el tronco de una magnolia. No habría hecho falta que O'Connor lo llevara hasta allí para que se lo tomara en serio. Él ya seguía el lema «haz lo correcto» en su vida. Y no cabía la menor duda de que lo que Nguyen había hecho, no morirse, sino rescatar niños, era lo correcto.

Al recorrer a la multitud con la mirada, vio que un hombre tenía la vista clavada en él. Pero, casi de inmediato, desvió los ojos hacia el ataúd.

—¿De qué conocías a Tran? —preguntó una voz. Un hombre de pelo castaño se le había acercado sin que se diera cuenta.

Levi dio un paso atrás, sobresaltado. Era muy extraño que alguien se situara tan cerca de él sin que se percatara.

—No lo conocía.

—Te he visto llegar con O'Connor. ¿Trabajas con él en algún caso?

—Más o menos —repuso Levi. Aunque no llevaba uniforme, el hombre tenía aspecto de militar. Tenía constitución de defensa de fútbol americano y vestía un traje barato, pero bien planchado. Levi le tendió la mano.

—Me llamo Levi.

El hombre se la estrechó.

—Tim.

—Supongo que trabajabas con Tran.

—Sí. Nos conocíamos desde el campo de entrenamiento básico.

—¿O sea que estuvisteis juntos en el ejército?

—Parece que hace siglos, pero sí. —Tim dejó la mirada perdida en la distancia con una expresión de frustración en sus duras facciones.

Levi miró en la misma dirección, hasta el féretro. Durante una fracción de segundo, volvió a encontrarse con la mirada de aquel hombre. En esta ocasión, le dedicó un asentimiento casi imperceptible antes de marcharse del cementerio.

Levi volvió a centrar los pensamientos en el agente fallecido y le explicó a su compañero:

—Se me ha encargado que intente averiguar quién lo mató —dijo Levi—. ¿Tienes alguna idea?

—No —reconoció Tim, abatido—. Ojalá la tuviera. Cada vez que estamos cerca de pillar a esos cabrones, salen del país. Cambian de territorio. Se cargan a quienes les molestan y los entierran en algún sitio. Esa gente a la que Tran y yo perseguimos no tiene ningún aprecio por la vida humana. Somos ganado. Y los niños son más fáciles de controlar que los adultos.

A Levi le costaba imaginar que se matara a niños para ocultar pruebas de delitos. ¿En qué mente retorcida cabía hacer algo así?

—¿No sabes de dónde son? —inquirió.

—¿Los proxenetas? ¿Los esclavistas? —Tim apretó los labios y miró a Levi de soslayo—.

Eres nuevo aquí, ¿verdad? Por supuesto que lo sabemos. Vienen de todas partes. Del sur de la frontera. De Oriente Medio. Pero ahora mismo tenemos una avalancha de niños asiáticos explotados.

—¿Por qué no frenarlo en origen? ¿Por qué esperar a que lleguen aquí?

Tim resopló con sorna.

—Oh, intentamos que nos den permiso para ir tras ellos, pero nos lo impiden una y otra vez.

—¿El FBI os lo impide?

—Desde luego que a veces es el FBI, normalmente por problemas de jurisdicción. Lo más habitual es que sea el país extranjero el que no quiera que operemos dentro de sus fronteras.

—A ver si lo adivino: cuando informáis sobre los sospechosos en sus respectivos países para que las autoridades los apresen, nunca hacen nada.

—Eso mismo. —Tim ensombreció la expresión todavía más. Se volvió hacia Levi y dijo—: Espero que pilles a quien hizo esto y que reciba su merecido.

El exsoldado, profundamente conmovido y frustrado, se dio la vuelta y se marchó.



El sonido del agua de la ducha resonaba en el apartamento de Madison mientras Levi hojeaba una de las muchas libretas sin etiquetar que había en el escritorio. Su relación se prolongaba ya desde hacía casi un año, por lo que había pasado varios fines de semana en aquel apartamento pequeño y minimalista. Solo tenía una habitación con un sofá, un viejo televisor en un soporte desvencijado, un escritorio, una mesa de cocina con dos sillas y algún mueble de dormitorio. Si añadimos unas cuantas prendas de ropa, menaje de cocina desechable y lo que hubiera en la nevera, allí acababan sus posesiones terrenales. Levi había bromeado al respecto en el pasado, pero el argumento de ella tenía bastante lógica.

—Soy yo y mi trabajo. ¿A quién se supone que tengo que impresionar aquí?

Él lo respetaba.

Levi la había conocido como agente de operaciones clandestinas de la CIA y, que él supiera, seguía dedicándose a eso. Sin embargo, nunca hablaba del trabajo con él, ni siquiera para recordar el momento en que sus caminos se habían cruzado. A decir verdad, el hecho de que mantuviera esa faceta de su vida al margen de él hacía que Levi se sintiera un poco incómodo con el rumbo de su relación.

Sabía más acerca de Madison gracias a Denny de lo que ella era consciente. Había visto su DD-214, los documentos de licenciamiento del ejército, y sabía que había sido técnica de desactivación de artefactos explosivos en la Marina. Experta en explosivos. Así pues, mientras hojeaba las páginas escritas a mano de una de sus libretas, no le sorprendió encontrar diagramas de artefactos explosivos improvisados, probablemente de alguna clase sobre tecnología de bombas. Sabía lo suficiente como para hacerse una idea de las notas. Levi había estudiado algunos libros de electrónica básica que tenía en su biblioteca y, cuando menos, era capaz de entender los diagramas de circuitos que había dibujado.

Pensó que, en las películas, siempre aparece un pobre técnico de explosivos sudando la gota gorda para decidir qué cable de qué color cortar para desactivar la bomba en el último momento. Casi todo eso es ficticio y no tiene ningún sentido. Lo cierto es que la mayoría de los expertos en explosivos, militares y civiles, no intentan desactivar bombas tan a menudo. Es más habitual que aislen el artefacto en cuestión y lo reduzcan a escombros.

Pero no le cabía la menor duda de que fabricar bombas era una ciencia y Madison la conocía bien. Había escrito casi diez páginas sobre circuitos refractivos. Mientras pasaba las páginas con sus notas manuscritas y diagramas de circuitos, se planteó si no le convendría que ella le diera clases sobre el tema.

—Qué curioso eres, ¿no?

Levi dejó la libreta con una sonrisa avergonzada y, al volverse, se encontró con la mueca de Madison. Acababa de salir de la ducha y tenía una ceja enarcada como diciendo: «¿Qué narices estás haciendo?».

Levi se acercó a ella y le dio un suave beso en los labios.

—Ya lo sé, ya lo sé, odias que curioseé en tus cosas. Pero es que estaba aquí en el escritorio y...

—Y no has podido resistir la tentación. —Entornó los ojos, se giró para mostrarle la espalda al descubierto y dijo—: Súbeme la cremallera.

Levi subió la cremallera del vestido de noche negro y silbó apreciando lo bien que se ajustaba a la esbeltez de su cuerpo.

—Has dicho que querías hablar.

—Ahora no. Vamos al restaurante.

—¿Conduces tú o conduzco yo?

—Desgraciadamente, tendrás que seguirme. —Hizo otra mueca y blandió el teléfono—. Estoy de guardia para un caso, así que a lo mejor tengo que salir volando en cualquier momento.

—De acuerdo, vamos. —Levi le tendió el brazo y ella se lo tomó al salir del apartamento.



El local que Madison había escogido estaba repleto de comensales, pero Levi solo tenía ojos para el rostro triste pero resuelto de Madison.

—Creo que lo más justo para ti es que... —Madison se calló cuando el camarero llevó bandejas cargadas de filetes y pollos asados a la mesa contigua. Entonces inhaló y volvió a intentarlo—: Creo que lo más justo para ti es que dejemos de vernos.

Bajó la mirada en dirección al plato de ensalada César que no había probado.

—Los calambres que tenía... mi cuerpo lo ha pasado mal. He tenido otros abortos espontáneos, pero sin darme ni cuenta. Esta vez ha sido horrible. No podré tener hijos.

A Levi se le cayó el alma a los pies. No era capaz de imaginar lo que Madison estaba sufriendo. Lo que ya había sufrido... sin él. Le embargó un intenso sentimiento de culpa.

—Siento mucho lo que ha pasado. Yo...

—Es para bien. Nunca he estado convencida de tener hijos, ni siquiera de casarme. —Le dedicó una leve sonrisa—. Tú me hiciste pensar en eso y mucho más. Pero también sé que necesitas a alguien con quien compartir tu vida. Hay demasiados secretos entre nosotros. No es justo para ti, lo que yo hago, lo que tú haces... No es... no es bueno para una relación. Creo que mi aborto fue una señal...

—Maddie, eso es ridículo. No es...

A Maddie le sonó el teléfono, lo cogió rápidamente de la mesa y se lo acercó al oído. Al cabo de unos segundos, asintió:

—Entendido. En quince minutos estoy ahí.

Se levantó de la mesa.

—Lo siento, tengo que marcharme. —Madison se inclinó y le dio un beso en la mejilla antes de salir del restaurante y dejarlo solo.

Levi se quedó mirando la mesa llena de comida. Ninguna cantidad de alimento podía llenar el enorme vacío que sentía en su interior.

Hizo una seña al camarero para que se acercara.

—¿Me trae la cuenta, por favor?

El camarero sacudió la cabeza.

—No hace falta, caballero. La señora ya ha pagado. ¿Quiere que le envuelva esto para llevar?

—No. —Levi dejó un billete de veinte dólares encima de la mesa—. Ya estoy.

Se levantó y regresó a su coche. Mañana sería un día largo.

Había llegado el momento de reunirse con uno de los jefes de la familia mafiosa de los Marino.

CAPÍTULO ONCE

Quedaban ocho días y el reloj mental de Levi marcaba con más fuerza. Se ajustó la gorra de béisbol y presionó el interruptor oculto en la visera para apagarla. Se encaminó al Ma Kelly's Bistro, un local que ningún miembro de la mafia de Nueva York que se preciara frecuentaría. Se trataba un viejo pub irlandés reconvertido en casa de comidas para gente a la que le daba igual de qué animal procediera la carne. Era un antro sórdido y olía a cerveza rancia. No era de extrañar que estuviera prácticamente vacío.

Un hombre alto y corpulento se levantó de una de las mesas y, aunque Levi nunca lo había visto, lo identificó rápidamente: Dino Minelli.

—Mi primo Frankie dice que todos somos amigos —declaró Dino.

Ser «amigos» en La Cosa Nostra tenía un significado especial. Cuando alguien te presentaba a otro miembro de la mafia, si decía «es *mi* amigo», aquello significaba que te consideraba alguien con conexiones, pero con quien no hablaría de negocios; si decía «es *nuestro* amigo», quería decir que eras un iniciado, una persona merecedora de respeto y alguien con quien se podían hacer negocios. Alguien que había hecho unos votos.

Levi le estrechó la mano al hombretón, que le sacaba un buen palmo, aunque él mismo medía más de metro ochenta.

—Frankie es un buen hombre. —Hizo un gesto hacia el antro maloliente—. ¿Comes en este sitio?

Dino sonrió con suficiencia.

—¿Estás de broma? —Le indicó con un gesto que salieran del restaurante y empezaron a caminar por una concurrida calle de D. C.—. Qué va, solo quería asegurarme de que nadie viera con quién hablo, o la policía empezará a seguirte. A mí me va más Virginia Beach que la capital.

Levi se ajustó la gorra con la visera hacia atrás. Notaba el cosquilleo apenas perceptible de los terminales de metal del forro de la gorra realizando el diagnóstico inicial.

Se pusieron a charlar sobre las diferencias entre Virginia y la ciudad de Nueva York, y de cómo Dino se había metido en ese mundo. Los antecedentes de Levi lo sorprendieron.

—Joder, nunca había oído hablar de un iniciado que no tuviera sangre italiana.

—Quizá sea yo el único —declaró Levi—. Conozco a Frankie y a Don Bianchi desde que eran pequeños. Y el viejo jefe, el padre del don actual, tuvo que hacer una excepción. Me dijeron que tuvo que pedir el visto bueno a la comisión para hacerlo oficial.

—Joder. —Cruzaron la calle que daba a Penrose Park y Dino se dirigió a uno de los bancos que flanqueaban el parque infantil—. Debiste de causar una muy buena impresión, para que un jefe diera la cara por ti. No sé si ahora alguno haría algo así por alguien.

Se sentaron en el banco y guardaron silencio durante unos instantes. Se impregnaron de los

sonidos del tráfico cercano y de los pájaros en los árboles, y del olor del cambio de estación.

Levi notó un ligero cosquilleo en uno de los terminales metálicos traseros de la gorra. Alguien o algo que lo miraba desde atrás. Pero, al volverse, no vio nada aparte del semicírculo de árboles que bordeaba el parque. Acto seguido, el cosquilleo paró.

Ahucó la mano, la colocó hacia el lado donde estaban los árboles y dijo:

—El antiguo Don Bianchi era un buen hombre. Era justo con quienes le eran leales.

Dino asintió.

—Eso he oído de él. De manera que Gino Fiorucci es con quien Frankie dijo que tienes que hablar. No lo conozco personalmente. Es un tipo conectado, ganar una buena pasta, pero no sé gran cosa sobre él. Hablé con su amigo y me dijo que se dedica a los transportes. Contactos en los muelles, cosas que se pierden, ya sabes a qué me refiero. —El mafioso se puso de lado en el banco y miró a Levi—. ¿Qué tiene que ver él contigo?

Trabajar con los federales no era inaudito, pero en la mafia suponía casi siempre una sentencia de muerte. Algo que Levi tendría que eludir.

—Mira, mi jefe intenta hacer un trato con alguien, y digamos que la nieta de ese alguien fue secuestrada y hay un todoterreno negro implicado en el asunto. Tuve noticias de que ese todoterreno fue destruido e incendiado. Uno de mis hombres me pasó un informe diciendo que tenía una huella en el volante, y coincidía con la de un tal Giancarlo Fiorucci. Por eso quiero hablar con él. El coche me la suda. Me importa la niña.

—¿Cuántos años tiene?

—¿La niña? Cinco.

Dino hizo una mueca como si se hubiera tragado un limón.

—Mi pequeña Donna acaba de cumplir los cinco. —Meneó la cabeza y miró hacia el parque vacío—. No puedo dejarte que le des una paliza ni nada por el estilo. Eso es cosa nuestra. Pero tengo que hablar con el jefe antes de dar un paso más.

—Han pedido un rescate —informó Levi— y no nos queda mucho tiempo. —Ocho días—. ¿Cuándo puedes hablar con tu jefe?

Dino metió una mano en un bolsillo del traje y sacó una libreta con un pequeño lápiz en la espiral. Se puso a escribir algo.

—Hablaré con él esta tarde y te llamaré para contarte lo que haya dicho. —Arrancó la hoja anotada y se la tendió a Levi.

Era una dirección de D. C.

—Un amigo nuestro me dijo que Gino almuerza casi cada día en ese lugar. Queda muy lejos de la zona por la que yo me muevo, pero como está cerca, quizá puedas ir tú a echar un vistazo. Recuerda, no tienes permiso para ponerle las manos encima. Está protegido.

Levi dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo de la americana.

—Entendido, Dino, te lo agradezco. Y dile a tu jefe que es una corazonada. Lo que pasa es que, con una niña en peligro y un ultimátum, no escatimo esfuerzos, ¿me entiendes?

Dino asintió y se dieron la mano.

—Te llamo luego.

Mientras Dino se marchaba del parque, un par de muchachos del barrio pasaron por su lado y empezaron a jugar en los columpios.

Levi sacó el teléfono y buscó fotos de Giancarlo Fiorucci en Internet.

Sonrió al aparecer las imágenes en el navegador. Gino tenía la piel aceitunada, el pelo negro, unas cejas pobladas y la nariz aguileña. No podía decirse que fuera guapo. De hecho, cuanto más observaba su cara, más necesidad sentía de hacerle daño.

Consultó su reloj. Tenía una hora para llegar al restaurante.
Tiempo más que suficiente.



Eran casi las cuatro de la tarde y Levi llevaba cerca de cuatro horas observando todos y cada uno de los movimientos de Gino. Lo había encontrado en el Café Deluxe, un establecimiento próximo a una zona de D. C. llamada Foggy Bottom. Mucha gente del gobierno almorzaba allí. Cuando Levi llegó y se sentó a la barra, Gino estaba comiendo solo en una mesa.

Al terminar, Gino echó a andar por Dupont Circle y un hombre se le acercó. El tipo llevaba un traje de lo más habitual entre los zánganos del departamento de Estado. Probablemente fuera un mando intermedio.

Levi sacó inmediatamente el boli-vídeo de Denny y lo activó.

Cualquiera que lo mirara vería a un hombre con la mirada perdida y, si prestaban más atención, se fijarían en que jugaba nervioso con un bolígrafo en la mano.

Levi se colocó a propósito mirando hacia el este mientras apuntaba con el bolígrafo a Gino y al empleado del gobierno. Delante de su ojo derecho apareció una imagen y la agrandó. Se mantenía apoyado en un poste; el efecto de una imagen superpuesta a lo que estaba viendo lo dejaba un tanto mareado. Era como cuando aparecía un anuncio superpuesto en la tele, pero en la vida real.

Empezó a grabar.

Quedaba claro que los dos hombres se conocían. Gino sacó del bolsillo de la americana un paquete envuelto en papel que, por el tamaño, parecía un fajo de billetes, y a cambio recibió un sobre grande de papel manila.

«Vaya, ¡qué interesante!».

Los dos hombres se estrecharon la mano y Gino se dirigió hacia el este mientras que el otro hombre tomó la dirección norte, por lo que pasó justo al lado de Levi.

Levi interrumpió la grabación y su teléfono vibró a mientras el bolígrafo enviaba el contenido del vídeo. Al cabo de unos momentos, otro zumbido indicó que la transmisión había terminado. Levi guardó el bolígrafo y comprobó el vídeo sin sonido que le había llegado al teléfono. La calidad era excelente. Avanzó rápido hacia la parte en la que el hombre desconocido estaba de cara a él e hizo una foto del rostro.

Se la envió a Denny y escribió: «¿Puedes identificarlo lo antes posible? Es probable que sea un agente federal».

Denny respondió casi de inmediato con un mensaje: «Recibido. Estoy en ello».



O'Connor observaba una grabación de Levi Yoder caminando por las calles de D. C. Un testigo cooperante, miembro de la mafia calabresa llamada la 'Ndrangheta, se la mostraba en una pequeña cámara de mano. El hombre, enjuto, era una fuente productiva de datos procesables desde hacía más de nueve meses.

—¿Quién está con él? —preguntó O'Connor.

—Es Dino Minelli. —El testigo cooperante tenía un marcado acento italiano—. Un capo de la familia Marino de Virginia Beach.

—Está bastante lejos de su zona, ¿no?

—Sí y no. Se dedica principalmente a las drogas y a controlar el empleo, sobre todo en su territorio. Pero he oído decir que está ampliando fronteras. La política es un buen negocio.

El agente observó a Levi sentándose con el mafioso en el parque infantil.

Casi de inmediato, se Levi se volvía y miraba a la cámara con expresión suspicaz; el vídeo dejaba de enfocar al objetivo.

—Sí —reconoció el testigo—. El tal Yoder tiene ojos en la nuca. Cada vez que lo enfocaba, notaba algo y se volvía para buscarme. Suerte que soy rápido.

O'Connor miró al hombre enjuto y lo apuntó con el dedo.

—Cuidado con Yoder. Es especialmente peligroso.

El testigo se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga?

—Ya te di el nombre del hotel en el que se aloja. Ya lo pillarás allí. Mantenme informado de todos sus movimientos.

—Oído, jefe.



Ya había caído la tarde cuando Levi se reunió con Dino en la puerta de un bar de West Great Neck Road, en Virginia Beach. Dino hizo una seña hacia lo que parecía un Cadillac XTS negro nuevo de trinca.

—Conduciré el resto del trayecto —dijo.

Levi subió al asiento del pasajero del espacioso vehículo y bajaron por Shore Drive, donde había poco tráfico.

—Así —dijo Levi—, ¿algo que debería saber sobre Don Marino?

Dino tamborileaba impaciente en el volante con los pulgares mientras esperaba en el semáforo en rojo.

—No, está chapado a la antigua. Conoce tu posición. Muestra respeto. Así es la cosa. Cuando hablé con él, no le gustó algo de lo que le conté, y por eso ha querido quedar en su casa.

Al poco, Dino franqueaba una puerta de seguridad y continuaba por un camino de entrada largo y sinuoso que conducía a una casa sobre un acantilado, con vistas a la playa. La casa era inmensa, probablemente de casi dos mil metros cuadrados, y se extendía a lo largo y ancho de una finca de varias hectáreas en primera línea de mar. Aquel tipo no era un pobretón.

Unos cuantos hombres trajeados esperaban para acompañarlos a la mansión. Levi entregó sus armas y fue cacheado antes de entrar en el edificio.

Dos de los hombres los condujeron a él y a Dino a otra ala, situada más allá del comedor, con capacidad para treinta personas y de una elegante sala con piano con vistas al mar. Al final, entraron en la biblioteca. Las estanterías de suelo a techo de casi cinco metros estaban llenas de libros; para llegar a los más altos había una escalera con ruedas que se desplazaba sobre una guía.

Uno de los hombres del jefe llamó a la pesada puerta de roble, que parecía salida de un castillo medieval y estaba entreabierta.

—Adelante —dijo una voz ronca desde el interior.

Dino entró primero, seguido de Levi. El hombre del jefe cerró la puerta detrás de ellos.

Don Marino era un hombre corpulento de entre sesenta y setenta años. Medía más o menos lo mismo que Levi, pero pesaba al menos cuarenta kilos más que él. Sorprendentemente, lo llevaba bien. Tenía las muñecas gruesas y era el vivo ejemplo de una persona de huesos grandes. La genética necesaria para ser defensa profesional en el fútbol americano... o matón.

Dino señaló hacia Levi.

—Jefe, le presento a Levi Yoder. Es el amigo nuestro del que le hablaba.

Levi asintió hacia el jefe.

—Es un honor conocerle, Don Marino.

El don señaló hacia las sillas dispuestas ante del escritorio.

—Tomad asiento, los dos.

Levi se sentó en una silla de madera tallada que le recordaba a muebles que había visto en algún museo. Don Marino tomó la palabra.

—Dino me ha dicho que crees que uno de nuestros hombres conectados podría estar implicado en el secuestro de una niña.

—Bueno, me han informado de que se encontró una huella de ese hombre en un coche siniestrado. Se trata del coche que estamos prácticamente seguros de que se utilizó en el secuestro.

El jefe frunció el ceño.

—¿De quién es el coche? ¿Sabemos si nuestro hombre era el propietario?

Levi hizo una pausa y se dio cuenta de que no tenía ni idea de a quién pertenecía el coche. Situación que pronto enmendaría.

—No, señor. Pero creo que podría averiguarlo.

—Pues entonces parece que no lo tenemos todo tan claro. No puedo darte permiso para interrogarlo sin un motivo de peso, verificable.

Había llegado el momento de que Levi sacara lo que esperaba que fuera su mejor baza. Hizo un gesto hacia su americana.

—Señor, ¿me permite que le enseñe un fragmento de un vídeo de vigilancia del hombre del que hablamos? Lo he grabado hoy. Creo que le parecerá interesante.

El jefe inclinó la cabeza y miró a Dino.

—¿Sabes algo de esto?

Dino se mostró confuso y negó con la cabeza.

—No, jefe. No sé nada de ningún vídeo.

El jefe se inclinó hacia delante, se acodó en el escritorio y frunció el ceño.

—Señor Yoder, no me gusta que acosen a mi gente sin motivo—. Señaló la americana de Levi—. Más vale que valga la pena.

El corazón se le aceleró a Levi en el pecho al sacar el móvil, desbloquearlo y mostrar el vídeo. Habló mientras se reproducían las imágenes.

—Quería tener una idea de sus movimientos. Lo que hacía. Con quién se veía. Tal vez, con un poco de suerte, visitara el lugar donde esconde a la niña. Pero no salió de D. C. hasta después de reunirse con este otro hombre que aparece en el vídeo. Como ve, su hombre le dio algo que parece un fajo de billetes y a cambio recibió una carpeta llena de algo.

El semblante del jefe se ensombreció y su acento italiano sonó más fuerte.

—¿Quién es el otro hombre?

Por suerte, Denny había podido identificarlo. Levi pasó a otra pantalla y mostró una fotografía de un archivo de personal del departamento de Estado.

—Se llama John Benson. Trabaja en el departamento de Estado, en la oficina de Tráfico de Personas.

El jefe hizo una seña hacia el teléfono.

—¿Puedo?

Levi se lo tendió y el hombre, con sus dedos gordos como salchichas, amplió la imagen.

—En ese resumen leerá que es una especie de jefe que se encarga de obtener visados y pasaportes de emergencia para gente necesitada —informó Levi—. Ese departamento tiene mucho que hacer con respecto al tráfico sexual. Es algo que me preocupa porque la niña que secuestraron es pequeña, lo bastante pequeña como para que esos cabrones asquerosos la adiestren. Y, por supuesto, es rubia, y para algunos de esos desviados eso es un plus.

El don tenía una expresión adusta cuando le devolvió el teléfono a Levi. Lo señaló con el dedo.

—Ninguno de mis hombres está implicado en ese tipo de cosas. Es un pecado contra natura hacerle eso a cualquier niño. —Se recostó en el asiento y tomó aire con fuerza.

Levi deseó no tener que pasar por encima de esos tipos. Iba a encargarse del asunto con o sin el permiso del don, pero le resultaría mucho menos peligroso si lo tuviera.

Don Marino se volvió hacia Dino.

—Ve a buscar a dos de los chicos. Reúnete con nuestro hombre. Sacadle la verdad y, si es un pecado, asegúrate de que haga penitencia. —Le dedicó un asentimiento a Levi a modo de aprobación—. Has hecho bien en traérmelo. Hablé con tu don y él me habló de ti. Creo que empiezo a creermelo algunas de las cosas que me dijo. Te doy permiso para hablar con nuestro hombre, con la supervisión de Dino.

Levi inclinó la cabeza como muestra de respeto.

—Gracias, Don Marino. Averiguaré qué está pasando.

El don les indicó que se marcharan con un gesto y, en cuanto salieron del despacho del jefe, Dino llamó por teléfono para concertar el encuentro.

Iba a ser una noche larga.



Levi entró en un bar con los otros dos iniciados a los que Dino había llamado. Gino estaba sentado a una mesa en la que cabían ocho personas, pero él era su único ocupante y se dedicaba a hacer gestos obscenos hacia el televisor colgado de la pared.

Los tres se sentaron junto a Gino, que espetó:

—¡Qué cojones! Esta mesa es mía... oh, perdona, Tony. No te he reconocido. —Gino se había centrado en el mafioso de la derecha de Levi, a quien obviamente reconocía—. ¿Qué estáis haciendo en esta parte de la ciudad? ¿Queréis que os pida algo de la carta? Lulu prepara una *piccata* de ternera deliciosa.

Tony hizo un gesto de desdén con la mano y no dijo ni media palabra. Tampoco presentó a nadie, y a Dino no le correspondía preguntar, pero lanzó miradas furtivas a Levi y al otro iniciado.

Había diferencia entre un iniciado y un conectado. Un tipo conectado quizá fuera un pez gordo entre la gente normal que sabía que tenía vínculos con la mafia, pero los iniciados eran los reyes de lo que supervisarán, ya fueran personas o cosas. Y un tipo conectado no podía siquiera poner en entredicho a un iniciado sin arriesgarse a sufrir represalias graves.

Y si Dino estaba ahí... pues bien, Dino era un capo, un capitán u organizador de iniciados, y un conectado ni siquiera debía mirar a un capo a los ojos sin esperar una bofetada de todos los demás iniciados de la zona.

Así era la mafia. Había una jerarquía clara, y Levi llevaba inmerso en ese mundo desde los dieciocho años.

La televisión emitía noticias sobre palestinos e israelíes, y Gino hizo un gesto hacia allí:

—¿Veis esa mierda? Los cabrones de los israelíes piensan que la tierra es suya, pero el pueblo palestino estaba allí antes que ellos. Los cerdos de los israelíes necesitan que les metan unos cuantos cohetes por el culo, como mínimo.

Levi sonrió.

—¿Tú qué sabes de esa parte del mundo?

Gino se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a la historia. Antes de 1948, cuando nació el estado de Israel. —Levi había tenido el privilegio de pisar Jerusalén, hogar tanto de palestinos como de israelíes. Había visitado los restos del Segundo Templo, la mezquita construida en parte sobre sus ruinas—. ¿Qué te hace pensar que los palestinos tienen más derecho a estar ahí que los judíos?

—Porque han estado allí desde siempre, por eso. ¿Y tú por qué opinas otra cosa?

—¿Que por qué opino otra cosa? ¿Qué me dices del Sagrado Corán, en concreto el capítulo cinco, los versos veinte y veintiuno?

Gino miró a Levi de reojo.

—¿Cómo coño voy a saber yo qué dice el Corán?

—Pues pensaba que, si expresas una opinión con tanta vehemencia, estarías informado de qué dice el libro sagrado del islam.

—A ver, listillo, ¿qué dice?

Levi vio en su mente la caligrafía árabe y recitó los versículos:

*wa—'idh qāla mūsā li—qawmihī yā—qawmi dhkurū ni'mata llāhi
'alaykum 'idh ja'ala fīkum 'anbiyā'a wa—ja'alakum mulūkan wa—
'ātākum mā lam yu'ti 'aḥadan minā l—'ālamīn.*

*yā—qawmi dkhulū l—'arḍa l—muqaddasata llatī kataba llāhu
lakum wa—lā tartaddū 'alā 'adbārikum fa—tanqalibū khāsirīn.*

Los tres hombres se quedaron boquiabiertos mirando a Levi.

—¿Y qué coño significa eso? —preguntó Gino.

—Esos versículos van de Moisés hablándole a su pueblo, el pueblo judío. Y dice: «Oh, pueblo mío, recordad la bendición que Alá dejó caer sobre vosotros cuando nombró profetas entre vosotros, y os hizo reyes, y os dio lo que ninguna otra nación ha recibido. Oh, pueblo mío, entrad en la Tierra Santa que Alá ha destinado para vosotros y no retrocedáis porque entonces estaréis perdidos».

—O sea —continuó Levi—, aunque sé esto y sé lo complicada que es la historia de ese territorio, no creo que debemos tomar partido. Esos dos grupos tienen que encontrar una solución y nosotros desde aquí no debemos entrometernos en un asunto que no somos capaces de comprender.

Tony sonrió con satisfacción ante la expresión sorprendida de Gino.

—Gino, vamos a un sitio más tranquilo. Tenemos que hablar.

Gino se quedó blanco cuando se dio cuenta de que aquella no era una visita de cortesía.

CAPÍTULO DOCE

La estancia olía a cobre y orines. Ambos de Gino. El cobre procedía de la sangre derramada en el suelo que iba secándose en los charcos. De la sangre salpicada en las paredes. En la ropa de Levi. Por todas partes. Levi había tenido la prudencia de quitarse el traje antes de empezar todo aquello. Llevaba una bata de médico azul y estaba convencido de que parecía que acabara de sacrificar a un cerdo.

A Gino le habían roto todos los dedos varias veces, tenía la cara hecha un muñón ensangrentado y uno de los otros mafiosos le había cortado limpiamente la oreja izquierda. Levi se había hecho cargo de él a partir de ese momento. No quería que Dino muriera sin darle lo que necesitaba. Pero incluso él tenía sus límites. Estaba convencido de haber oído que el hueso del pómulo le crujía con uno de los últimos golpes, que había dejado al hombre inconsciente... una vez más.

Miró hacia Tony, que se había mantenido al margen, observando.

—Despiértalo. —Eran casi las seis de la mañana y Levi recordó que solo quedaban siete días.

Había un tubo intravenoso colgado de un soporte detrás de Gino, que se había quedado ahí desde la primera vez que Gino se había quedado inconsciente y uno de los mafiosos le había abierto una vía en el cuello. Tony introdujo algo con una jeringuilla en el puerto intravenoso y, en cuestión de segundos, Gino parpadeó.

—Por favor, matadme. No me llevé a ninguna niña en un coche negro.

La puerta se abrió y entró Dino, vestido todavía con traje.

—Virgen santa. ¿Está vivo? —Se acercó a Levi esquivando lo que había en el suelo—. ¿Qué sabemos?

Levi le dio un fuerte puntapié a Gino en la espinilla.

—Señor Fiorucci, cuénteme otra vez la transacción que vi ayer en Union Square.

A Gino la cabeza le colgaba adelante y atrás. Daba la impresión de que intentaba levantarla, pero no lo conseguía. Era probable que algunos de los músculos del cuello se le hubieran dañado durante la paliza.

Tony cogió al hombre por el pelo y le tiró de la cabeza para que Dino lo viera.

—Yo... yo... qué querías que...

—Union Square. Háblame del tipo al que pagaste ayer. ¿Qué fue eso?

Gino parpadeaba y le salían burbujas de sangre por la nariz.

—Pagué cincuenta de los grandes por unos papeles y un manifiesto.

—¿Qué papeles eran esos?

—Pasaportes, identificación para las chicas. —Gino gimió y el ojo derecho le empezó a temblar de forma incontrolada—. Vienen en un carguero escondidas entre doce contenedores de

arroz.

—¿Qué haces con esas chicas?

—Venderlas. Ya tengo compradores esperando a lo largo y ancho de la Costa Este. Esas chicas son material de primera. ¿Cómo coño te crees que gano quinientos de los grandes al mes?

Dino se puso rojo y preguntó con voz queda.

—¿Qué edad tienen las chicas?

Gino hizo una mueca y, durante unos instantes, pareció más lúcido. Sonrió y se vio que le faltaban los dos incisivos y que tenía otros dientes medio rotos.

—De todas las edades. Ninguna mayor de doce, pero algunas están en el rango perfecto. Probablemente de la misma edad que tu Donna.

Antes de que Levi tuviera siquiera tiempo de reaccionar, Dino sacó un revólver Smith & Wesson y disparó tres veces al pecho de Gino.

—¡Eh! —gritó Tony, apartándose de un salto del cuerpo de Gino cuando se quedó rígido—. ¡Casi me das!

Levi notaba un intenso pitido en los oídos y exhaló un suspiro cuando el olor a mierda inundó el ambiente. Gino había perdido el control de los esfínteres y, junto con la sangre que encharcaba el suelo, ahora había un reguero de orina goteando desde la silla.

Ya no iba a obtener más respuestas de Gino.

—Hijo de puta. —Dino negó con la cabeza y se volvió hacia Levi—. Al final del pasillo hay una ducha. Lávate y vístete. Los chicos acabarán el trabajo.

En cuanto Levi salió de la sala, tomó una bocanada de aire fresco. Le dolían los músculos por el esfuerzo físico y olía igual que la sala de la que había salido.

Odiaba esa faceta del trabajo.



Hablando por teléfono, Levi caminaba a uno y otro lado del recinto del aparcamiento de su hotel.

—En serio, no me queda mucho tiempo, Denny. ¿Puedes conseguirme esos dispositivos de rastreo para mañana? No me fío de ninguno de esos cabrones del gobierno. Tengo que saber dónde se esconden esas ratas de alcantarilla cuando les suelte el bombazo.

—Te ofrezco algo mejor. Puedo coger el tren y estar ahí en unas horas.

—No, hay demasiadas miradas puestas en mí. No quiero que corras ningún riesgo. Ahora mismo ni siquiera sé quiénes son los malos.

—Levi, eres consciente de que algunas personas pueden tomarte por uno de los malos, ¿no?

—No me importa. Siempre y cuando salve a la niña. Seré la pesadilla de la que la gente habla con voz queda para asustar a niños que se portan mal.

—De acuerdo, amigo. Tengo el material preparado. Al parecer, tu hotel está en la ruta de reparto temprano de FedEx, así que, con un poco de suerte, lo recibirás a eso de las ocho de la mañana.

—Fantástico. —Levi se dio cuenta de que había estado a punto de olvidarse de una cosa—. Oye, Denny, ¿puedes hacer una búsqueda rápida del propietario del todoterreno? El de la huella.

—Claro. Un momento, espera a que visualice la imagen del informe.

Un coche pasó junto a la puerta de entrada de huéspedes del hotel y aparcó a unos pocos metros. Levi se alejó.

—Bueno, parece que era un vehículo del gobierno.

Levi se paró y se quedó entre un sedán Buick y un todoterreno Nissan.

—¿En serio? ¿Cómo demonios acabó la huella de un miembro de la mafia en un vehículo del gobierno? ¿Puedes rastrear a quién se lo asignaron?

—Creo que sí, pero no sé si podré acceder a esa información antes de mañana. Contactaré con mis colegas a primera hora.

—De acuerdo, Denny. Muchas gracias por todo. Ya haremos cuentas cuando acabe esta mierda.

—Vale, tío. Salgo por la puerta con tu material. Cuenta con tenerlo ahí mañana por la mañana. Hasta pronto.

La línea quedó en silencio y Levi consultó la hora. Marcó un número y se acercó el teléfono al oído.

Un ring... dos rings... y respondieron al teléfono justo al sonar el tercero.

—¿Diga?

—¿Yoshi? ¿Por casualidad estás en D. C.?

—Oh, hola, Levi. Pues... sí. ¿Qué ocurre?

—¿Podemos quedar en Union Square, cerca de la fuente?

—Sí, supongo que sí. ¿Cuándo?

—¿Te va bien dentro de media hora?

—Ahora mismo cojo el coche.

—De acuerdo. Nos vemos allí.

Levi se dirigió a su coche de alquiler y abrió el maletero: contenía la caja táctica que siempre llevaba consigo. Una de las especialidades de Denny. Cerró el maletero con fuerza y subió al coche.



Levi caminó por Union Square y fue recorriendo la plaza con la mirada para ver si encontraba a Yoshi. De vez en cuando, la gorra de béisbol le cosquilleaba y se volvía para encontrarse con algo obvio, a veces con una cámara de seguridad. La gorra de detección de vigilancia era extremadamente sensible, pero activar demasiadas alertas era infinitamente mejor que no activar las suficientes. Dado que la gorra enviaba rayos infrarrojos en todas direcciones constantemente, la señal que recibía no solía registrar nada en el dispositivo de Denny. Solo cuando la señal recibida se repetía con frecuencia producía una alerta.

Eso solo ocurría cuando alguien lo observaba. Si unos ojos lo seguían, la luz invisible recibía una señal constante, con lo que activaba uno de los terminales metálicos de la gorra que le producían un ligero cosquilleo en el cuero cabelludo. Levi quizá parecía un gato asustadizo entre la multitud, pero agradecía el invento.

Uno de los terminales cosquilleó y él miró en aquella dirección. Una rubia lo miraba. En cuanto sus ojos se encontraron, la mujer bajó la mirada y se sonrojó.

—¡Levi!

Se volvió y vio a Yoshi corriendo hacia él con expresión preocupada.

—He venido lo más rápido posible. ¿Alguna noticia de June?

Levi negó con la cabeza.

—Lo siento, aún no. Quería pedirte un favor, pero no quiero que nadie más se entere. — Señaló el extremo de la plaza y empezaron a caminar—. ¿Puedes llamar a la madre de June y

concertarnos una visita?

—Claro, creo que sí. Pero ¿por qué? ¿Y por qué dices lo de que no quieres que nadie se entere?

Levi deseó haber pensado en eso antes.

—Bueno, he estado pensando en lo sucedido la noche del secuestro. ¿Cómo demonios supo el secuestrador que Helen iba a pedir pizza? Dijiste que no pedían comida para llevar a menudo. Así que... ¿cómo decidió el secuestrador tenderle una emboscada al repartidor y entrar por la puerta?

Yoshi abrió unos ojos como platos.

—Joder, pues no tengo ni idea.

—Quiero registrar el apartamento de Helen Wilson para ver si hay algo extraño.

—Voy a intentar quedar. —Yoshi sacó el teléfono.

Levi le puso la mano en el hombro.

—Digas lo que digas, hazte a la idea de que hay alguien escuchando. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?

Yoshi asintió mientras se acercaba el teléfono al oído. Al cabo de un instante, sonrió.

—Hola, señorita Wilson. Soy Yoshi. Me pregunto si estará en casa esta tarde. Me gustaría hacer unas comprobaciones en el apartamento y preferiría que usted estuviera delante. —Hizo una pausa antes de asentir—. De acuerdo. Nos vemos a las cinco.

Levi enarcó una ceja.

—¿Señorita Wilson? Parece un tanto impersonal. Pensaba que os teníais más confianza.

Yoshi se encogió de hombros.

—Por teléfono siempre fingimos que soy un miembro del personal de seguridad del apartamento y ella una inquilina. Pero a veces, cuando June dormía, quedábamos en los columpios para hablar.

—¿Hablar? No me malinterpretes pero, teniendo en cuenta cómo te comportabas con ella delante, imaginé que teníais una aventura. ¿Me equivoco?

Yoshi se puso rojo como un tomate.

—Me... me gustaría, pero es demasiado pronto. Y demasiado complicado. Yo nunca...

—No hace falta que me lo expliques. —Levi rio entre dientes y le dio una palmada en la espalda. Resultaba entrañable ver lo nervioso que estaba—. Vamos a comer algo y luego vamos a hacerle una visita a la «señorita Wilson».



Levi observó a Yoshi dándole a Helen una nota manuscrita que decía: «No digas nada. Va a comprobar si hay micrófonos ocultos en el apartamento». Ella abrió unos ojos como platos y asintió para mostrar su acuerdo.

Yoshi y Levi entraron y este último abrió un maletín del que extrajo un dispositivo parecido a una vara con un pequeño bucle en el extremo. No solo detectaba micrófonos ocultos, sino que activaba dispositivos pasivos que se encendían en respuesta al movimiento o el sonido.

Levi lo había hecho infinidad de veces en habitaciones de hotel, pero seguir ese proceso en un apartamento entero iba a resultar lento. Decidió ser metódico e ir de un extremo de la vivienda al otro.

Empezó con la mesa situada al lado de la cama de Helen. Levantó el receptor del teléfono

fijo y pasó la vara por él. Un pequeño LED rojo parpadeó junto al teléfono. Fue a buscar su maletín y sacó un recipiente recubierto de una malla metálica. Estaba insonorizado y hecho a prueba de señales. Desatornilló el teléfono y entonces cayó un dispositivo del tamaño de una uña. Lo introdujo en el recipiente y continuó con el escaneo.

Yoshi escribió algo en un bloc de notas y se lo enseñó a Levi.

«¿Era un micrófono oculto?».

Levi asintió. Durante unos segundos, Helen y Yoshi se dieron la mano e intercambiaron una mirada.

Levi tardó casi una hora en revisar todo el apartamento. Guardó todos los dispositivos electrónicos de vigilancia que encontró y, por si acaso, aplicó polvo para revelar huellas dactilares allí donde había encontrado los micrófonos. Consiguió unas cuantas huellas.

Cerró el recipiente y exhaló un suspiro de alivio.

—Este sitio estaba trufado de micrófonos. Todos los teléfonos, encima de la alacena de la vajilla de porcelana, debajo de la mesa de centro, todos los cuartos de baño y el dormitorio de June. Alguien quería tenerte controlada.

—Pero ¿quién? —preguntó Helen, conmocionada. No lo entiendo. ¿Debería llamar a alguien?

Levi y Yoshi respondieron que no al unísono.

—Por ahora, es mejor dejar las cosas tal como están —declaró Levi. Sacudió el recipiente en el que había introducido los dispositivos de escucha—. Haré que los analicen. Dejémoslo así. ¿Alguien ha tenido acceso a tu casa?

Helen se encogió de hombros.

—Pues sí. Mucha gente. La policía y el FBI han estado por todas partes.

—¿Y antes del secuestro? —preguntó Yoshi.

—Bueno, supongo que entonces también mucha gente. Hicimos una fiesta de cumpleaños para June. Y vino gente del trabajo. No tengo ni idea de cómo han metido eso aquí ni de cuánto tiempo lleva.

—No sufras. —Yoshi le puso la mano en el hombro y ella se la cogió.

Helen se dirigió a Levi:

—¿Has hablado con el abuelo de June?

—Sí.

—¿Y? —Levantó la mirada, expectante.

—Creo que haría lo que fuera con tal de salvarla. Está destrozado por lo ocurrido.

Helen le hizo una seña para que se le acercara.

Él se aproximó y ella susurró:

—El secuestrador ha pedido un rescate. Diez millones de dólares.

Levi asintió.

—¿Qué dijo el FBI al respecto? Supongo que no tienes diez millones de dólares.

—Dicen que están haciendo todo lo que pueden para encontrarla y, aunque tuviera diez millones, que no es el caso, no me recomiendan que pague. Dicen que perdería toda ventaja que pueda tener.

—Bueno, tiene sentido. Te quedan seis días hasta que termine el plazo...

Helen ahogó un grito.

—¿Cómo lo sabes?

Levi sonrió mientras Helen y Yoshi lo miraban asombrados.

—Creedme, estamos haciendo todo lo posible. No le contéis nada a nadie. Estoy intentando

hacer salir a quienquiera que la secuestró. Si lo consigo, entonces quizá tenga la posibilidad de encontrarla antes de que acabe el plazo.

A Helen empezaron a temblarle las manos y Yoshi las tomó entre las de él.

—Es muy duro...

—De hecho —dijo Levi—, tengo una idea. Podríamos utilizar uno de estos micros. Si no te importa, estoy pensando en volver a poner uno en la alacena de la vajilla de porcelana. Podemos utilizarlo en contra de quien lo puso. Que piensen que se nos ha pasado. ¿Te parece bien, Helen?

—Supongo que sí. Tendré que andarme con cuidado.

—Bien. Y si alguna vez te envió un mensaje de texto, quiero que te acerques aquí con alguna excusa para leerlo en voz alta.

Helen parecía confundida, pero asintió.

Levi se llevó el índice a los labios para reclamar silencio y entonces abrió el recipiente, extrajo un dispositivo de escucha y volvió a colocarlo en la alacena, donde había estado.

Apoyó una mano en el hombro de Yoshi.

—Os dejo, chicos. Tengo que encargarme de varios temas.

Levi salió del apartamento, buscó la ubicación del punto más cercano de recogida de FedEx que hiciera envíos nocturnos y se puso a enviar varios nombres a Denny.

Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. Se estaba forjando un plan.

CAPÍTULO TRECE

Quedaban seis días. A medida que pasaba el tiempo, la preocupación de Levi acerca del término del plazo iba en aumento. Con un poco de suerte, colocando correctamente las piezas del dominó, vería cómo caían y lo llevarían directo a June Wilson.

El paquete de Denny llegó al hotel justo a tiempo y Levi pasó buena parte del día buscando coches y colocándoles los dispositivos de rastreo de Denny. El siguiente era el de O'Connor. Se trataba de un Chevy Impala gris y, aunque Levi apenas lo había visto unos segundos, la imagen de la matrícula se le había quedado grabada en la mente.

Lo difícil era entrar en el aparcamiento subterráneo donde estaba estacionado. Su mejor opción era la entrada de la calle Tres, pero había personal de seguridad y barreras físicas para impedir el acceso a las personas no autorizadas.

Levi estacionó en la calle, escamoteó uno de los dispositivos de rastreo en la palma de una mano y se dirigió al puesto de seguridad situado justo al otro lado de la entrada del aparcamiento. Aún no sabía qué iba a decir.

Un coche se detuvo a su lado.

—Hola, Yoder. ¿Has venido a verme?

Levi no daba crédito a su suerte. Ahí estaba O'Connor con su Impala gris, observándolo por la ventanilla bajada del lado del pasajero.

Levi se acercó a la ventanilla, introdujo la cabeza y mintió.

—Intenté llamarte, pero por algún motivo no había forma de establecer la comunicación.

Con un gesto, el agente le indicó que entrara.

—Bueno, no hablemos en la calle.

Levi subió al coche. Mientras cerraba la puerta y gesticulaba de forma exagerada para ceñirse el cinturón, consiguió adherir el dispositivo de rastreo magnético a la parte inferior del asiento.

—¿Qué me cuentas? —preguntó O'Connor mientras se fundía con el tráfico y empezaba a dar vueltas a la manzana.

—Vi a alguien que creo que trabaja en el departamento de Estado citándose con uno de mis contactos. Intercambiaron papeles y dinero, pero eso es prácticamente todo lo que sé por ahora.

O'Connor redujo la velocidad de tal modo que los coches que tenía detrás empezaron a tocar el claxon. Se volvió en el asiento para mirar a Levi.

—¿Tienes fotos de esa persona del departamento de Estado?

—Sí, te las enviaré esta noche. Mientras tanto, tengo otras pistas que seguir. Creía que debías saberlo.

El coche terminó la vuelta a la manzana y O'Connor paró para dejar bajar a Levi.

Antes de cerrar la puerta, Levi se agachó y dijo:

—Arregla el teléfono. Venir aquí hoy no entraba precisamente en mis planes.



—Mierda —farfulló Levi mientras observaba la entrada de la base de los marines de Quantico. No había manera de entrar. Había seguido al tipo del departamento de Estado y se había contrariado al darse cuenta de que se dirigía al laboratorio del FBI. Para entrar en el laboratorio, tenía que cruzar la verja.

Se acercó a la entrada principal y un marine salió a su encuentro desde el puesto de guardia.

Levi bajó la ventanilla.

—Disculpe, cabo. Tengo que ver a una persona que trabaja en el laboratorio del FBI.

—Sí, señor. ¿Me enseña su documento de identidad y me da el nombre de la persona que lo ha citado? Tienen que habernos dado su nombre para que pueda entrar.

—¿Tienen que llamar antes?

—Sí, señor. Es el protocolo.

Levi señaló hacia la rotonda.

—Pues vuelvo enseguida. Voy a llamarle.

El marine señaló a la derecha y Levi dio media vuelta desde la entrada. Conocía a otra persona que trabajaba en el laboratorio y la llamó.

Por desgracia, saltó el buzón de voz.

«Has llamado a Nick Anspach. Deja un mensaje con el número de caso y un teléfono de contacto. Me pondré en contacto contigo lo antes posible».

—Mierda. —Levi colgó y marcó otro número. Casi de inmediato, la voz de O'Connor sonó por los altavoces del coche.

—Sí.

—Hola, soy Levi Yoder. ¿Qué te parece si te digo que podría obtener algunas respuestas en los próximos dos o tres días acerca del autor del secuestro?

La voz de O'Connor adoptó un tono animado.

—Me tomas el pelo, ¿no?

—No, creo que tengo una pista realmente sólida. Pero necesito un favor. De lo contrario, quizá no consiga nada.

—¿De qué favor se trata?

—Necesito que llames a la puerta de la base de los marines en Quantico para que me dejen entrar. Te juro que nadie resultará herido ni habrá daños. Solo voy a echar un vistazo rápido y saldré en unos treinta minutos. No habrá desperfectos ni consecuencias. Pero quizá resulte definitorio.

La línea quedó en silencio durante cinco largos segundos antes de que O'Connor respondiera.

—De acuerdo. Llamaré enseguida, pero quizá el agente que está de guardia tarde entre cinco y diez minutos en recibir la orden. No me metas en líos o te arrepentirás de haber nacido.

—Gracias, O'Connor. Te debo una.



Levi asintió hacia el marino cuando le abrió paso. Presionó lentamente el acelerador y siguió las señales que acabaron conduciéndolo a uno de los aparcamientos abarrotados contiguos al gran edificio de tres plantas donde el FBI llevaba a cabo los análisis forenses más avanzados.

Recorrió el aparcamiento con la mirada, buscando a uno y otro lado el Cadillac CTS que habían asignado al cabrón del departamento de Estado. Parecía un coche demasiado bueno para un criminal, pero Levi había visto locuras mayores en su vida. Había cientos de coches en el aparcamiento y fue subiendo por un pasillo y bajando por el siguiente, cuando de repente se detuvo ante un Buick LaCrosse.

La matrícula coincidía con una de las que Denny le había enviado. Era la de Anspach.

Levi se estacionó en una plaza vacía, cogió uno de los dispositivos del paquete recibido, bajó del coche y se encaminó hacia el Buick. Al alcanzarlo, se arrodilló fingiendo atarse los cordones del zapato y, al incorporarse, adhirió el dispositivo de rastreo al bajo el vehículo, a la altura del asiento trasero.

Levi sabía que probablemente Anspach no tuviera nada que ver con nada, pero había enviado a Denny los nombres de todas las personas relacionadas con algún aspecto del caso. Las que habían analizado la escena del crimen. Las que habían ido a investigar al apartamento. Toda persona relacionada, ni que fuera de forma remota, con June o Helen Wilson. Levi incluso había pasado por la escuela y colocado dispositivos en el coche de la directora y el de la maestra.

Regresó a su coche y seguía escudriñando el aparcamiento para ver si encontraba el Cadillac, cuando vio a Anspach caminando por el sendero que dividía la zona ajardinada que rodeaba el laboratorio.

Mientras el experto forense entraba en su coche y se marchaba, Levi mantuvo la cabeza gacha para que no lo vieran.

Levi peinó el aparcamiento entero sin encontrar el Cadillac rojo. Hasta que no inspeccionó un segundo aparcamiento, no encontró su objetivo y colocó el dispositivo.

Al poco rato se despedía con un gesto del oficial apostado en la entrada de la base de los marines de Quantico.

El teléfono vibró y Levi pulsó un botón del volante. La voz de Dino sonó por los altavoces.

—Oye, he encontrado lo que buscabas.

Levi le había pedido que buscara la carpeta que el tipo del departamento de Estado había entregado al difunto Gino.

—Hazme un favor: tenlo a buen recaudo. Es probable que lo necesite bien pronto.

—Vale, no te preocupes. El jefe está muy contento con lo que hiciste. Tendríamos que hablar.

—Vale, pronto. Cuando haya encontrado a la chiquilla.

—Eso mismo. Recuerda que, si necesitas contactos, yo y un par de chicos podemos ayudarte.

—Gracias, bueno es saberlo. Ya hablaremos.

—*Ciao*.

Mientras Levi se incorporaba a la I-95 norte, marcó el número de Yoshi.

—¿Diga?

—Yoshi, ¿dónde estás?

—Camino de Old Alexandria para reunirme con alguien a petición de mi hermano.

—¿Es urgente o puedes dedicarme un rato? Quiero hablar contigo, pero no por teléfono. — Levi pisó el acelerador y, con prudencia, serpenteó por entre el tráfico que se dirigía al norte.

—No creo que sea urgente. Acabo de recibir un correo electrónico de Ryuki pidiéndome que vea a alguien en la esquina de Prince con Strand a las cuatro.

Hacía meses que Levi había estudiado los planos de D. C. en Google Maps y visualizó en su mente la intersección de esas calles.

—Hay un restaurante llamado Chadwick's cerca de allí, y aparcamiento justo delante. Allí nos vemos. Será rápido.

—De acuerdo. Estoy en un atasco, así que, si la cosa sigue así, llegarás antes que yo.

—Tardo veinte minutos.

Levi colgó y apretó los dientes presa de la frustración. Yoshi quizá supiera más de lo que pensaba, ojalá se le hubiera ocurrido preguntarle antes.

Miró por el retrovisor y, como no vio policía, pisó el acelerador a fondo.



Levi y Yoshi caminaron por Strand Street. Desde algún lugar llegaba sonido de gaitas.

—¿Qué son esas gaitas?

—No lo sé —repuso Yoshi—. He tenido que esquivar un desfile de escoceses chiflados por el camino. Unos cien tipos con faldas tocando la gaita. Está claro que es una tradición navideña. Pero, bueno, querías hablar, ¿no?

—¿Ha estado alguien del FBI en casa de Helen para algo distinto a la investigación del secuestro? Imagino que tú estabas pendiente de quién entraba y salía.

Yoshi se encogió de hombros.

—Por supuesto, un montón de gente. Recuerdo que hizo una fiesta para June en la piscina e invitó a un montón de compañeros de trabajo. Sobre todo, los que tienen hijos de la edad de la niña, pero algunos no tenían hijos. —Apretó los labios con fuerza—. De hecho, no recuerdo exactamente quién vino. A la mayoría no los conocía. Y fue hace meses. Las cintas de seguridad ya deben de estar sobregabadas.

La cacofonía de las gaitas se intensificaba a medida que caminaban y, al llegar a Prince Street, resultaba casi ensordecedora.

Levi notó el cosquilleo de uno de los terminales de metal de la gorra de manera constante, no aleatoria. Miró calle abajo para ver si identificaba el origen.

Justo al lado de la intersección de South Union Street había un viejo edificio de obra vista de cuatro plantas. En una ventana de la última se distinguía un reflejo.

Levi identificó el destello del disparo justo cuando se lanzaba sobre Yoshi. Notó un dolor punzante en el brazo. Agarró a Yoshi por el cuello de la camisa y el cinturón y lo arrinconó detrás de la esquina de una tienda de bicicletas mientras recibía otro disparo en la espalda.

Con un gemido de dolor, tropezó, cayó sobre una rodilla y notó un fuerte impacto en el lado del pecho.

Mientras tanto, el desfile navideño de gaiteros continuó su marcha ensordecedora y los dejó atrás.

CAPÍTULO CATORCE

Levi derribó a Yoshi al intentar ponerse a cubierto.

—Levi, ¿pero qué coño? —gritó Yoshi limpiándose una mancha de tierra que tenía en la cara.

Levi hizo una mueca al palparse el hombro para ver si tenía algo roto. El brazo le palpitaba de dolor e introdujo el dedo por el agujero del traje. Algo se deslizó por la manga de la americana y vio que una bala caía a la acera.

—Joder. —Yoshi se levantó como pudo y miró de la bala a Levi—. ¿Te han disparado?

Levi movió el brazo adelante y atrás. No creía que estuviera roto, pero notaba un hormigueo en los dedos de la mano derecha, probablemente por el impacto del disparo.

Se oyó una sirena a lo lejos y empezó a oler a humo. Levi atisbó por la esquina de la tienda de bicicletas y vio llamas en el tejado del edificio desde donde habían disparado.

—¿Levi? Tienes un orificio de bala en la espalda, llamaré a...

—Estoy bien. —Levi se volvió hacia Yoshi y sacudió la cabeza—. Llevo protección antibalas.

—Pero, aun así, tienes que... me refiero a que el brazo no puedes tenerlo protegido, no lo entiendo. ¿Cómo te mantienes en pie?

Levi ignoró la pregunta y siguió observando a la multitud, que se alejaba del fuego a medida que llegaban los camiones de bomberos. Quienquiera que le hubiera disparado, debía de haber provocado el incendio a modo de distracción y probablemente habría huido de la zona. De repente, se volvió hacia Yoshi.

—¿Cómo sabes que fue tu hermano quien te hizo venir aquí? —preguntó—. ¿Has intentado llamarle?

Yoshi negó con la cabeza.

—No, ahora mismo está en un avión con destino a Tokio.

—¿Y entonces cómo te envió un correo?

Con una sombra de duda, Yoshi dijo:

—No sé. En algunos vuelos hay wi-fi, así que imaginé... ¿adónde quieres ir a parar? ¿Crees que era una emboscada? ¿Que alguien falsificó el correo de Ryuki?

Levi recogió la bala del suelo y la sopesó en la mano. Él no podía ser el objetivo, el francotirador no tenía forma de saber que iba a estar allí. Sin duda era una emboscada para Yoshi. Pero ¿por qué?

Levantó el brazo, que le palpitaba de dolor al ritmo del corazón, para ajustarse la gorra, y volvió con Yoshi por donde habían venido, en dirección al aparcamiento.

—Sí, eso es exactamente lo que pienso. Creo que te tendieron una trampa, pero no tengo ni la

más remota idea de por qué.



Levi hizo una mueca al quitarse el chaleco. Una de las balas había quedado enganchada en el forro y cayó en la repisa del lavamanos. La observó con detenimiento bajo la luz y vio la marca de los dientes de sierra de la bala expandida.

Reprodujo la escena en su cabeza. A pesar de la cacofonía de las gaitas a escasos metros de distancia, se habría esperado oír el sonido del disparo. Aunque estuviera silenciado, el chasquido de la bala habría emitido algún ruido.

A menos que fuera una carga subsónica.

Una bala subsónica seguía siendo mortífera, pero con un silenciador y un desfile de gaiteros... nadie habría oído nada.

Probablemente ese era el motivo por el que a Yoshi se le había pedido que estuviera en ese lugar concreto a esa hora determinada.

Brillante.

Le dio la vuelta a la bala en las manos, Levi estaba convencido de que alguien la había personalizado para que se expandiera de manera que causara el máximo daño. Y en pos de la precisión, dado que el disparo se efectuaba desde poco menos de ciento cincuenta metros, el estriado del cañón tenía que haberse ajustado de manera especial para estabilizar la bala subsónica.

Levi se quitó la camiseta y vio que tenía el brazo morado desde el hombro hasta casi el codo. Pero ya no notaba el hormigueo en los dedos y agradecía que el proyectil no le hubiera causado más daños.

—Esther, te debo una por el traje que me conseguiste. Pasa con nota alta.

Se puso de espaldas al espejo y vio unos ligeros moratones a la altura de donde había recibido los dos disparos en el pecho. Uno lo notaba cuando respiraba hondo, probablemente tuviera una costilla magullada, pero el otro no le dolía nada. No era la primera vez que las armaduras de Esther le salvaban la vida.

El teléfono sonó en la mesita de noche. Se acercó corriendo, lo cogió y se lo llevó al oído.

—¿Qué pasa?

—Levi —la voz de Denny chisporroteó por la mala cobertura—. Tengo noticias sobre los micrófonos ocultos. Todos son del gobierno.

—¿De qué gobierno? ¿Del nuestro?

—Sí, y tuve suerte. Uno de ellos es de un lote de dispositivos que tuve que rastrear por otros motivos. Por lo menos uno de esos tipos malos empezó su vida en el departamento de compras del FBI. Los otros, probablemente hayan salido del mismo sitio, pero todavía no lo he confirmado. Sin embargo, por lo que parece, diría que hay una probabilidad del noventa por ciento.

Helen Wilson trabajaba para el FBI. ¿Por qué demonios el FBI iba a instalar micrófonos ocultos en casa de una de sus empleadas?

—Denny, gracias por la información...

—La cosa no acaba ahí. Las huellas que me mandaste del apartamento de la madre. Solo encontré una coincidencia, en la que etiquetaste como «mesita de noche». Es de alguien del FBI, un tipo llamado Nicholas Anspach.

A Levi estuvo a punto de caérsele el teléfono. ¿Qué coño tenía Anspach que ver con Helen Wilson?

Recordó el día en que había visto por primera vez al especialista forense. El pelo rubio platino, la quemadura del rostro, el meñique y el anular mutilados. Repasó mentalmente las fotos que tenía en la pared: fotos de fiestas y de gente. Se esforzó por recordar los detalles, aunque solo había visto esas fotos en aquella ocasión.

Sí. Decididamente Helen Wilson aparecía en una de ellas. No, en más de una.

—¡Joder!

—¿Levi? ¿Estás bien?

—Denny, ¿para cuándo puedes conseguirme toda la información disponible sobre Nick Anspach?

—No puedo acceder directamente a los archivos de personal, pero tengo gente para ello. Haré unas llamadas, así que quizá no consiga nada hasta mañana, pero lo intento.

—Haz lo que puedas. Si el dinero ayuda, ya se me ocurrirá algo. Te compensaré.

—Haré lo que pueda. Pero tengo más que contarte, si es que te interesa.

—Por supuesto. Adelante.

—He conectado una aplicación a tu teléfono que te permitirá obtener un mapa con la ubicación de todos tus dispositivos de rastreo. Ahora mismo la estoy mirando y, por desgracia, los dispositivos no cuentan con un sistema de etiquetado complejo. Cuando accedes a la app, solo se ven puntos con números asociados, que representan el orden en el que aparecen en línea.

—¿De qué depende que una de esas cosas aparezca en línea?

—Cuando el imán se conecta a un objeto, aparece en línea. Así pues, están etiquetados según el orden en que los instalaste en los coches. El primer dispositivo que colocaste en un vehículo sería el número uno. El siguiente coche sería el número dos, y así sucesivamente.

Levi repasó mentalmente los coches a los que había adherido los dispositivos.

—Trece. El coche de Anspach es el número trece.

Activó el altavoz del teléfono, vio la nueva app en la pantalla de casa y le dio un toquecito.

Tardó unos segundos en cargarse y otros tantos en visualizarse el mapa de la zona circundante. Pero luego aparecieron puntos en la pantalla, cada uno con un minúsculo valor numérico. Dos de ellos se movían, el resto parecían fijos. El número trece se encontraba justo en el exterior de Arlington, Virginia.

—De acuerdo. Ya lo veo, pero ¿hay forma de saber dónde han estado esos coches?

—Sí. ¿ves los relojes de arena de la parte inferior derecha de la pantalla? Pon el dedo encima de uno y deslízalo a la izquierda; retrocederá en el tiempo, hasta el momento en que el coche apareció en línea por primera vez.

Levi deslizó el reloj de arena hacia la izquierda y los puntos se movieron con rapidez. En la parte superior del mapa apareció un reloj que indicaba hasta dónde había retrocedido. Llevó el número trece desde Arlington hasta Quantico y, a partir de ahí, reprodujo el trayecto.

—Bueno, esto es todo lo que tengo. Intentaré conseguir el máximo de información de tu hombre. Si es exmilitar, conozco a una persona en la costa Oeste que quizá pueda proporcionarme su hoja de servicios.

—A ese tío le falta un trozo de la mano derecha, y tiene un pedazo de cicatriz que parece una quemadura de fósforo. Podrías probar en desactivación de explosivos, o incluso podría ser un expolicía, probablemente que trabajara de artificiero.

—Me pondré en contacto contigo en cuanto sepa algo. —Denny colgó.

Levi continuó avanzando en el tiempo con la app de seguimiento.

El coche de Anspach había circulado en dirección norte por la I-95, y Levi se puso rojo de ira al ver que tomaba la salida 177 hacia Alexandria. Poco después de las cuatro de la tarde, Anspach se dirigía hacia el norte por la US 1.

—Él fue quien disparó. Me apuesto lo que sea.

Pero, ¿cuál era su relación con Yoshi? ¿Por qué le había tendido una trampa?

Levi siguió desplazándose hasta el presente y el coche apareció en Arlington. Ahí paró. Levi amplió el mapa al máximo.

El vehículo estaba estacionado delante de un Safeway, nada más y nada menos. Probablemente para comprar algo de carne para cenar después de un intento de asesinato.

«Seguramente crea que fue algo más que un “intento” —pensó Levi—. Vio que me tambaleaba. Esas balas se abren como un hongo y resultan letales, sobre todo donde me alcanzaron.

Anspach me da por muerto».

Levi envió un mensaje de texto rápido a Dino.

El estómago le soltó un buen gruñido. Era casi medianoche y no recordaba la última vez que había comido. Se planteó llamar al servicio de habitaciones, pero se lo pensó dos veces. Lo que más necesitaba era dormir. De modo que se tumbó en la cama e intentó ignorar el hambre que tenía y el deseo de causar un daño irreparable a Anspach.

Eso tendría que esperar.

Mientras su alarma interna le recordaba que solo quedaban cinco días, Levi cerró los ojos. Estaba convencido de que el día siguiente le brindaría muchas respuestas.



Las cadenas repiquetearon contra la puerta situada en lo alto de las escaleras. June se movió en la oscuridad y gimió cuando el chaleco le rozó la nuca. Le dolía como cuando tenía la piel enrojecida de tanto tomar el sol.

El crujido de la puerta y las pisadas fuertes que bajaban las escaleras anunciaban la llegada del robot. O por lo menos del hombre que sonaba como un robot.

June estaba convencida de que no existían los robots personas, aunque había visto uno en un programa que mamá decía que era un clásico. Se llamaba algo así como «Perdidos en el espacio». Estaba convencida de que Robby el Robot no podría bajar esas escaleras. Tenía los pies demasiado grandes.

—Te traigo la comida y la leche —dijo el robot con su habitual tono metálico.

—Gracias, señor robot. ¿Falta ya menos para que vea a mamá? —June ahogó las lágrimas. Se había prometido que no volvería a llorar.

—Falta menos.

Lo oyó hacer algo a oscuras, pero lo único que veía era la diminuta luz roja del chaleco.

—Señor robot, ¿puede hacer algo para que el chaleco no me roce en el cuello? Es que me duele mucho. No puedo dormir de dolor.

—Quédate quieta. —Algo tiró ligeramente de la parte trasera del chaleco y una mano le presionó la mejilla. Una mano masculina, no la de un robot. Pero olía raro, como cuando mamá iba a hacer prácticas de tiro. Olía igual.

El hombre robot la soltó y dijo:

—Enseguida vuelvo.

Las escaleras crujieron y la puerta se abrió y se cerró. Pero volvió a abrirse casi de inmediato. Se oyeron unas pisadas fuertes en las escaleras que indicaban que el hombre robot se acercaba.

Una mano le presionó la nuca.

—Baja la mandíbula hacia el pecho.

Hizo lo que le pedía y notó algo frío y húmedo en la nuca.

—No te muevas.

Oyó el chasquido de una grapadora detrás de su cabeza y se llevó un susto.

—Volveré más tarde con más comida y bebida.

Más pasos pesados en las escaleras, la puerta que se abría y se cerraba, el ruido de las cadenas. Y la luz volvió a encenderse.

June levantó la cabeza. Tenía algo parecido a un cojín de goma en el cuello, donde rozaba el chaleco. Supuso que el hombre lo había grapado al chaleco.

—Gracias, señor robot.

June corrió rápidamente hacia la caja de cartón. Junto con los sándwiches industriales y la leche, esta vez también tenía un plátano y una manzana. Dos cosas que a mamá seguro que le gustaría que comiese.

Mientras pelaba el plátano y le daba un mordisco, deseó que mamá pudiera ver lo valiente que estaba siendo.

CAPÍTULO QUINCE

Levi estaba inmerso en una vorágine de patadas y puñetazos mientras el sol asomaba por el horizonte en el exterior de su habitación de hotel. El sudor le corría por la cara pero él se esforzaba por mantener la forma física, lanzando golpes a la velocidad del rayo hacia un objetivo invisible y agachándose para hacer un barrido de piernas. El brazo derecho le dolía de tanto ejercicio, pero también sabía que sería peor si no estiraba y movía los músculos doloridos. La sangre tenía que fluir por la zona lesionada, y el dolor que sentía le recordaba su misión.

Quedaban cinco días, pero Levi estaba bastante convencido de que no harían falta.

Tras el entrenamiento, se duchó y se vistió. En lugar del traje habitual, se puso la ropa oscura de trabajo que Esther le había proporcionado. Iba a ser uno de esos días.

Comprobó el teléfono y vio varios mensajes de Dino. Confiaba en que le respondieran a los que él le había enviado la noche anterior. Mientras se desplazaba por la pantalla, iba asintiendo con gesto aprobatorio hacia las fotos que se sucedían. Sin duda procedían de la carpeta que Benson entregó a Gino.

En una aparecía la copia impresa del manifiesto de un buque entrante con los llamados «suministros» junto con una serie de permisos de trabajo para un puñado de chicas que afirmaban tener dieciocho años, aunque sus fotos lo contradecían. La mayoría parecían demasiado jóvenes para conducir y otras eran claramente prepúberes.

El manifiesto era la clave del envío ilegal. Mostraba los números de identificación de los contenedores, y anunciaba públicamente el contenido y qué chicas había en cada uno de ellos. Los documentos incluso incluían los nombres y otros datos relacionados con cada chica, pero su validez resultaba harto sospechosa. Los papeles decían que eran de Reino Unido e Irlanda, pero todas tenían la tez morena y parecían de origen norteafricano. Probablemente fueran refugiadas de Libia o Egipto.

Levi negó con la cabeza, repugnado, y arrastró las fotos hacia la aplicación de «limpieza» que Denny le había proporcionado. Una de las lecciones que había aprendido del genio de la tecnología era que las fotografías digitales a veces llevaban algo llamado datos EXIF: unos datos ocultos que permitirían a un analista forense acceder a información privada sobre la foto, por ejemplo, dónde se había tomado.

Levi no estaba dispuesto a facilitar la ubicación de Dino si el mafioso le había enviado sin querer imágenes con información delicada oculta. A saber qué otro tipo de cosas podrían estar escondidas allí, pues no era la especialidad de Levi. Lo único que sabía era que sería más seguro para todos los implicados que toda foto que se enviara pasara antes por la aplicación de limpieza de Denny.

Una vez hecho, tecleó un breve mensaje identificando el origen de las imágenes como John

Benson de D. C., introdujo la dirección de correo electrónico de O'Connor y le dio al botón de enviar.

El teléfono emitió un zumbido y apareció un mensaje de Denny. Era una copia escaneada de un DD-214, los papeles de licenciamiento del ejército de Nicholas Anspach.

—Justo a tiempo.

Levi escudriñó el documento en busca de los datos más pertinentes: alistado y en las Fuerzas Aerotransportadas de Fort Benning, curso de Cualificación para las Fuerzas Especiales del Ejército de Estados Unidos en Fort Bragg, y luego siete años como sargento de artillería en las Fuerzas Especiales.

Anspach no era ningún vago. Y se licenció con honores. No se especificaba por qué.

Recibió otro mensaje de Denny, esta vez con los registros de personal del FBI. Anspach vivía en Arlington, lo cual tenía sentido por lo que Levi había visto en la app de seguimiento. Era licenciado en Informática y tenía un máster en ingeniería eléctrica e informática del Georgia Tech. Tenía treinta y ocho años y llevaba ocho trabajando en el FBI.

Levi activó la app de seguimiento. La mayoría de los puntos estaban en movimiento, como era de esperar, probablemente camino del trabajo.

Hizo zoom en el número trece: Anspach. Su coche estaba parado en Quantico. Como la mayoría de los militares, el hombre era de los que se levantaban temprano. Levi pasó entonces al número catorce, el tipo al que acababa de delatar. Su punto estaba llegando al departamento de Estado.

Levi cogió las llaves de la mesita de noche y salió por la puerta. O'Connor aún no se había puesto en contacto con él, pero sospechaba que estaba al caer, y quería estar en algún lugar cercano al centro de la acción cuando pasara algo, si es que era el caso.



Levi se sentó en su coche de alquiler, un Ford Taurus con motor V6. Había intentado conseguir un vehículo algo más potente, pero eso era lo mejor que habían podido ofrecerle en el establecimiento en ese momento. Esperaba a que alguien moviera ficha. Sería O'Connor o Benson, o incluso Anspach. Presentía que hoy se produciría un giro de los acontecimientos.

Estaba en el aparcamiento del PMI, situado a unos quinientos metros del edificio del departamento de Estado y a tres kilómetros de donde se encontraba el coche de O'Connor, bajo el edificio de la oficina de campo del FBI.

Aprovechó la oportunidad para revisar las últimas dieciocho horas de cada vehículo que rastreaba. Si la niña estaba escondida en algún sitio, tendrían que llevarle comida de vez en cuando. Empezando por la directora de la escuela y luego la maestra, observó el trayecto que hacían todos los días.

Nada le pareció fuera de lo normal hasta que llegó a Anspach. Se había movido bastante después de ir al supermercado, pues había circulado en dirección norte por New Hampshire Avenue hasta más allá de Arlington, hacia lo que parecía una zona rural situada a más de treinta kilómetros de su casa.

Levi amplió la imagen y vio en Google Maps que New Hampshire Avenue era una carretera de dos carriles. La app de rastreo mostraba que se salía de la carretera un buen tramo. Amplió más y lo único que se veía en la imagen vía satélite eran árboles. Ni casas ni nada por el estilo.

El corazón empezó a palpitarle más rápido; salió de la vista del historial y volvió al estado de

seguimiento actual.

El coche de O'Connor se había puesto en marcha.

—¡Mierda! —Levi salió del aparcamiento marcha atrás y, cuando metió la primera, pisó el acelerador a fondo.

El coche de Benson también estaba en movimiento.

Fuera ya del aparcamiento, el motor del Taurus se quejó cuando Levi aceleró al bajar por Virginia Avenue. Giró de repente a la derecha por la calle Veintiuno. Según lo que le mostraba la app, su objetivo iba por delante de él. Inspeccionó la carretera a medida que se acercaba a Constitution Avenue en busca del Cadillac rojo de Benson.

Volvió a mirar la app y pensó que O'Connor debía de tener alas porque su punto volaba por Constitution Avenue desde el este, más rápido de lo que parecía posible dado el estado del tráfico.

¿Llevaba la sirena puesta? Quizá esa fuera la explicación.

Levi vio un destello rojo más adelante. El Cadillac de Benson estaba girando a la derecha en Constitution.

Apretando los dientes, Levi presionó el claxon y se abrió camino de forma agresiva por entre el tráfico de esa hora que rodeaba el Capitolio. Era un milagro que no lo estuviera siguiendo la policía por conducción temeraria.

Cuando giró a la derecha en el Lincoln Memorial Circle, se dio cuenta de que Benson se preparaba para salir de D. C. y cruzar el Potomac, por el Arlington Memorial Bridge.

Fue serpenteando por entre el tráfico y pisó el acelerador a fondo. El motor V6 del coche soltaba rugidos de protesta, pero cubrió la distancia... hasta que el motor del Cadillac, mucho más potente, lo propulsó más allá de un grupo de coches.

Con un bloqueo de luces de freno rojas por delante, Levi sujetó el volante con más fuerza y viró bruscamente por el arcén de la pasarela del puente. La gente se apartó a su paso y, superado el atasco, bajó de nuevo al asfalto y aceleró tras Benson.

Veía más luces rojas por delante, los coches frenaban. De alguna forma, un Corvette se había accidentado de modo que había quedado volcado en el asfalto húmedo.

El mundo parecía ir más lento cuando Levi vio que el Cadillac de Benson aceleraba directamente hacia el Corvette... y se empotraba en él.

Pero, debido a la baja altura el deportivo, aquello no fue tanto un choque como un despegue. El pesado vehículo de Benson pasó por encima del Corvette, despegando del suelo. Luego, el morro del Cadillac cayó hacia delante contra la valla de contención del puente y el vehículo la atravesó y desapareció por el lado del Arlington Memorial Bridge.

Levi frenó en seco.

Detrás de él sonaban sirenas. Paralizado, Levi miró por donde el coche había caído por el puente. Al cabo de unos instantes, media docena de automóviles sin distintivos convergieron en la escena. Demasiado rápido para los vehículos de respuesta a emergencias.

Entre quienes saltaron de los coches se vio más de una parka del FBI.

Cuando Levi giró el volante con fuerza hacia la izquierda y se fundió entre el tráfico que avanzaba más allá del accidente, le sonó el teléfono. Era un número de D. C. que no reconocía. Respondió.

—¿Diga?

—Lazarus Yoder, supongo.

—¿Quién pregunta?

—Nos conocimos en el funeral de cierto agente del FBI.

Levi frunció el ceño al dejar atrás el accidente e ir cogiendo velocidad. La única persona que había conocido era un tal Tim, pero no tenía esa voz.

—Te he estado observando. Creo que tenemos que vernos. Podría beneficiarnos a los dos.

—¿Cómo has conseguido mi número?

—Acabas de pasar junto a un desafortunado accidente. Sigue en dirección norte por el George Washington Memorial Parkway. Te esperaré en el OHB de Langley. Te enviaré la dirección. Ah, tienes que pasar por un detector de metales, así que, para evitar molestias innecesarias, deja todo lo que resulte problemático en el coche. Acércate a la entrada principal, dejaré tu nombre y alguien irá a recogerte.

Se hizo el silencio en la línea.

Al final del puente las señales lo instaban a continuar por la I-66 Oeste o tomar el desvío hacia G. W. Parkway.

Vaciló un instante preguntándose quién demonios podía saber dónde estaba. Pero giró a la derecha hacia la autovía indicada.



Cuando Levi entró en el vestíbulo refrigerado del OHB, el edificio de la antigua sede, tal como lo llamaban los trabajadores de la CIA, la mirada se le fue al enorme logo de granito de la CIA del suelo, con el escudo blanco y la cabeza de águila resaltados en el suelo jaspeado negro y gris. Cruzó el torniquete y se acercó a una de las recepcionistas del vestíbulo, una mujer de mediana edad provista de unos auriculares.

Levantó la vista hacia él.

—¿En qué puedo ayudarle, caballero?

—Me llamo Levi Yoder y...

—Sí, señor, le esperan. ¿Me enseña un documento de identidad?

Levi sacó la cartera y le tendió el carné de conducir.

La mujer introdujo el carné por una ranura situada al lado del ordenador. El documento fue succionado de inmediato y se vio una luz desde el interior del dispositivo antes de que el carné volviera a aparecer. La mujer se sonrojó ligeramente cuando se lo devolvió. También le entregó un distintivo de visitante y señaló hacia las sillas dispuestas junto a la pared del fondo del vestíbulo.

—Ahora vendrán a buscarle, señor Yoder.

No tenía ni idea de qué le esperaba allí, pero la forma en que le había hablado el hombre del teléfono lo había puesto nervioso. ¿Cómo sabía ese tipo dónde estaba exactamente?

«Te he estado observando».

Era una situación con la que no contaba.

Levi llevaba sentado en el vestíbulo unos cinco minutos cuando sacó el teléfono. Probablemente estuviera allí por equivocación. En realidad, tenía que estar en otro sitio y lo único que lo había llevado hasta allí era una curiosidad insana. Le escribió a Yoshi «Quedamos a las tres». El día anterior, después del tiroteo, sospechó que las conversaciones de Yoshi estaban intervenidas, por lo que se les había ocurrido una solución.

Un voz femenina resonó por el vestíbulo.

—¿Señor Yoder?

Levi se levantó y se acercó a una atractiva morena, vestida con ropa discreta de ejecutiva,

pero con un cuerpo exuberante que era difícil de ocultar. Sintió una punzada de culpabilidad por mirar a una mujer con tales ojos, pero entonces recordó... que estaba soltero. Bueno, había pasado muchos años soltero, pero luego dejó de estarlo, aunque Madison le había dejado las cosas muy claras y él no era de los que necesitan que le digan las cosas dos veces.

Se dieron la mano y ella le indicó que la siguiera.

—Y bien, ¿a quién vengo a ver? —preguntó—. No me lo han dejado claro, señorita...

—Kubs, soy Mindy Kubs, la asistente del director Mason. Le dejo a él las presentaciones. Él así lo prefiere.

Levi pasó entre dos paneles de detectores de metales, permitió que alguien le pasara un trapo por las manos — supuso que era para la detección de residuos de explosivos— y esperó pacientemente a que otro agente de seguridad le pasara un escáner de pies a cabeza.

Tras superar la última comprobación de seguridad, Mindy lo llevó por lo que parecía el pasillo principal del edificio, giró a la derecha y tomó otras direcciones varias veces más hasta llegar delante de una gran puerta de madera veteada. Ella pasó su insignia y entraron en un pasillo revestido de paneles de madera.

A unos quince metros pasillo abajo, se abrió una puerta lateral y apareció un hombre bien vestido.

Levi lo reconoció de inmediato: el hombre del funeral. El que lo había estado mirando desde el otro lado de los dolientes.

Era bajito, no más de metro setenta más o menos. A juzgar por las finas líneas del contorno de sus ojos y de su frente, tenía unos cincuenta años. Pelo castaño claro, con una calva apenas incipiente y ojos de un azul tan pálido que casi parecían color plata.

El hombre sonrió al estrecharle la mano a Levi.

—¿Cómo prefieres que te llame, Lazarus o Levi?

—Mi madre es la única que me llama Lazarus.

—De acuerdo, pues Levi. Soy Doug Mason y pido disculpas por tanta intriga y misterio, pero estás metido en algo que creo que a los dos nos interesa mucho resolver.

Levi inclinó la cabeza y observó al hombre. Mason transmitía plena seguridad en sí mismo. De ningún modo parecía agresivo ni hostil, solo seguro. Pero a Levi lo puso de los nervios. Era como si Doug Mason tuviera todas las cartas, lo supiera todo, como si estuviera haciéndole un favor a Levi. Lo que más le preocupaba era... que no estaba convencido de que fuera así.

—¿Y qué es exactamente lo que hay que resolver? —preguntó Levi.

—Vayamos a un lugar más apropiado. —Mason entró en una sala de reuniones y Levi lo siguió. Mindy ya había desaparecido discretamente pasillo abajo.

Levi se quedó paralizado al ver la sala. Había fotos clavadas con chinchetas en las paredes y otras dispuestas encima de la larga mesa de trabajo. Fotos de gente que conocía.

Fotos de niños —sus niños— jugando en la granja de sus padres.

Una foto de su madre.

Una foto de él mismo sentado en un banco de un parque con Dino.

Una foto de la fachada del Helmsley Arms, donde vivían él y muchos de los iniciados de la familia Bianchi.

Una foto de él en una calle de Chinatown.

Él embarcando en un jet privado en LaGuardia.

Él esposado en una sala de interrogatorios del FBI.

Levi se puso rojo de ira.

Mason cogió un mando y encendió un monitor de pared en el que aparecieron las imágenes

en vivo de un volante.

Levi se quedó boquiabierto. El volante de un Ford Taurus. El volante de su coche de alquiler.

Le costaba creer que hubiera podido ser tan idiota. De algún modo, ese tío había conseguido que alguien entrara en su coche y le colocara un micrófono sin que se diera cuenta. Por supuesto que sí. Su coche estaba al aire libre.

Apretó los músculos de la mandíbula y se centró en el hombre que lo había hecho ir hasta allí. Sabía que no iban a detenerlo porque, de ser así, no estaría en esa sala a solas con el tal Mason.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Mason cogió una de las fotos de la mesa. Era de Mei.

—Nos preocupaba lo que hacías con todos esos niños. —Se acercó a lo que parecía un cubo de basura alargado con una tapa en la que había una ranura blanca. Introdujo la foto por la ranura.

El sonido de una trituradora de documentos resonó por toda la estancia y unos recuadros de confeti cayeron en el receptáculo situado bajo la ranura.

Mason cogió más fotos y fue triturándolas mientras hablaba.

—Levi, represento a una organización dedicada a materializar acciones sin preocuparse demasiado por las tácticas que emplea. No seguimos exactamente las mismas normas que algunas de nuestras agencias hermanas.

—No lo entiendo —dijo Levi—. Es obvio que perteneces a un departamento de la CIA. Acatas las mismas normas y...

—Ajá. —Mason blandió el dedo—. No creas que el hecho de que nos reunamos aquí tiene nada que ver con mi agencia. ¿Habrías venido si te hubiera propuesto que quedáramos en el Denny's de tu barrio? Creo que no.

Levi lanzó una mirada al reloj, cada vez más ansioso.

—Ya que sacas el tema, ¿por qué me has pedido que venga aquí?

Mason se sentó a la mesa y le indicó con un gesto que se sentara también.

—Soy el director de una pequeña organización. Cada miembro aporta algo al grupo que no se encuentra en ningún otro sitio.

—¿Y de qué se trata?

—De un ángel con piel de lobo.

A Levi se le erizó el vello de la nuca. Ya había oído esa frase con anterioridad.

«Amigo, eres un ángel con piel de lobo».

Vinnie le había dicho lo mismo. Ahora sí que Levi no tenía ni idea de con qué estaba lidiando.

—¿Qué significa eso? —inquirió.

Mason se quitó una invisible mota de polvo de la solapa de su traje de mil dólares.

—Es muy poco habitual encontrar a alguien dispuesto a hacer cosas horribles siendo, en realidad, una persona honrada. A hacer cosas por un buen motivo, aunque tales cosas sean horribles.

Levi sacudió la cabeza.

—Me parece difícil de creer.

—Bueno, es más que solo eso. Probablemente podríamos encontrar a un empleado de gasolinera en Des Moines de esas características, pero tendría todos los números de acabar en la cárcel. No sería un animal de ciudad. Un detector de mentiras lo dejaría en evidencia. —Mason

le dedicó una sonrisa cómplice—. No tienen las habilidades necesarias para sobrevivir en este tipo de negocios. Tampoco están preparados para pensar de forma estratégica. Mi organización no acepta a gente corriente. Buscamos a un tipo de personas muy concreto.

»Por ejemplo, se me ocurren doce leyes que has incumplido secuestrando a esos niños, adquiriendo papeles ilegales, falsificando registros federales, interponiéndote en investigaciones policiales, protagonizando agresiones, la lista es interminable. Pero, al final, el bien que haces a esos niños supera con creces lo malo. Y tal como lo hiciste, es difícil reprocharte nada.

»También sé que estás dedicado en cuerpo y alma a salvar a la nieta de Shinzo Tanaka. Y que no te pagan.

A Levi se le ahogaron las palabras en la garganta. Le parecía increíble que un agente de aspecto normalito estuviera al corriente del trato al que había llegado con Tanaka. ¿Cómo era posible? ¿Acaso Vinnie tenía vínculos con ese hombre? ¿Un jefe de una de las familias la mafia de Nueva York envuelto con los federales? Ni hablar.

—¿Cómo sabes todo eso?

Mason tamborileó con los dedos en la mesa de reuniones y una sonrisa maliciosa arrugó sus facciones.

—Sé más de lo que te imaginas. Pero tengo una pregunta para ti. ¿Por qué lo haces?

Levi sacudió la cabeza.

—Es una niña de cinco años. No has respondido a mi pregunta. ¿Por qué me has hecho venir?

—Bueno, pensaba que era bastante obvio. —Mason sonrió—. Quiero contratar tus servicios.

Levi soltó un bufido.

—¿Yo, agente federal?

—No, no como federal. La gente que trabaja para mí... rectifico, digamos que trabajamos juntos. De todos modos, mi gente no lleva documentación y tú no formarías parte del sistema. El sistema está corrompido, como bien sabes. Demasiada gente metiendo baza.

»Imagínanos como almas gemelas. Ambos queremos lo mismo, y mi organización puede ayudarte a financiar algunas cosas que te pueden resultar difíciles si actúas solo. A cambio, te pediríamos un favor de vez en cuando. Con el tiempo, quizá podríamos desviar parte de tu energía en ciertas direcciones.

Levi había oído hablar de ese tipo de estafas con anterioridad. Los jefes de la mafia lo hacían constantemente. Un favor aquí significaba un favor que había que devolver más adelante y, con el tiempo, acababas obligado y ellos se convertían en tus amos y señores. Ni hablar.

—No pienso...

—Antes de que digas nada, quiero presentarte a una persona. De hecho, ya la conoces. —Mason se sacó un bolígrafo del bolsillo delantero y habló por él—. Puedes entrar, ya está aquí.

A Levi empezó a latirle el corazón a toda prisa mientras los pensamientos se agolpaban en su mente. ¿Sería Vinnie quien estaba a punto de entrar por la puerta? ¡Imposible! ¿Madison, quizá?

Cuando la puerta se abrió, no vio a ninguna de esas dos personas; quien entró fue la escultural mujer asiática de melena oscura.

Levi se quedó boquiabierto y ella también.

Mason se colocó entre los dos y sonrió.

—Lucy, creo que ya conoces a Levi. Es un solucionador de la familia Bianchi, también políglota, y se formó con uno de los mejores artistas marciales que han existido jamás. Levi, te presento a Lucy. Es la viuda del fundador de una de las mayores tríadas de Hong Kong, también es artista marcial y tiene un cociente intelectual de récord.

Levi le tendió la mano, pero ella se apartó con una mirada de asco.

—Te dije que no me tocaras. —Lanzó una mirada furibunda a Mason—. Doug, ya sabes que no me gusta que me toquen.

Mason le indicó a Levi con un gesto que se apartara, con expresión un tanto pesadosa.

—Lo siento, supongo que podríais haber empezado con mejor pie.

Levi miró a la mujer con expresión confundida.

«Es la misma mujer que me besó en plena calle».

Sin dejar de mirar a Mason con mala cara, ella señaló a Levi.

—Me cogió del hombro.

—Oye —intervino Levi—, no fue así exactamente...

Ella lo fulminó con la mirada, de modo que él casi que esperaba que de los ojos le salieran rayos láser o algo así.

—Bueno, supongo que te cogí y te pido disculpas por ello. Pero venga ya, me preocupaba que pusieras en peligro a mis seres queridos. Piénsalo: si encontraras a alguien que no conoces en casa de tu madre con tus hijos, tampoco te pondrías muy contenta.

La mujer suavizó la expresión mientras iba dirigiendo la mirada entre Mason y Levi. Resopló de forma audible.

—Disculpas aceptadas. —Separó una silla, se sentó y cruzó sus largas piernas. Dirigió una pregunta a Mason—: ¿Por qué estamos aquí, Doug?

Mason se sacó unas cuantas fotos del bolsillo interior del traje y las lanzó de cualquier manera encima de la mesa.

—Aquí tienes.

Levi tomó asiento, asegurándose de dejar una silla entre él y la temperamental mujer, y echó un vistazo a las fotos.

Eran las mismas que le había enviado a O'Connor. ¿Acaso era él quien se las había enviado a Mason? ¿O estaba Mason tan infiltrado en el sistema que las había sacado de la bandeja de entrada de O'Connor?

—Parece que Levi descubrió a una de las ratas del departamento de Estado —declaró Mason—. Ese hombre ayudaba a varios traficantes a hacer su trabajo.

Lucy se acercó las fotos y frunció el ceño.

—Es básicamente lo que esperaba. De hecho, se trata de una operación menor en comparación con lo que está pasando entre la frontera canadiense y la costa oeste. Pero quizá sea una entrega menor de lo normal... supongo que has rastreado a los compradores, ¿no?

—Sí, y con la ayuda de Levi hemos descubierto una cueva de ratas con entregas programadas a lo largo de las dos próximas semanas.

Levi estaba más confundido que nunca.

—¿Cómo se supone que he ayudado yo a descubrir algo?

Mason se volvió hacia él y Levi notó la mirada de Lucy también en su persona, con una expresión divertida apenas disimulada.

—¿Recuerdas lo que he dicho de haberte estado observando? Pues no era mentira. Sé lo de Benson, pero no sabía lo de sus contactos en la costa este. En cuanto averiguaste que Giancarlo Fiorucci era el correo de un puñado de compradores, pues pude atar cabos. —Mason enarcó una ceja y dijo con tono conspiratorio—: Ya sabes, al tal Fiorucci... he intentado localizarlo, pero por algún motivo ha desaparecido. Interesante, ¿no crees?

Lo más probable era que Gino hubiera acabado convertido en abono para las plantas y diseminado en buena parte del Atlántico pero, aun de haberlo sabido a ciencia cierta, que no era

el caso, Levi no pensaba hablar de ello.

—No sabría qué decir de él.

Lucy se tapó la boca con la mano riéndose y señalando en dirección a Levi.

—La primera vez que te vi, la verdad es que pensé que eras un turista fuera de su elemento. Tiene gracia. —Se volvió hacia Mason y señaló a Levi con el pulgar—. Te apuesto una buena cena a que él lo mató y el tío está enterrado en algún sitio que nadie va a encontrar.

Levi consultó su reloj.

—Sé que no es lo que queréis oír, pero ¿puedo posponer esto para otro momento? Yo...

—Tienes que salvar a una niña —apuntó Mason.

—Bueno, no sé si... cierto, supongo que es lo que intento hacer. —Miró a uno y a otro de los dos extraños personajes que estaban con él en la sala—. ¿Podemos continuar esta conversación más tarde?

Mason blandió un dedo hacia Levi.

—Piensa que lo que voy a pedirte ahora mismo no es sobre una sola niña. Estamos hablando de cientos de niños y niñas. Inocentes que nuestro país permite que se esclavicen. Y necesito que los dos ayudéis. Por lo que veo, ambos poseéis las habilidades y relaciones necesarias para hacer mella en ese tráfico. Ve a ocuparte de la niña Tanaka, pero ¿puedo contar con vosotros?

—Ya sabes que sí —repuso Lucy sin vacilaciones.

A Levi le habría costado imaginar que su vida podía complicarse más de lo que ya lo estaba.

—¿Cientos de niños que entran para ser esclavizados? ¿Vendidos?

—Y cosas peores —repusieron Lucy y Mason al unísono.

Exhalando un suspiro, Levi negó con la cabeza.

—Me cuesta creer que esté diciendo esto. De acuerdo, intentaré ayudar. Después de encontrar a la niña Tanaka.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Antes de dejar a los enigmáticos Lucy y Mason atrás, Levi aceptó situarse ante un dispositivo que hacía un escáner de trescientos sesenta grados de su cabeza y le lanzaba destellos de luz a los ojos. Mason dijo que aquello serviría de identificación a partir de entonces, lo cual él ni siquiera sabía qué significaba.

Levi entró en el aparcamiento donde había quedado con Yoshi la última vez. El exagente del FBI bajó de su coche y echó a andar, pero Levi aparcó y le hizo una seña para que se diera la vuelta.

—No vamos a ir en mi coche.

—De acuerdo. Pero, ¿por qué? ¿Qué ocurre? —preguntó Yoshi.

No tenía las herramientas necesarias para quitar el dispositivo que Mason había puesto en el techo del vehículo de alquiler sin que pareciera que se había producido una pelea de gatos en el interior, por lo que Levi se llevó un dedo a los labios para que callara.

Abrió el maletero y metió su material en una mochila. A continuación, pasó el detector manual de micrófonos ocultos por el interior del coche de Yoshi, por el chasis y por el maletero. No encontró nada. Al final, él y Yoshi entraron en el coche.

Levi se volvió hacia su compañero y le indicó el cruce que tenía que introducir en el navegador.

—Tenemos una hora de ruta en dirección norte. Toma la US 1 y, cuando llegemos allí, nos orientaremos sobre la marcha.

—De acuerdo. —Yoshi salió del aparcamiento marcha atrás y empezó a circular—. ¿Vas a darme alguna pista de lo que está pasando?

Levi seguía procesando lo que había descubierto en las últimas veinticuatro horas y no quería reconocer que actuaba sobre todo por instinto.

—No quiero que te hagas ilusiones, pero tengo una pista que tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de conducirnos a nuestra princesita.

Yoshi sujetó el volante con más fuerza y pisó el acelerador a fondo.

—¿Lo dices en serio?

Levi advirtió sutiles señales de emoción en el rostro de Yoshi. Parpadeaba rápidamente, su respiración era más profunda de lo normal y estaba ligeramente sonrojado. Bien.

—Yo no bromeo con estas cosas, Yoshi. He estado vigilando a una persona, y la vi conducir de noche hasta una zona rural y luego regresar. —Señaló una salida—. No hagas caso del navegador. Toma la I-29 Norte y luego la salida de New Hampshire Avenue. Seguiremos por ahí casi todo el trayecto.

Yoshi siguió las instrucciones de Levi y circularon en silencio un buen rato.

Levi señaló a la derecha.

—Georgia Avenue. Corta por ahí.

—¿Cómo te acuerdas de todo sin mirar? —preguntó Yoshi.

Levi no pensaba hablar de su memoria casi perfecta porque no tenía una explicación racional para ello.

—He estudiado los mapas del trayecto. —Lo cual era cierto, pero incompleto—. Gira a la derecha en esta calle.

La carretera estaba flanqueada por bosques frondosos y más adelante se veía una señal de carretera sin salida. Aquí la temperatura era unos grados inferior, quizá estuvieran en una zona ligeramente más elevada. Había un poco de nieve. De repente, el asfalto acabó y no había más que un camino de tierra en el bosque.

Levi miró su teléfono. No tenía cobertura pero, curiosamente, el GPS parecía seguir funcionando. Mientras iban por el camino de tierra, sacó el historial del coche de Anspach. Cuando estuvieron en el lugar exacto en que el analista forense se había detenido, levantó una mano.

—Para aquí y apaga el motor. Vamos a echar un vistazo a pie. —Levi bajó del coche de Yoshi e inspeccionó la zona—. Nuestro tipo malo se paró aquí y parece un buen sitio para ocultar algo.

—Como una niña —dijo Yoshi con expresión seria.

Levi señaló el límite del bosque, desde donde salía un sendero a partir del camino de tierra.

—A ver qué encontramos. —Miró a Yoshi—. ¿Vas armado?

Yoshi se levantó la camisa y la americana para enseñar la cartuchera que llevaba en la cintura con lo que parecía la culata de un arma del calibre 45.

—Bien —dijo Levi—. Vigila en tus seis. No tengo ni idea de qué podemos encontrar. Podrían ser osos, ciervos o maleantes. Estate preparado.

Levi se había pasado casi dos años estudiando rastreo de animales de caza, buscando señales de cosas que hubieran podido pasar en los sitios antes de su llegada. Briznas de hierba pisadas, una rama rota o torcida, incluso el olor del ambiente... todo eran pistas.

Pero las pisadas de Yoshi detrás de él eran como un martillo percutiendo en un yunque.

—Silencio. —Levi le indicó a Yoshi que parara.

Se concentró y aguzó los sentidos. Casi era capaz de notar la respiración del mundo.

Oyó ardillas trepando por un árbol en el noreste. Respiró hondo y detectó algo en el ambiente... el olor almizclado de un oso negro. El viento cambió ligeramente desde el este y el olor se intensificó. Cerró los ojos y el olor a oso le resultó más nítido. Oyó un ligero gruñido... y luego el sonido de una respiración profunda. El oso estaba hibernando.

Levi se giró hacia Yoshi, señaló a su izquierda y susurró:

—Oso. —Señaló a los pies de Yoshi—. No hagas ruido.

Yoshi abrió unos ojos como platos y caminó de forma más sigilosa cuando continuaron.

Tras otros quince minutos recorriendo el sendero, Levi atisbó un claro a unos quince metros en uno de los lados. Sacó su Glock, en cuya cámara siempre llevaba una bala, y oyó que Yoshi hacía lo mismo tras él. Juntos, salieron del sendero y se encaminaron al claro.

En el centro había una cabaña aislada. Del tejado de la cabaña salían unos cables que subían por un árbol cercano pero, desde el ángulo en que estaba, Levi no acababa de ver a qué estaban conectados. Sin duda era algún tipo de plataforma, pero se veía demasiado endeble como para sostener a una persona.

Yoshi señaló hacia el árbol y susurró:

—Paneles solares. La cabaña recibe electricidad de ahí arriba.

Levi se puso la mano en la frente para evitar el destello de uno de los rectángulos negros y confirmó la información de Yoshi. Se sujetó la mochila un poco más arriba en el hombro y susurró:

—Quédate aquí, voy a explorar.

Sacó un puntero láser de la mochila, activó la luz verde y la dirigió de un lado a otro del sendero. Era un viejo truco que le había enseñado su primo años atrás, cuando se incorporó al ejército y se convirtió en Ranger. El haz del láser resplandecería si detectaba una cuerda trampa. No sería la primera vez que ese truco lo salvaba de caer en una mortífera trampa cazabobos. Sin embargo, en este caso no encontró nada.

Al acercarse al porche de entrada, Levi vio que unos copos de nieve habían caído de forma irregular en los listones de madera. Apuntó con el láser a la sección ligeramente levantada de delante de la puerta, se apartó del porche y movilizó los hombros para rebajar la tensión. Se despojó de la mochila, sacó un detector de metales y extendió el brazo telescópico al máximo. Lo encendió y un LED rojo parpadeó una, dos, tres veces. Estaba listo.

Levi volvió a ponerse la mochila y miró a Yoshi, que estaba en cuclillas con la pistola desenfundada, recorriendo con la mirada del sendero por el que habían venido hasta la casa y vuelta a empezar. Justo lo que Levi habría hecho como centinela.

Levi se acercó de nuevo al porche sin dejar de balancear el bucle del detector de metales a derecha e izquierda. Cuando llegó al listón irregular que le había llamado la atención, la luz roja parpadeó.

Levi notó que un escalofrío le recorría la espalda.

Se volvió hacia Yoshi con sigilo.

—Parece que hay una trampa cazabobos en la puerta delantera.

—Mierda —dijo Yoshi—. ¿Y qué vas a hacer?

Levi respiró hondo.

—Estoy pensando en hacer una estupidez.

—¿Cuál?

—Quédate aquí. —Levi desbloqueó su teléfono y se lo entregó a Yoshi—. Si ocurre algo malo, llama a tu hermano desde mi teléfono. Creo que el tuyo está intervenido por quienquiera que secuestrara a June.

Mientras volvía a la cabaña, con un gesto, Levi le indicó a Yoshi que se quedara quieto. Barriendo el camino que tenía delante con el detector de metales, recorrió el perímetro de la cabaña. No tenía ventanas y no veía indicios de tierra removida. La puerta delantera era la única vía de entrada.

Sintiendo escalofríos, Levi se colocó en el porche y bordeó el tablón sospechoso. Se arrodilló ante la puerta y examinó el mecanismo de cierre. Parecía sencillo, pues era la típica cerradura de tambor de pines. Dejó a un lado el detector, sacó las ganzúas y seleccionó la que necesitaba.

Introdujo una llave dinamométrica en la ranura y la forzó con la ganzúa. Rasgando los pines al tiempo que aplicaba un poco de presión en el tambor, notó que los pines empezaban a hacer clic para abrir. Al final, la cerradura cedió.

Levi abrió la puerta lentamente.

Nada.

Oyó el zumbido de un compresor procedente del interior de la cabaña y notó cierto calor. El lugar disponía de algún tipo de calefacción por conductos.

Volvió a empuñar el detector de metales, lo pasó por el listón sospechoso, comprobó que

había algo metálico debajo y empujó la puerta con el detector.

Como no detectó metales en la entrada, pasó al interior.

Lo que encontró no era lo que esperaba.

Se había imaginado una cabaña medio vacía con quizá un catre y, con un poco de suerte, una niña. Pero se encontró en una especie de taller. Era un espacio pequeño y a lo largo del fondo había dos bancos de trabajo con lo que parecían herramientas de un aficionado a la electrónica: medidores de corriente, pilas, tubos de epoxi, placas de prueba para circuitos de cableado, todo tipo de cables con gafetes... y dos bloques de algo envuelto con teraftalato de polietileno color marrón oliva. En uno de los envoltorios ponía: «Demolición de carga M112 con microchip de radio frecuencia (1 ¼ libras Comp C-4)».

Explosivos de calidad militar.

Aquello era el escondrijo de un experto en explosivos.

Había un dispositivo de plástico mal etiquetado con una plantilla roja en la que se leía «Distorsionador de voz». Levi lo cogió, presionó el botón y habló por el aparato. Su voz sonó como la de un robot.

Exactamente igual que el robot que había oído en el audio del rescate.

Un escalofrío de emoción le recorrió todo el cuerpo.

Apuntó con la linterna a las paredes, encontró un interruptor y lo accionó. No ocurrió nada, pero oyó movimiento en algún sitio. Contuvo el aliento y aguzó el oído.

Oyó unos gimoteos.

—¡June Wilson! —Levi proyectó la voz hacia las paredes porque no sabía de dónde procedía el sonido—. ¿Me oyes?

Durante un par de segundos, el silencio que le respondió resultó opresivo. Pero entonces oyó una vocecilla amortiguada.

—¡Te oigo!

—¿Cómo se llama tu madre?

—¡Helen! ¡Ayuda, por favor!

Levi notó un hormigueo por todo el cuerpo cuando se percató de que aquél era el lugar. La había encontrado.

Se serenó y aguzó el oído. La niña estaba llorando. Y el sonido procedía de debajo de él.

Recorrió el suelo con la linterna y vio el reborde de una trampilla bajo uno de los bancos de trabajo.

—¡Ya bajo! —gritó.

Uno de los dispositivos del banco de trabajo emitió un pitido.

—Encienda la luz, por favor. Tengo miedo.

Levi devolvió el interruptor a su posición original y salió lentamente de la cabaña. Le hizo una seña a Yoshi para que se acercara.

—Es ella —confirmó Levi—. Está aquí.

A Yoshi se le anegaron los ojos de lágrimas, pero su sonrisa no podía ser más grande.

—Quiero que vengas conmigo para que vea un rostro familiar que le inspire confianza. — Señaló el listón sospechoso—. Cuidado con el listón de madera de la izquierda de la puerta. No me extrañaría que ese tío hubiera colocado algún tipo de mina terrestre para las visitas inesperadas.

El banco de trabajo mantenía la trampilla cerrada, por lo que Levi lo apartó. Emitió un horrible rechinar metálico al arrastrarse por el suelo de la cabaña. Abrió la trampilla y allí estaba. Al final de una escalera inclinada se encontraba la niñita rubia con el rostro surcado de lágrimas.

June.

La niña se dispuso a subir por la escalera. El dispositivo del banco de trabajo empezó a pitar más rápido.

Entonces fue cuando Levi se dio cuenta de lo que la niña llevaba puesto.

—¡Espera! —gritó—. Retrocede, ya bajo yo para ayudarte.

Levi había visto chalecos como el de June en sus viajes por el norte de la región india de Cachemira, así como en Afganistán. Había visto lo que podía hacerles tanto a quien lo llevaba como a quienes estaban cerca de esa persona.

Bajó por la escalera seguido de Yoshi.

—¡Yoyo! —June saltó a los brazos de Yoshi y empezó a llorar desconsoladamente.

Yoshi la abrazaba con fuerza.

—Todo irá bien. Te hemos encontrado. Nadie volverá a hacerte daño.

Levi hizo una seña a Yoshi para captar su atención y dijo moviendo los labios: «Chaleco suicida».

Yoshi empalideció y él asintió con expresión sombría. Mientras la niña hundía el rostro en el recodo de su cuello, susurró:

—¿Sabes desactivarlo?

Levi vaciló un instante, pero asintió lentamente para tranquilizar a Yoshi. Sabía que él no tenía experiencia con explosivos, porque no aparecía nada al respecto en el expediente de exagente del FBI que Denny le había proporcionado, pero lo cierto era que Levi tampoco tenía demasiada. Se había documentado sobre el tema y probablemente fuera una de las pocas personas vivas que habían desactivado un misil nuclear de cincuenta años de antigüedad, pero eso lo había hecho siguiendo las indicaciones de Madison. Sin embargo, ¿un chaleco suicida? Nunca había estudiado ese tipo de dispositivos.

—Cariño, voy a soltarte para que el señor Yoder eche un vistazo a lo que llevas, ¿de acuerdo? —susurró Yoshi.

—No. —June negó con la cabeza y empezó a sollozar de nuevo—. Yoyo, ¡me duele mucho!

—¿Qué es lo que te duele? —preguntó Levi.

Se señaló el cuello y resolló con fuerza.

—El hombre robot me hizo una almohadilla, pero se me cayó mientras dormía.

Levi miró al suelo y vio un rollo de láminas de gomaespuma sujetas con cinta aislante negra. En la parte superior del chaleco quedaban unos fragmentos de la goma desgarrada.

El chaleco emitía un pitido, parecido al de arriba. E iba aumentando de frecuencia.

June habló con voz temblorosa.

—Ese sonido ha empezado cuando he subido por las escaleras. Oh, le prometí al hombre robot que no me acercaría a ellas, pero cuando se ha abierto la puerta se me ha olvidado.

Levi miró hacia la escalera y se preguntó si la niña habría accionado algún tipo de sensor de proximidad. ¿Acaso los pitidos eran una especie de cuenta atrás?

Un reguero de sudor le bajó por la nuca cuando Yoshi dejó a la niña en el suelo y le aseguró que todo iría bien.

Levi le levantó la melena, que le llegaba a la altura de los hombros, y vio la piel en carne viva y las ampollas sanguinolentas que se le habían formado por culpa de la irritación. Desde luego, el chaleco le hacía daño.

—Bueno, cielo. Deja que te dé la vuelta para que vea lo que llevas puesto.

June cooperó mientras él le daba la vuelta y observaba el chaleco desde todos los ángulos posibles. Estaba hecho de tal manera que no se podía quitar sin desabrochar y todas las

conexiones parecían contactos cableados. Era un diseño clásico que había visto en unos esbozos de Madison.

—June, quédate de pie con las piernas separadas, voy a mirar el chaleco por debajo. Necesito ver por qué punto puedo sacártelo.

Ella obedeció y, con la linterna, Levi siguió las dos tiras que sujetaban el chaleco a las piernas. Palpó el material y notó que había cables a lo largo de las tiras. Siguiéndolas hacia la parte central del chaleco, echó un vistazo por debajo del mismo y vio una protuberancia en forma de caja.

Sacó una navaja plegable.

—No te asustes, June. Voy a usar la navaja para ver mejor lo que tienes aquí.

La niña asintió y puso cara de valiente, aunque le temblaba la mandíbula.

Ejerciendo la menor presión posible, Levi hizo un tajo en el tejido externo, iluminó el agujero con la linterna y vio una caja de plástico con cables que salían en varias direcciones. La unidad estaba sellada con epoxi sólido para que resultara prácticamente imposible de manipular. También era probable que contuviera C-4 más que suficiente para hacer volar a June y a cualquiera que estuviera en un radio de tres metros.

Solo quedaba una opción.

Levi tomó el rostro de la niña en el hueco de sus manos y la miró a los ojos.

—Te prometo que te llevaremos a ver a tu mamá. Pero ahora mismo tienes que ser valiente. Yoyo y yo vamos a subir un momento y él va a volver a nuestro coche para llamar a tu madre mientras yo vuelvo aquí abajo para quitarte esto, ¿entendido?

June levantó la vista hacia Yoshi.

Él le colocó la mano encima de la cabeza y asintió con gesto tranquilizador.

Ella se volvió hacia Levi.

—Bueno, seré valiente. Ya lo he sido otras veces.

Levi sonrió.

—Quédate aquí. No muevas ni un músculo.

Yoshi besó a la niña en la mejilla y susurró:

—Todo irá bien.

Cuando regresaron al taller de encima, el dispositivo del banco de trabajo pitaba más rápido que antes. Levi escudriñó los bancos para ver si veía un mando a distancia o alguna herramienta que desactivara el dichoso chaleco. No vio nada.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Yoshi.

Levi señaló la puerta.

—Acuérdete de la trampa cazabobos. Vete a algún lugar donde haya cobertura y llama a O'Connor. Llama a la policía. Llama a todo el mundo. —Le tendió la mano—. Dame mi teléfono.

Yoshi se lo devolvió y Levi envió varios mensajes rápidamente. Y se lo volvió a dar.

—Llévate mi teléfono, así en cuanto haya cobertura, mis mensajes se enviarán automáticamente. Para cuando regreses, aquí ya habremos acabado, como sea.

—¿Levi? —La preocupación de Yoshi resultaba obvia—. ¿No crees que deberíamos esperar a los artificieros?

Levi frunció el ceño.

—Si te soy sincero, no lo sé. Ese pitido podría ser cualquier cosa, pero si intentara asegurarme de que la víctima de mi secuestro no escapa, colocaría un sensor de proximidad en el chaleco para que cuando se acercara o alejara demasiado... —Se ahorró el resto de la frase.

Yoshi asintió entristecido.
—Volveré lo antes posible.



Levi montó un espacio de trabajo en el suelo del sótano con los artículos de los bancos de trabajo del taller y un alargador que había encontrado conectado a las placas solares.

Se sentó con las piernas cruzadas delante de June y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Bueno, voy a explicarte lo que estoy haciendo, así aprendes cosas chulas, ¿vale?

June asintió y miró con curiosidad todo lo que Levi había traído de arriba.

Levi no paraba de sudar, puesto que los pitidos del chaleco se sucedían sin pausa uno tras otro. No tenía ni idea de si eso significaba que le quedaban pocos segundos o unos minutos, o si los pitidos eran algo totalmente inofensivo.

Se secó el sudor de la frente y cogió la navaja.

—Bueno, el objetivo es sacarte de esta cosa en la que te metió el hombre malo. Primero, voy a echar un vistazo en el interior de la tira del hombro izquierdo.

June miró a su derecha.

—La otra derecha, cielo. —Con cuidado, Levi hizo un corte en ambos lados de la tira lona y apareció un cable rojo y negro—. Bueno, veo dos cables. Pero ¿sabes lo que es un aro?

—¿Un aro? —preguntó June—. Creo que sí. ¿No es como un círculo?

—Exacto. Los cables de esa tira forman un círculo grande. Vamos a llamar circuito a ese círculo. Ahora mismo, por ese circuito pasa electricidad...

—¿Como en una tele?

—Exactamente como en una tele. Pero, si cortamos el cable, el circuito se desarmará. Ya no será un círculo.

—Como desenchufar la tele —dijo June, cuyo temor había quedado remplazado por la curiosidad que destilaba su voz.

—Sí, desarmar el circuito sería como desenchufar la tele. Lo que no queremos es apagarla. Toda la electricidad proviene de la cajita que tienes en el pecho. Y dado que no podemos mirar en ella, voy a tener que emplear unas herramientas especiales para ver cuánta electricidad pasa por esos cables. Necesitaré tu ayuda, si no te importa.

La niña asintió.

Levi encendió el multímetro para medir la corriente, le conectó un extremo de la sonda y sujetó el clip cocodrilo al cable negro.

—Bueno, parece que este cable transmite una intensidad de setecientos microamperios. ¿Podrás acordarte de este número por mí?

—Setecientos.

—Fantástico.

La niña observaba atentamente y Levi imaginó que eso era infinitamente mejor a que se retorciera inquieta mientras él trabajaba.

Cambió el ajuste del multímetro y vio que producía 1,4 voltios. Cambió el clip cocodrilo al otro cable y comprobó la corriente. Daba la misma lectura.

—Bueno, ahora lo que voy a hacer es quitar este cable y enchufarlo a esta cosa llamada fuente de alimentación. ¿Puedes decirme qué número te he pedido que recordaras?

—Setecientos —respondió June con seguridad.

Levi ajustó la fuente de alimentación a la corriente que pasaba por los cables y luego conectó cuatro sondas a dicha fuente.

—Voy a coger estos cables y a conectarlos a los del chaleco. Esta caja ayudará a que el circuito se mantenga activo y no se desactive.

—No lo entiendo.

El pitido se había convertido ya casi en una monotonía.

Levi sujetó dos cables de red activos a cada uno de los cables del chaleco.

—Imagina que los cables forman un gran lazo. Ahora esta caja está cogida de la mano con los cables que tienes en el chaleco. Voy a cortar los cables entre el punto donde la caja les da la mano, de manera que, aunque los cables del chaleco no estén conectados entre sí, el círculo no se romperá porque la fuente de alimentación sigue cogida de la mano de cada extremo de los cables del chaleco. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí. Pero ya no será un círculo. Tiene una forma más rara, ¿no?

Levi cogió un juego de alicates.

—Tienes razón. Tiene una forma rara. Bueno, vamos allá.

Colocó los alicates entre los cables de red, apretó y...

Nada.

Ninguna explosión.

Levi cogió la navaja y cortó el resto de la tira de lona.

—Bueno, vayamos con cuidado. No queremos que la caja deje de dar la mano. —Atrajo a June hacia él y le sacó primero un hombro del chaleco y luego el otro con cuidado. En cuestión de segundos, la sujetó por la cintura y la levantó para sacarla del chaleco.

Agarrándola con fuerza, subió rápidamente la escalera ayudándose de una mano, esquivó el tablón de la entrada y saltó desde el porche.

Un ruido sordo hizo temblar el terreno detrás de ellos. A la niña se la desorbitaron los ojos y a Levi a punto estuvo de salirse el corazón del pecho.

Respiró hondo y se alejó poco a poco de la cabaña con la niña en brazos. Le llegó el olor a humo.

Yoshi apareció corriendo en el claro y sonrió al ver a June. Ella se zafó de Levi y saltó a los brazos de Yoshi. Levi oyó el bramido de las sirenas a lo lejos.

—Están en camino —explicó Yoshi—. La policía local seguida de los federales de D. C.

Las llamas empezaron a lamer la puerta de la cabaña.

Levi cogió su teléfono de manos de Yoshi.

—¿Me dejas el coche? Tengo que hacer una cosa.

Yoshi le lanzó las llaves.

—Por supuesto. Ya volveré con alguno de los tipos del FBI.

Levi acarició la cabeza de June, enterrada en el recodo del cuello de Yoshi.

—June ha sido muy valiente. —Acto seguido, se volvió y fue corriendo al coche. Tenía una cita con el secuestrador de June.

CAPÍTULO DIECISIETE

Levi estrechó la mano de Dino cuando uno de sus hombres retrocedía con un coche desastrado para entrar en un camino de tierra y grava que se cruzaba con New Hampshire Road. El coche era un viejo Cadillac Fleetwood Brougham, uno de los yates terrestres de la década de los setenta.

—¿El motor está en buen estado? —preguntó Levi—. Solo faltaría que se me ahogara al pisar el acelerador a fondo.

Dino le dedicó una sonrisa torcida.

—Ese motor puede con todo. Uno de mis hombres tenía un mecánico que le debía algo y le pagó con este vehículo. Lleva un bloque de motor V8 de 425 y ronronea como un gatito. —Soltó una risita—. Lo cual es una pena, la verdad.

Levi se ajustó un collarín alrededor del cuello y uno de los hombres de Dino le tendió un casco de motocicleta. Echó un vistazo a la app, ya casi era la hora.

—Tenemos menos de cinco minutos, chicos. ¿Quién es el vigilante?

—Yo —repuso un hombre moreno de aspecto infame—. Lo tengo. Es un Buick LaCrosse negro de último modelo, ¿verdad?

—Eso es. Llámame en cuanto estés posicionado.

—Hecho. —Lenny dio la vuelta y enseguida desapareció de su vista. Su posición de vigilante se encontraba a unos quinientos metros carretera arriba.

Dino llamó al resto de los hombres y señaló hacia el gran Cadillac Escalade que había traído.

—Bueno, chicos, venid aquí. Nuestro trabajillo llegará en un par de minutos.

Levi le cogió la mano a Dino.

—Estoy en deuda contigo y con Don Marino, no lo olvidaré.

—No, hombre. El jefe quería que lo hiciéramos. Y, en mi caso, solo pienso en qué haría si alguien le hiciera eso a mi Donna. Ni hablar. Lo hicimos porque es lo correcto.

Al poco rato, Levi se encontró a solas en el camino de tierra vacío con el motor del yate de tierra ronroneando a su lado. Se subió al coche, se puso el casco y se ciñó el collarín. Estaba preparado.

Le sonó el teléfono y activó el altavoz.

—Oye, soy Lenny. Estoy en posición.

—Vale. Todo apunta a que lleva un minuto de retraso. Mantente alerta e infórmame cuando lo veas, pero dime exactamente cuándo pasa por tu posición.

—Entendido.

Levi volvió a mirar la app. Anspach debía de ir a casi cien por hora por la carretera de dos carriles. Sonrió. Sin duda, Helen había alarmado a Anspach al leer en voz alta el mensaje que

Levi le había enviado.

«Helen, he recibido información que creo que nos conducirá a June. Está encerrada en una cabaña a treinta kilómetros al norte de Arlington. Voy corriendo hacia allá, llegaré al caer la tarde. Hoy acabará todo».



Anspach habría decidido hacer algo con la niña. Y a saber qué se le habría ocurrido.

Fuera lo que fuera, el muy cabrón no iba a salirse con la suya.

Levi revolucionó el motor, se ciñó el cinturón de seguridad y se preparó. Lanzó una mirada al teléfono situado en su soporte.

—¿Alguna novedad, Lenny?

—No, la carretera está... un momento, veo un coche. Es negro y va a todo trapo.

Levi empezó a bajar en punto muerto con la esperanza de evitar derrapar con ese gigantesco monstruo de tracción trasera que llevaba.

—Acaba de pasar de largo, es nuestro hombre.

Levi pisó el acelerador a fondo. Las ruedas traseras giraron en la tierra y la gravilla, y el coche solo derrapó un poco antes de que la tracción llegara a las ruedas.

Levi inició la cuenta atrás en su cabeza.

Quince segundos a lo largo de quinientos metros a casi cien por hora.

Al cabo de cuatro segundos, Levi agarró el volante con más fuerza y el coche por fin se desplazó en línea recta.

En el octavo segundo, los árboles de ambos lados de la carretera se volvieron borrosos a medida que se acercaba a la calle.

A los doce segundos, Levi vio el cruce de las carreteras... y el coche negro. El mundo pareció girar más lento cuando se fijó en la forma en que Anspach sujetaba el volante y en su mirada fija en la carretera.

Con un leve giro del volante, el Cadillac, que pesaba cien kilos más que su objetivo, se abalanzó hacia el lateral del Buick LaCrosse negro, e impactó justo en el medio.

Los cristales se hicieron añicos alrededor de Levi y su cuerpo se propulsó contra el cinturón de seguridad.

El volante se rajó y el chirrido del metal lo inundó todo cuando el Buick salió disparado fuera de su campo de visión.

Levi pisó a fondo el freno —que, milagrosamente, seguía funcionando— y todo acabó.

Le zumbaban los oídos. Oyó una voz que gritaba, el sonido metálico del motor al parar. El olor a caucho quemado lo devolvió a la realidad.

El salpicadero se había desplomado, pero oía una voz procedente de la parte inferior.

—¿Levi? ¡Levi! —Era Lenny. El teléfono de Levi debía de estar por allá abajo.

—Sí, estoy aquí —gritó Levi—. Intentando salir de aquel destrozo.

—Joder, tío. Lo he oído todo desde aquí. ¡Eres un puto lunático!

Mientras intentaba desabrocharse el cinturón, Levi pensó que tenía parte de razón.

—Voy a llamar a Dino para que vaya a buscarte. Tengo al otro coche de camino a por tu hombre.

Al final, Levi consiguió desabrocharse el cinturón. Palpó por debajo del salpicadero caído y encontró el teléfono. Milagrosamente, la pantalla ni siquiera estaba rajada.

Levi intentó en vano abrir la puerta con la manija, pero había quedado obstruida por el impacto.

Retiró las esquirlas de cristal del marco de la ventanilla y salió arrastrándose. Se quitó el casco y el collarín, y se estiró. Lo sorprendió encontrarse bien, aparte del hematoma que le saldría por el cinturón; no parecía tener nada más.

El Escalade de Dino llegó cuando Levi inspeccionaba el daño que había sufrido el Buick. Estaba destrozado. Había ido dando vueltas de campana hasta quedarse sobre un costado y los airbags se habían desplegado, de modo que ocultaban a Anspach.

Uno de los hombres de Dino bajó a la zanja, trepó por el coche y miró por la ventanilla del lado del conductor.

—Virgen santa, el tío sigue vivo.

Lenny llegó con una grúa y casi de inmediato empezó a enganchar el Buick a los grandes cabrestantes que llevaba.

Dino se centró en Levi.

—¿Sangras o algo, loco hijo de puta?

Levi soltó una risita y volvió a inspeccionarse.

—Aparte de que probablemente tenga esquirlas de cristal templado en el pelo y los pantalones, podría haber sido peor.

—Bueno, vayámonos de aquí y volvamos a tu coche. —Dino abrió la puerta del pasajero del Escalade y Levi subió—. Los chicos se encargarán de tu amigo.

Levi se recostó en el asiento de cuero y sonrió. Lo había conseguido. Y, dependiendo de lo que sucediera a continuación, quizá hubiera terminado en D. C. por un tiempo.



—¿Qué quieres decir con eso de que June y Helen están en custodia protectora? —preguntó Levi. Después de la marcha del agente del FBI, él y Yoshi se habían quedado solos en el mismo aparcamiento en el que habían dejado el coche hacía horas.

Yoshi se encogió de hombros.

—No lo sé. Es todo lo que O'Connor ha dicho, que tendrán a Helen y a June en un piso franco hasta que aclaren todo esto. Lo que sí sé es que O'Connor tiene muchas ganas de hablar contigo.

—¿Sabes dónde está ese piso franco?

—Ni idea. Ni siquiera he tenido la oportunidad de hablar con Helen, se ha quedado callada.

Levi consultó la app de rastreo. El coche de Helen era uno de los que había estado vigilando, por si acaso.

—Según esto, su coche sigue en el apartamento.

—He intentado llamarla a su casa, al móvil, todo. No he podido localizarla. Pero eso cuadra con lo que dijo O'Connor. Cuando ponen a alguien en custodia protectora, no se le permite tener ningún dispositivo que sirva para seguirle el rastro, como coches, , teléfonos y otros aparatos electrónicos.

—Bueno, supongo que será algo temporal. —Levi exhaló un suspiro—. Esto no les va a hacer ni pizca de gracia a tu hermano ni al señor Tanaka.

Yoshi asintió con expresión muy incómoda.

—Probablemente no debería reconocerlo delante de ti, pero me preocupa un poco que el

señor Tanaka intente secuestrar a June, ahora que sabemos dónde está... o al menos lo sabremos.

Levi imaginó lo que Tanaka podía hacer en esa situación. No era bienvenido en el país, pero resultaba obvio que el jefe de la mafia veía a June como su única heredera y por su única descendiente directa era capaz de remover cielo y tierra. Tal vez incluso de secuestrarla, teóricamente, por su propio bien.

—No sé, Yoshi. No sé qué piensa ese hombre. Sé que quiere a esa niña y que quiere que esté segura. Me pidió que le llamara personalmente cuando tuviera noticias, así que tendré que hacerlo. Hablaremos más tarde y veremos qué ocurre.

Se estrecharon la mano y entonces Yoshi quiso abrazar a Levi.

—Gracias por todo lo que has hecho. De no ser por ti, June probablemente seguiría en manos del secuestrador. O estaría muerta.

Levi le dio una palmada en la espalda y sonrió.

—Mira, estas cosas suelen resolverse. Lo peor ya ha pasado para June y Helen, y eso es lo importante.

Yoshi le dedicó una débil sonrisa.

—Lo sé, gracias de nuevo.

Levi se solidarizó con el hombre, debía de haber luchado con un montón de sentimientos encontrados. Pero Levi solo tenía una cosa en mente: hablar con el líder del sindicato Tanaka.



Levi caminó a lo largo de la fría orilla del Potomac con el teléfono pegado a la oreja. La conexión telefónica internacional era mala y los ecos e interferencias que se iban oyendo dificultaban la comprensión de lo que se decía.

Levi repitió lo que había dicho en japonés.

—Sí. Tanaka-*sama*, he encontrado a su nieta. Está sana y salva.

Aunque Tanaka estaba en el otro extremo del planeta, Levi le oyó respirar hondo y soltar el aire lentamente.

—Gracias, Levi. Me había preparado para lo peor. Quiero hablar con mi nieta.

Levi hizo una mueca, sabiendo que la explicación no iba a gustarle.

—Por desgracia, el FBI ha puesto a June y a su madre en custodia protectora. Las tienen ocultas.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo. ¿No has dicho que la habías encontrado? ¿Por qué has dejado que se la lleven otra vez?

—Lo siento, pero es complicado. No tuve ni voz ni voto en el asunto. Será algo temporal. El FBI sigue intentando hacer encajar las piezas del rompecabezas. Desde su punto de vista, la persona que secuestró a June está desaparecida. Así que creo que realmente intentan proteger a su nieta y a la madre de posibles daños.

Tanaka habló con tono amenazador.

—¿Y el secuestrador? ¿Qué ha sido de él?

—Ya no volverá a importunar a nadie. Eso sí que se lo puedo prometer.

—Bien, muy bien. Siento estar tan alterado; pero no estoy disgustado contigo. Me gustaría pedirte que supervises la situación. Le diré a Ryuki que llame a tu Don Bianchi y lo disponga. En cuanto June esté en libertad, quiero que se me notifique.

—Haré todo lo que pueda.

La línea telefónica quedó muda y Levi pensó que la conversación podría haber ido mucho peor de lo que había ido. En realidad, no conocía al tristemente célebre jefe de la mafia, y estando un familiar en peligro, era difícil saber cómo reaccionaría la persona. Levi sabía por experiencia que la reacción casi nunca era lógica.

Levi consultó la hora e imaginó que Denny estaría en el bar. Lo llamó y escuchó los tonos del teléfono varias veces antes de que saltara el buzón de voz. Era viernes noche, por lo que probablemente Denny estaría desbordado.

El teléfono le vibró casi al instante y se lo llevó al oído.

—Supongo que esta noche estás liado.

La voz que respondió no era la de Denny, sino la de Doug Mason.

—Como siempre. He estado investigando dónde desapareció Nicholas Anspach. Realmente has armado un gran revuelo con el rescate del secuestro que te has marcado. Los tíos del FBI andan como locos buscándote, quizá podrías tirarles un hueso. Pero yo no les diría que la Potomac Metals de Springfield tiene el coche de Anspach y que está a punto de triturarlo. Te acribillarán a preguntas.

Levi observó el teléfono y no alcanzaba a comprender que Mason supiera todo aquello. Él ni siquiera sabía lo que Dino iba a hacer con el coche de Anspach.

—Estoy seguro de que te estás preguntando qué te propongo. Te lo voy a poner fácil. Arreglaré este desaguisado con el FBI por ti. Lo único que quiero que hagas por mí es que cojas lo antes posible un vuelo a Seattle.

—¿Seattle? ¿Para qué?

—No te preocupes por las Wilson. No les pasará nada.

—¿Sabes dónde están?

—Eso da igual. Céntrate. Seattle.

—¿Por qué quieres que vaya a Seattle?

—¿Te acuerdas de esos niños de los que te hablé? En fin, permíteme que te ayude antes de que a alguien le dé el siroco y te incluya en la lista de hombres más buscados de América. Plantéatelo como una manera de obtener lo que quieres ayudándome con el problema del tráfico infantil. Tenemos la pista de una entrega en la costa Oeste, pero la entrega en sí no es la cuestión. Tenemos que averiguar quién pidió a esos niños y quién los introduce en el país de forma ilegal.

—¿Cómo se supone que debo saber siquiera por dónde empezar?

—Lucy se reunirá contigo en la terminal de Seattle. Ha pasado los últimos dos años preparando esta misión.

—¿Y pretendes que yo empiece, ejem, un par de minutos después de hablar contigo por teléfono? —Levi rememoró la conversación que acababa de mantener con el señor Tanaka—. Tengo responsabilidades que atender, aquí.

—Para empezar, no te enviaría allí si no supiera que estás capacitado para ello. Recuerda, llevo tiempo observándote. Y con respecto a lo que tú llamas responsabilidades, yo me encargaré de la niña Wilson. No le pasará nada. Además, esto debería ser rápido.

—Esto es un lío, y lo sabes. Apenas tengo una idea de quién o qué eres y ¿ahora pretendes que confíe en tu palabra, me compre un billete de avión y vaya a ver qué pasa?

—Bueno, algo de razón tienes. Llevo tanto tiempo vigilándote, que a veces se me olvida que aún no has participado en ninguna misión. Ahora te explico cómo va. Son casi las ocho de la noche. Tendrás un billete de American Airlines de un vuelo que sale a las cinco de la mañana esperándote en Dulles. Para entonces habré suavizado la cosa con los tipos que te buscan. Lucy ya está volando y se reunirá contigo en la zona de recogida de equipajes de Seattle. Yo me

encargaré del resto. No tiene mayor complejidad.

Levi inspiró el aire salado y recorrió la línea de la costa con la mirada.

—¿Dices que el FBI me busca? ¿Por qué no me ha llamado O'Connor?

—Su teléfono se ha borrado por accidente, al igual que tu historial en los ordenadores del bando alto.

Levi había oído hablar del «bando alto» otras veces. Era la manera como la comunidad de inteligencia llamaba al sistema informático en el que se guardaba la información confidencial.

—¿O sea que me has hecho invisible?

—No del todo. Eliminar los registros de un ordenador es bastante fácil, pero la gente tiene memoria. Saben que existes. Tengo que hacer unas llamadas. Ah, y no vuelvas a tu hotel. Lo están vigilando. Supongo que no dejaste nada que necesitaras, ¿no?

Levi caminaba adelante y atrás.

—No, nunca dejo nada. Lo llevo todo en el maletero.

—Bien. Te he reservado una habitación al lado del aeropuerto. Te enviaré la información en un mensaje. Ya está pagada y no te pedirán la documentación.

Levi se quedó quieto, dejó la mirada perdida y se encogió de hombros.

—De acuerdo, Mason. No sé hasta qué punto todo esto es legítimo, pero acepto entrar en el juego. Si funciona, quizá te pida unos favores.

—Por supuesto que sí. No tienes ni que pedirlo. Trabajaré en ello y veré qué puedo hacer.

La línea quedó en silencio y Levi se preguntó si Mason era capaz de leer el pensamiento, si estaba loco o una mezcla de las dos cosas.



Levi se abrió paso como pudo por entre la muchedumbre en el aeropuerto SeaTac, siguiendo las señales hacia la zona de recogida de equipajes. Tardó casi diez minutos en atravesar el gentío, y fue entonces cuando se dio cuenta de que el fin de semana que tenía por delante era el de Acción de Gracias. Una época de muchos viajes y unos días en los que habría preferido estar en casa.

Cuando por fin llegó al final de la terminal principal, pasó ante un único guardia de seguridad que había en el vestíbulo vigilando que nadie intentara tomar el camino equivocado y saltarse los controles de seguridad.

La zona de recogida de equipajes estaba repleta de gente y, justo cuando empezaba a plantearse cómo demonios iba a encontrar a Lucy ahí, la muchedumbre se dividió. A menos de cinco metros se encontraba la mujer asiática alta con la que se había topado ya en un varias circunstancias distintas.

En cuanto se le acercó, percibió el aroma a jazmín. Él le tendió la mano para estrechársela, pero ella no se inmutó.

—No me gusta que me toquen. No te ofendas. ¿Traes equipaje?

—Un momento —dijo Levi—. No tengo ningún problema con lo de no tocarte, de hecho, lo simplifica todo, pero no he soñado que me diste un beso y me cogiste del brazo en Nueva York, ¿no?

En el rostro de Lucy se reflejó cierta vergüenza pasajera, que enseguida quedó sustituida por una ceja arqueada y el ceño fruncido.

—Da la impresión de que recuerdas ese incidente mucho mejor que yo. Como he dicho, no me gusta que me toquen.

—¿Pero tú sí que puedes tocar a los demás?

Lucy ignoró la pregunta.

—¿Tienes que esperar alguna pieza de equipaje?

Levi se descolgó la mochila de lona negra que llevaba al hombro y la sujetó por el asa.

—Todo lo que tengo está aquí.

—Pues entonces sígueme.

Ella lo guio por un puente colgante peatonal que los acabó llevando a la estación del tren ligero. Lucy compró dos billetes y, en cuestión de minutos, ambos se encontraban de pie en un tren abarrotado en dirección norte.

Cogidos al asa que colgaba de los raíles metálicos clavados en el techo, Levi se fijó en que a Lucy se la veía realmente incómoda entre la gente que se daba empujones en el atestado vagón. Bueno, por lo menos lo de no tocarse no era solo para él.

Por ese motivo, intentó distraerla del inevitable contacto físico no deseado que se experimenta en un tren lleno de gente.

—¿A dónde vamos?

—A International District. A Chinatown. Tengo el coche ahí y te enseñaré el despacho.

—¿El despacho?

Lucy le dedicó una sonrisa pícaro.

—Ya verás. Doug dijo que allí te esperan algunas cosas.

A Levi le picó la curiosidad.

Por el altavoz fueron anunciando las paradas de Othello Station, Columbia City y luego Mount Baker. El tren iba vaciándose a cada parada y a Lucy se la veía menos estresada.

Al final, el tren empezó a reducir la marcha y Lucy señaló la puerta. Se anunció «International District, Chinatown» y, cuando las puertas correderas se abrieron, Levi siguió a su nueva compañera fuera del tren y luego por una zona de negocios llena de edificios modernos.

Estaban en el centro de Seattle, un lugar que nunca había explorado, porque no había estado más allá del aeropuerto. Los olores y el paisaje eran totalmente distintos a los de Nueva York. Todo se veía nuevo y limpio.

Pasaron junto a una tienda llamada Uwajimaya, donde un hombre asiático de avanzada edad asaba frutos secos delante de lo que parecía un supermercado japonés. Luego entraron en Chinatown, y allí fue cuando las cosas se tornaron un poco sórdidas, más parecidas a su ciudad.

Los edificios eran más viejos. Las calles, más estrechas. Los letreros de las calles estaban escritos tanto en chino como en inglés, aunque, por lo que Levi veía, él era el único occidental del barrio. De todos modos, era una zona agradable, en la que sobre todo se veía a gente de mediana edad o anciana yendo de un lado a otro para hacer la compra o cualquier otra cosa que la gente hiciera en el vecindario.

—¿Has dicho que aquí hay un despacho? —preguntó Levi en mandarín, el único dialecto chino que sabía.

Lucy lo miró de soslayo mientras recorrían el viejo barrio. Lucía una expresión divertida y respondió en mandarín, a toda velocidad.

—Estoy anonadada. A diferencia de Mason, que da la impresión de saberlo todo de todo el mundo, yo me pregunto cómo es que hablas mandarín. ¿Y por qué lo hablas con acento alemán?

—Bueno, pues yo podría preguntarte por qué tienes un ligero acento ruso cuando hablas inglés.

—Tú primero.

Levi soltó una risita.

—Bueno, pues soy amish, o por lo menos me crie así. Mi lengua materna es el alemán de Pensilvania, que tiene una entonación muy parecida al europeo.

—Vaya. Nunca había oído que uno de los nuestros fuera de origen amish. ¿No sois pacifistas o algo así?

Levi sacudió la cabeza.

—No puede decirse que me dedique a una actividad que esté bien vista en mi comunidad. ¿Y tú? Es acento ruso, ¿verdad?

Cruzaron Weller Street y se internaron en un callejón muy estrecho llamado Canton Alley.

—Supongo que el acento lo tengo de cuando me llevaron por primera vez a casa de mi esposo. Contrató a una institutriz rusa para mí. Ella me enseñó inglés y japonés.

—¿Una institutriz? ¿Qué edad tenías?

—Mis padres eran agricultores muy pobres en Guangzhou. Entonces entraron las grúas de construcción y se apropiaron de buena parte de las tierras de cultivo para sacrificarlas por la ciudad. Mis padres no tenían medios para darnos de comer a todos, así que yo tenía diez años cuando mi esposo me compró.

Levi estaba a punto de decir algo, pero ella se lo impidió.

—Fue un buen trato. Así mis padres pudieron alimentar a mis hermanos y hermanas, y yo gocé de una buena vida. Sobre todo, cuando nos trasladamos a Hong Kong. Una vida privilegiada. De tutores y aprendizaje. Quién me iba a decir a mí lo útil que me resultaría cuando mi marido fue asesinado por un miembro de una banda rival.

Lucy se detuvo ante un edificio de ladrillo visto de cinco plantas que parecía abandonado y en estado ruinoso. Uno de los lados del callejón estaba lleno de basura y toda la zona despedía un ligero olor a orines. El lugar era como tantos otros en los que Levi había estado durante la época que pasó en Asia.

—¿Ves esas tres marcas en los ladrillos? —susurró Lucy.

Levi miró adonde ella miraba. Tres pequeños orificios marcaban los ladrillos envejecidos a la altura de los ojos. Dos de las hendiduras presentaban un brillo vidrioso.

—Esta es la entrada de la oficina. Mira por las lentes con los dos ojos.

Levi acercó el rostro a la pared, casi como si diera un beso a los ladrillos. En cuanto estuvo a escasos centímetros, vio que algo parpadeaba detrás de las lentes de cristal, del tamaño de una pequeña moneda, y oyó un clic metálico.

Lucy empujó los ladrillos, que se abrieron silenciosamente sobre una bisagra oculta. Entraron y la pared se cerró tras ellos.

Levi se encontró en el extremo de un pasillo blanco, largo y bien iluminado. Había un guarda armado al fondo, detrás de lo que parecía un cristal a prueba de balas con una ranura para su metralleta MP5.

—Sígueme. —Lucy dejó atrás al guarda, cuyo rostro parecía petrificado en una expresión de malicia indolente.

Ambos se situaron uno al lado del otro delante de una pared vacía mientras una serie de luces los escaneaban desde los hombros hasta la frente y vuelta a empezar. Con un suave clic metálico y un zumbido, la pared de delante bajó hasta quedar al nivel del suelo y dejó al descubierto otro pasillo corto que conducía a una sala sencilla con una mesa y una hilera de casilleros altos como de gimnasio.

Lucy señaló los casilleros.

—Uno de esos es para ti.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Levi.

Lucy se sentó a la mesa y estiró los brazos hacia arriba en una postura lánguida y seductora.

—Es un poco difícil de explicar. Formamos parte de una cosa que no tiene nombre, pero a lo largo de los últimos dos años me he dado cuenta de que el alcance de Doug resulta apabullante. De hecho, nunca he conocido a nadie que trabaje para él, aparte de ti. Pero... —hizo un gesto hacia los casilleros—, parece que tiene a más gente además de a nosotros. Solo me he reunido con Mason en persona unas cuantas veces, incluido ayer. Normalmente, cuando necesita entregarme algo, me envía un mensaje y voy a la oficina local, y me encuentro lo que sea en mi casillero.

—¿O sea que también hay casilleros en Nueva York?

Lucy cruzó las piernas y Levi tuvo que esforzarse para mirarla a la cara.

—Por ahora, tengo constancia de la existencia de oficinas en D. C., Nueva York y aquí en Seattle. Que yo sepa, son los únicos puntos de entrega y recogida, pero quizá los haya por todas partes. La verdad es que no lo sé. —Señaló los casilleros—. De todos modos, démonos prisa. Hemos venido aquí a recoger lo que haya dejado para ti.

Levi se volvió hacia la pared de casilleros. Todos tenían una placa de identificación digital llena de X, excepto dos: una con el nombre de Lucy y otra con el de él. Al acercarse al casillero, una luz destelló a ambos lados de la placa de identificación y la puerta se abrió con un clic metálico.

En el estante superior encontró unos prismáticos de visión nocturna, una Glock 19 con una cartuchera de cintura, dos cargadores de quince balas, una cuantas cajas de munición de nueve milímetros, un sobre de papel manila y un clip con billetes.

Levi contó los billetes y levantó el fajo.

—¿Esto es normal?

—Dos mil quinientos dólares, todas y cada una de las veces.

Había otra cosa en el casillero. En el espacio inferior, de mayor tamaño, había una funda de guitarra.

—¿Una guitarra? —preguntó Levi.

—Lo dudo. Ábrela y verás.

Levi sacó la funda del casillero, la abrió y sonrió.

Era un rifle, pero no un rifle cualquiera. El cañón medía cincuenta centímetros y estaba provisto de un pesado bípode sujeto en la parte delantera, un freno de boca, un silenciador largo y una mira Leupold de primera calidad. Un pósit en el cañón indicaba que el arma apuntaba a cien metros.

Levi ajustó la mecánica del cerrojo del rifle.

—¿Has oído eso?

—¿El qué?

—Exacto. Da la impresión de que esta pieza está embadurnada con mantequilla. —Dedicó a Lucy una sonrisa torcida—. Es un rifle de francotirador de alta gama. —Comprobó una de las cajas de munición y se fijó en las características escritas a mano—. Es del calibre 308 y Mason nos ha dado balas subsónicas.

Lucy se acercó y le dedicó un asentimiento de aprobación mientras pasaba el dedo suavemente por el cañón del arma.

—Será útil. Me imagino que, como parte de este viaje será por el bosque, podríamos necesitar algo para matar a un oso, un alce o quizá a Pie Grande.

Levi admiró el arma por última vez antes de guardarla de nuevo en la funda.

—Bueno, no sé si encontraremos a Pie Grande, pero este rifle es cosa fina.

—Todo un detalle que vaya dentro de una funda de guitarra adaptada —comentó Lucy—. En las calles de Seattle, incluso en Chinatown, sería un poco fuerte llevar eso colgado al hombro, o incluso en una funda de rifle normal.

Levi centró su atención en el sobre de papel manila. Contenía una única hoja de papel: una fotocopia del parte de un incidente. Levi lo leyó por encima.

En la mesita de noche del dormitorio principal del domicilio de Nicholas Anspach se encontraron alrededor de cien fotos de vigilancia de una mujer que ha sido identificada como Helen Wilson. Creemos que las fotografías se tomaron con un zoom de largo alcance desde una altura de unos cinco metros.

Asimismo, en el garaje de Anspach se encontró un rifle del calibre 223. Tiene un cañón de medio metro con un giro de una a nueve pulgadas. También se encontraron varias cajas de munición subsónica del mismo calibre, de cincuenta y cinco puntos. En una de las cajas faltan diez balas. El cargador del arma tiene siete balas.

En el desván se encontró una caja de moldes de dedos de gel balístico. Se tomaron las huellas y se pasaron por la IAFIS. La mayoría no presentaron coincidencias, pero una sí que fue identificada, la de Giancarlo Fiorucci.

Levi apretó los dientes. Ahora entendía por qué Gino lo había mirado como si estuviera loco cuando le había hablado del coche negro. Cuántas cosas cobraban sentido...

Cerró los ojos y repasó en su mente lo que Anspach había dicho cuando él sacó a colación el todoterreno negro.

Levi, no estoy al corriente del caso pero, si tiene esas grabaciones de seguridad, aquí contamos con especialistas en la mejora de imágenes de vídeo. Nunca se sabe, igual conseguimos identificar una matrícula.

Al cabrón debió de entrarle miedo, destruyó su propio coche y echó las culpas a un tipo cualquiera que resultó ser un socio de la mafia. Era una buena salida. Pero las fotos de Helen que tenía en su casa y en su despacho apuntaban en otra dirección. Estaba obsesionado con la pelirroja.

Levi le dio la vuelta al informe y siguió leyendo.

En una caja de herramientas del garaje de Anspach se encontraron unos 1350 gramos de C-4. Estamos pendientes de recibir la confirmación del análisis de composición de rastros, pero los resultados preliminares muestran una coincidencia con los explosivos utilizados en el ataque con bomba a Wei/Nguyen.

Se sacó el teléfono del bolsillo, marcó un número y Dino respondió casi de inmediato.

—Hola, ¿qué tal?

—¿Cómo está nuestro hombre?

—Listo cuando lo necesites.

—Bien. Pues será pronto.

—Entendido.

Levi colgó y sonrió.

—Esa sonrisa me dice que alguien va a morir —comentó Lucy con total seguridad.

Levi se volvió hacia ella.

—Bueno, ¿qué hacemos a continuación?

Lucy cogió la funda de la guitarra por el mango.

—Nos vamos a Frost Creek, que está a unas tres horas en coche. Luego tendremos que conducir un tramo campo a través.

Levi no recordaba haber visto ese nombre en ningún mapa de la zona.

—Supongo que vas a informarme de los detalles durante el trayecto, ¿no?

Lucy ignoró la pregunta.

—Venga, pongámonos en marcha. Prefiero llegar allí antes de que anochezca.

Mientras Levi seguía a Lucy hacia la salida, preguntó:

—¿Dónde está Frost Creek exactamente?

—En la frontera entre Estados Unidos y Canadá. Créeme, en medio de ninguna parte. Y es el lugar ideal para la primera incursión exploratoria de los traficantes. La noche será larga.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Levi observaba el paso de la carretera mientras Lucy conducía en dirección norte por la I-5. Tras casi una hora en silencio, resultó obvio que aquella mujer no era dicharachera. Pero cuando dejaron la autopista y tomaron la salida 236 para seguir hacia el norte, Levi no aguantó más.

—¿Cómo diantre os conocisteis Mason y tú? —preguntó.

—Yo gano.

Él apartó la vista de la ventanilla.

—¿Qué quieres decir con eso de que tú ganas?

Lucy hizo un gesto desdeñoso con la mano derecha.

—Es un juego al que solía jugar de pequeña. Solo quería ver quién rompía el silencio. ¿Quieres saber cómo Mason me introdujo en la cosa nuestra?

—¿Es así como la llamas? ¿La cosa nuestra?

La cosa nostra, es decir, la mafia.

Lucy le dedicó una media sonrisa como si supiera en qué estaba pensando.

—No, no se llama así. En realidad, no tiene nombre. Por lo menos Mason no me ha dado ninguno. ¿Y qué más da cómo se llama? No es que hayamos firmado contratos de trabajo, precisamente. Lo único que cambia con respecto a una vida normal es que Mason puede mover hilos por nosotros, obtener información de quién sabe dónde y hacer cosas con los federales o los militares que a nosotros nos resultarían difíciles.

—Bueno, yo sé que Mason me vio en el funeral de un exsoldado, o al menos ahí es donde me fijé en él por primera vez. Y, al final, me llamó un día de repente. ¿Y tú? ¿Cómo acabaste metida en esto?

Lucy apretó los labios con fuerza durante unos segundos antes de responder.

—La cosa se remonta a cuando mi marido fue asesinado. Hui de Hong Kong el mismo día que ocurrió y Mason estaba allí cuando llegué al aeropuerto de Los Ángeles. En ese momento lo conocía porque era uno de los clientes a los que había fallado en una entrega.

—¿Qué se supone que tenías que entregarle?

Ella giró en Bow Hill Road, un tramo de carretera solitario de un solo carril en cada dirección que cruzaba una zona boscosa.

—No es un tema del que haya hablado jamás. —Ella lo miró—. ¿No saldrá de aquí?

Levi asintió.

—Te lo prometo. —Levi era muchas cosas y, si existía el infierno, probablemente lo mereciera, pero si había algo en lo que era fiable era cumpliendo las promesas que hacía.

—Bueno, antes de hablarte de la entrega fallida, supongo que tienes que entender cómo funcionaban las cosas por aquel entonces. Mi marido estaba metido en muchas cosas mientras

iba construyendo el negocio. Y, créeme, era un negocio, que él gestionaba con mano de hierro, y tenía la misma estructura jerárquica que una corporación normal. Lo que pasaba era que nuestro negocio se dedicaba a asuntos ilegales. Apuestas, drogas, prostitución, todo eso se consideraba normal.

—Cuando llegué a su casa, no sabía si me habían llevado allí como esposa o como un objeto que vender. Pero mi marido enseguida se dio cuenta de que yo tenía una capacidad asombrosa para recordar. Hechos, cifras, nombres, casi todo. Mi cabeza es como una trampa de acero. No se me olvida nada.

¿De veras podía tener una memoria eidética como la de él? ¿Cuántas posibilidades había de que así fuera? Se concentró en la mujer que tenía a medio metro y se quedó intrigado. Por la forma en que actuaba y las experiencias vividas, le habría costado creer que tenía menos de treinta años, aunque lo aparentara. Poseía una belleza madura, pero Lucy tenía algo atemporal. Quizá incluso hubiera superado los cuarenta, era imposible afirmarlo.

—Sea como fuere, aún era una adolescente cuando mi esposo empezó a implicarme en el negocio. Me dio responsabilidades, que me tomé en serio. Ayudaba cuando podía y, al final, me convertí en su mano derecha, la persona más fiable. A decir verdad, fui yo quien lo ayudó a convertir el negocio en un empresa valorada en miles de millones de dólares. Ampliamos nuestras actividades al resto de Asia e hicimos incursiones en Estados Unidos.

»Y fue entonces cuando empecé a intentar alejar el negocio de los asuntos que consideraba más turbios. Cosas que creí que no estaban a la altura del honor de mi marido.

—¿Como qué? —preguntó Levi.

—Tratar con niños. —Lucy adoptó una expresión amarga al entrar en la WA-9 Norte—. Era una parte mínima de nuestro negocio, pero crecía rápidamente. Teníamos compradores por todo Canadá y Estados Unidos, y un mercado creciente en Oriente Medio. Pero no estaba bien.

Respiró hondo de forma entrecortada y se le llenaron los ojos de lágrimas. Levi nunca habría imaginado algo así en una persona tan fría y práctica como ella.

—Fue obra mía. Convencí a mi marido de que se retirara de esos tratos comerciales y cancelara la trata de niños de menos de quince años. Pero como conseguí desviar a mi marido de una actividad que beneficiaba a nuestros intereses empresariales, uno de sus lugartenientes le tendió una trampa y lo mató.

Levi ató cabos.

—O sea que huiste a Estados Unidos y Mason te recibió al llegar. ¿Era él uno de los compradores cuyo envío cancelaste?

Lucy asintió.

—En aquel momento no sabía su nombre pero, en cierto modo, él sabía lo que yo había hecho. Sabía que acababan de matar a mi marido y sabía por qué.

—¿Cómo podía saberlo?

—No tengo ni idea, pero así fue. Tiene ojos por todas partes.

—¿Y así es como te ganas la vida? ¿Con las misiones para Mason?

Lucy levantó el pie del acelerador y miró a Levi con expresión divertida.

—¿Qué te hace pensar eso? Mi marido y yo teníamos muchos activos convertibles guardados por todo el mundo. ¿En serio crees que iba a dejárselos todos a esos buitres que lo mataron?

Levi sintió admiración por aquella mujer autosuficiente.

—Supongo que no. Pero entonces no entiendo por qué sigues haciendo cosas para Mason. ¿Por qué no estás relajada en una playa en alguna parte?

Lucy giró a la derecha en Mount Baker Highway.

—Muy sencillo. Si hubiera desaparecido sin más, después de que no dejaran ni una migaja de las riquezas de mi marido, habrían supuesto, como es natural, que yo había cogido parte de su fortuna para huir con ella, y tendría que pasarme la vida vigilando quién tengo a mi espalda. En cambio, decidí interpretar el papel que la mayoría de las mujeres de mi sociedad han hecho durante siglos: el de la viuda desamparada que huye con lo justo para sobrevivir. Al fin y al cabo, se apropiaron de una buena tajada de la fortuna de mi marido.

Levi pensó en su apartamento de Nueva York. Debía de haberle costado una pequeña fortuna renovar un viejo edificio con unos materiales tan costosos.

—Pero, si se apropiaron de la fortuna de tu marido, ¿de qué vives?

—No soy imbécil. Tengo suficiente dinero escondido para varias vidas. Pero no alardeo. Me hice la tonta, pero no tanto como para ser inútil. Sigo en el negocio, ayudé al jefe actual a consolidar su poder, y me gané el favor de los demás para no generar desconfianza. Estoy en un escalafón muy inferior al de antes, pero ya me va bien. Así puedo seguir manteniendo los oídos abiertos.

—Y así fue como me enteré de que el grifo del tráfico infantil se había vuelto a abrir. Y sí, es algo que comparto con Mason. He estado ayudándole a llenar unos vacíos en la información que recibe de sus otras fuentes. Pero tengo planes para el negocio de mi esposo.

—¿Recuperar el mando?

Lucy negó con la cabeza.

—Arrasarlo.



Levi observó las sombras cada vez más alargadas de los árboles que los rodeaban. Aunque solo eran las cinco de la tarde, oscurecía rápido. Lucy paró el coche al final de un camino de tierra. Le sonó el teléfono y miró la pantalla. Mason le había enviado un mensaje.

Satélites espías confirman que un camión grande ha llegado a las instalaciones situadas a tres kilómetros al norte del punto de intercepción.

Esperad maniobras exploratorias esta noche. El trato en sí se hará mañana por la noche. Id con cuidado.

—¿Has recibido el mensaje? —preguntó Lucy.

—Sí.

Levi bajó del coche, se colocó la mochila, se colgó el rifle al hombro y siguió a Lucy, que se encaminaba directamente al nordeste, a lo largo de un sendero de caza. Tras recorrer unos cincuenta metros, Lucy se paró y apartó unas ramas de pino cubiertas de nieve que dejaron a la vista un quad.

—Tú conduces, yo voy detrás.

—¿No deberías ser tú quien conduzca? —preguntó Levi—. No tengo ni idea de dónde está ese punto de intercepción. Lo único que he oído es Frost Creek, y a mí eso no me dice nada.

—Lo siento, pero tú tienes que ir delante. No puedo dejar que me toques. —Lucy sacó el teléfono y le enseñó una imagen digital de su ubicación actual y su destino. Señaló una línea que cruzaba lo que parecía un arroyo—. Esperamos que aparezcan muy cerca de la frontera con

Canadá. Está a unos tres kilómetros de aquí en línea recta. Deberíamos llegar allí en una hora más o menos.

—Si son solo tres kilómetros , mejor que vayamos andando por el sendero.

—No. Necesitaré el quad mañana para cuando cruce la frontera.

Levi examinó el quad y vio que no tenía tubo de escape.

—¿Es eléctrico?

—Sí. Esta operación depende por completo de que no llamemos la atención.

Levi se subió el rifle más arriba en el hombro y sonrió.

—Entiendo. Por eso llevamos un cerrojo de funcionamiento ultrasuave y balas subsónicas. — Aquello iba a ser lo que la KGB habría denominado una operación «mojada». Alguien iba a morir. La cuestión era que no fueran ni él ni su compañera.

—Hay un sendero fácil de transitar a lo largo de Frost Creek que suponemos que van a seguir —continuó Lucy—. . Tal como decía el mensaje de Doug, esta noche reconocerán el terreno para asegurarse de que no hay nada inesperado, y mañana introducirán a los niños en el país de forma ilegal.

Levi apartó con el pie parte de la maleza que había delante del quad y se montó. Lucy subió al asiento de detrás y se agarró a él rodeándole el vientre con los brazos. Levi apretó el botón de encendido y el quad se puso en marcha sin ruido. El único sonido que detectó fue la respiración de ella al inclinarse hacia él. Accionó el acelerador y ; puso rumbo a su destino serpenteando por el sendero.



Levi recorrió el claro con la mirada. Un fino manto de neblina envolvía Frost Creek, lo cual otorgaba un aspecto un tanto inquietante al bosque. Se quedó mirando a Lucy mientras se presionaba algo en el oído y luego le tendía un objeto idéntico, que parecía un trozo de masilla ennegrecida.

—Presiónatelo ligeramente hacia el interior del oído, se endurecerá en un minuto.

Levi se introdujo el dispositivo engomado en el oído e inmediatamente empezó a crepitar por las interferencias.

Lucy apuntó con una especie de porra pequeña al oído de él y las interferencias cesaron enseguida. Le tendió un micrófono de garganta, que él se colocó alrededor del cuello y ajustó en la posición adecuada.

Lucy retrocedió unos pasos y se tapó la boca.

—Probando, uno... dos... tres.

—Te oigo perfectamente.

—Yo también a ti.

Lucy se arrodilló al lado de Levi y, con un palo, se pasó los cinco minutos siguientes trazando el plan de la noche.



Levi no se había preparado para el frío. La ropa oscura lo había mantenido bastante cómodo

entre los cinco y los diez grados, pero ahora era casi medianoche y la temperatura iba descendiendo. Seguro que ya estaban bajo cero.

Oyó la voz de Lucy, jadeante, por el pinganillo.

—Levi, estoy a dos pasos al norte de la frontera y acabo de ver un todoterreno bajando hacia el sur. Probablemente sean nuestros hombres. Mantente alerta.

Con el micro de garganta sujeto al cuello, susurró:

—Oído. Veo faros.

Estaba en el bosque, a unos seis metros del borde del claro que marcaba la frontera con Canadá y oculto entre los árboles. Se colocó detrás de un pino grueso, miró por el objetivo montado en el rifle y amplió la imagen del vehículo que se acercaba. La luna llena esparcía una intrigante luz plateada sobre el paisaje moteado de nieve.

Rodeado de bosque, los sentidos ya de por sí aguzados de Levi se intensificaron aún más para captar a su presa. Estaban a unos cien metros, pero no le costó nada oír que abrían y cerraban las puertas del todoterreno.

Había cuatro hombres. No estaba seguro del todo pero, a juzgar por su estatura relativamente baja, el pelo oscuro y las facciones oscuras, supuso que eran asiáticos, lo cual era lo que se había esperado.

El que iba delante sostenía algo que le iluminó la cara momentáneamente: un móvil, tal vez.

Asiático, sin duda.

Los otros tres llevaban rifles colgados al hombro, como si fueran una partida de caza.

El líder señaló el arroyo que daba nombre a la zona y el grupo se internó en el bosque, siguiendo el lento curso del agua.

Levi se quedó inmóvil cuando cruzaron su campo de visión. Todos los hombres llevaban armas de mano, y dos de ellos, prismáticos colgados de la cintura.

Uno levantó los prismáticos y barrió el bosque con ellos. Levi se mantuvo escondido detrás del pino, pero cayó en la cuenta de que el hombre no usaría esos prismáticos si no fueran de visión nocturna o tuvieran algún sistema de detección térmica. Esto último era lo más probable.

Se oyó un disparo y, aunque estaba por lo menos a cien metros, oyó el sonido de un cuerpo al caer.

Luego unas toses.

Parecía el sonido de un gato regurgitando una bola de pelo, pero era algo que Levi había oído ya unas cuantas veces.

Habían disparado a un ciervo, probablemente en los pulmones.

Los hombres se encaminaron hacia el animal y, tras comprobar que no supusiera una amenaza, siguieron por el sendero del arroyo.

—Levi, estoy en el exterior del almacén. Con el FLIR, veo cuerpos apiñados en un contenedor. Diría que entre cincuenta y cien niños.

El FLIR era un dispositivo infrarrojo de barrido frontal que Levi había utilizado en otros tiempos para buscar a gente en el bosque. Con ese aparato, un cuerpo humano se mostraba como una cerilla en la oscuridad. Evidentemente, Lucy tenía algo capaz de mostrar el interior de un contenedor.

Levi se acercó con sigilo al lugar del que procedía la tos del ciervo, sin apartar la vista de los cuatro hombres que se desplazaban hacia el sur por el sendero del río.

—Estos tipos parecen un poco paranoicos. Escudriñan el bosque en busca de marcas térmicas. Uno de ellos acaba de disparar a un ciervo. Ahora están yendo más al sur.

—Ve con cuidado para que no te detecten.

Levi sacó una navaja bien afilada de una funda que llevaba en la cintura, se agachó y puso fin a la agonía del ciervo.

—No te preocupes por mí. Si estos tipos están paranoicos, los que tú estás vigilando también deben de estarlo.

—No tanto. Han hecho fogatas alrededor del perímetro. Probablemente para que los centinelas no pasen frío. Sea como sea, eso les impide ver si alguien los observa.

Levi sacudió la cabeza ante tamaña idiotez. Nunca había sido militar, pero los años que había pasado con rastreadores, cazadores y supervivencialistas de toda la vida le habían enseñado a pensar en la naturaleza de un modo distinto al de la mayoría. Depredador contra presa. Si le preocupaba que alguien le estuviera espiando, lo último que querría sería tener fogatas que lo cegaran y, encima, anunciaran su posición.

—Bueno, ándate con cuidado. Quedamos en el coche dentro de unas tres horas, tal como hemos dicho.



Levi se agachó en el límite del bosque sin apartar la vista del coche de alquiler en el que habían llegado. Oyó crujir la nieve en algún lugar a su izquierda y susurró:

—Te estás acercando.

—Tienes buen oído.

Lucy emergió del bosque en menos de un minuto. Parecía una sombra en el fondo moteado del bosque nevado. Levi se incorporó en la atalaya que se había construido entre dos árboles entrelazados.

Lucy ahogó un grito y él oyó su voz al mismo tiempo en su propio oído, y por el claro.

—¡Joder! ¿De dónde demonios has salido?

Levi hizo un gesto hacia el coche.

—Hablemos en el coche. Se me están quedando los huevos helados.



Al cabo de unos treinta minutos, por fin volvían a circular por el asfalto de vuelta a Seattle.

—¿Tienes todo lo necesario para esta noche? —preguntó Levi.

—Tendré que llamar a Doug dentro de un rato. Creo que necesito que me envíen unas cuantas cosas especiales al despacho.

—¿Qué sabes de esos niños? Su situación... —Levi vaciló—. Lo cierto es que no sé gran cosa de este tipo de tráfico, más allá de lo que me han dicho las niñas que encontré.

Lucy ensombreció la expresión con la vista clavada en la autopista que tenía por delante. Tardó treinta largos segundos en responder.

—Seguro que conoces los hechos básicos. Es posible que los niños hayan sido abandonados, se hayan quedado huérfanos, los hayan secuestrado o los hayan vendido. Lo cierto es que no importa tanto cómo acabaron así, sino la pesadilla que les espera si alguien no interviene.

A Levi le vinieron a la mente imágenes de Mei. Tan joven, y vestida de un modo tan provocativo. No alcanzaba a imaginar con detalle por lo que podía haber pasado, pero Lucy le

describió el panorama sin miramientos.

—Esos niños, si tienen suerte, son enviados a campamentos de trabajo ilegales —explicó Lucy—. Les enseñan a coser, a labrar la tierra, lo que haga falta. Los desafortunados son los que me preocupan más. Los que tienen unas facciones bonitas, sobre todo las niñas, son las que mueren rápido o viven un infierno difícil de creer.

»Imagínate que tienes trece años y que te violan treinta veces al día durante cinco años seguidos. El cuerpo no está preparado para ese nivel de abusos. La mayoría no llegan a los dieciocho. Algunas huyen e intentan recuperar la vida perdida, pero casi nunca lo consiguen. Otras están tan marcadas por el calvario sufrido que enloquecen. Están rotas para el resto de su vida. Otras más, tras una infinidad de abortos, se quedan estériles o pillan una enfermedad incurable, y desaparecen.

Levi cerró los puños preso de ira mientras escuchaba la cruda descripción de por lo que pasan las víctimas del tráfico de seres humanos.

—Cuando dices que «desaparecen», supongo que te refieres a que las matan y las entierran en algún sitio, ¿no?

Lucy se encogió de hombros.

—Las matan, sí. ¿Enterradas? Eso supondría algo de dignidad. Normalmente no. Seamos sinceros, tu gente se deshace de cadáveres de modos similares. Los disuelven en ácido, los queman, los despedazan y los lanzan al mar para que sean pasto de los peces... existen un montón de formas de librarse de las pruebas.

Levi señaló con el pulgar hacia el lugar por donde habían venido.

—Bueno, a ver qué podemos hacer para ayudar a los pocos que conocemos.

—Por eso estamos aquí.

Levi repasó mentalmente lo que Lucy acababa de describir. Qué poco sabía sobre todo aquello. Solo había sido consciente de la situación de manera tangencial a través del puñado de niños que había rescatado, y nunca se había interesado por los detalles. Una parte de él no quería saber que había gente capaz de tal depravación.

La mafia era muchas cosas, incluso la familia Bianchi seguro que hacía cosas que él nunca haría, pero tenían cierto vestigio de honor. Honor incluso entre los más despiadados. Las familias, y sobre todo los niños, estaban vedados.

Le costaba imaginar que, no hacía tanto, todo aquello había empezado con el secuestro de la nieta de un jefe de la mafia japonesa, sin que pareciera que ambas cosas guardaban relación. .

Consultó su reloj. Eran casi las cuatro de la mañana, y volverían al mismo sitio después de pasar unas doce horas en Seattle.

—¿Crees que Mason podrá hacerte llegar lo que necesitas al casillero hoy mismo?

Lucy se incorporó a la Mount Baker Highway.

—No sé cómo se lo monta, pero es muy rápido.

Levi marcó el número de Denny.

—Oye, Levi. Estoy a punto de cerrar. ¿Qué ocurre? —Denny casi siempre estaba en el taller del local trajinando con cosas después de cerrar, pero en Nueva York eran tres horas más tarde, por lo que Levi había tenido suerte al pillarlo todavía allí.

—El traje de buzo que me enseñaste, ¿aún lo tienes?

—¿Te refieres al traje seco? Sí, aún lo tengo. ¿Te interesa?

—Creo que sí. Pero lo necesito... pues... ahora mismo.

—Bueno, cuando dices ahora, supongo que quieres decir que vienes a recogerlo ya.

—Ese es el problema. Estoy en Seattle. ¿Alguna posibilidad de hacérmelo llegar hoy, lo

antes posible?

—Joder, tío. Un momento, voy a encender el ordenador. A ver... —Levi le oyó teclear—. Bueno, si lo dices en serio, puedo llevarlo corriendo a LaGuardia con Delta y, siempre y cuando lo deje allí antes de las ocho, aterrizará en Seattle poco antes de las cinco de la tarde hora local. Es lo más rápido que hay. ¿Te sirve?

Levi se volvió hacia Lucy y ahuecó la mano por encima del micro.

—Tú sabes el tráfico que hay por allí mejor que yo. Si me llega algo a la terminal de Delta Cargo a las cinco de la tarde, ¿tendremos tiempo de llegar?

Lucy frunció el ceño antes de asentir.

—Deberíamos llegar.

—De acuerdo, Denny. Te debo una grande. Mándalo. Lo recogeré en Seattle.

—Cuenta con ello, amigo. Bueno, vale ya de cháchara. ¿Ya está? Tengo que darme prisa o no llegaré a tiempo.

—Sí, ya está. Gracias.

Cuando Levi colgó, Lucy preguntó:

—¿Para qué demonios necesitas un traje de buzo?

Levi se recostó en el asiento y sonrió.

—Prefiero ser invisible cuando llegue el momento de matar a los malos.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Lucy se incorporó de forma súbita con el corazón acelerado, intentando ahuyentar unos recuerdos demasiado vívidos de ser estrangulada. Se obligó a ralentizar la respiración y luego apagó la alarma que estaba a punto de sonar. Era hora de prepararse.

Apartó la ropa de cama, se acercó con sigilo a la puerta del dormitorio y la abrió lentamente. Levi yacía en el sofá del salón, con los ojos cerrados. Una expresión relajada había sustituido la tensión que normalmente se le acumulaba alrededor de la boca y en la frente.

Era un hombre de una belleza perturbadora. Tenía el pelo castaño y unas facciones duras, y no costaba imaginarlo en una portada de revista. Sin embargo, en ese momento, dormido, parecía muy distinto... tan inocente. Se imaginó al niño que había sido. El mismo niño que su madre contemplaba de pequeño.

Ese hombre era mucho más de lo que aparentaba.

Levi se movió y abrió los ojos. Se volvió en su dirección y la saludó con la mano. Acto seguido, se desperezó y bostezó con ganas. Se incorporó, la miró de arriba abajo y sonrió.

—¿Siempre te paseas desnuda delante de desconocidos?

Lucy se miró el cuerpo y se encogió de hombros. Después de por lo que había pasado en la vida, no le daba demasiada importancia a estar desnuda. Soltó un «ejem» y volvió al dormitorio para vestirse.

Mientras se ponía la ropa, Lucy empezó a cuestionarse lo que acababa de hacer. ¿Estaba dándole a Levi una impresión equivocada? Por supuesto que estar desnuda delante de otra persona no tenía ninguna importancia para ella, pero quizá sí que supusiera algo para él. De hecho, seguro que sí, dado el comentario que le había hecho.

Y ella ya había estado desnuda delante de él en dos ocasiones. Hoy era la tercera. Hasta Levi, nadie la había visto desnuda desde que su marido fuera asesinado. ¿Qué demonios le pasaba?

Lucy frunció el ceño, sabiendo que hacía cosas raras, cosas que nadie era capaz de entender o aceptar.

—Oye, Lucy —llamó Levi desde el salón—. ¿Qué pasa con este apartamento? Es exactamente igual al que tienes en Nueva York.

Lucy se deslizó una funda para puñales hasta el hombro, se ciñó un chaleco Kevlar y salió al salón.

—De hecho, es una copia del ático que tenía en Hong Kong. Es difícil de explicar, pero no puedo dormir si no estoy en un entorno familiar.

Levi se estaba atando los cordones de las botas y levantó la vista. Sus ojos azul eléctrico hacían que Lucy se sintiera cohibida. Como si pudiera ver cosas en ella que no quería que nadie supiera. Levi asintió.

—Entiendo.

No lo entendía.

A Levi le sonó el teléfono y se lo acercó al oído.

—Sí, soy Levi Yoder... de acuerdo, allí estaré. —Se guardó el teléfono en el bolsillo—. Mi paquete llegará a la hora acordada.

Lucy asintió.

—Bueno, nos sobra un poco de tiempo. Vayamos a Chinatown a comer algo. Así podremos hacer una visita relámpago a la oficina e ir al aeropuerto a recoger el paquete. Luego, a lo nuestro.

Levi se puso en pie de un salto y preguntó en un mandarín casi perfecto:

—¿Será auténtica comida china?

—Lo bastante auténtica para un chico blanco —repuso ella con una sonrisa.



Levi abrió la puerta del restaurante para Lucy y, cuando pasaba por delante, ella notó que le tocaba ligeramente la parte inferior de la espalda. Dio un respingo hacia delante intentando disimular su repulsa.

—Oh, lo siento —susurró Levi—. Me ha salido sin pensar.

Ella ignoró el comentario. Sabía que su reacción era irracional. Él no intentaba nada con ese gesto, era simple amabilidad.

Los recibió una camarera entrada en años con una gran sonrisa amarillenta. Llevaba trabajando en el Shanghai Garden desde que Lucy descubriera el local.

—¿Dos comer aquí? —preguntó la camarera en un precario inglés.

—Sí. Dos para comer, gracias —respondió Levi en mandarín.

La mujer abrió unos ojos como platos. Sin duda a la señora le resultaba novedoso que un guapo occidental le hablara en su lengua materna.

Los llevó a una mesa apartada del resto de los clientes y luego regresó para servirles agua y un té caliente.

Levi señaló un punto de la carta.

—Veo aquí que tienen tendón de buey picante laminado. ¿Se sirve frío?

La camarera asintió y respondió entusiasmada en chino.

—Sí, lo cocinamos durante varias horas y luego lo dejamos enfriar de manera que podamos cortarlo en láminas tan finas que parecen transparentes. Es muy bueno para las articulaciones y para la piel.

—Bueno, teniendo en cuenta la piel que tiene usted, seguro que lo come a menudo —comentó Levi con una sonrisa. La camarera le sonrió un tanto azorada—. Creo que probaré un poco de este alimento mágico. —Se dio una palmadita en la mejilla con barba incipiente—. Tomaré un plato de tendón de buey laminado. Y... —Miró a Lucy—. ¿Te gustan los encurtidos?

Lucy asintió. Sonrió al observar cómo ese mafioso dejaba embelesada a la camarera y, sin darse cuenta, también la encandilaba a ella. Cuando Levi se lo proponía, sabía exactamente qué decir para llamar la atención de una mujer. Si la camarera hubiera tenido unos cuantos años menos, probablemente lo habría invitado a pasar la noche con ella.

—Además —continuó Levi—, una ración de pepino picante y una de la sopa de fideos hechos a mano especial de la casa. Eso es todo para mí.

La camarera se volvió hacia Lucy.

—Yo tomaré las verduras con *chow mein* de fideos verdes de cebada hechos a mano.

La mujer mayor señaló la tetera.

—¿Algo más para beber?

Los dos sacudieron la cabeza y la camarera se marchó rápidamente.

Casi con la misma rapidez con la que desapareció, volvió a aparecer con una bandeja plateada con pinchos de encurtidos intercalados con pimienta roja y una fuente de gelatina de tendón de buey. A Lucy nunca le había gustado la textura de este plato, pero quedaba claro que Levi no pensaba lo mismo. Observó fascinada la pericia que tenía en el uso de los palillos para coger las finas láminas de ese aperitivo gomoso e introducirselas en la boca.

Cogió un encurtido y lo mordisqueó. A diferencia de los que servían en los típicos *delicatessen* de Nueva York, estos tenían un ligero toque picante y sabían al jengibre con que los fermentaban.

Levi se inclinó ligeramente hacia delante y susurró:

—No quiero insistir en el porqué, porque estoy convencido de que hay un motivo importante que probablemente no sea asunto mío, pero me gustaría comprenderlo. Creo que no tiene nada que ver con los gérmenes. No parece que tengas ningún problema tocando lo que yo he tocado. El problema es que yo u otra persona te toque directamente, ¿no?

Lucy observó el rostro de Levi. Había algo en su expresión que le provocaba un dolor intenso. No estaba burlándose de ella, como muchas otras personas habían hecho con respecto a su problema. Daba la impresión de querer entenderla de verdad. Lo que ella deseó fue poder darle una explicación que tuviera sentido.

Lucy exhaló un largo suspiro y se obligó a adoptar una expresión neutra.

—Así es básicamente. Recuerdo que mi madre le dijo a alguien que ya de bebé era así. Odiaba que me tocaran.

Levi adoptó una expresión pensativa mientras mordisqueaba un encurtido.

—Debió de resultar especialmente duro en el momento de casarte.

Lucy rememoró épocas más felices de cuando su marido seguía vivo. De hecho, había sido una buena época de su vida, a pesar de las extrañas circunstancias de su matrimonio.

—Él lo supo desde el primer momento. Hice que le resultara satisfactorio. Nunca tuvo motivos de queja.

Levi se puso un poco colorado de vergüenza y ella apenas pudo disimular una carcajada.

La camarera llegó al poco con la comida. Mientras Levi comía, Lucy se preguntó quién era realmente aquel hombre con el que estaba compartiendo mesa en un restaurante.



La fría brisa que se filtraba por el bosque no actuó precisamente a favor de Levi mientras se enfundaba el traje seco de Denny. La luna emitía una luz plateada y Levi gozaba de una visión nocturna excepcional, pero, aun así, la silueta de Lucy quedaba bien oculta. Iba vestida de pies a cabeza con un estampado de camuflaje muy oscuro que se confundía bien con el fondo moteado del bosque.

Levi no se sentía tan preparado como ella para la misión de esa noche. Notaba que Lucy lo perforaba con la mirada mientras él, en ropa interior, intentaba embutirse en el traje seco de grueso tejido. El forro interior del traje de Denny amenazaba con depilarle todo el vello que tenía

allá donde lo rozara.

—Mi reino por unos polvos de talco.

Lucy adoptó una expresión divertida.

—¿Quieres que te ayude a ponértelo?

—No —rugió. Apoyó la espalda desnuda en un árbol y consiguió meter las piernas en el pesado traje. Cuando por fin consiguió introducir un hombro, el otro le entró rápidamente por la sisa. Ahora solo tenía el rostro visible, pero solo hasta que se bajara la máscara protectora provista de un reciclador de buceo.

—¿Crees que ese traje de veras va a ayudarte? —inquirió Lucy—. Espero que no te impida moverte con naturalidad.

Levi ajustó el termostato del traje de manera que coincidiera con la temperatura externa.

—Si me lo pongo es para evitar que una cámara térmica me detecte. Si tengo que moverme con rapidez, será que algo ha salido mal.

Lucy se colgó la mochila de lona oscura a la espalda y se colocó un monóculo de visión nocturna en el ojo izquierdo.

—De acuerdo, voy a la frontera a explorar. Cuando llegue allí, ya te contaré lo que veo, pero supongo que esos tipos seguirán el mismo camino cuando arreen con los niños hacia el sur.

Levi señaló el quad, que seguía oculto bajo un manto de ramas y nieve.

—¿No vas a llevártelo?

—No. El bosque llega hasta donde están sus instalaciones, y es demasiado frondoso como para poder maniobrar con ese vehículo. Voy mejor sin él.

Preocupado, Levi dio un paso hacia ella.

—No te lo tomes a mal, pero ¿crees que...?

—Escúchame. —Lucy se acercó más a él, por lo que quedaron a escasos centímetros uno del otro—. Yo no pongo en duda tus habilidades, así que no pongas tú en duda las mías.

Levi hizo una mueca ante la agresividad de su voz. Tenía razón: él debía tener la cabeza en su sitio. No podía preocuparse por lo que ella hiciera sin comprometer su propia eficacia.

Estaba a punto de pedirle disculpas cuando ella le dio una palmadita en la mejilla y sonrió.

—Ve a hacer lo que tengas que hacer. —Se dio la vuelta y se marchó corriendo hacia el norte, en dirección a la frontera con Canadá.



Levi estaba encaramado a un montículo nevado que le ofrecía una buena visibilidad del arroyo serpenteante que daba nombre al lugar. Se encontraba a unos setenta metros de donde estarían sus objetivos.

Le sorprendió apreciar lo bien que veía a través de la máscara protectora forrada de líquido del traje de Denny, y la noche casi desapareció cuando miró por la mira de alta calidad del rifle. Cambió de diana y apuntó a un terrón de hierba del tamaño de un puño que había en la orilla del río. Se centró en su objetivo y apretó el gatillo.

El terrón se meció cuando la bala, que viajaba a casi trescientos metros por segundo, fue a parar a la orilla embarrada, justo donde tocaba.

Levi sonrió. No porque hubiera acertado, pues cualquier imbécil con un rifle bien ajustado a cero sería capaz de realizar tal disparo, sino porque el sonido que había emitido el arma era apenas un suave ping.

—Levi. —Oyó la voz de Lucy por el pinganillo.

—Te oigo. Adelante.

—Tienes una procesión dirigiéndose directamente a ti. Cuento sesenta y ocho niños. Van todos atados, por los tobillos y por las muñecas, en dos columnas. Se acercan serpenteando hacia ti. Dos hombres van en cabeza, dos al final y otros dos a los lados. Todos armados con rifles.

Levi respiró hondo y exhaló despacio. Aquello iba a ser un reto. ¿Cómo iba a cargárselos a los seis sin que triangularan en él?

Introdujo la siguiente bala en el rifle.

—¿Cuánto les falta para cruzar la frontera?

—Están a unos dos kilómetros y, a juzgar por el paso al que van, tardarán unos veinte minutos. ¿Va bien?

Levi repasó lo que había aprendido recorriendo el interior de Australia con un trampero aborígen. Sonrió al darse cuenta de que ya llevaba lo que necesitaba en la mochila.

—Todo controlado —contestó—. Creo que tengo unas cuantas ideas sobre cómo manejar a nuestros invitados. ¿Y tú qué tal? ¿Todo controlado por tu parte?

—Aún no, pero probablemente consiga lo que necesito antes que tú.

—Muy bien, querida, ándate con ojo y adelante.

—Nos vemos al otro lado.



Lucy se centró en las «instalaciones», que eran poco más que un solo edificio cuadrado de hormigón de unos cuatro metros de largo, rodeado de una valla metálica rematada con alambre de espino. Un poste de luz cercano al edificio iluminaba toda la zona.

Sacó de la mochila unos prismáticos muy pesados. Sin duda se estaban fabricando para el ejército y aún tenían que perfeccionarse. Según la etiqueta, llevaban unos sensores de imagen de infrarrojos de múltiples longitudes de onda. A saber lo que eso significaba.

Pulsó el botón de encendido y el dispositivo se puso en marcha con un zumbido. Enfocó hacia el edificio. Sonrió. Independientemente de lo que fuera aquella cosa, lo cierto era que tenía capacidad para atravesar las paredes.

Distinguió las marcas de calor corporal de dos cuerpos en la misma zona del edificio, además de un guarda, que brillaba con todo lujo de detalles, recorriendo el perímetro de las instalaciones.

Lucy apartó los prismáticos y sacó una pistola de calibre 22 de la cartuchera que llevaba en la cintura. Enroscó un silenciador de cañón largo y se agachó en la primera franja de bosque, fuera del campo de visión del hombre que patrullaba.

En cuclillas, Lucy observó al guarda caminar desde la esquina sudeste del complejo hasta el extremo sudoeste. Llevaba un arma colgada delante de él cuyo tamaño y forma apuntaban a una metralleta con una culata extendida. Lo último que necesitaba era enzarzarse en un tiroteo contra eso.

Armándose de paciencia, observó al hombre cruzar a apenas treinta metros delante de ella. Caminaba lentamente y miraba a uno y otro lado por si veía algo fuera de lo normal.

Lucy desvió la mirada hacia la parte superior del poste de luz situado al lado del edificio principal.

Bañaba el terreno del complejo con luz suficiente como para mostrar todo lo que se encontrara dentro de los límites de la propiedad.

Miró una vez al guarda, justo cuando llegaba a la esquina sudoeste del complejo y desviaba su atención al norte. Deslizó la corredera de la pistola, apuntó a la luz y disparó dos tiros rápidos. El foco de sodio de alta presión quedó destrozado y el recinto se sumió en la oscuridad.

Lucy se puso el monóculo de visión nocturna mientras iba avanzando desde el borde del bosque. El mundo a través de aquel dispositivo de calidad militar era de un verde y negro borrosos.

El guardia se volvió en su dirección y renegó al tropezar con una piedra. Iba totalmente a ciegas.

Lucy lo abatió rápidamente con dos disparos.

Sin apartar la pistola del guarda, Lucy sacó un cortaalambres de la mochila y practicó una abertura en la valla metálica. Se acercó al guarda, le presionó la boca del silenciador contra la coronilla y apretó el gatillo. Un golpe suave y el reguero de sangre que le salía por la nariz confirmaron que no volvería a levantarse.

Lucy sonrió al quitarle al guarda lo que resultó ser una metralleta Heckler & Koch MP5. Comprobó el cargador: estaba lleno. El arma tenía un grupo de gatillos de cuatro posiciones. Así pues, colocó la selección de gatillo en una ráfaga de tres balas y se colgó el arma al hombro.

Dijo una oración en silencio mientras se acercaba a la entrada del edificio.

Había llegado el momento.

CAPÍTULO VEINTE

Por la mira del rifle, Levi vio aparecer el comienzo de la hilera serpenteante de niños. Era exactamente tal como Lucy la había descrito. Los dos hombres que encabezaban la marcha iban unos cinco metros por delante y llevaban unas barras luminosas en el cinturón, seguramente para facilitar que los niños los siguieran en la oscuridad.

Levi ajustó la mira para ampliar la imagen de los niños. Les costaba caminar, tenían los ojos abiertos como platos, concentrados cada uno de ellos en el que tenían delante, y Levi distinguió brillo de lágrimas en las mejillas de algunos. La mayoría tenían una expresión aterrorizada y se obligó a apartar la vista.

Se había nublado y el claro de luna anterior era ahora un destello turbio que apenas alcanzaba las orillas del Frost Creek. Los dos hombres que dirigían a los niños llevaban algo parecido a equipos de visión nocturna, pero a Levi no le hacía falta ayuda.

La vista de Levi se había acostumbrado totalmente a la oscuridad y él siempre había visto mucho mejor que la mayoría, incluso con luz tenue. Hasta tal punto que, a pesar del claro de luna enturbiado, veía sin dificultad.

Los hombres se dirigían hacia el sur, seguidos por un cortejo tan largo de niños desaliñados que aún no había aparecido el final. Pero Levi se centró en los dos hombres que encabezaban el grupo.

Las posibilidades de abatir a seis hombre armados sin poner en peligro a los niños o a él mismo eran prácticamente nulas, pero se había preparado para ello. Tenía un plan.

Y aquellos dos hombres estaban a punto de servir involuntariamente de diversión.

Levi había preparado una sorpresa a ambas orillas del arroyo: unos hoyos tapados con palos y nieve, con agujas de pino esparcidas por encima.

El primero de los hombres pisó una trampa y se hundió un metro. Soltó un grito.

Levi desvió la mira hacia el compañero, que acababa de esquivar la trampa, apunto y disparó.

En silencio, la bala alcanzó a su objetivo en la cabeza y el segundo guarda se desplomó en el suelo.

Levi cargó otra bala.

En la parte delantera de la fila reinó el caos: en el fondo del hoyo, Levi había dispuesto unas estacas puntiagudas y el guarda profirió un espeluznante grito de dolor al quedar empalado en su caída. .

Los niños que iban en cabeza retrocedieron y los otros dos guardas corrieron hacia delante rifle en ristre.

Levi apuntó con cuidado al guarda del extremo más alejado de los niños. Contuvo la respiración y notó que el corazón le latía lentamente mientras se concentraba en su objetivo.

Compensando la caída de la bala y el movimiento horizontal, aplicó muy poca presión en el gatillo, esperó unos segundos y disparó.

La bala zumbó hacia el objetivo a casi trescientos metros por segundo. Cuando lo alcanzó, fue como si alguien hubiera cortado los hilos de una marioneta. El guarda cayó de bruces, con los brazos y las piernas separados en distintas direcciones.

Levi cargó la siguiente bala en silencio, sonriendo al ver cómo todo el mundo acudía a ver qué pasaba en la parte delantera de la comitiva. Los otros dos guardas de la parte posterior también aparecieron corriendo en su campo de visión.

Apuntando con el rifle hacia el único guarda que quedaba del grupo del medio, y justo antes de que alcanzara al compañero que gritaba y aumentara la sensación de alarma, Levi efectuó otro disparo.

El hombre cayó hacia delante, a seis metros del guarda empalado en el hoyo.

Un trozo de corteza saltó cerca de la cabeza de Levi, que se ocultó detrás del tronco del pino que se había encaramado.

¿Cómo...?

Y entonces cayó en la cuenta. Su arma, y sobre todo el silenciador, habían acumulado una cantidad considerable de calor por culpa de los disparos que acababa de efectuar. Si esos tipos llevaban algún equipo de imágenes térmicas, su rifle estaría destacando como una antorcha.

Levi lanzó el arma seis metros a su derecha y saltó al suelo.

Oyó varios disparos mientras se alejaba como podía del arma recalentada y sacó dos *bo shuriken*, un tipo de arma arrojadiza japonesa, equilibrados y afiladísimos. Corriendo por el bosque, ignoró los llores de los niños y los gritos del guarda empalado para concentrarse en los dos hombres a los que se acercaba.

Ambos llevaban casco con monoculares.

Mientras Levi se acercaba, uno de ellos disparó al rifle desechado.

Se oyó un fuerte ping metálico en el bosque y Levi lanzó la primera arma.

Alcanzó a su objetivo bajo el mentón y, antes de que tuviera tiempo de emitir un gorgoteo ahogado, Levi lanzó la segunda.

Pero esta rebotó en el rifle del segundo hombre cuando se volvía hacia Levi.

Se oyó un disparo en el preciso instante en que Levi le barría las piernas, le clavaba los dedos rígidos en el cuello descubierto, apretaba y tiraba.

Levi le arrebató el arma antes de darle una patada arrolladora en un lado de la cabeza. Oyó el chasquido de las vértebras al partirse el cuello.

Acto seguido, alzó la AK-47 que se acababa de agenciar, retiró y soltó el mango para recargar y le pegó un tiro al otro hombre en la cabeza, por si acaso.

Al final, corrió hacia la fila de niños y se dirigió a ellos en mandarín.

—No tengáis miedo. He venido a ayudarlos.

Varios niños lo miraban con los ojos muy abiertos y retrocedían. Era comprensible, dada la escena que acababan de presenciar. Además, iba cubierto de pies a cabeza con el traje seco negro con aislamiento térmico y llevaba un arma automática. A sus ojos, probablemente pareciera un ser salido de una pesadilla.

Se desabrochó la máscara, se la levantó y repitió el mensaje.

Uno de los niños le dijo algo a otro en un dialecto chino y los que estaban más cerca se echaron a llorar y le mostraron su confianza levantando el pulgar.

Levi se acercó a la niña que le quedaba más cerca, que a duras penas tendría los doce años. Le ahuecó la mano bajo la mandíbula, le dedicó la sonrisa más dulce de la que fue capaz y dijo:

—Todo irá bien. Enseguida vuelvo. —Miró hacia el hombre del hoyo, que seguía gritando—. Tengo que acabar una cosa.



Lucy miró por los prismáticos y vio que las dos marcas de calor se encontraban ahora en dos partes distintas del edificio. Ya iba bien. Lo importante era que su actividad en el exterior no había hecho salir por la puerta rápidamente a ninguno de los dos.

Rodeó el edificio, vio el contador de la luz y se acercó corriendo a él. Había dejado los estudios a los diez años, al irse a vivir con su marido, pero eso no le había impedido aprender, y uno de los temas que le interesaban era la electricidad. Su interés había nacido cuando un buey propiedad de su padre se había electrocutado al restregarse contra un transformador.

Lucy se había asustado, y odiaba estar asustada.

Así pues, a lo largo de los años había trasteado con ello y aprendido. Por eso sabía cómo actuar en sus circunstancias actuales.

Canadá tenía el mismo tipo de red eléctrica que Estados Unidos, y el hecho de haber visto el contador lo facilitaba todo. No tenía que toquetear ningún transformador, y sabía que la electricidad del edificio pasaba por un único contador.

Sacó de la mochila un transformador eléctrico modificado que había recuperado de un microondas. En circunstancias normales, solo emitía un amperio, por lo que lo había desmontado y había sacado la bobina y retirado algunas juntas metálicas del interior del núcleo. Ahora podía producir más de ochocientos amperios. Más que suficiente para lo que necesitaba.

Colocó el dispositivo en la base del contador y envolvió dos plomos plateados alrededor del cable grueso en el punto de intersección entre la entrada del suministro de electricidad y el cableado del edificio. Con demasiada frecuencia, esas conexiones eran de cobre, lo cual no era una buena opción porque se oxidaba. Aumentaba la resistencia en los puntos de unión. Pero ella contaba con eso. Giró el botón del temporizador, programó la activación del dispositivo para al cabo de dos minutos y corrió a la entrada del edificio.

Se puso en cuclillas al llegar a la puerta, giró el pomo y esperó.

Lo había planeado todo con antelación. Sabía lo que estaba a punto de suceder. En cuanto el temporizador saltara, el suministro eléctrico que llevaba su caja alimentaría el transformador modificado, y los plomos metálicos de su aparato se cargarían de tensión. El metal ligeramente oxidado de la conexión del suministro haría las veces de resistencia y se calentaría hasta llegar al punto de fusión.

Tamborileándose en la rodilla con el dedo, fue contando los segundos.

Cinco... cuatro... tres... dos... uno... ya.

Se imaginó que el cable empezaba a echar humo, un destello rojo por culpa del calor en aumento dentro de los cables, y entonces, de repente, lo oyó.

El poste de luz al que había disparado empezaba a despedir chispazos eléctricos y alguien gritó en el interior del edificio.

Lucy entró.

Las luces estaban apagadas y no había ventanas ni otras fuentes de luz, pero el monóculo de visión nocturna proyectaba un amplio haz de luz infrarroja aunque invisible. Con el ojo izquierdo, veía el mundo de un tono verdoso.

—¡No veo un pijo! —gritó un hombre en cantonés. Estaba por delante de Lucy y a su

izquierda.

Otra voz, femenina en este caso, gritó en la oscuridad desde un punto a su derecha.

—No te muevas o romperás algo. Estoy buscando la linterna. Está por aquí en algún sitio.

Lucy se colgó la MP5 al hombro, sacó la pistola silenciada del calibre 22 y se desplazó por el pasillo en dirección a la voz femenina. Pasó junto a varias puertas abiertas que conducían a pequeños despachos.

Delante de ella oyó el sonido de alguien abriendo un cajón de un archivador. Lo siguió y entró en el despacho.

Una mujer asiática desaliñada miraba a ciegas en dirección a Lucy.

—¿Gao Jie? —Los ojos le brillaban bajo el reflejo de la luz infrarroja, casi como los de un gato.

Sin mediar palabra, Lucy apuntó y disparó dos veces.

Dos silbidos y la mujer se agarró al archivador al caer hacia atrás. El mueble metálico se le cayó encima, con gran estruendo.

—Chen Bao, ¿estás bien?

Lucy sujetó la pistola del calibre 22 a una cinta de la mochila, volvió a empuñar la MP5 y salió al pasillo. Un hombre apareció tambaleándose al doblar una esquina, caminando a tientas.

No tenía ni idea de lo que le aguardaba.

Lucy apretó el gatillo.

Efectuó tres disparos en menos de una fracción de segundo. Los tres fueron disparos directos que dieron en el blanco.

El hombre se tambaleó, murmuró algo ininteligible y cayó de rodillas. Le salió un hilo de sangre por la boca.

Sin una pizca de remordimiento, Lucy disparó otra ronda de tres tiros. El hombre cayó de espaldas con el rostro irreconocible por la carnicería.

Lucy se volvió y regresó al despacho de la mujer muerta para buscar los archivos de la operación.

—Lucy, ¿estás ahí? —La voz de Levi le crepitó en la oreja.

—Sí. He liquidado el puesto de traslado. ¿Qué tal tú?

—Me he cargado a seis. Los niños están superasustados, pero bien. ¿No se pondrá alguien a buscarlos si en un par de horas no aparecen allá donde se dirigían?

—Sí, seguro que alguien los espera en un punto de recogida. Por eso tenemos que alejarlos de aquí. —Lucy soltó un gruñido al levantar el archivador del cuerpo de la mujer muerta. Estaba a punto de rebuscar por los cajones cuando se volvió hacia el escritorio, repleto de carpetas—. Oye, no tenemos mucho tiempo. Doug tiene ciertas limitaciones con respecto a quién puede pedir ayuda. Empieza a encaminarlos hacia nuestro coche.

—Recibido.

Oyó a Levi dar instrucciones en mandarín, y lo más probable era que algunos de los niños lo entendieran.

Lucy abrió una carpeta que había encima de la mesa. Era información sobre los niños: nombre de contacto, teléfono, edad, altura, virginidad, etc. Sacó el teléfono móvil e hizo fotos. Muchas fotos.

—Lucy, vamos hacia el coche. Te espero allí en una media hora. Pero ¿entonces, qué? Es obvio que no cabemos todos en tu coche. Si vienen a por estos niños, va a resultar difícil ocultar hacia dónde hemos ido.

Lucy envió la primera tanda de fotos al correo de Doug, luego le pasó unas coordenadas GPS

en un mensaje de texto.

—Levi, hemos encontrado un filón. Tengo la población de origen, el reclutador, el comprador, el nombre de los niños, los precios, todo. —El teléfono le vibró al entrar un mensaje de Doug—. Y acabo de recibir noticias de Doug. No sé cómo, pero tiene un par de helicópteros esperándonos en Lewis-McChord, cerca de Tacoma. Dice que estarán allí en unos cuarenta minutos.

—¿Allí, dónde? ¿En tu coche?

—Esas son las coordenadas que le he pasado.

—Ver para creer. De todos modos, me aseguraré de que los niños suban a los helicópteros y te esperaré en el coche.

Lucy notó una calidez en su interior que le recordó a tiempos ya lejanos.

—No, vete con los niños. Los militares te necesitarán al menos hasta que llegue un traductor. Para cuando aterricéis, yo estaré volviendo hacia el sur en coche.

—Lucy, por favor, ten cuidado al volver y no vayas a lo largo de la orilla del arroyo. Hay un par de hoyos con estacas afiladas de punta al fondo. Uno de ellos está ocupado, y he retirado los matorrales que ocultaban el otro, pero está oscuro y ya sabes que...

—No me pasará nada. Ya hemos terminado. A lo mejor nos volvemos a encontrar en otra ocasión. Adiós, Levi. —Lucy se quitó el pinganillo y se arrancó el micro de garganta.

Como sabía que pronto llegaría gente, salió corriendo del despacho, saltó por encima del cadáver del traficante y se propuso llegar a casa sana y salva.

Las cosas iban a ponerse muy feas para una de las tríadas.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Caminando de un lado a otro en su apartamento de Nueva York, Levi marcó un número y cruzó los dedos. Confiaba en que aquello funcionara.

—Hola, Levi. Estaba a punto de llamarte. —Mason sonó como si estuviera en el apartamento contiguo.

—Hice lo que me pediste. Ayudé a Lucy con lo de los niños. Que yo sepa, conseguiste lo que necesitabas. Así pues, ¿te acuerdas de que hablamos de un favor?

—No —respondió Mason con un deje divertido en la voz—. ¿Por qué no me lo recuerdas?

Levi frunció el ceño y sujetó con más fuerza el teléfono móvil:

—Dije que, si esto funcionaba, tenía unos cuantos favores que pedirte y tú dijiste: «Por supuesto que sí. No tienes ni que pedirlo. Trabajaré en ello y veré qué puedo hacer». ¿Te acuerdas ahora? —Intentó evitar que se le notara el enfado. Odiaba que la gente no cumpliera sus promesas.

—Supongo que recuerdo algo por el estilo. Cumpliré. Pero tengo una pequeña cosa que pedirte.

De haber estado Mason a mano, Levi habría tenido que resistir la tentación de despellejarlo.

—¿Qué quieres? —gruñó.

—Van a empezar a tomar medidas severas en la zona donde conociste a Lucy. Por desgracia, el FBI la ha incluido en una lista de personas bajo vigilancia y necesito un día o dos para arreglar el tema. Lo cual no es suficiente. La situación saltará por los aires antes de eso.

La ira de Levi se apaciguó y se vio sustituida por la preocupación.

—¿Qué quieres que haga?

—Si consigo que Lucy llegue a la terminal de Flushing-Main Street, ¿crees que podrías llevarla a algún sitio discreto sin que la sigan? Si la introducen en el sistema, el asunto se pondrá difícil.

—Flushing-Main Street, sí, creo que puedo montármelo para despistar a las sombras. ¿Cuándo?

—Recógela dentro de dos horas.

Levi vaciló al pensar en toda la gente a la que tendría que llamar. Tendría que provocar atascos de tráfico, cerrar el paso a coches de policía o federales... sin duda aquello exigía un nivel de coordinación elevado.

—De acuerdo, lo haré. ¿Y así estaremos en paz?

—Cuando hayas hecho esto, me aseguraré de que consigas lo que necesitas.

—Vale.

Mason colgó y Levi se pasó las dos horas siguientes al teléfono con casi media docena de

miembros de la red de amigos y parientes de los Bianchi.



Ya era casi de noche y Levi estaba delante del Helmsley Arms armándose de paciencia, cuando vio el coche. Se relajó y, al detenerse la limusina en la dirección de Park Avenue, exhaló un suspiro que no era consciente de haber estado reteniendo. Sin esperar al conductor, la puerta trasera se abrió y Lucy se apeó del vehículo. Levantó la vista hacia él y puso cara de sorpresa.

—¿Tú?

—¿Yo qué? —preguntó Levi con una sonrisa.

—Supongo que no pensé que estarías metido en esto. —Ladeó la cabeza y una emoción especial se abrió paso por un resquicio de su apariencia neutra: casi parecía sentirse halagada.

Lucy se le acercó y susurró:

—Recuerda, no me toques —Y lo tomó del brazo.

Los dos hombres fornidos que protegían la entrada de lo que acabaría siendo el piso franco de Lucy para la noche les sonrieron a los dos mientras se encaminaban a los ascensores.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, Lucy soltó a Levi, dio un paso atrás y lo miró de pies a cabeza.

—Vas muy guapo. Es la primera vez que te veo con traje.

Levi se encogió de hombros.

—Si te soy sincero, este es mi atuendo más habitual. —Las puertas del ascensor se abrieron y Levi acompañó a Lucy a su apartamento—. Hasta ahora solo me has visto en modo operativo, que es un poco distinto de lo que hago normalmente.

Lucy enarcó una ceja.

—Estoy pensando que no eres muy normal en nada. Ya vi la estela que dejaste en el arroyo. Buen trabajo con esos seis. Por cierto, dime, ¿siempre dejas tal caos a tu paso y esperas que otros, como yo, limpien detrás de ti?

Levi le dedicó una expresión de asombro mientras pasaba el dedo por la cerradura biométrica de su apartamento.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Pero quizá seas un tipo normal y siempre haya que limpiar la mierda que dejas. Ese era el *modus operandi* de mi marido.

Levi entornó los ojos, pero sonrió de todas formas ante el rapapolvo que le estaba cayendo.

Con un gesto de barrido con el brazo, abrió la puerta del apartamento y dijo:

—Decídelo tú misma.

Lucy entró en el apartamento, miró en derredor y asintió con gesto aprobatorio.

Todo estaba en su sitio y, aunque Levi era, por naturaleza, una persona pulcra, no pensaba decirle que una señora de la limpieza iba a diario a quitar el polvo, pasar la aspiradora y dejarlo todo impoluto.

—Probablemente tengas señora de la limpieza. —Lucy no dijo nada más y se dejó caer en un sillón de cuero.

—¿Tienes hambre? ¿Sed?

Lucy negó con la cabeza.

—Ya he comido. —Echó un vistazo al apartamento—. ¿Dónde voy a dormir esta noche?

Levi señaló una puerta entrecerrada al fondo del salón.

—Tengo una habitación de invitados. Está lista. Tiene baño privado y toallas limpias. —Levi cogió un caramelo de un bol de cristal situado en la mesita de noche—. Incluso puedo dejarte un caramelo de menta en la almohada.

—No hace falta. —Lucy se encogió de hombros y suspiró—. Probablemente no pueda dormir mucho. —Hizo un gesto hacia la ventana—. Estaré pensando en lo que pasa ahí fuera.

Levi se sentó frente a ella en el otro sillón y dijo:

—¿Quieres hablar?

Ella volvió a encogerse de hombros.

—¿Qué quieres que diga? He presentado suficientes pruebas como para eliminar buena parte de lo que mi marido hizo en Estados Unidos. Y con las pruebas que le di a Doug, la gente de Hong Kong probablemente no saldrá adelante.

—Pensaba que precisamente ese era el plan que tenías, ¿no?

—Lo era. —Lucy frunció los labios y adoptó una expresión preocupada—. Lo sigue siendo, pero tienes que comprender que este ha sido mi mundo desde los diez años. —Miró a Levi por encima de la mesa de centro con los ojos empañados de lágrimas—. Tengo que dejar de pensar en esto. ¿Cómo te metiste tú en este camino? ¿Eres un chico amish descarriado?

Levi se recostó en el sofá, se quitó los mocasines de un puntapié y empezó a hablar de su llegada a la ciudad.



Levi habló sin parar durante una hora. Habló de los primeros años. De cómo el padre de Vinnie, el anterior jefe, incumplió todas las normas para apoyarlo y convertirlo en un iniciado. Habló también de su matrimonio, de la muerte de su esposa, de su episodio de cáncer y de la inesperada recuperación. Habló de su deambular por el mundo y de cómo había acabado regresando a la familia.

Lucy planteó preguntas perspicaces y pareció de veras interesada en todos los detalles. Incluso hizo algún comentario cuando consideró que se dejaba algo. Y él sí que omitió un par de detalles... cosas que había jurado no volver a mencionar. Y ella lo dejó estar.

Era casi medianoche y, cuando Levi bostezó de forma ostentosa, Lucy se levantó y dijo:

—Ve a dormir. Me acostaré y probablemente vea la tele o algo así.

Levi se puso de pie y señaló hacia la cocina.

—Si tienes hambre o sed, la cocina está aquí. Siéntete como en tu casa. No te preocupes por nada. Aquí no vendrá nadie, sobre todo a este edificio.



Levi se incorporó de una sacudida porque, de repente, entró en pánico. El apartamento estaba en silencio absoluto pero el corazón le latía como un tambor y le resonaba en la cabeza. Notó un escalofrío en la espalda.

Sabía que algo no iba bien.

Cogió la pistola del calibre 45 de la mesita de noche y caminó sigilosamente hacia el salón, con los sentidos aguzados al máximo.

Y entonces lo oyó.

Se acercó poco a poco a la habitación de invitados. La puerta estaba entreabierta. Sujetó el arma con más fuerza y rozó el gatillo con el dedo. Abrió la puerta despacio y entró.

Había ropa en el suelo tirada de cualquier manera.

Su tensión se evaporó cuando vio a Lucy dormida en la cama, acurrucada en posición fetal, y desnuda, para variar. Lo que había oído eran sus ronquidos.

Se alejó de la habitación sigilosamente y cerró la puerta tras él.

Eran las cuatro de la mañana, no valía la pena que intentara volverse a dormir. Necesitaba un ducha.

Una ducha fría.



Levi estaba en la pista con Ryuki y Yoshi esperando a que el avión de Shinzo Tanaka aterrizara.

Ryuki rodeó a Levi por el hombro y se lo apretó.

—No puedo creerme que lo hayas conseguido.

Levi asintió y no dijo nada más. No podía decirle que en realidad quien había movido los hilos para retirar la restricción de visado del jefe de la mafia Tanaka trabajaba para un departamento secreto del gobierno de Estados Unidos.

—Así que Helen y June van a salir hoy de protección, ¿verdad? —dijo Yoshi.

Levi asintió.

—Sí. Me lo ha dicho mi contacto y han organizado una reunión privada para la puesta en libertad. De hecho, creo que las dos han hablado con el señor Tanaka durante el vuelo.

—¿El señor Tanaka habla inglés? —preguntó Yoshi sorprendido.

Ryuki se encogió de hombros.

—Nunca le he oído hablar en ese idioma y lo conozco desde hace más de veinte años.

Justo entonces, un Gulfstream sin distintivos viró hacia ellos. Los dos enormes motores de la aeronave chirriaron mientras se deslizaban lentamente hacia delante. Se paró, el ruido del motor se redujo rápidamente y la puerta del avión se abrió. Se desplegaron las escaleras y los agentes de aduanas e inmigración subieron a bordo para realizar la inspección pertinente.

Al cabo de unos momentos, los agentes se marcharon y Levi sonrió al ver a Shinzo Tanaka bajando del avión como visitante legal de un país que le había prohibido la entrada durante casi tres décadas.



El trayecto desde Dulles hasta el gimnasio del instituto donde se iba a mantener la primera reunión era de casi una hora. Levi había dispuesto un lugar neutral donde reunirse que, a su vez, otorgara cierta privacidad a todos. Los dos hombres que acompañaban a Tanaka estaban en la parte delantera de la limusina, mientras que Levi, Yoshi y Ryuki iban detrás con el señor Tanaka.

Tanaka sonreía irónicamente mientras miraba por la ventanilla del vehículo, que circulaba a gran velocidad.

—Todavía no me creo que esté aquí. Levi, esto es muy importante para mí.

Levi notaba la emoción en las palabras del hombre. Apenas alcanzaba a imaginar lo que debía de suponer conocer al propio heredero. Seguro que afectaba a cualquiera.

—Me alegro de que haya salido bien.

Tanaka asintió y miró por la ventanilla.

A Yoshi se le notaba tenso. Seguro que estaba nervioso porque probablemente era la primera vez que estaba ante el jefe de la mafia. Ryuki se miraba las rodillas con actitud estoica. El resultado era un silencio extraño que incomodaba a Levi. ¿Los japoneses eran así por norma o pasaba algo raro? Los italianos no podían evitar contar chistes o intercambiar historias si se les daba manga ancha. Aquella situación sombría y silenciosa le ponía los nervios de punta.

—Tanaka-sama —dijo Levi sopesando muy bien sus palabras en japonés—. Me han dicho que ha hablado con June. ¿Es cierto?

—*Hai*. Pero para un hombre de mi edad es difícil aprender otro idioma. Solo sé algunas palabras. —El señor Tanaka ensanchó la sonrisa cuando la limusina entró en una gran zona de aparcamiento.

Habían llegado.

Levi bajó del vehículo, ayudó al señor Tanaka a hacerlo también y guio al grupo hacia el gimnasio. Varios agentes del FBI esperaban a la entrada del edificio. Probablemente fueran quienes habían velado por la custodia protectora de las Wilson.

Uno de los agentes levantó la mano.

—¿Señor Yoder?

—Sí, soy yo.

—Bien, los acompañaremos a usted y al señor Shinzo Tanaka al interior. Nadie más está autorizado.

Levi tradujo al japonés el mensaje para el señor Tanaka, que asintió e indicó a los otros hombres que esperaran.

El agente abrió la puerta y Levi y Tanaka entraron.

Levi siguió al jefe de la mafia al gimnasio, bien iluminado. Oyó el rebote de una pelota de baloncesto y Tanaka soltó una risita.

Era la primera vez que veía a su nieta.

Helen saludó en su dirección. El pelo rojizo le brillaba como un faro en contraste con el atuendo marrón oliva. Tomó a June por el hombro y la giró hacia ellos.

El rostro de la niña se iluminó y corrió hacia ellos gritando:

—*¡Sofu! ¡Sofu!* —«abuelo» en japonés. Casi le hizo un placaje a Tanaka y él la levantó con un fuerte abrazo.

Levi se emocionó al presenciar el encuentro y ver las lágrimas que corrían por las mejillas de aquel hombre mayor.

June hizo un puchero y le secó las lágrimas a su abuelo.

—*Sofu*, no llores. Ya está. Ahora podemos vernos.

Helen se les acercó, inclinó la cabeza y dijo en un japonés pasable:

—Me alegro de verlo. Jun me hablaba muy bien de usted.

Tanaka le tendió el brazo y los tres se fundieron en un abrazo.

Tanaka habló en un inglés no demasiado malo.

—Siento haber tardado a mí en venir.

Levi notó un golpecito en el hombro. Se volvió y, por algún motivo, no le sorprendió ver a Doug Mason allí de pie como un gato que acabara de comerse un canario.

—¿En serio? —dijo Levi—. ¿Ahora apareces?

Mason se llevó el índice a los labios y susurró.

—Tengo dos cosas para ti. Primero, esto. —Le tendió una hoja de papel. Era una copia de un informe confidencial del FBI sobre la investigación acerca de Anspach.

Nicholas Anspach, paradero desconocido.

El domicilio de Anspach ha sido precintado desde el informe inicial de actividad ilícita. La segunda tanda de recogida de pruebas reveló muy pocas novedades, con una excepción: detrás de un panel oculto del armario del dormitorio principal había recortes de prensa antiguos relacionados con el asesinato de un estudiante de Georgetown llamado Jun Tanaka.

A Levi se le erizó el vello de la nuca. Aunque daba la impresión de que Helen se lo había contado hacía siglos, reprodujo mentalmente sus palabras con claridad: «El padre de June murió antes de que naciera. Estaba haciendo un posgrado en Georgetown y de camino a su coche lo mataron en un tiroteo entre coches en marcha».

Levi parpadeó al percatarse de lo que aquello significaba.

Miró hacia Helen y Tanaka. Los dos intentaban comunicarse; ambos tenían poco dominio del idioma del otro, pero lo acabaron consiguiendo. June apoyó la cabeza en el hombro de su abuelo y le rodeó el cuello con los brazos.

Levi volvió a centrarse en el documento.

Lo había hecho Anspach. Ese cabrón celoso había matado al padre de June e... intentó cargarse también a Yoshi, probablemente porque se enteró de que mantenía una relación con Helen. Todas esas fotos en casa de Anspach...

—Enseguida vuelvo —le susurró a Mason.

Levi fue hasta el fondo del gimnasio, sacó el teléfono y marcó el número de Dino. El mafioso respondió al primer tono.

—Hola, ¿qué tal?

—¿Nuestro amigo sigue por ahí?

—Oh, sí. No lo dudes. Por algún motivo no está contento, el muy desagradecido.

—¿Puedes hacerme un favor inmenso? ¿Te acuerdas de los planes de los que hablamos para él?

—Oh, sí.

—Enviemos el paquete por correos.

—Descuida. Eso está hecho. ¿Cuándo quieres que llegue?

Tanaka solo tenía un visado para siete días.

—Digamos que en dos semanas.

—Hecho.

—Gracias. Estaré en contacto.

Levi saboreó su satisfacción mientras regresaba adonde estaban las Wilson y Tanaka. Le susurró al oído en japonés.

—¿Podemos hablar en privado un momento? Tengo que contarle tres cosas. La primera seguro que no le sienta bien, pero la segunda creo que compensará la primera. Y la última, no sé si es buena o mala, pero debo contársela por una cuestión de honor.

Tanaka adoptó un semblante serio al asentir.

Se dirigió a Helen en un inglés vacilante:

—Disculpar mí un momento.

June se había quedado dormida en el hombro de su abuelo, por lo que él siguió sujetándola mientras Levi lo llevaba aparte de los demás.

—¿De qué se trata? —preguntó Tanaka.

Levi le contó al jefe de la mafia lo que acababa de averiguar sobre Anspach, el asesinato de Jun, las fotos de Helen, y su teoría de que Anspach quizá había secuestrado a la niña en un intento enfermizo de ganarse el favor de Helen cuando la «rescatara».

Tanaka se puso rojo, pero mantuvo la compostura.

—¿Y lo segundo?

Levi sonrió.

—¿El hombre que secuestró a su nieta? Le dije que nunca volvería a molestar a nadie, y es verdad. Pero lo que no le he dicho es que unos amigos míos lo tienen retenido. He dispuesto que llegue a Tokio en un buque de carga dentro de dos semanas. Ya le proporcionaré los detalles. Podrá hacer con él lo que considere.

Una sonrisa gélida asomó al rostro del hombre, que asintió para mostrar su acuerdo.

—Muy bien. Gracias por el regalo. Le vuelvo a deber una. ¿Y lo tercero?

Levi arrugó la nariz y vaciló.

—Es complicado, déjeme decirle que ambos son inocentes y que no ha ocurrido nada inapropiado. Pero... sé que Yoshi, el hermano de Ryuki, está enamorado de Helen, la madre de su nieta. Y creo que el sentimiento es mutuo.

Tanaka no dejó traslucir reacción alguna.

—¿Cómo lo sabes?

Levi se encogió de hombros.

—Sobre todo porque lo noto. Varias cosas me pusieron sobre aviso. Y Yoshi estaba dispuesto a sacrificarse por June. Estaba conmigo cuando la rescaté. Cuando ella lo vio, fue corriendo hacia él. Bueno, pensaba que debía saberlo. Y también debería saber que Yoshi nunca deshonraría a su hermano manteniendo una relación sin aprobación o bendición. Y tampoco pediría tal bendición por temor a recibir una negativa por su parte.

June se movió en el hombro del jefe de la mafia.

—*Sofu*, bájame por favor.

Tanaka bajó a la niña y ella corrió hacia la pelota de baloncesto y volvió a botarla.

El jefe de la mafia le dio a Levi una palmada en el hombro.

—Gracias por compartir esa información. ¿Pueden hacer entrar a Yoshi?

Levi sonrió.

—Seguro que sí.

Habló con Mason y, al cabo de unos instantes, Yoshi entró en el gimnasio, muy nervioso.

—¡Yoyo! —gritó June encantada. Corrió hacia Yoshi y lo abrazó por la cintura.

Levi se fijó en que Tanaka observaba la interacción entre ambos con sumo interés.

Cuando la niña volvió a ponerse a jugar a la pelota, Yoshi se acercó a Tanaka y le dedicó una profunda inclinación de cabeza.

—¿Deseaba hablar conmigo?

Tanaka le pasó el brazo por los hombros. Yoshi estaba hecho un manojo de nervios.

—Dime lo que piensas de mi nieta y de su madre.

Yoshi se quedó petrificado, abrió unos ojos desmesurados y no supo qué responder.

Levi le habló en inglés con voz queda.

—Dile la verdad.

Yoshi parpadeó con rapidez, parecía desear que la tierra lo engullera. Sin embargo, tras unos segundos de silencio, habló en japonés en apenas un susurro:

—Las quiero mucho a las dos.

—Y llevas años protegiéndolas, ¿verdad?

Yoshi asintió con vehemencia.

—Debe de ser difícil porque sé que vives en otro sitio. Será muy arduo tener vigiladas a June o a su madre en todo momento.

—Bueno, sí, pero lo intenté. Trabajaba de noche como guarda de seguridad para vigilarlas a las dos, y luego, durante el día, hacía de voluntario en la escuela de June para tenerla cerca. Después me iba a casa a dormir.

Levi aguzó el oído cuando el jefe de la mafia le susurraba a Yoshi:

—¿No te has planteado que quizá sería más fácil si vivierais en el mismo sitio?

Yoshi asintió.

—Lo intenté, pero la normativa del complejo de apartamentos prohíbe a los guardas del edificio ser a la vez inquilinos. Es una norma ridícula, pero...

Tanaka se echó a reír.

—No, no me refería a eso. Las quieres y June parece quererte mucho también. ¿Su madre también?

—¿Sí... si me quiere mucho? —Yoshi volvió a ponerse nervioso—. Creo que sí, pero nunca...

—Bueno, vamos a arreglar esto. —Tanaka le hizo una seña a Helen, que se acercó.

—¿Sí?

Tanaka miró a Levi y le indicó que se acercara.

—Tradúceme. —Entonces se dirigió a Helen—. Sé que Yoshi está enamorado de ti. Doy mi visto bueno, pero tienes que darlo primero tú.

Mientras Levi traducía, Helen repartía la mirada entre él y Tanaka. Abrió unos ojos como platos cuando entendió el mensaje y miró a Yoshi sorprendida.

—Así pues —instó Tanaka—, ¿cuáles son tus sentimientos?

Helen se sonrojó. Mucho antes, Yoshi ya se había puesto de todos los colores.

—Le quiero.

—¿Estáis dispuestos a casaros y proporcionar a mi nieta un hogar estable? —espetó Tanaka.

Yoshi parecía estar a punto de desmayarse por falta de oxígeno.

Levi susurró al oído de Tanaka.

—Aquí estas cosas no se hacen así...

La mirada fulminante del jefe de la mafia interrumpió la frase de Levi. Tradujo entonces la pregunta para Helen.

Helen se quedó boquiabierta unos momentos y se le empañaron los ojos de lágrimas.

—Si él quiere, yo también.

Dio la impresión de que Tanaka comprendía la respuesta porque se volvió hacia Yoshi y enarcó una ceja.

Yoshi carraspeó y miró a Helen a los ojos.

—Me encantaría pedir tu mano —dijo en inglés.

—Y yo respondo que sí a la petición. —Helen sonrió, un tanto asombrada.

Tanaka se sacó un llavero del bolsillo y se lo tendió a Yoshi.

—Este es mi regalo de bodas.

Todos se quedaron mirando las llaves sin saber muy bien cómo interpretar aquello.

El jefe de la mafia se explicó:

—Durante mucho tiempo he tenido una casa en esta zona. De hecho, iba a ser el regalo de graduación de mi hijo. Ahora será vuestro regalo de bodas.

Levi tradujo y Helen abrazó a su suegro y dijo «gracias» en japonés.

Tanaka dio un toquecito a su reloj.

—Voy a permanecer seis días más en Estados Unidos. Durante este tiempo, me gustaría asistir a la boda de mi nuera. Si no hay más remedio, incluso puede ser una boda a la americana.

Helen y Yoshi intercambiaron una mirada y se echaron a reír.

June corrió hacia ellos, se colgó de la cintura de su madre y preguntó:

—¿Qué os hace tanta gracia?

Helen se arrodilló delante de June.

—¿Qué te parecería si mamá y Yoyo se casaran? —preguntó.

June se puso a dar saltos de alegría.

—¿Os puedo ayudar a casaros?

—¿Qué te parece si te encargas de las flores? —sugirió Yoshi.

Levi se apartó de la escena familiar. Se notaba que todo iba a ir bien con el clan Tanaka-Wilson-Watanabe.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Cuando Levi salió del gimnasio, Doug Mason le estaba esperando. El hombre le hizo una seña para que fueran a dar un paseíto.

—¿Qué ocurre?

—¿Sabes algo de Lucy? —preguntó Doug.

Levi sacudió la cabeza.

—¿Debería haberlas tenido? Se marchó de mi casa hace cuatro días, justo después de que tus hombres la armaran en Flushing, lo cual no ha salido en las noticias, por cierto. No he sabido nada de ella desde entonces. ¿Por qué?

Mason frunció el ceño.

—Su teléfono está desconectado desde que salió de tu casa. ¿Dijo algo antes de marcharse? ¿Adónde iba?

Mirando al espía o lo que fuese, Levi no sentía mucha simpatía por su situación.

—¿Está metida en un lío?

—No. De hecho, he conseguido que se eliminen todos sus antecedentes. Está impoluta.

—¿Y la tríada? ¿Qué ha sido de ellos?

Mason sonrió.

—Hemos arrestado a casi doscientos compradores potenciales y a otros cincuenta traficantes, y estamos rastreando a cien sospechosos más, todos nacionales. La Oficina de Seguridad de Hong Kong ha encarcelado a casi cien miembros directos del sindicato criminal, incluidos los peces gordos que lo gestionaban todo.

—Le habéis cortado la cabeza al dragón. Enhorabuena.

El agente federal asintió y exhaló un suspiro.

—Por algo se empieza. Pero, cuando una organización de traficantes desaparece, da la impresión de que nacen dos más. Es un problema interminable.

—¿Hay algo más?

—Anspach. Seguimos sin localizarlo. ¿Tú no...?

—No tengo ni idea.

Mason lo miró fijamente.

—¿Seguro?

Levi le devolvió la mirada.

—¿Crees que te mentaría?

Mason emitió un sonido de exasperación y masculló:

—Probablemente lo hayas hecho picadillo y servido como salsa boloñesa.

Levi enarcó una ceja.

—Ahora que lo dices, no es mala idea.



Aunque su taxista no paraba de despotricar contra el tráfico que enlentecía la circulación en las calles de Manhattan, Levi sonreía de satisfacción. Nada iba a amargarle el día. Había acabado con D. C. Ni equipaje, ni seudonovias, ni obligaciones, nada de nada.

El taxi llegó a la calle 86 Este y se detuvo en el familiar edificio cuya entrada estaba flanqueada por dos columnas de mármol. A Levi todavía le costaba acostumbrarse a vivir en Park Avenue, aunque fuera en un edificio de la mafia. Las palabras «The Helmsley Arms» estampadas en pan de oro encima de las puertas de tres metros de alto representaban en cierto modo el estilo de Vinnie, pero funcionaba.

Era su hogar.

Al bajar del coche, lo recibió la fría humedad de la ciudad. Los olores tenues del ambiente, el vaho, las nubes que tapaban el cielo... iba a nevar por la noche.

En cuanto se acercó a la entrada, las puertas se abrieron y Frankie le dio la bienvenida con una sonrisa.

—¡Ha vuelto!

Levi le dedicó una mirada de perplejidad mientras se abrazaban y entraban en el edificio.

—¿Adónde iba a ir si no?

Frankie le rodeó los hombros con el brazo y se encaminaron a los ascensores. En cuanto las puertas se cerraron tras ellos, habló con tono desenfadado:

—Vinnie pensaba que, después de que encontrases a la nieta de ese jefe de la mafia japonesa, intentarían tentarte lejos de aquí. Ya sabes, que trabajases para ellos. Casi que esperaba recibir una carta que dijera «Querido Don Bianchi».

Levi se volvió hacia el jefe de seguridad de la familia Bianchi mientras este pulsaba el botón de la última planta. En su mundillo, nunca se hacían bromas relacionadas con cambiar de bando. Esa era la forma de acabar en el extremo equivocado de una pistola.

—¿Por qué bromeas sobre eso? —preguntó.

Su amigo se echó a reír y le dio una palmada en el hombro.

—No se lo ha tomado en serio. Enseguida lo verás con tus propios ojos.

De repente, el radar que Levi llevaba incorporado se activó.

Salieron del ascensor y recorrieron un corto pasillo. Otros dos mafiosos se levantaron de un salto de sus asientos y abrieron la doble puerta que conducía al salón de Don Bianchi.

Al entrar con Frankie, a Levi se le aceleró el corazón. Tenía los sentidos aguzados al máximo. Casi podía oír el chisporroteo de la electricidad que corría por cada fibra de sus músculos.

La sala no había cambiado desde la última vez que había estado allí. Las mismas dos chimeneas, ambas encendidas y crepitando. El gran escritorio de Vinnie, el mueble bar con fregadero, los sillones, los paneles de madera tallados, los cuadros, e incluso la reproducción de la *Venus de Milo*.

No había nadie más.

Intentando respirar con normalidad, casi que se esperaba algo raro cuando se abrió la puerta del fondo de la sala.

Entró Don Vincenzo Bianchi, jefe de la familia de mafiosos Bianchi y amigo de Levi desde

tiempos inmemoriales. Se miraron a los ojos y la sonrisa de Vinnie le transmitió todo lo que necesitaba saber.

Estaba nervioso.

—¡Levi! —Vinnie cruzó la estancia con rapidez, se abrazaron y se dieron un beso en la mejilla. Como era habitual, sobre todo cuando el don estaba nervioso, se sirvió un *amaretto sour* —. ¿Te pongo un agua de Seltz?

—No, gracias.

Frankie se acercó al otro lado del escritorio del don y regresó arrastrando un baúl de viaje que parecía caro. La ansiedad de Levi se transformó en desconcierto.

—¿Sabes qué, Vinnie? Si acaso sí, ponme un agua de Seltz. —Levi se acercó al bar cuando Vinnie introducía un cartucho de CO₂ en un gran bote de metal y, al cabo de un instante, los tres se sentaron alrededor del fuego a tomarse sus bebidas.

Levi esperaba pacientemente, sabiendo que no le habían hecho ir allí por nada. De vez en cuando miraba de reojo al baúl, situado sobre unas ruedecitas entre Vinnie y Frankie. No llevaba nada que lo identificara.

—Sé que has cumplido con el contrato que hiciste con el sindicato Tanaka. —Vinnie sorbía su bebida color ámbar y señaló a Levi con la mano en la que sostenía la copa—. Han quedado muy satisfechos contigo.

—A decir verdad, no consideré que tuviéramos un contrato. Lo único que hice fue prometerle al señor Watanabe que haría todo lo posible por encontrar a la nieta de su jefe.

Frankie descruzó las piernas y se inclinó hacia delante. Había dejado la bebida en el brazo del sillón orejero de cuero.

—Créeme, Vinnie sí hizo un trato, y de lo más extraño. Menos mal que saliste airoso.

Levi señaló el baúl.

—¿Eso forma parte del trato?

Vinnie sacudió la cabeza y carraspeó.

—Esta mañana me ha llamado el tal Watanabe. Su jefe estaba al teléfono y él ha hecho de traductor. Básicamente, habló de ti como si fueras su hijo. Levi, no sé si ha perdido la chaveta o qué, pero fue muy raro. En cualquier caso, me pidió que te hiciera un favor.

Desconcertado, Levi se señaló a sí mismo.

—¿Un favor a mí?

—Agárrate. Quería saber cuánto costaría comprarte para que dejaras nuestro negocio, para ponerte en libertad.

Levi no entendía nada. Tanaka y él apenas se habían visto, y ahora resultaba que quería que dejara el negocio. Que no corriera peligro. ¿Por qué?

Y entonces lo entendió.

A Levi le sorprendió notar la calidez que le brotó en el pecho. Se aferró a ella y respiró hondo.

—Levi... —Vinnie hablaba en voz baja y, de repente, ronca—. Da igual lo que hagas, si te cortas, yo sangro. Nunca te impediría avanzar. Cuando te marchaste después de la muerte de Mary, no hice preguntas. Lo entendí.

»Cuando regresaste... no hice preguntas.

»Si quieres marcharte, lo entenderé. Y no haré preguntas.

Levi volvió a respirar hondo y exhaló. Negó con la cabeza y estaba a punto de decir algo cuando Vinnie hizo una seña hacia Frankie.

Frankie hizo rodar el pesado baúl de viaje hacia Levi.

—Ábrelo, Levi —instó Vinnie—. Haya lo que haya ahí dentro, es para ti. Un regalo de Tanaka, una especie de propina.

Frankie soltó un bufido cuando Levi empezó a abrir los pasadores metálicos que mantenían el baúl cerrado.

—Sí, esta mañana lo han traído cuatro de los asiáticos más cachas que he visto en mi vida fuera de un zoo.

Levi descorrió el último cerrojo y levantó la tapa. Se quedó boquiabierto. En el interior había una fortuna en dólares, yenes y euros. Cientos de quilos de dinero.

—¡Menuda propina! —Intentó hacer cálculos en su cabeza y llegó a la conclusión de que había millones de dólares. Quizá diez. ¿O veinte?

Frankie silbó.

—Tío, no se ve algo así todos los días...

Encima de la gigantesca pila de dinero había una caja negra de madera lacada de medio metro de largo con un único cierre dorado. Levi la cogió y la abrió.

En el interior había un pergamino atado con un lazo de seda rojo y, debajo, un objeto envuelto en una tela verde.

Levi deshizo el lazo y desenrolló el pergamino.

Contenía un mensaje escrito a tinta, trazado con precisión, pero sin voluntad artística. No era la letra de Ryuki. ¿Sería la de Tanaka?

Levi,

Mi avión acaba de cruzar el territorio americano y vamos a vernos de nuevo en unas horas. No alcanzo a expresar mi agradecimiento por todo lo que has hecho por mí y por mi nieta, que es más importante para mí que cualquiera de mis posesiones.

He hablado con tu Don Bianchi y soy consciente de que ambos no sois realmente kohai y senpai, subordinado y superior. Por lo menos, no es así como lo considera él en su interior. Te considera un hermano muy querido, aunque no es algo que esté preparado para decirte. Ryuki me ha traducido, pero he oído su voz. He notado sus sentimientos, los he entendido.

Levi miró a Vinnie y mantuvo la respiración equilibrada. Estaba centrado en el papel que tenía en la mano.

Como probablemente veas, te he dejado servido para comenzar de nuevo. Te deseo lo mismo que esperaba que mi hijo consiguiera: una vida sana, próspera y larga.

Desde lo más hondo de mi corazón, deseo que te plantees una alternativa al camino que tanto tú como yo escogimos. Con mi aportación, espero que así sea. Sin embargo, aunque sigas en este negocio, que sepas que tienes un aliado y un amigo en mí y en quienes me son leales.

Te deseo solo lo mejor.

También he incluido algo que creo que solo tú sabrás apreciar. Fue la posesión más preciada de mi hijo desde antes de marcharse a América, por la época en que lo conociste. Te lo entrego para que lo uses como te dicte el honor.

Shinzo Tanaka

Levi desenvolvió con cuidado la tela verde, presa de la curiosidad. Ahogó un grito al ver lo mucho que brillaba el puñal: un *tanto*.

Con el corazón acelerado y como si no existiera nadie más en el mundo en ese momento, Levi recordó el instante, doce años atrás, en que el maestro Oyama, su profesor de artes marciales, le había entregado un objeto similar.

El equilibrio era el mismo, el peso y, por supuesto, el fabricante; el puñal de Jun era prácticamente idéntico.

Hacía más de un año que a Levi le habían robado el suyo. Levantó la vista hacia Frankie y Vinnie, que lo observaban en silencio. Se acercó el puñal a los labios, lo besó, lo dejó de nuevo en la caja y cerró la tapa con una sonrisa.

—Bueno, esto sí que no me lo esperaba. —Volvió a dejar la caja encima del dinero—. ¿Os aventuráis a dar una cifra aproximada de la cantidad que hay ahí?

—Unos treinta millones, más o menos —dijo Frankie.

—Bueno, ¿qué opinas? —preguntó Vinnie—. ¿Te largas a Hawái, te compras una buena casa y te dedicas a jugar con bailarinas de *hula* el resto de tu vida?

Levi se levantó y entornó los ojos.

—Tengo suficientes niñas en casa de mi madre que, cuando llegue el momento, necesitarán estudios, ropa, libros y otras cosas. —Rodeó el baúl y le dio un fuerte abrazo al don—. No pienso irme a ninguna parte.

Vinnie lo estrechó con fuerza y susurró:

—Siempre has sido mi hermano, no lo olvides. Daría mi vida por ti, Levi.

—Lo mismo digo. —Levi dio un paso atrás y miró a Vinnie a los ojos. Los tenía empañados y ligeramente inyectados de sangre, sin duda por la emoción del momento—. ¿Te acuerdas de cuando me dijiste que era un ángel con piel de lobo?

El don se secó los ojos.

—Supongo que sí. —Le dio una palmada en el pecho y se echó a reír—. Te va como anillo al dedo, amigo mío. —Se volvió hacia Frankie y señaló el baúl—. Tendrás que hablar con los Rosenberg para ver cómo inyectas ese dinero en el sistema sin que los federales te pisen los talones para pedirte una tajada del pastel.

Mientras Vinnie y Frankie hablaban de negocios, Levi reprodujo en su cabeza la reacción de Vinnie al mencionar la frase.

Era imposible que Mason hubiera escuchado esa misma frase, ¿no? De todos modos, a Levi le costaba imaginarse a Vinnie envuelto en algo relacionado con Mason o con un agente federal. Vinnie siempre había sentido un desprecio visceral por toda autoridad que no fuera la suya propia.

Levi bajó la mirada hacia el baúl. De repente fue consciente de lo que tanta cantidad de dinero significaba para él. Una de sus preocupaciones había sido pensar en cómo cuidaría de su madre y de los niños, sobre todo si le ocurría algo. Pero, con ese dinero, podría dejarlos bien arreglados de manera que, independientemente de lo que a él le pasara, no tuvieran problemas.

Cerró los ojos, respiró hondo y sonrió.

Sin relaciones complicadas, sin agentes federales pisándole los talones y sin que nadie esperara nada de él en ese momento, por fin la vida empezaba a adoptar visos de normalidad.



Levi dormía como un tronco cuando sonó el teléfono. Se incorporó, cogió el aparato del soporte y respondió:

—¿Diga?

—Lo siento, Levi. Soy Tony, de recepción. Tenemos aquí a una señora llamada Lucy. Dice que te conoce y que es importante, pero ha dejado muy claro que no va a permitir que la cacheemos.

Frotándose los ojos soñolientos, Levi vio que no eran más que las tres de la mañana. Soltó una risita.

—Una mujer asiática, ¿no? Un pibón, pero, si las miradas matasen, estaríais todos muertos, ¿verdad?

—Y que lo digas, que es un pibón. Y sí, exacto.

—Vale. Déjala subir. Hablaré con ella.

—Hecho.

Levi salió de la cama y, cuando se acercaba a la puerta, oyó el primer toque.

Abrió y ahí estaba ella, tan guapa y escultural como siempre. Unos cuantos copos de nieve le moteaban el pelo color azabache.

Dio un paso hacia él.

—Recuerda, no me toques.

Entonces, le rodeó el cuello con el brazo, tiró de él para darle un beso y presionó su cuerpo contra el de él.

Antes de que Levi fuera consciente de lo que estaba pasando, ella se dirigió al sillón de cuero en el que se había sentado la última vez.

Levi la miró totalmente perplejo.

—Pero qué...

—Quería asegurarme de ser objeto de tu atención. —Su ligero acento ruso sonó más pronunciado—. Tengo una propuesta que hacerte.

—¿Ah? —Levi estaba junto a la mesa de centro—. ¿Es algo que mejor que escuche sentado?

Lucy sonrió, algo inusual en ella. Daba la impresión de estar emocionada.

—Sí, mejor que te sientes.

Levi se sentó, pero no lograba evitar reproducir en su mente lo que acababa de suceder en la puerta de entrada.

—Bueno, ¿qué pasa?

Lucy se inclinó hacia delante y ensanchó la sonrisa.

—Creo que tú y yo deberíamos montar nuestro propio negocio.

AVANCE DE NUNCA MÁS

—Si solo bebes agua de Seltz, ¿cómo se supone que voy a seducirte para que entres en razón?

Levi dio otro sorbo a su bebida y miró a la atractiva mujer asiática de treinta y pico años desde el otro lado de la mesa. Estaban en el Gerard's, su garito favorito en el barrio neoyorquino de Little Italy. Unos cuantos clientes charlaban animadamente en la barra y de la cocina emanaba olor a ajo y *marinara*.

—El hecho de que tú pienses que tienes razón no significa que yo vaya a estar de acuerdo —repuso—. No soy tan angelical como te crees.

Lucy Chen saboreaba lentamente su whisky con soda. Se inclinó hacia delante y sacudió la cabeza.

—Nunca he dicho que seas un ángel —declaró con su leve acento ruso—. Es que te conozco. Estás dispuesto a hacer lo que sea para sacar castañas del fuego, pero eres selectivo con respecto a qué trabajos aceptar. Demasiado selectivo. —Hizo un gesto discreto hacia dos hombres fornidos que daban cuenta de sendos descomunales platos de pasta.

—Eres leal a tu familia, eso lo pillo. Lo admiro. Pero quiero que tú y yo trabajemos juntos en esto. Si cooperamos, podemos hacer mucho bien en este mundo de mierda. Necesito un socio.

Hacía un mes que le daban vueltas al asunto. Lucy quería montar un «negocio» con Levi, pero él tenía otras obligaciones. Además, no estaba seguro de cómo tomársela. El ardor que delataban esos ojos marrón oscuro era... intenso. De hecho, todo en ella era extremo. Viuda del líder de una banda china, era la personificación de la mujer dragón. Y, por un capricho del destino, Levi había acabado involucrado con ella.

Confiaba en ella. Hasta cierto punto, al menos. Al fin y al cabo, sabía más sobre él que la mayoría. Poca gente de fuera de los contactos que tenía en el mundo de la mafia sabía que pertenecía a la familia Bianchi.

Denny, el propietario del bar, se les acercó y se agachó para quedar a la altura de ellos.

—¿Os apetece algo para comer? Las chicas de la cocina están preparando las recetas de Gino. —Señaló hacia los dos matones que devoraban la comida—. Los platos están riquísimos, hasta yo lo reconozco.

Levi sonrió entristecido al ver lo mucho que el Gerard's se había ampliado en el último año. El que había sido un acogedor bar de barrio en el que solo se servían bebidas se había convertido en un local para mafiosos que incluso tenía carta para cenar. Él lo prefería como local pequeño porque Denny era algo más que el dueño del lugar: el flaco afroamericano nacido y criado en Brooklyn era el principal contacto de Levi en el mundo de la información. Era un manitas, un genio de la electrónica, y estaba al corriente de casi todo.

Lucy sacudió la cabeza.

—Levi y yo tenemos una cita, así que mejor que no estropeemos nuestro apetito.

Levi se esforzó por evitar que se notara que tenía el ceño fruncido.

La campana de la puerta delantera sonó al abrirse y, con una sonrisa, Denny se volvió para saludar al nuevo cliente.

Lucy sonrió mirando a Levi... y él sintió que le leía el pensamiento. Ella se inclinó hacia delante y susurró:

—Sabes perfectamente que toda la gente que está enterada de que estoy viviendo en tu apartamento piensa que somos pareja. Y, si supieran que no es así, podrían empezar a hacer preguntas raras que prefiero no responder.

Levi se recostó en el asiento y asintió. Por supuesto que tenía razón, lo cual le molestaba sobremanera. Llevaba seis semanas viviendo con él, desde que el FBI había aplicado mano dura a una de las principales tríadas de Hong Kong, la misma que había encabezado el difunto marido de Lucy. No sabía a ciencia cierta qué papel había desempeñado ella en la planificación de esa venganza, pero una cosa estaba clara, era una mujer marcada, y él le había ofrecido la protección que estaba en sus manos hasta que la situación se calmara.

Denny regresó con una expresión extraña. Se inclinó y señaló hacia la puerta con el pulgar.

—Levi, esa señora dice que te busca. Pero tengo la sensación de que no sabe quién eres. ¿Quieres que me la quite de encima?

Levi se volvió en la silla. De pie junto a la puerta había una mujer de unos cincuenta años, vestida de negro, que se retorció las manos con aspecto de sentirse muy incómoda. Él le hizo una seña, le llamó la atención y le indicó el asiento libre que había en su mesa.

Denny se encogió de hombros y regresó a la barra.

El desasosiego de la mujer resultó obvio mientras se abría camino entre las mesas y los clientes, intentando no tocar nada. Retiró la silla que le habían ofrecido, se sentó y los miró a los dos antes de hablar.

—Me han dicho que viniera aquí y que el señor Yoder me ayudaría. —Miró a Levi—. ¿Es usted?

Levi le tendió la mano.

—Soy Levi Yoder. ¿Y usted...?

La mujer miró la mano extendida y sacudió la cabeza ligeramente.

—Soy Rivka Cohen.

Lucy le tendió la mano y dijo:

—¿*At hassidi*?

En cuando la mujer asintió y le estrechó la mano a Lucy, Levi comprendió. No hablaba hebreo ni yiddish, y le sorprendió un tanto que Lucy hablara uno de esos idiomas, pero enseguida se percató de que la tal señora Cohen estaba fuera de lugar. Un *jasid* era un seguidor de la rama ultraortodoxa del judaísmo. No era el tipo de personas con las que Levi se relacionara, pero había muchos de ellos en Crown Heights, a veinte minutos de allí. Y eso explicaba por qué no le había dado la mano a él, pero sí a Lucy.

Porque era hombre.

Levi sonrió para ver si la mujer, que estaba hecha un manojo de nervios, se relajaba un poco.

—Lo siento, le ofrecería algo para beber, pero sé que no lo aceptará, así que ¿en qué puedo ayudarla?

A la mujer le brillaban tanto los ojos que daba la impresión de estar a punto de echarse a llorar.

—Mi tío Menachem, tiene una joyería en Franklin Avenue. Me dijo que una vez le compró

algo y le hizo una promesa. ¿Se acuerda?

Levi respiró hondo y recordó un acontecimiento de hacía muchos años: el momento en que buscaba un anillo de compromiso para su ahora difunta esposa.

—¿Menachem Shemtov? —preguntó—. ¿El mismo Menachem de la joyería de Franklin y de Park Place?

La mujer asintió.

—Dios mío, eso fue hace siglos. Su tío le hizo un gran favor a este *goy* con la compra. Me sorprende que me recuerde. Le prometí que un día le devolvería el favor. ¿Qué puedo hacer por usted?

Rivka se retorció las manos con expresión apenada.

—Mi marido murió hace cuatro meses. La policía dice que fue un suicidio, pero yo sé que nunca se habría quitado la vida. —Se armó de valor, aunque le empezaron a rodar lágrimas por las mejillas—. Dicen que tenía una aventura, pero sé que eso también es imposible. Tengo pruebas que lo demuestran. ¿Puede ayudarme a limpiar su nombre? Es muy importante para mí, para nuestros hijos, para nuestra familia. No tengo mucho dinero, pero puedo ayudar a sufragar los gastos, creo.

Levi intentó evitar que lo que pensaba se le reflejara en la cara. No era propio de él. Lo que la mujer había descrito tenía sentido. Un hombre religioso se lía con una al azar o no tan al azar, se siente culpable y se suicida. Esa situación era un claro motivo de decepción.

—¿Qué quiere decir con eso de que tiene pruebas? —preguntó Lucy.

Rivka alternó la mirada entre Lucy y Levi.

Lucy hizo un gesto desdeñoso hacia Levy y se explicó:

—No se preocupe, trabajamos juntos.

Levi estaba a punto de replicar cuando Rivka se dirigió a él y le dijo:

—¿Le importa si hablo con ella a solas? Me resultará mucho más fácil.

Levi abrió la boca y después la cerró.

Lucy le indicó que se fuera a otra mesa.

—Déjanos un poco de espacio a las chicas.

Sintiéndose un tanto molesto, Levi cogió su vaso de agua de Seltz y se sentó a otra mesa. Dio sorbos a la bebida y aguzó su ya de por sí buen oído intentando oír la conversación. Por desgracia, había tanto ruido de fondo en el bar, sobre todo por culpa de un grupo alborotador de una mesa cercana donde se reían y lo pasaban en grande, que no consiguió captar nada.

Tras un minuto de susurros entre las dos mujeres, Lucy tomó las manos de Rivka y le dedicó una mirada compasiva. La mujer judía sacó un sobre y lo deslizó hacia Lucy.

Levi frunció el ceño al ver a Lucy mirar lo que había en el sobre, asentirle a la mujer y guardarse el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta.

«¿En qué demonios nos está metiendo?».

Acto seguido, Rivka se levantó, le dio un beso a Lucy en cada mejilla y salió del Gerard's sin siquiera mirar a Levi.

Apurando su whisky con soda, Lucy se acercó a Levi y le plantó un beso en la mejilla.

—Todo arreglado.

Levi se levantó.

—¿Qué está arreglado? ¿A qué te has comprometido?

Lucy ignoró la pregunta con un gesto frívolo, se despidió de Denny y se encaminó a la puerta.

Levi la siguió.

—Lucy, en serio. ¿A qué te has comprometido con esa mujer?

Ella le abrió la puerta y sonrió.

—Me creo su historia y le he dicho que la ayudaremos.

—¿Que la ayudaremos?

Lucy lo tomó del brazo al salir del local.

—No te preocupes. Lo hablaremos durante la cena.



Dispusieron todo lo necesario para preparar la cena en la cocina de Levi. Él pasó por harina y huevo las rodajas de berenjena y luego las rebozó con pan rallado condimentado. Miró a Lucy mientras ella cortaba rodajas de tomate para la ensalada. Había prometido protegerla, pero los únicos lugares seguros eran su apartamento y el local de Denny. Así que, en lugar de cenar fuera, una vez más, el solucionador amish y la mujer dragón china cocinaban y comían en el apartamento protegido por la mafia.

—Bueno, ¿vas a contarme qué pasa con la tal señora Cohen? ¿Por qué aceptaste su dinero y le dijiste que la ayudaríamos? En esta historia parece que tenemos las de perder.

Lucy lo miró a los ojos mientras disponía los tomates en una fuente y empezaba a cortar mozzarella en lonchas.

—¿Por qué crees que el caso está perdido?

Levi, que iba sumergiendo las rodajas de berenjena empanada en el aceite caliente, sacudió la cabeza.

—Me da igual que fuera religioso, cuando a alguien se le van los ojos, puede dejarse vencer por la tentación como cualquier otra persona. Apuesto a que se lo montó con alguna señora con la que trabajaba, que ni siquiera era judía, y que se sintió embargado por la culpa y se mató. No es nada nuevo. Por eso no entiendo que puedas tragarte otra cosa. Los hombres son así. A mí me lo vas a decir.

—Dime la verdad —instó Lucy. Había dispuesto el queso por encima de los tomates y ahora cortaba una cebolla en rodajas finas—. Apuesto a que tú nunca le has puesto los cuernos a nadie.

Levi repasó en su interior las veces que se había acostado con una mujer que no fuera su esposa. Frunció los labios y miró a Lucy con expresión amarga.

—¿Lo ves? —Se echó a reír—. Nunca has sido infiel, ¿verdad?

Levi pescó las rodajas de berenjena ya doradas y se puso a freír otra tanda.

—No, pero supongo que nunca me han acusado de serle infiel a nadie. Si la policía piensa que tenía una aventura, será por algo.

—Tienes razón, pero no puede ser por el sexo.

—¿Por qué lo dices?

—Rivka y su marido tienen siete hijos y el motivo por el que no tuvieron más es que la diabetes de su esposo hizo que ya no se le levantara. Rivka me ha dicho que incluso probaron con Viagra, pero no funcionó. —Lucy repartió la cebolla por encima del tomate y la mozzarella—. Dice que tiene informes médicos que lo demuestran.

Levi frunció el ceño mientras sacaba los últimos trozos de berenjena del aceite y apagaba el fogón.

—¿Y la policía no lo tuvo en cuenta? ¿Y la persona con la que se supone que tenía un lío? ¿Le tomaron declaración?

Lucy, que esparcía tiritas de albahaca por encima de la ensalada, se encogió de hombros. Sacó una botella de vinagre balsámico añejo.

—Como he dicho, hay muchas incógnitas. Nos ha invitado a cenar a su casa mañana. Ha dicho que nos dará copias de todo lo que tiene, que podremos mirar en el estudio de su esposo y que responderá a todas nuestras preguntas.

Con un ejem, Levi cogió la fuente de berenjenas fritas y un tarro de marinara recién hecha y se encaminó al comedor.

—El hecho de que suene sospechoso no significa que podamos ayudar. ¿Es que yo no tengo ni voz ni voto?

Lucy dejó el plato en la mesa y empezó a servir la ensalada *caprese*.

—Por supuesto que sí. Pero acabas de decir que hay muchas incógnitas y probablemente tengan que ver con el encubrimiento de un asesinato. Además, parece que le debes un favor a su familia. Y no eres de los que se retractan de su palabra. Así que, dime, ¿de verdad tengo que preguntarte si estás conmigo en esto?

Levi le sirvió a Lucy dos rodajas de berenjena perfectamente fritas y las aderezó con un poco de salsa marinara. Mientras se servía él también, la fulminó con la mirada. Era una de las personas más frustrantes que había conocido en su vida.

—Pues no estaría de más —reconoció.

Lucy se sirvió una copa de zinfandel blanco Mondavi y a él, un vaso de Perrier.

—¿Entonces? ¿Te apuntas? ¿O tengo que ir yo sola?

Entrechocaron los vasos.

—¿Cuándo se supone que vamos para allá? —inquirió él.

Lucy sonrió y, durante unos instantes, Levi olvidó que ella había sido mafiosa y que quería pasar página. Lo que vio fue a una mujer atractiva, inteligente, asertiva y muy peculiar. Él nunca sabía qué le iba a soltar, lo cual resultaba agotador.

—Antes del atardecer, deberíamos llegar allí a eso de las cinco y media.

Levi probó la ensalada. Le faltaba una pizca de sal.

Lucy fue comiendo su ensalada y frunció el ceño.

—Se me ha olvidado echarle sal. —Se apartó de la mesa, fue a buscar el salero a la cocina y sazonó su ensalada y la de él—. Pruébala ahora, estará mejor. Ah, y ponte el traje.

Él sacudió la cabeza e intentó evitar que una sonrisa asomara a su rostro.

—Sí, señora. —Él miró el ajustado vestido blanco con flores que llevaba. Realzaba todas sus curvas y no parecía lo más apropiado para una cena con gente religiosa—. ¿Y tú qué vas a ponerte?

—Por la mañana iremos de compras. Ya sé qué me pondré. Lo he visto en Bergdorf's.



Paulie abrió la puerta de los pasajeros traseros del Lincoln Town Car y Levi y Lucy bajaron.

Levi le dio la mano al enorme mafioso, que casi medía dos metros y tenía cuerpo de culturista. A su lado estaba Tom, otro mafioso, que había ocupado el asiento del copiloto.

—Probablemente pasemos unas horas aquí —dijo Levi—. Podéis ir a cenar o algo así, os llamaré cuando terminemos.

Paulie sonrió y sacudió la cabeza.

—Ni hablar. —Señaló un hueco en el lateral de Lincoln Place—. Aparcaremos ahí y

vigilaremos. Son las órdenes del don.

—De acuerdo, lo entiendo. Os llamaré cuando estemos a punto de acabar. —Levi sabía que contradecirlo era perder el tiempo. Vinnie, el jefe de la familia Bianchi, estaba al corriente de la situación de Lucy y tomaba todas las precauciones posibles.

Levi lanzó una mirada a Lucy y, por primera vez, se fijó en el atuendo que llevaba. Había dicho que era un traje de mikado de Kay Unger, y él se había quedado igual, pero el vestido largo y ajustado tenía un aire asiático. Era oscuro y brillaba gracias a unas lentejuelas de colores que le recordaban al dragón que ella llevaba tatuado. Tenía una abertura lateral que dejaba entrever su complexión atlética.

—Con ese modelito que te has puesto, a alguno de los rabinos le va a dar un síncope —dijo él.

—Si son hombres realmente piadosos, ni me mirarán. Además, hace tiempo que le había echado el ojo al vestido y por fin estaba rebajado. Me alegro de que te guste. —Lucy lo tomó del brazo y le guiñó un ojo—. Vamos, me gustaría ayudar a Rivka a preparar la cena, si me lo permite.

Subieron las escaleras que conducían a la casa adosada bajo la atenta mirada de Paulie y Tom.

Levi llamó al timbre y enseguida se oyeron pasos. La puerta se abrió y un hombre mayor con una poblada barba blanca los saludó con una expresión curiosa.

—Oy vey, señor Yoder, parece que para usted no pasan los años. Está igual que hace veinte. Realmente, Dios lo ha bendecido. ¿Se acuerda...?

Levi sonrió al reconocer al joven oculto en el interior del hombre mayor.

—Menachem, llámeme Levi, por favor. Por supuesto que le recuerdo.

Se abrazaron y se dieron un beso en ambas mejillas. Levi señaló a Lucy.

—Es mi socia, Lucy.

Menachem sonrió a Lucy e inclinó la cabeza haciéndose a un lado para dejarlos pasar.

—Encantado de conocerla.

—¡Lucy! ¡Señor Yoder! —La voz de Rivka resonó en el pasillo. Corría hacia la puerta con expresión sonriente.

—*Gut Shabbes* a los dos. Cuánto me alegro de que hayáis venido, y justo a tiempo.

En cuestión de segundos, Rivka se llevó a Lucy con ella a la cocina y Menachem condujo a Levi al salón, donde casi una docena de hombres se habían reunido antes de cenar.

Menachem carraspeó y se dirigió a ellos.

—Os presento a Levi Yoder. Es el invitado del que os hablé antes.

Los hombres se presentaron y Levi tomó asiento en una de las sillas de madera.

Iban vestidos con el típico atuendo negro judío; los flecos de sus *talit* asomaban por debajo de las americanas de vestir. Todos llevaban una especie de gorrito en la cabeza, que Levi sabía que se llamaba kipá.

Levi se dio un toquecito en la coronilla y preguntó:

—¿Debería ponerme un kipá?

La mayoría de los hombres se asombraron, pero el mayor del grupo soltó una risita y dijo:

—Si no te importa llevar un *yarmulke*, creo que estaría muy bien. —Pescó en su bolsillo un casquete de un palmo con letras bordadas en hebreo y se lo tendió a Levi.

—Por muy *goy* que sea, he vivido en Nueva York el tiempo suficiente como para saber que hay ciertas tradiciones que debo respetar. —Levi se puso el casquete y el ambiente se relajó en cuanto los hombres se pusieron a hablar de su día a día.

De repente, en la sala irrumpió una ristra de niños que parecía interminable, y uno de los mayores los perseguía gritando:

—Lavaos para el *sabbat*, que solo faltan quince minutos.

Menachem colocó su silla junto a la de Levi, le dio una palmada en la espalda y susurró:

—Ya seguiremos hablando después de cenar.



En el comedor principal no cabían todos sentados, por lo que las mesas se extendían más allá del salón y ocupaban la cocina además de la estancia contigua. A Levi lo sentaron al lado de Zalman, el patriarca de la familia Cohen, quien le había dado el kipá y se sentaba a la cabecera de la mesa. Lucy estaba en el otro extremo, que sí quedaba en el comedor, sonriendo con las otras mujeres, muchas de las cuales ayudaban con las casi dos docenas de niños allí reunidos.

Cuando Zalman se puso en pie, todos los presentes guardaron silencio.

—Hoy tenemos invitados que quizá no acaben de entender el significado de este día. Por tanto, es un *mitzvá*, una bendición, para todos nosotros ayudarles al menos a entender por qué hacemos lo que hacemos.

—Esta noche comienza el *sabbat*, el séptimo día de la semana. Las oraciones que vienen a continuación relatan cómo el Todopoderoso descansó al séptimo día y lo santificó. A continuación, bendeciremos el vino y daremos las gracias al Todopoderoso por concedernos este día de descanso.

Zalman levantó una copa rebosante de vino y se centró en las velas del *sabbat*, que parpadeaban en la mesa. Rivka las había encendido un poco antes. Empezó a recitar las oraciones con voz profunda.

*Yom Ha-shi-shi. Va-y'chu-lu Ha-sha-ma-yim v'ha-a-retz,
v'chawl'ts'va-am.*

Va-y'chal e-lo-him ba-yom ha-sh'vi-i, m'lach-to a-sher a-sa

Va-yish-bot ba-yom ha-sh'vi-i, mi-kawl'm'lach-to a-sher asa.

Va-y'va-rech e-lo-him et yom ha-sh'vi-i, va-y'ka-deish o-to

ki vo sha-vat mi-kawl'm'lach-to a-sher ba-ra e-lo-him la-a-sot.

El hombre que estaba sentado al lado de Levi le enseñó un libro de oraciones escrito en inglés y señaló la traducción de lo que Zalman iba diciendo.

El sexto día. Así quedó terminada la creación de los cielos y de la tierra, y de todo lo que hay en ellos. Cuando llegó el séptimo día, Dios ya había terminado su obra de creación, y descansó de toda su labor. Dios bendijo el séptimo día y lo declaró santo, porque ese fue el día en que descansó de toda su obra de creación.

Mientras la oración de Zalman resonaba por la casa, Levi miró a todas las personas sentadas a la mesa. Todos iban repitiendo en silencio las mismas palabras con la cabeza ligeramente gacha.

Luego bendijeron el vino y, por último, el pan. Y entonces llegó el momento de comer.

Miró a Lucy y sus ojos se encontraron. Ella le sonrió y le guiñó un ojo.

Aquella reunión tenía un carácter virtuoso. En cierto modo, le recordaba a su crianza como amish. Aunque había dejado su comunidad a los dieciocho años y nunca había mirado atrás, tampoco había rechazado por completo la religión como terreno abonado para las creencias.

Aquella gente creía en lo que practicaba, igual que su familia, y era algo con lo que podía conectar, aunque no compartiera sus prácticas diarias con ninguno de ellos.

Menachem le tendió un trozo del *brioche* trenzado típico del *sabbat*.

—Me pregunto si te gusta el pescado *gefilte* —dijo.

Levi se encogió de hombros.

—No sé lo que es el *gefilte*, pero sí que me gusta el pescado. Probaré lo que me pongan delante.

Zalman se inclinó hacia él con expresión divertida.

—No pasa nada si no te gusta. A mí tampoco me emociona.

Y así fue como empezó una discusión acerca del pescado *gefilte* que derivó en otras conversaciones que se prolongaron casi dos horas.



Después de cenar, Rivka condujo a Levi, Lucy y Menachem escaleras arriba hasta una puerta cerrada. Sacó una llave de un bolsillo escondido del vestido y abrió la puerta.

—Aquí está el estudio de Mendel. No lo han tocado desde el robo. Pasad, por favor.

Las luces se encendieron de forma automática en cuanto entraron en la sala. Durante la visita, Levi se había enterado de que era algo habitual en los hogares judíos ortodoxos.

Levi siguió a Menachem y a Lucy al interior de un estudio pequeño dominado por un gran escritorio. Resultaba obvio que era un despacho para trabajar. Dos de las paredes estaban revestidas de librerías repletas de libros. Nada extraordinario, solo libros de temas variados, incluida una Enciclopedia Británica de 1969 que llenaba toda una estantería. Muchos de los libros estaban escritos en hebreo.

Levi se dirigió a Rivka.

—¿Puede empezar por el comienzo? ¿A qué se dedicaba su esposo exactamente?

Ella cerró la puerta del despacho.

—Era reportero sobre temas de consumo. Era su pasión. —Sonrió y se la vio mucho más tranquila que en el bar—. Así fue como nos conocimos hace muchos años.

—¿Sobre qué escribía? ¿Y dónde? ¿Trabajaba para cadenas de televisión, periódicos...?

—Sobre todo periódicos, pero a veces lo entrevistaban en la tele. Cuando empezó, tenía una columna en varios periódicos locales. —Se sonrojó y frunció los labios—. Probablemente te parezca una tontería, pero entonces investigaba los restaurantes *kosher* e informaba de todo incumplimiento o comportamiento dudoso para que se supiera. Eso acabó llevándolo a informar sobre la importación y exportación de alimentos, y ahí fue cuando el *Intelligencer* lo contrató.

El *Intelligencer* era un periódico muy conocido con millones de lectores diarios.

—¿Es ahí donde trabajaba últimamente? —preguntó Levi.

—Sí. Y empezó a inquietarse por temas de trabajo, y supongo que de eso es de lo que quiere saber más. Me contó algunas cosas. Durante los últimos dos años, se dio cuenta de que editaban parte de sus artículos para eliminar nombres, o no se publicaban, aunque el editor hubiera dado el visto bueno.

—¿No es eso bastante normal? —preguntó Lucy—. Que yo sepa, hay más artículos que espacio de impresión, ¿no?

Rivka asintió.

—Cierto, pero Mendel llevaba más de veinte años dedicado a esto... Me refiero... a que lo

había hecho mucho tiempo. —Exhaló un suspiro—. Y aunque su trabajo consistía en advertir a la gente sobre posibles negligencias, siempre daba a los inspeccionados el beneficio de la duda. Escribir algo que fuera impreciso o que indujera a error habría supuesto su perdición.

»Pero me confió una cosa que aún no estaba preparado para publicar. De hecho, no sabía si llegaría a estarlo. Estaba prácticamente convencido de que la empresa para la que trabajaba intentaba engañar a los lectores a propósito. Manipular el relato, por así decirlo.

Levi frunció el ceño.

—No lo entiendo. ¿No es esa la función de un periódico? Cada día leo cosas raras en la prensa.

—Eso pasa en los artículos editoriales. Mi marido trabajaba en lo que la gente del gremio llama «información seria», centrada en hechos, nada de opiniones. Pero Mendel estaba convencido de que a la dirección del periódico no le interesaba contar la verdad a millones de lectores.

—Ya —dijo Levi—. Entiendo que eso disgustara a su marido. Pero ¿de verdad cree que era motivo para matarlo?

Menachem carraspeó.

—El marido de mi sobrina era un hombre muy honrado. Consideraba que su obligación era llevar la verdad a la gente. Tienes que entender que, para él, lo que el periódico hacía era pecado. Yo también le oí hablar mucho de ello durante el último año. Tenía claro que, aunque el periódico no mentía, el hecho de que impidiera que ciertas cosas se publicaran suponía manipular el relato de cara al público. Era un pecado por omisión.

Lucy asintió con actitud comprensiva.

—Supongo que sería como decir que un agente de policía ha matado a un adolescente en la calle omitiendo el hecho de que el adolescente en cuestión estaba apuntándole con una pistola.

—Exacto —convino Rivka—. Pero los días de justo antes de su muerte estaba especialmente disgustado. No quería hablar de ello, ni siquiera conmigo. Y entonces... y entonces apareció muerto.

—¿Y cree que lo mataron porque...?

Rivka cogió una carpeta de papel manila del escritorio y se la tendió a Levi.

—Es el informe del forense. Dice que tenía veneno en el cuerpo, aunque califican la forma en que murió de indeterminada. —Tomó aire de forma entrecortada—. Pero más tarde cambiaron esa fórmula por la de suicidio basándose en el testimonio de alguien que seguro que mentía.

Levi recordó lo que Lucy le había contado sobre la aventura extramarital. Por el momento, no iba a insistir en ello. Fue revisando el contenido de la carpeta. También incluía un informe de la policía con varios nombres tachados.

—Antes ha dicho algo de un robo —dijo Levi—. Cuéntenoslo.

Rivka se tapó la cara y empezó a sollozar. Menachem le dio una palmada en el hombro y Lucy se le acercó más y le tendió un pañuelo de papel de un dispensador.

Su tío respondió por ella.

—Se produjo durante el funeral de Mendel. Alguien forzó la cerradura y rebuscó en el despacho, pero no tocó nada más en toda la casa. Quienquiera que fuera tenía que saber que estábamos todos en el funeral.

Levi pensó en el *menorah* de plata tallada y en todos los objetos valiosos que había visto en la planta baja.

—¿Qué había aquí que valiera la pena llevarse ignorando el resto de la casa?

—No lo sabemos. —Rivka se secó la cara y se la vio consternada y avergonzada—. Sacaron

todos los libros de las estanterías, vaciaron los cajones y lo único que sé que falta es su libreta de trabajo.

—¿Se llevaron el portátil?

—No, una libreta de espiral. Mendel prefería escribir a mano. Sé que estaba encima del escritorio, donde siempre la dejaba. Pero desapareció.

Levi inspeccionó el despacho. Aquello no pintaba nada bien. ¿Qué podía ser tan importante en las notas de un reportero como para forzar la cerradura del despacho y entrar a robarlas?

Levi se acercó al escritorio de madera de caoba y abrió uno de los cajones. Estaba lleno de archivadores vacíos. La libreta estaba a simple vista encima del escritorio, pero el intruso se había tomado la molestia de rebuscar también en los cajones y las estanterías.

—¿Sabe qué guardaba en estos cajones? —preguntó.

—La verdad es que no —reconoció Rivka—. Cuando limpiamos, pusimos las cosas donde supusimos que iban.

Levi intercambió una mirada con Lucy. Lo más probable era que los dos estuvieran pensando lo mismo. Seguro que la libreta no era lo único que había desaparecido.

En el escritorio había un libro con caligrafía hebrea. Levi fue pasando las páginas indescifrables y se paró al encontrar un pósit amarillo. Había siete nombres escritos en el papel, con una flecha que señalaba un fragmento en hebreo.

Giró el libro hacia Menachem y Rita.

—¿Qué dice en este apartado que señala la flecha?

Menachem se inclinó hacia delante y miró a través de sus gruesas gafas con los ojos entrecerrados.

—Ah, este capítulo de la Biblia es lo que se llaman Proverbios. Aquí dice: «Un testigo falso no quedará sin castigo y aquel que diga mentiras no escapará».

Rivka sonrió.

—Típico de Mendel. Encontraba pasajes que tenían distintas capas de significado para él.

Levi tamborileó en el escritorio con los dedos. No sabía exactamente cómo interpretar todo aquello. Pero lo mínimo que podía hacer era averiguar quién había dado testimonio y enterarse de la verdad del asunto.

Despegó el pósit del libro y se dio cuenta de que tenía más cosas escritas al dorso, en hebreo. Se lo enseñó a Rivka.

—¿Qué pone?

Ella se inclinó hacia delante y empalideció.

—Dice «son los nazis».

NOTA DEL AUTOR

Bueno, así acaba *El infiltrado*, y deseo sinceramente que te haya gustado.

Como es el segundo libro de una serie, doy por supuesto que ya sabes quién soy y no te haré pasar por el mismo rollo otra vez.

Sin embargo, sí que quiero hablar un poco de mi contrato contigo, lector o lectora.

Escribo para entretener. Ese es mi principal objetivo, porque eso es lo que muchas personas esperan de una novela.

Sin duda es lo que yo siempre he querido. La historia por encima de todo, siempre.

Pero no me malinterpretes, existen un sinfín de motivos perfectamente válidos para leer y, de hecho, me encanta cuando hay personas que me dicen que tienen que comprobar cosas para ver si son reales y que les sorprende ver que sí lo son.

Intentar entretener a la gente es un motivo de orgullo para mí, al tiempo que intento mantenerme fiel a las posibilidades que nos brindan la ciencia y la tecnología. Además, si la novela está de algún modo inspirada en acontecimientos reales, intento ofrecer extractos verificables que permitan a los lectores tener más información sobre los hechos de los temas que trato en la historia.

Cuando mis historias contienen temas controvertidos o que tienen a la opinión pública dividida (por ejemplo, los OMG) nunca tomo partido como escritor. Dejo que los personajes hagan su papel y defiendan su opinión. Sin embargo, sí que me esfuerzo en presentar los hechos tal como son para que el lector extraiga sus propias conclusiones.

Por el momento, he tratado los incidentes de Flecha Rota (véase *Operación Mano Muerta*), los posibles desastres de la modificación genética descontrolada (*El enigma de Darwin*) y el tráfico sexual infantil en esta novela.

A ciertas personas los temas elegidos les parecen eclécticos, inesperados, pero la mayor parte de las reacciones que he recibido hasta el momento han sido positivas. Así pues, gracias por ello. Publicar opiniones es, por supuesto, la forma más sencilla de hacerme saber a mí y a los demás lo que opinas de la novela o de cualquiera de mis obras. El boca a boca es de suma importancia para nosotros, los pobres autores.

Sin embargo, aunque disfruto escribiendo sobre acontecimientos, historia y ciencia en particular, mi objetivo principal es siempre el entretenimiento.

Espero que esta historia te haya gustado y deseo que continúes leyéndome en historias venideras.

Mike Rothman

29 de marzo de 2019

APÉNDICE

Para esta novela adopté un enfoque inusual, dado que la empecé a partir de la declaración hecha ante un subcomité del Senado por una persona llamada Tim Ballard. Estamos acostumbrados a leer novelas, sobre todo *thrillers*, que mezclan hechos reales con ficción, lo cual a veces dificulta que se sepa dónde empieza lo uno y acaba lo otro.

Debo decir que los fragmentos que incluí son la reproducción literal de la declaración, y me encargué de poner notas al pie correspondientes a cada dato ofrecido.

Siempre me he guiado por la consigna de la confianza, pero que pueda verificarse, y quiero que tú, el lector, puedas hacer lo mismo fácilmente.

Decidí no incluir más fragmentos de la declaración de Tim porque, francamente, algunas partes eran especialmente intensas. No obstante, sí que aproveché algunos hechos de la declaración para esta historia.

Y, dado que me serví de su testimonio, sería injusto por mi parte no mencionar por lo menos la Operación Tren Subterráneo, una organización sin ánimo de lucro fundada por Tim cuyo objetivo es rescatar a víctimas de tráfico sexual infantil. Para más información, véase <https://ourrescue.org>.

Aunque este título es más bien un *thriller* al uso, no he podido evitar hacer alusiones a la ciencia de un modo u otro. Teniéndolo en cuenta, me siento en parte obligado a explicar parte de la ciencia o, como mínimo, a dar unos cuantos detalles que la historia exige.

Como es obvio, mi objetivo en este apéndice no es dar un cursillo acelerado de ciencia a nivel universitario, sino ofrecer información o palabras claves suficientes para que dispongas de los datos necesarios para investigar más si así lo deseas.

La gorra de Levi:

De hecho, presenté el concepto de la inusual gorra de Levi en *Operación Mano Muerta*, pero voy a hablar un poco de la ciencia que hay detrás.

Para quienes necesiten un recordatorio, esa gorra tiene minúsculos terminales metálicos en el forro interior que provocan en quien la lleva un leve cosquilleo direccional cuando alguien los mira. Es decir, cuando llevas la gorra y caminas entre la multitud, notas si alguien te observa y desde qué dirección.

Suena un poco a ciencia ficción, pero la tecnología necesaria para crear tal dispositivo está a nuestro alcance. Sin duda, algunas personas dirán que sería aparatosa o pondrán alguna otra objeción, pero sí que es posible fabricarla.

De hecho, para explicarme voy a reproducir un fragmento de *Operación Mano Muerta* en el que creo que conseguí hacer entender el funcionamiento a personas profanas en el asunto.

Denny desconectó la gorra del cinturón y mostró a Levi el circuito electrónico que, como una película fina, rodeaba el forro de la gorra.

—¿Has visto que, de noche, cuando una luz alumbra los ojos de un animal, se refleja un resplandor inquietante?

Levi asintió.

—Bueno, los humanos no tenemos esa capacidad reflectante, o al menos no hasta tal punto. Para que nuestra retina refleje la luz, necesitamos algo más brillante. Ya has visto qué pasa con el flash de una cámara.

—¿Te refieres al efecto de ojos rojos?

—Exacto. —Denny señaló una serie de protuberancias diminutas en forma de tubo que apenas sobresalían del forro de la gorra de malla—. Lo que tengo aquí es un poco de locos, porque, si pudieras ver la luz, tu cabeza parecería una linterna de 360 grados de tan brillante que es.

—¿Qué quieres decir?

Denny apretó los labios.

—Normalmente solo vemos la luz a ciertas longitudes de onda. Te lo explicaré de forma sencilla. Supongo que a todos nos suena de la escuela lo de VIBGYOR, los colores del arcoíris, que empiezan por el violeta y acaban en el rojo. Se corresponden con la luz de una longitud de onda de entre 700 y 350 nanómetros. A mayor longitud de onda, más cerca del rojo, a menor, más cerca del violeta. Eso es lo que puede detectar el ojo humano. Pero esa no es toda la luz existente. Por ejemplo, esta gorra envía haces de luz en todas direcciones a unos 1550 nanómetros. Dentro del espectro profundo de infrarrojos. Cada uno de los láseres diminutos de ahí dentro absorbe una gran cantidad de energía y, aunque tú no la notes, el láser apunta arriba y abajo unas veinte veces por segundo.

»O sea que, básicamente, lo que llevas es una gorra que proyecta en todas direcciones una luz que nadie ve. Es lo bastante fuerte como para alcanzar objetos y rebotar. Y ahí es donde entran en escena mis filtros electrónicos. Yo filtro considerablemente lo que vuelve e intento avisarte solo si he detectado una señal que rebota y que parece seguirte.

—¿Funciona desde lejos?

—Debería funcionar hasta unos cien metros. A más distancia ya es más complicado, porque los reflejos se desdibujan.

Levi se quitó el cinturón y Denny dejó los dos objetos en el maletín.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Levi—. Si llevo eso, emito una luz que nadie ve en todas direcciones. Y si alguien me mira, esa luz rebotará y la gorra tiene unos sensores que me avisarán.

Así que, aunque no exista un producto comercial que haga lo que hace esta gorra y que puedas comprar en una tienda, no me extrañaría lo más mínimo que cosas así estuvieran al alcance de quienes tienen ciertas necesidades de clandestinidad.

El traje seco de Denny:

Todos hemos visto en las películas cómo el bueno (o quizá el malo) intenta entrar en una sala de alta seguridad y una gota de su sudor dispara todas las alarmas. Eso no le ocurre a Levi, pero da una idea del tipo de problema con el que se enfrentan los ladrones de pisos en un entorno con un sistema de seguridad avanzado.

Por supuesto, conseguir falsear los indicadores de calor corporal plantea un alto nivel de dificultad. De hecho, hay películas que presentan algo parecido al traje seco de Denny. Me acuerdo de una en concreto. *El santo*, con Val Kilmer, en la escena del microchip.

En esa película, Val Kilmer intenta entrar en una cámara acorazada para robar un microchip, pero, para acercarse siquiera a la cámara, tiene que pasar por una serie de sensores térmicos. Sin duda es una escena fantástica, en el sentido de que es muy difícil conseguir que un cuerpo humano no emita una marca de calor. Teniendo en cuenta que es una película, en *El Santo* queda muy bien resuelto. Al menos, el traje que lleva el actor le cubre toda la piel y la cara. Sin embargo, se omiten ciertos detalles, lo cual resulta inevitable en una película. Si te trasladas de un entorno frío a otro más cálido, por muy buen control térmico que lleves, no podrás acomodarte a la temperatura cálida de forma inmediata. Esas cosas llevan tiempo.

Un ejemplo de problema habitual sería la condensación.

Piénsalo: cuando pides una bebida fría, el vaso enseguida se humedece porque el agua del aire se condensa en la superficie fría del vaso. Sería casi inevitable que la visión del actor se nublara antes de que el traje reajustase la temperatura.

En el caso de Levi, él no necesita algo que funcione más o menos, sino algo infalible.

Por suerte, la situación a la que Levi se enfrenta es bastante distinta de la de Val Kilmer. La idea de fabricar un traje que coincida con la temperatura del entorno presenta ciertas dificultades que hay que superar. La primera es que el cuerpo del interior produce calor de forma constante. De modo que el traje tiene que contrarrestar ese calor.

Y la única forma viable de hacerlo es ofrecer una conductividad térmica excelente. En este caso, el traje seco debe poder conducir la energía térmica de forma eficaz y constante, sin que se detecte ese exceso de energía térmica.

Para conseguirlo, hay que hacer circular la refrigeración o la calefacción (según las necesidades) a un ritmo constante para que todas las superficies expuestas estén a la misma temperatura. La forma más fácil de hacerlo es con un fluido circulante (refrigerado o caliente), de un modo similar al funcionamiento del aire acondicionado.

Sin embargo, si eres como Levi e intentas igualar la temperatura exterior, próxima a los cero grados, no quieres que se te hiele la piel.

¿Qué haces entonces?

Entonces es cuando necesitas varias capas distintas. Necesitarás una capa exterior capaz de mantener las cosas a la temperatura externa deseada, pero también una capa circulante que te evite morir de congelación. Y aún hará falta una tercera capa en medio de las dos anteriores que funcione como aislante, para disminuir el efecto de cada capa circulante en las otras.

Así que ahora tenemos un traje seco con tres capas, dos de las cuales disponen de una especie de bomba independiente que hace circular un fluido que ayuda a normalizar las temperaturas. Y recuerda: cada una de esas capas circulantes deberá estar hueca, de modo que el fluido tenga espacio para fluir.

En definitiva, aunque fabricar un traje seco como este sería bastante complicado, es posible hacerlo. Y probablemente aparatoso.

Yo no sé si en realidad se venden estas cosas o no, pero, en el peor de los casos, sabemos que habrá gente como Denny que proveerá a nuestros agentes clandestinos con todo tipo de artilugios interesantes.

¿Quién sabe qué otro invento se le ocurrirá a Denny en el futuro?

EL AUTOR

Soy hijo de militar, políglota y el primer miembro de mi familia nacido en Estados Unidos. Todo ello tuvo una gran influencia en mi juventud, porque me inculcó el amor por la lectura y una curiosidad insaciable por el mundo y lo que contiene. De adulto, mi pasión por los viajes y la aventura me ha llevado a visitar muchos lugares impresionantes que, a veces, aparecen en las historias que escribo.

Espero que esta novela te haya resultado entretenida.

-Mike Rothman

Mi blog está en: www.michaelarothman.com

Facebook: www.facebook.com/MichaelARothman

Twitter: @MichaelARothman

